

LUIS MELGAR

La asombrosa aventura  
de la hermana olvidada  
de Nefertiti

LA  
PEREGRINA  
DE  
ATÓN

NOVELA HISTÓRICA

# Índice

Dedicatoria

Libro I. Esclavas sagradas

*Pasaje de entrada*

Libro II. La profecía de Horemheb

*Pasaje de la nao*

Libro III. El elegido de Atón

*Pasaje de la caverna*

Libro IV. La gata del príncipe

*Pasaje del primer tránsito*

Libro V. La Bella Fiesta del Valle

*Pasaje de la oscuridad*

Libro VI. La princesa Mutnodjemet

*Pasaje de las estrellas*

Libro VII. La mazmorra

*Pasaje de la gloria*

Libro VIII. La esclava de Horemheb

*Pasaje del juicio*

Libro IX. La peste

*Pasaje de la Devoradora de Almas*

Libro X. La Gran Peregrinación de Atón

*Pasaje de la manifestación de Atón*

Libro XI. El éxodo

*Pasaje de los espejos*

Libro XII. Faraón de Egipto

*Pasaje de salida*

Epílogo

Nota del autor  
Agradecimientos  
Créditos

*A todas las mujeres que no figuran en los libros de Historia.  
A todas las que alguna vez se sintieron invisibles.  
A las que hicieron del mundo un lugar mejor y después  
fueron olvidadas.*

# Libro I

## *Esclavas sagradas*

¡Salve, oh Atón, tú que apareces resplandeciente en el cielo!  
¡Salve, tú que has creado toda la vida! Al alzar te sobre el Oriente  
llenas los países con tu perfección. Cuando ocultas tu faz, el  
universo se sumerge en las tinieblas y la muerte. Los hombres  
duermen en sus moradas con la cabeza tapada y ninguno puede ver  
a su hermano. El mundo yace en silencio, pero tú vives en el País  
de Occidente. Atón, tú y solo tú gobiernas sobre el Amenti.

Yo, Mutnodjemet, esclava, sacerdotisa, prostituta y reina, te  
conozco y conozco tu nombre. Aunque durante años haya  
practicado tu fe en secreto y mis creencias hayan permanecido  
ocultas para los hombres, nunca dejé de adorarte. Hoy me postro  
ante ti para pedir clemencia, pues sé que mi muerte está próxima y  
temo tu veredicto sobre las acciones que he emprendido a lo largo  
de mi vida.

No cometí iniquidad contra los hombres.

No perpetré pecados en tu morada.

No hice pasar hambre, salvo persiguiendo un bien superior.

No hice daño a nadie y, si lo hice, la intención de mi corazón era  
pura.

No hice llorar. A propósito, nunca hice llorar a nadie.

No, no maté. Bien sabes que tuve el motivo y la oportunidad,  
pero elegí no matarlo.

Te suplico, oh Atón, que me permitas entrar en el Reino de Occidente, que me reciban con gritos de alborozo los espíritus bienaventurados y que a su lado me concedan un puesto. Atón, tú que eres al tiempo padre y madre, apiádate de mí y acéptame en la Duat, el país de los muertos, a semejanza de los habitantes de la luz, y permíteme también salir a la luz del día para pasear entre los vivos sobre la tierra, y hacer todo lo que pueda desear.

Te pido que, en tu reino, me concedas reunirme con mi hermana. La que debe ser olvidada. La traidora, la hereje, la usurpadora. La que siempre me protegió y a la que yo no supe salvar de la muerte.

Nefertiti.



Mi hermana y yo hemos tenido tantos nombres que no sé por cuál de todos se nos reconocerá en el más allá. Mucho antes de que en Egipto la bautizaran como Nefertiti, mi hermana se llamaba Henti. Toda mi familia contaba que nació siendo un bebé precioso, ni siquiera se vio amoratada y desfigurada por el parto como tantos recién nacidos. Conservó esa extraordinaria hermosura durante toda su existencia.

En cuanto a mí, al nacer, mis padres me impusieron un nombre de varón debido al miembro que pendía entre mis piernas, aunque desde muy niña di señales de mi auténtica naturaleza. Para empezar, tenía una obsesión absoluta con mi hermana Henti. La admiraba y la adoraba casi como si fuera una diosa. Ella representaba todo lo que yo quería ser: era guapa, elegante, delicada, femenina. Frente a mi pelo negro y fosco, su cabello castaño tenía reflejos cobrizos y, aunque era más bien liso, terminaban en unos bucles que enmarcaban su rostro como la más perfecta obra de arte. Tenía los labios carnosos, la piel dorada y sonrosada y los ojos grandes y separados. Su nariz era recta y fina.

Recuerdo, siendo una niña, que a menudo rezaba a los dioses y les pedía que me convirtieran en ella.

Había más indicios. Tenía la costumbre de ponerme en cuclillas para orinar en vez de hacerlo de pie como los otros niños. Odiaba estar desnuda y, cuando por fuerza tenía que quitarme la ropa para lavarme o para ponerme una muda limpia, juntaba mucho las piernas y escondía mi miembro tras ellas para no tener que verlo. Esa parte de mi cuerpo siempre me ha causado profundo desagrado. Cuando salíamos a la calle para jugar yo nunca me unía al grupo de los niños ni disfrutaba dándole patadas a la pelota de madera con que jugaban, sino que me quedaba con Henti y con sus amigas.

Nuestro entretenimiento favorito en aquella época era un juego que llamábamos «la emperatriz de Mitanni». Henti, por supuesto, representaba siempre el papel de gran reina y las demás teníamos que hacer de damas y sirvientas y atenderla en todo lo que nos pedía. Recuerdo que, una tarde, cuando yo tenía cuatro años y Henti seis, una de las niñas mayores de nuestro grupo protestó por el hecho de que yo estuviera con ellas.

—¡Tu hermano no debería estar con nosotras! Es un niño y tendría que jugar con los otros niños. Si se queda aquí y escucha nuestros secretos, se los contará a los otros muchachos y todos se reirán de nosotras.

—No es mi hermano, tonta. Es mi hermana. ¿No ves que es una niña?

—¡Henti está mintiendo, Henti está mintiendo!

—Dinos, ¿eres un niño o una niña?

—¡Eso, que lo diga!

Tuve un momento de confusión. Nunca había pensado en esos términos. Hasta entonces me había limitado a actuar con la naturalidad de la infancia sin reflexionar en lo que ello significaba. Pero al cabo de unos instantes, alcé la cabeza y respondí con orgullo.

—¡Soy una niña!

—¿Ah, sí? ¿Y cómo te llamas? Porque las niñas tienen nombre de niña.

—Me llamo Iltani —respondí.

Iltani era el nombre de una prima lejana de mi madre, una mujer a la que apenas conocía y que no me inspiraba particular admiración, pero el nombre me vino a mi cabeza como si fuera algo evidente, casi natural.

—Iltani, creo que es hora de que nos vayamos ya a casa —me dijo Henti—. Vamos, hermana.

Desde entonces, el nombre de Iltani me despierta una sensación cálida en el vientre. Me inspira serenidad, me hace sonreír. Mutnodjemet, en cambio, es un nombre severo, altivo, propio de una dama de la corte. Igual que el de Nefertiti. Todo era más sencillo cuando éramos tan solo Henti e Iltani, hermanas inseparables, gemelas del corazón.

Aquella misma tarde, al llegar a casa, aprovechamos que nuestros padres no estaban para deslizarnos en su dormitorio y jugar a ponernos los vestidos de nuestra madre, a calzarnos sus sandalias y a agrandarnos los ojos con kohl. Ambas estábamos tan excitadas con nuestro descubrimiento que necesitábamos escenificarlo de algún modo, hacerlo realidad, demostrarnos a nosotras mismas que estábamos en lo cierto.

Lo que comenzó como un juego terminó por convertirse en una costumbre. Después del incidente con la niña que me acusó de ser un varón, los demás no dejaron de meterse conmigo. Niños y niñas por igual me señalaban con el dedo y me llamaban abominación, monstruo y cosas peores. Henti siempre me defendía y, al final, acabábamos por jugar las dos solas a nuestro juego de la emperatriz, en el cual yo siempre hacía de dama. Cuando regresábamos a casa por la tarde, nos encerrábamos en la habitación para ponernos los vestidos de nuestra madre y maquillarnos con sus pinturas. En una ocasión, cuando llevábamos ya varias lunas con el mismo ritual, mi madre volvió antes de tiempo y nos descubrió en el preciso instante en que Henti me probaba su

traje de novia que, aunque me quedaba grande, me había cautivado por la suavidad de la tela y lo fino de los bordados. Se nos quedó mirando sin hablar durante varios instantes antes de lanzar un hondo suspiro y acercarse a nosotras.

—Henti, por favor, no juegues a disfrazar a tu hermano porque se nos va a amanerar y los otros niños se reirán de él.

—Mamá, pero yo no estoy disfrazada... —comencé yo a protestar, pero Henti me tapó la boca y terminó por mí.

—Lo siento, no volverá a ocurrir.

—Eso espero. Con estas cosas no se juega.

Mi madre me quitó el vestido, me lavó la cara para quitarme los restos de kohl y continuó con las tareas del día. Cuando nos quedamos un instante a solas, Henti me susurró al oído:

—Itani, creo que será mejor que guardemos tu verdadero nombre en secreto. Madre y padre no lo entenderían. Cuando estés conmigo puedes ser como eres, pero cuando estés frente a ellos, actúa como si fueras un niño, ¿de acuerdo?

La idea de poder vestirme y comportarme a mi gusto solo cuando estuviera a solas con ella no me causaba especial ansiedad, más bien el contrario, hacía que todo aquello fuese aún más especial, de modo que acepté. A partir de ese momento tuvimos más cuidado para que nuestros padres no nos descubrieran. Conforme mi hermana se fue haciendo un poco mayor, ya no fue necesario recurrir a las pinturas ni a los vestidos de mi madre, ya que Henti tenía los suyos propios y era feliz de compartirlos conmigo.

Así pasaron los años, entre emperatrices imaginarias, vestidos demasiado grandes y sandalias que se me salían de los pies, hasta el día en que todo cambió para siempre.

Me pregunto qué hubiera ocurrido si los dioses no hubieran tenido previsto un destino tan diferente para nosotras. Cuál habría sido mi historia si el rey Suppiluliuma de Hatti no le hubiera declarado la guerra a nuestro soberano, Tushratta de Mitanni. Quizá hubiera terminado por contarle a mi madre quién era yo en realidad.

Quizá ella hubiese hablado con mi padre y ambos me hubieran aceptado y amado. O quizá no, quizá me hubiesen expulsado de la casa y mi vida hubiera acabado siendo exactamente la misma porque, en definitiva, el destino de hombres y mujeres está previsto por Atón y escrito en las estrellas desde mucho antes de nuestro nacimiento.

El día en que todo cambió yo tenía ya ocho años y Henti, diez. Nuestro padre no estaba en casa. Él era artesano, del tipo que hacen esculturas y grabados y hasta frescos en las paredes. Había salido por trabajo y nuestra madre estaba en casa afanada con la cocina. No nos adornábamos con pulseras de oro ni poseíamos esclavos que nos sirvieran, pero tampoco pasábamos hambre ni penalidad alguna. Teníamos el privilegio de vivir en la capital del reino y nuestra casa contaba con un pequeño patio y un dormitorio separado para Henti y para mí.

Mi hermana y yo jugábamos en nuestra habitación. Sabíamos que mi madre no entraría, así que, como tantas otras veces, yo me había puesto una de sus túnicas, que aún me quedaba un poco grande, y ambas jugábamos a imitar una danza que habíamos visto representar en la plaza unos días atrás.

Primero fue el ruido, como si la casa se desplomara sobre nuestras cabezas. Henti y yo dejamos de reír y detuvimos nuestros juegos. A lo largo de los años he revivido muchas veces este momento en mi memoria, y creo estar segura de que el estruendo lo provocaron los soldados hititas cuando derribaron la puerta y entraron en la casa como langostas, arramplando con todo lo que encontraban. En aquel momento no supe qué ocurría, pero fui lo bastante consciente como para sentir miedo y, al mismo tiempo, obligarme a no llorar.

Tampoco podía toser.

Ni siquiera me atrevía a respirar.

Enseguida empecé a escuchar los gritos. Aullidos de guerra de los hititas, por descontado, pero también algo mucho más desgarrador para mí. Eran los alaridos de dolor de mi madre. Corrí a

esconderme entre los jergones de nuestras camas. Henti vino hacia mí, me abrazó y comenzó a susurrar unas palabras apenas inteligibles:

—Shaushka de Nínive, protégenos, no permitas que a mi hermana y a mí nos suceda nada malo.

A pesar del pánico que sentía, en aquel momento sonreí, hasta me olvidé de lo que estaba sucediendo. Solo pensé que Henti se había referido a mí como su hermana.

El instante de felicidad pasó enseguida, cuando volvimos a escuchar a nuestra madre llorar y pedir clemencia. Pensé que íbamos a morir. Los soldados gruñían como animales, jadeaban y gemían mientras los quejidos de mi madre iban perdiendo fuerza hasta que, al fin, se apagaron.

Después se hizo el silencio. Un silencio opresivo, angustioso. Los gritos habían terminado, pero yo aún podía escucharlos como un eco dentro de mi cabeza. Sin moverme de mi escondite, me atreví a entreabrir los ojos. Aunque era pleno día y el sol brillaba alto en el cielo, por las ventanas entraba un brillo anaranjado. Olía a humo y a madera quemada. La boca me sabía a ceniza, a polvo y a sangre. Creo que me había mordido sin darme cuenta.

Miré a mi hermana y ella me hizo un gesto para que esperáramos. Agucé el oído, tratando de averiguar si quedaba alguien en la casa... o quizá esperando que alguien viniera a decirnos que estábamos a salvo, que los invasores se habían ido y ya era seguro salir de nuestro escondite. Esperaba que alguien nos rescatara, pero ese alguien no llegaba. Estábamos solas.

Sentí cómo las lágrimas caían en silencio por mis mejillas. Tomé una bocanada de aire, pero el humo me provocó un acceso de tos. Henti me sujetó los hombros hasta que logré contenerme, después me limpió los ojos y me ayudó a ponerme en pie.

—Vamos —me dijo—. No estamos seguras aquí.

Nos dimos la mano y salimos de la habitación de puntillas, mirando a un lado y a otro como el gato que esquivo al perro guardián. El pequeño patio central, donde teníamos el aljibe para

recoger el agua de la lluvia y donde mi padre había plantado dos palmeras y un sicomoro, estaba lleno de muebles destrozados, telas rasgadas, frascos de perfume y peines rotos. Tuve que taparme la boca para no gritar cuando reconocí entre aquel desastre el cuerpo sin vida de mi madre. En aquel momento me negué a admitir que se tratara de ella. Mi madre era alta y hermosa, con el porte distinguido y una apariencia siempre impecable. Supongo que Henti ha heredado de ella su belleza. Sin embargo, la mujer que tenía frente a mí era un amasijo de carne sanguinolenta.

Su rostro destrozado me ha perseguido en mis pesadillas desde entonces. En mi sueño puedo ver lo que le hacen los hititas. Veo cómo le arrancan la ropa a jirones para poder gozar de ella uno tras otro. Mientras un soldado abusa de ella otro la golpea, una y otra vez, uno tras otro, hasta que la dejan inconsciente, con el cuerpo mancillado y los rasgos desfigurados. Planean dejarla morir así, pero uno de ellos, más misericordioso que sus compañeros, pone fin a su vida con un tajo de su espada en el cuello.

Incluso ahora que soy vieja, en ocasiones me despierto húmeda de sudor, en medio de la noche, con ese sueño fresco en la memoria.

Empezó a temblarme la mandíbula. Todo me daba vueltas y la boca se me llenó de saliva. Estaba a punto de vomitar. Solté a mi hermana e hice amago de sentarme en el suelo, pero ella tiró de mí y me zarandeo.

—¡Itani! No podemos quedarnos aquí. Cuando los soldados acaben de saquear la ciudad, regresarán para llevarse a los supervivientes como esclavos.

—¿Mamá...? —gimoteé.

—¡No llores! Tienes que ser valiente. Vámonos, debemos ponernos a salvo.

Una vez más, mi hermana me tomó de la mano y me condujo al exterior de nuestra casa. Echamos a correr en cuanto cruzamos el umbral de la puerta. Las sandalias de Henti me quedaban grandes y me hacían tropezar, de modo que me detuve un instante para

descalzarme. El vestido también me molestaba, pero algo dentro de mí me dijo que no podía quitármelo, que esa túnica de lino era el símbolo de lo que yo era, así que me limité a recogerlo para seguir corriendo.

Aunque era pleno día, el sol apenas podía distinguirse entre la humareda. Un resplandor rojizo, proveniente de los fuegos que ardían por doquier, le daba a la ciudad un aspecto infernal. Wassukanni está situada en las montañas, así que sus calles están llenas de cuestas. Henti y yo jadeábamos, agotadas, pero no nos soltamos de la mano ni nos permitimos reducir el paso. Llegamos a una estrecha callejuela, con casas de adobe a ambos lados y algunos puestos de frutas y hortalizas derribados, las sandías y los higos rodando por el suelo. Pude ver a algunos soldados que se agitaban encima de mujeres de todas las edades, algunas casi niñas. Uno de ellos levantó la mirada, la clavó en nosotras y comenzó a levantarse como si tuviera intención de atraparnos. Yo lancé un grito, Henti me apretó aún más la mano y tiró de mí.

—¡Vamos!

Echamos a correr por el callejón, sorteando soldados medio desnudos y mujeres que pedían ayuda. El hombre que nos había mirado había terminado de incorporarse y corría detrás de nosotras. Continuamos cuesta arriba, sin aliento, haciendo un esfuerzo por controlar la tos, hasta que llegamos ante las puertas de uno de los edificios más conocidos de la ciudad. La fachada pintada de azul y decorada con imágenes de estrellas de ocho puntas y majestuosos leones permanecía inalterada en medio de la destrucción que asolaba la ciudad y la gran puerta de madera, más alta que tres personas subidas las unas encima de las otras, no había sido derribada.

Ni tan siquiera los hititas se habían atrevido a profanar la morada de la gran diosa de la vida y de la muerte, Shaushka de Nínive.

—¡Abrid! —gritó Henti, precipitándose contra el portón y golpeándolo con los puños—. ¡Pedimos refugio!

—¿Quién llama? —preguntó una voz de mujer grave, serena y cargada de autoridad—. ¿Quién solicita el amparo de nuestra madre celestial?

—Dos jóvenes mitannas. Por favor, dejadnos entrar.

El soldado que nos perseguía estaba a punto de alcanzarnos. Por fortuna, parecía herido en la pierna, por eso no había sido capaz de correr a demasiada velocidad, pero llevaba una espada en la mano y se tocaba el bulto entre las piernas mientras nos dirigía una mueca de burla. Entonces se abrió la puerta del templo y una sacerdotisa de cabello oscuro y rizado, nariz recta y piel pálida apareció tras ella. Iba vestida con una túnica blanca de lino y aparentaba una calma absoluta en medio del caos.

Así conocimos a Tey. Los acontecimientos de aquel día están grabados en mi memoria con mayor viveza que los frescos que adornan los muros de mi tumba, pero ese instante en concreto permanece aún más claro que los demás. Tey esbozó una sonrisa y abrió los brazos, como si en vez de a dos desconocidas estuviera recibiendo a sus propias hijas.

—Sois bienvenidas.

Henti y yo caminamos hacia ella. Estábamos a punto de entrar en el recinto del templo cuando nuestro perseguidor nos alcanzó y logró agarrarme por el vestido. Mi hermana no me soltó, sino que tiró de mí, intentando liberarme.

—¡Alto ahí! —dijo el soldado—. ¡Sois mías!

—¡Hombre impío, aléjate de ellas! Estas niñas están bajo la protección de Shaushka de Nínive. No oses ponerles un solo dedo encima.

El soldado la miró con la boca torcida en una mueca demoníaca. Tenía el rostro enrojecido y respiraba con dificultad.

—¿Pretendes tomarme por idiota? Tenemos orden de respetar a las esclavas sagradas, no a cualquiera que venga a refugiarse en el templo. Dame lo que es mío o te poseeré también a ti. Las prefiero más jóvenes, pero por ti haría una excepción.

—Estas niñas son propiedad de la diosa. No puedes tocarlas. Vete y no vuelvas más.

El soldado ignoró las palabras de la sacerdotisa. Continuó tirando de mi túnica hasta que logró rasgarla, dejándome desnuda y vulnerable.

—¡Esto ni siquiera es una niña! Es un varoncito. Un invertido, un afeminado. No le quiero para nada. Quédate a este y dame a su hermana para que se divierta conmigo.

El hombre me soltó y, de un salto, se situó sobre Henti y la inmovilizó. Yo estaba tan avergonzada que me cubrí los genitales con las manos y me dejé caer de rodillas, llorando. Mi hermana luchaba como una fiera salvaje. Le propinaba al soldado patadas y golpes con las manos e intentaba morderlo mientras él se reía a carcajadas. Tey salió del recinto del templo, agarró al hombre por la espalda y tiró de él hasta echarlo a un lado.

—Si te mueves, te juro que te arrancaré el miembro con mis propias manos —dijo, con voz grave y firme. Yo tenía la cabeza agachada y los ojos cerrados, pero pude sentir su mirada posada sobre mí—. Y a vosotras vuelvo a preguntaros, ¿quiénes sois? ¿Quién solicita el amparo de nuestra madre celestial?

—Soy Henti, esclava de Shaushka de Nínive —respondió mi hermana, sin titubear.

—¿Y tú?

Tardé unos segundos en asimilar que la pregunta iba dirigida a mí. Con miedo, abrí los ojos y miré a la sacerdotisa.

—Soy Iltani y también soy esclava de Shaushka.

—Ya has oído, soldado. Estas niñas son esclavas sagradas y no pueden ser tocadas sin consentimiento de la diosa. Ahora vete de aquí.

Tey nos agarró a cada una de nosotras de una mano y, sin apresurarse, sin perder ni por un instante su calma y majestad, nos condujo al interior de templo. El soldado no había acertado a moverse aún cuando se cerró la puerta con un enorme estruendo.

Yo lloraba, incapaz de controlarme. La sacerdotisa se inclinó ante mí y me contempló con severidad.

—¿Es verdad lo que has dicho? Dime, ¿eres varón o hembra? Es cierto que Shaushka solo ampara a sus esclavas sagradas, pero yo no tengo ningún problema en defender a un niño pequeño de semejante bruto.

Henti todavía temblaba tras su encuentro con el soldado, pero, viendo que el arrebató y la congoja no me permitían hablar, se recompuso y respondió en mi nombre.

—Es una niña, mi señora. —La voz aún le temblaba, pero hizo dos profundas inspiraciones y pareció recuperar el dominio sobre sí misma—. Nació con verga y testículos como los niños, pero desde que empezó a desenvolverse se comportó siempre como hembra.

Tey sonrió, se inclinó sobre mí y me abrazó.

—Entonces has venido al lugar correcto, pequeña Iltani. Shaushka de Nínive admite bajo su amparo a las que son como tú, mujeres con el cuerpo equivocado. Las llamamos sacerdotisas *gala* y ocupan un lugar prominente entre nosotras. Eso sí, tendrás que consagrarte a la diosa, convertirte en su esclava y servirla por el resto de tu vida. ¿Estás dispuesta?

¿Qué iba yo a saber entonces de lo que implicaba la decisión que estaba a punto de tomar? En aquella época, los dioses y las diosas no me importaban en exceso. Lo único que sabía era que aquella mujer me aceptaba tal y como era, sin necesidad de fingir ni de esconderme. Si me quedaba allí estaría con Henti, mi gemela del corazón. No tuve ninguna duda. Respiré varias veces para acabar de controlar el llanto y respondí con la voz más segura que fui capaz de articular:

—Sí, mi señora, estoy dispuesta.

—¿Qué hay de ti? —preguntó, poniéndose en pie para dirigirse a mi hermana—. Eres una muchacha muy valiente, estoy orgullosa de cómo has peleado contra ese asqueroso. Las normas del templo solo me permiten dar refugio a las esclavas sagradas, pero en estas

circunstancias, estoy dispuesta a esconderte hasta que sea seguro salir. En lo que a mí respecta, eres libre.

—Yo me quedo con mi hermana. También seré esclava de Shaushka.

—Así sea. Mañana prestaréis vuestro juramento de sumisión eterna a la diosa.



Mi hermana y yo pasamos nuestra primera noche en el templo en un jergón a los pies de la cama de Tey.

En aquel momento la casa de la diosa se me antojó un edificio de dimensiones colosales, con infinitas estancias, santuarios, patios y corredores que se distribuían de forma laberíntica. Para mis ojos de niña, aquel era el lugar más grande y más lujoso del mundo. El aire era mucho más fresco que en el exterior y olía a una mezcla de flores e incienso, lo cual me parecía cosa de magia. Lo que más me sobrecogió fue el silencio. A pesar del caos que los hititas habían sembrado en la ciudad, en el templo de Shaushka reinaba el sosiego como si la propia diosa lo protegiera con sus alas. Con los años llegué a llamarlo hogar y a conocer cada uno de sus rincones y vericuetos, pero, aquel día, cuando nos condujeron al área donde se ubicaban los aposentos de las esclavas y sacerdotisas, pensé que jamás sería capaz de orientarme en semejante lugar.

Aquella primera noche no lograba dormir, incapaz de mantener mi mente apartada de lo que había ocurrido. La imagen de mi madre, con el rostro desfigurado y el cuerpo acribillado a machetazos, me perseguía. Me preguntaba también qué habría sido de mi padre.

Cuando la respiración de Tey se hizo rítmica y suave y estuve convencida de que dormía, acerqué mi cuerpo al de Henti y la abracé, poniendo mi boca junto a su oído.

—Hermana, ¿crees que nuestro padre sigue con vida? ¿No deberíamos intentar encontrarlo antes de comprometernos con Shaushka de por vida?

—¿Tú qué quieres hacer, Iltani?

—No lo sé. Tengo miedo.

—Nos quedamos —dijo ella, interrumpiendo mi vacilación—. Este es el único sitio donde podrás ser feliz. Cuando todo esto pase, buscaremos a padre y, si está con vida, le diremos que nos vimos obligadas a buscar refugio en la casa de la diosa.

—¿Y qué hay de ti?

Henti se dio la vuelta en el lecho y depositó un beso sobre mi frente.

—La vida de una esclava sagrada no es peor que la de la hija de un artesano. Ahora duerme, hermana. Mañana tenemos que pronunciar nuestros votos ante Shaushka de Nínive.

Lloré mucho antes de caer rendida por el agotamiento. A la mañana siguiente me despertaron los primeros rayos del amanecer, que entraban en la celda de Tey a través de un estrecho ventanuco. Ella y mi hermana ya estaban despiertas y conversaban en susurros. Al ver que yo había abierto los ojos, Henti vino junto a mí y me tendió la mano.

—Vamos, Iltani. Debemos presentarnos ante la suma sacerdotisa para que ella reciba nuestro juramento.

Tey nos guio a unos baños situados en el interior del recinto del templo, en la misma zona donde se situaban las habitaciones de las internas. Se trataba de una enorme estancia con suelos de mármol en la que había varias piscinas de distintas formas y tamaños, como si fuesen pequeños estanques artificiales. El aire era cálido y húmedo y olía laurel. Había esclavas que se ocupaban de llenarlas de agua caliente que traían en enormes calderos de madera. Allí nos purificamos, las esclavas frotaron nuestros cuerpos con ásperas toallas y los ungieron con aceites y perfumes. Nos dieron vestidos nuevos, tejidos con lino blanco, y nos calzaron con sandalias de

esparto. Desde allí fuimos conducidas a través de pasajes y corredores hasta el santuario de Shaushka.

Recuerdo muy bien la primera vez que vi la estatua que representaba a mi primera ama. No fui capaz de reconocer el material del que estaba hecha, a medio camino entre la piedra y el cristal. Tendría más o menos mi tamaño, es decir, el de una niña de ocho años ligeramente alta para su edad. Llevaba la cabeza tocada con un sombrero que acababa en punta y dos poderosas alas adornaban su espalda. Pero fue su rostro lo que más me impresionó. Tenía un gesto dulce y comprensivo, como si la diosa fuera nuestra madre y nos transmitiera todo su amor.

Sentada en un trono de piedra, junto a la imagen, aguardaba la mujer más anciana que yo había visto jamás. Tenía el rostro surcado de arrugas y su larga melena era completamente blanca, al igual que sus ojos, que carecían de pupilas y se me antojaron fríos y muertos como dos pedazos de mármol. Vestía la misma túnica blanca que nosotras, aunque, por encima, llevaba envuelta una tela color escarlata que hacía las veces de capa, como si se tratara de una reina. Aunque no habíamos pronunciado palabra alguna, debió de intuir nuestra llegada, porque levantó el brazo derecho y nos señaló con un dedo huesudo y agarrotado.

—Habéis venido a prestar juramento eterno a Shauskha. Postraos ante mí. —Tey nos hizo un gesto para que nos arrodilláramos frente a la suma sacerdotisa. Esta se puso en pie, avanzó unos pasos tambaleantes hasta situarse justo frente a nosotras y colocó sus manos sobre nuestras cabezas—. Sabed que nuestra diosa es un ama exigente a la que deberéis consagrar cada aliento de vuestra vida. ¿Estáis dispuestas?

—Sí, lo estamos —respondió Henti, sin titubear.

—Sí, lo estamos —dije también yo, apenas unos instantes más tarde.

—¿Juráis obediencia y lealtad eterna a Shaushka de Nínive?

—Sí, juramos —dijimos las dos, esta vez a un tiempo.

—¿Os declararéis propiedad eterna de la diosa, quien podrá disponer de vosotras a su antojo?

—Sí, lo hacemos.

—Yo, Enheduana de Ugarit, os consagro esclavas de Shaushka. Que ningún mortal ponga la mano sobre vosotras sin su permiso.

Las palabras aún resuenan en mi mente.

Concluida la ceremonia, Tey nos llevó a un comedor con grandes mesas y bancos de madera donde había espacio para que se reunieran todas las sacerdotisas. Allí desayunamos panecillos con miel y leche de cabra. Se nos asignó a ambas una pequeña celda en el ala del templo donde residían las esclavas más jóvenes, las llamadas novicias. Fue la misma Tey la que nos instruyó sobre cuál sería nuestra principal obligación a lo largo de los siguientes años: estudiar para familiarizarnos con los misterios sagrados de la diosa. Se esperaba que aprendiéramos a leer y escribir en varios idiomas, que supiéramos interpretar el movimiento de los astros, que comprendiéramos el espíritu de las leyes del país, que fuésemos diestras en las artes del canto y el baile y, sobre todo, que nos convirtiéramos en expertas sanadoras, capaces de reconocer los distintos males que afligen al cuerpo humano y de tratarlos con los remedios a nuestro alcance.

—Las esclavas sagradas tenemos muchas utilidades diferentes —explicó Tey—. A menudo los poderosos recurren a nosotras para que medиеmos en sus disputas. Somos depositarias de las últimas voluntades de los muertos, adivinamos el porvenir y utilizamos nuestro cuerpo para llevar a los hombres algo más cerca de lo divino. También sabemos salvar vidas, cuidar a los enfermos y aliviar a los afligidos.

—Es mucho estudio —me quejé yo. De algún modo, había llegado a la conclusión de que ser esclava consistía solo en hacer ofrendas en el templo y cuidar de que la imagen de la diosa estuviera siempre bien atendida—. No sé si mi mente será capaz de asimilar tantos conocimientos.

—El servicio de Shaushka de Nínive tiene diferentes grados. El más bajo es el que ocupáis vosotras, las simples esclavas sagradas. Pero hay muchos más, según el nivel de conocimiento y comprensión que alcancéis en los misterios. El grado más alto lo posee nuestra suma sacerdotisa Enheduana, que tiene rango superior al de cualquier reina y cada año encarna a la mismísima diosa en su matrimonio sagrado con Dumuzid.

—¿Qué hay que hacer para ascender a los grados más altos?  
—preguntó Henti, a quien se le había iluminado el rostro y miraba a nuestra maestra y mentora como si cada palabra suya fuese una revelación sagrada.

—Trabajad y estudiad duro, muchachas, y encomendaos a la diosa. Ella sabe recompensar a sus esclavas más fieles.

Nuestra vida en el templo comenzó de inmediato, antes incluso de que Wassukanni regresara a la normalidad. Al principio no podíamos salir del recinto sagrado debido a los altercados que aún tenían lugar en la ciudad, pero la propia Tey supervisaba nuestra iniciación en las distintas materias. Ella nos mostró cuál era el cuidado diario que había de recibir la diosa y que cada día realizaba, por turnos, una esclava diferente. Todas las mañanas, la imagen debía ser lavada con agua de rocío y ungida con aceite de sándalo, se la vestía con ropas nuevas, cedidas por las familias más pudientes del reino, y se aseguraba que la tea que ardía junto a ella estuviera siempre prendida. Por la noche, la imagen era despojada de sus ropajes, ya que la diosa gusta de dormir desnuda, y cubierta con una tela negra para que nada perturbara su reposo. Shaushka debía ser velada durante la noche mientras se le dedicaban ensalmos y oraciones.

Fue la diosa quien me enseñó cómo una esclava ha de tratar a su amo.

No pasaron muchos días antes de que los invasores hititas abandonaran la capital. A pesar de su carácter débil y despótico, nuestro rey Tushratta fue capaz de negociar una tregua con los temibles hititas.

Pasado el sitio de la ciudad, Tey nos informó de que dos sirvientes del templo se encargarían de buscar a nuestro padre para confirmar si seguía o no con vida. Los sirvientes en cuestión eran dos hombres enanos llamados Hemet y Tef. Debido a su corta estatura, a primera vista parecen semejantes entre sí, pero una observación más detallada revela que no pueden ser más diferentes. Hemet tiene la piel olivácea, común a la mayor parte de los habitantes de estas tierras, el pelo y los ojos negros y luce una barba poblada y oscura. Su nariz es muy prominente en relación con el resto de su cabeza y tiene forma aguileña. Tef, por el contrario, tiene la piel clara y los ojos verdes, y su barba es más bien rojiza.

Tef y Hemet apenas necesitaron dos días para confirmar que mi padre había muerto en el acto cuando un soldado hitita le rebanó el cuello con su espada. Su cadáver no pudo ser recuperado y sin duda descansa en una fosa común con el resto de las víctimas del saqueo hitita. Su cuerpo no fue preparado para la eternidad, aunque bien es cierto que en el país de Mitanni no es costumbre embalsamar a los muertos. Sí dieron con el cadáver de mi madre, aunque no nos permitieron verlo, imagino que debido a su estado de descomposición tras varios días a la intemperie. Fue enterrada a las afueras del recinto del templo, aunque, de acuerdo con las creencias de su pueblo, su cuerpo tampoco fue preservado para resucitar en el más allá.

Muchas veces te he rezado, oh, Atón, para suplicarte que tengas en cuenta estas circunstancias y permitas a mis padres unirse a las almas de los bienaventurados. Hoy te lo imploro una vez más. Si en algo te fueron gratos los esfuerzos de tu hija Nefertiti y encontraste placer en los templos y sacrificios que ella consagró a tu nombre, recibe a nuestros difuntos padres en el País de Occidente.

Durante los años siguientes, mi hermana y yo nos volcamos en nuestros estudios, cada cual a nuestra manera. Mi materia favorita era el arte de la curación, que nos enseñaba nuestra maestra y mentora Tey. Me entregué a su aprendizaje con el entusiasmo que solo un corazón joven es capaz de albergar, abandonando quizá en

demasiada el resto de las disciplinas. El canto y la danza suponían un reto especial para mí, ya que mi cuerpo era más rígido y mis movimientos menos armónicos que los de las demás esclavas de Shaushka. Conservé, sin embargo, mi delgadez de niña, lo cual al menos me ayudaba a disimular mi torpeza.

Henti se esforzó por destacar en todo. Pronto se convirtió en una hábil escriba tanto en hurrita como en lengua egipcia; era capaz de recitar de memoria el código de Hammurabi, así como otras leyes relevantes de nuestro país y de los imperios vecinos y también logró aprender a cantar y bailar con una sensualidad que le era grata a nuestra diosa y dueña. Mostró una fascinación que yo no hubiera esperado por los misterios de Shaushka y por la religión en general, hasta el punto de que iba más allá de nuestras obligaciones y buscaba cualquier ocasión para hablar con sacerdotes y sacerdotisas de otros dioses e incluso con servidores de divinidades extranjeras si acaso venían a la ciudad. Por su boca supe que Shaushka de Nínive recibe muchos nombres, siendo el más conocido el de Ishtar, y que en distintas épocas y lugares sus esclavas han tenido obligaciones diferentes. A veces, por la noche, cuando cada una estaba acostada en su esterilla, solía contarme detalles escabrosos sobre el culto a Shaushka en otras ciudades.

—En Babilonia, las mujeres tienen que ofrecer sus cuerpos en el templo a cambio de una pieza de oro si quieren convertirse en esclavas de la diosa —me dijo una noche.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es eso de ofrecer el cuerpo?

—Yacer con un hombre, Itani.

—¿Yacer? ¿Igual que yacemos nosotras ahora?

—¡No! Los hombres y las mujeres yacen juntos para divertirse. En otras ciudades, las sacerdotisas consuelan regularmente a los hombres solitarios como forma de conseguir ingresos para el templo.

—Hermana, no entiendo nada de lo que me dices.

—Ya lo comprenderás cuando pasen unos años.

Aquellas conversaciones tenían la virtud de dejarme insomne. Me quedaba despierta durante horas preguntándome qué harían los hombres y mujeres en sus esterillas para divertirse y a menudo le pedía a Henti que me lo explicara, pero ella rehusaba darme los detalles.

Llevábamos ya tres o cuatro años en el templo cuando asistimos por primera vez a las bodas sagradas de Shaushka de Nínive. El punto álgido de la celebración tenía lugar cuando nuestra suma sacerdotisa consumaba el matrimonio ritual con el rey Tushratta, que encarnaba al dios pastor Dumuzid.

—Eso es lo que hacen los hombres y las mujeres para divertirse —me susurró mi hermana.

Lo que vi tampoco aclaró mis ideas al respecto, sino que me sumió aún más en la confusión, aunque reconozco que el acto que había presenciado me repugnaba y me atraía a partes iguales, provocándome miedo y excitación en idéntica medida.

Fue durante mis años de novicia cuando aprendí lo que significa ser mujer o, al menos, lo que esto representa para mí. A mi hermana Henti le llegó la pubertad, le crecieron los pechos, su cadera se ensanchó y su cuerpo se llenó de curvas sugerentes. Yo, en cambio, permanecía delgada como un palo, se me notaban las costillas y mi pecho continuaba igual de plano que siempre. Gracias a mis clases de anatomía comenzaba a comprender cómo funciona el cuerpo humano, de modo que empecé a albergar el temor de que, de pronto, mi cuerpo y mi rostro se llenaran de vello y la voz se me volviera ronca y grave como la de un soldado.

—Existe un procedimiento para evitar que tu cuerpo se desarrolle como el de un varón —me explicó Tey un día, en el transcurso de una de nuestras clases—. Se llama castración y consiste en retirarte los testículos.

—¿Duele?

—Mucho, y los que se someten a él a menudo mueren pocos días después. Pero, si sobrevives, conservarás la voz que tienes

ahora y no te aparecerá vello en el cuerpo. Incluso es posible que desarrolles ciertas formas femeninas.

La oferta me resultó tentadora, ya que suponía desprenderme de la parte que más odiaba de mi cuerpo y me ayudaría, quizá, a ser algo más parecida a mi hermana. El dolor y la posibilidad de morir, no obstante, me producían pánico.

—¿Tú qué harías en mi lugar?

—La decisión es solo tuya. Shaushka no exige en ningún caso que las sacerdotisas *gala* os sometáis al cuchillo y acepta vuestros cuerpos tal y como han sido creados si así lo deseáis.

—Quizá... quizá preferiría no pasar por ese trance.

—Creo que es una decisión sensata. El riesgo de la operación es demasiado alto y, además, hay otras formas de mantener a raya las señas distintivas de la masculinidad. Yo te iniciaré en ellas y te ayudaré durante el proceso.

Gracias a tu divina misericordia, oh, Atón, ayudada quizá por los diversos remedios que Tey me suministró para controlar mi pubertad, el temido cambio físico nunca llegó a producirse: no he dejado de ser lampiña, no me brota pelo alguno en el rostro, siempre he sido delgada y mi voz continúa siendo tan suave como cuando era niña. Con todo, durante años viví con el temor de mirarme un día al espejo y descubrirme con barba.

Tampoco desarrollé las curvas que tanto admiraba en mi hermana. Frente al suyo, mi cuerpo me parecía horrendo, casi monstruoso. Recé y recé pidiéndole a Shaushka que me transformara en ella, que me diera aunque fuese un fragmento de lo que ella tenía sin esfuerzo alguno y parecía ni siquiera valorar, pero jamás escuchó mis plegarias.

Así pasaron los años.

Henti y yo éramos ya adolescentes, habiendo alcanzado la edad en que ambas éramos consideradas núbiles. La primera luna llena del mes de *lilyatum* se celebraba la fiesta de las bodas sagradas entre Shaushka y el pastor Dumuzid que tanta confusión me había despertado en mi infancia.

El día anterior a la gran fiesta, yo había salido al mercado con Tef y Hemet para comprar flores con las que adornar el altar de Shaushka. Al igual que todos los años, el ambiente en toda la ciudad era festivo. Además de los comerciantes habituales, en su mayoría granjeros y pastores, habían acudido mercaderes de lugares lejanos que vendían telas de vivos colores, especias, perfumes y animales exóticos. También había puestos de comida y bebida, músicos y bailarinas. Mis acompañantes me convencieron y paramos en uno de los puestos para comer y beber algo. Yo pedí unos pasteles de miel y un zumo de granada, pero Tef se burló de mí.

—Señora, ya no eres ninguna niña. Toma una cerveza con nosotros.

Desde que lo conocí sentía debilidad por sus ojos verdes y no deseaba que me viera como una jovencita rígida y mojigata, incapaz de relajarse ni por un instante, de modo que acepté tomar una jarra de cerveza con ellos. Nunca antes había probado el alcohol por lo que, al segundo trago, la alegría se me subió a la cabeza y mis pies parecieron flotar sobre el suelo. Era una sensación agradable, así que terminé la jarra y, aunque me resistí, acabé por consentir en pedir otra. Me notaba tan liviana que, cuando los músicos interpretaron una melodía que me resultaba familiar, me atreví a bailar unos pasos mientras ellos me aplaudían y jaleaban.

Era la primera vez que me divertía de esa forma. La cerveza me había dado valor y los cumplidos de mis guardianes me habían elevado el orgullo de tal modo que me sentía hermosa, ágil y sensual. Recuerdo sentir la música dentro de mí, la sensación de que mis pies se movían solos. Hasta intercambié algunos giros y vueltas con desconocidos.

El sol acababa de ponerse, pero, aun así, Tef pidió una tercera jarra para mí. Sabía que no debía aceptarla, pero la alegría del festival de la diosa corría por mis venas y los ojos verdes de mi amigo se me antojaban cada vez más hermosos. Pensé que una última jarra no me haría daño y quizá entonces me atreviera a

pedirle que me diera un beso, aunque fuera en la mejilla, para comprobar si su barba me hacía cosquillas o no. Entonces un hombre alto y corpulento, con el pecho cubierto de pelo, me agarró por las caderas, se pegó a mi espalda y comenzó a frotarse contra mí en lo que, imagino, pretendía ser un intento de danza.

Al principio me incomodó, pero la cerveza era más fuerte que el sentido común y comencé a bailar al mismo ritmo que él. Posó las manos sobre mi cintura y, a mi pesar, comencé a notarme excitada. Alcancé a mirar de reojo a Tef y vi que me guiñaba un ojo, animándome, de modo que decidí seguir adelante. Me di la vuelta para ponerme frente al desconocido y apreté mi cuerpo contra el suyo.

—Bailas muy bien, preciosa —me dijo. Su voz era pastosa y su aliento bastante fuerte, pero en aquel momento no me importó. Continuamos bailando cada vez más juntos, nuestras caderas fundidas en una sola, cuando de pronto una expresión de extrañeza le cruzó el rostro. Dio un paso atrás, bajó la mano y me estrujó el miembro—. ¿Puede saberse qué demonios es esto?

—Yo... yo... —intenté decir algo, lo que fuera, pero las palabras no acudían a mi garganta.

—Fuera de aquí, invertido, antes de que te dé una paliza. ¡Vamos!

El hombre me empujó, yo trastabillé y estuve a punto de caer al suelo. Una oleada de vergüenza me embargó. Toda la diversión que había sentido hasta ese instante se vio sustituida por miedo y ansiedad unidos a una intensa sensación de rechazo, como si aquel desconocido hubiese sido en realidad el gran amor de mi vida. Recuperé el equilibrio, me di la vuelta y eché a correr.

Tef y Hemet me siguieron, pidiéndome a voces que me detuviera, pero yo no les hice caso hasta que Tef me alcanzó, me agarró por un hombro y me abrazó. En aquella época yo le sacaba una cabeza de estatura y aún crecí algo más antes de hacerme adulta por completo, pero eso nunca me ha impedido sentirme segura y protegida entre sus brazos, algo que no me ha ocurrido

con ningún otro hombre. Sintiéndome estúpida y quizá algo culpable por no haber sabido resolver mejor la situación, me eché a llorar con la cabeza escondida entre su cuello.

—Vámonos a casa, por favor —supliqué, entre sollozos.

—Ni hablar —dijo Hemet—. Vamos a volver ahí, Tef y yo le daremos su merecido a ese bastardo y después nos tomaremos esa jarra de cerveza. Nos la hemos ganado.

Supongo que la imagen de mis dos pequeños guardianes luchando con aquel hombre alto y barbudo podrá resultarle cómica a muchas personas, pero yo no dudé ni por un instante de que hubieran podido con él. Sin embargo, no tenía ganas, ni de venganza ni de cerveza. Solo quería esconderme bajo las sábanas y desaparecer.

Solté a Tef y eché a andar de vuelta al templo, tratando de calmarme. Achaqué lo ocurrido a la cerveza y juré no volver a beber ni a permitir que hombre alguno se acercara a mí con sensualidad. Mientras caminaba, las lágrimas caían por mis mejillas y un dolor sordo me presionaba el pecho. Ya habíamos andado más de medio camino cuando me di cuenta de que, en algún momento, había perdido las flores. Comencé a sollozar y esta vez ni Tef ni Hemet, que caminaban cabizbajos detrás de mí, se atrevieron a venir a consolarme.

Estaba a punto de atravesar las puertas del templo cuando una joven con el rostro cubierto por un velo apareció entre las sombras. Solo dejaba entrever unos enormes ojos verdes perfilados con un fino toque de kohl.

—¿Eres una de las esclavas sagradas de Shaushka de Nínive? —me preguntó.

Yo me sequé las lágrimas con disimulo y traté de recuperar la compostura antes de contestar a mi vez con otra pregunta.

—¿Quién quiere saberlo?

—Por favor, apiádate de mí y respóndeme. He venido a pedir refugio a la diosa.

A pesar de la agitación y del desasosiego que arrastraba desde la taberna, el recuerdo de mi propia llegada al refugio sagrado acudió vivo a mi memoria. Suavicé el gesto con una sonrisa, me acerqué a la muchacha, que debía de tener poco más o menos la misma edad que yo, y le tendí la mano.

Pude ver que Hemet y Tef mantenían una distancia prudencial, atentos por si hubiesen de intervenir.

—Sí, soy esclava de la diosa. Mi nombre es Iltani. ¿Por qué deseas pedir refugio?

—Mi padre quiere enviarme lejos para casarme con un hombre viejo y enfermo.

Quizá debido a lo que acababa de vivir, la historia de la joven me conmovió. Imaginé al mismo hombre que me había rechazado hacía tan solo unos minutos, pero viejo y enfermo, poniendo sus manos sobre aquel cuerpo puro y hermoso, y sentí asco. El relato, además, no me era desconocido. Había varias esclavas en el templo que habían abrazado a la diosa precisamente para huir de esponsales no deseados que habían sido concertados por sus familias. En Mitanni, Shaushka es la única autoridad que puede situarse por encima del padre de una joven en materia de matrimonios. El Egipto que yo he vivido no es muy diferente, por mucho que mi hermana intentara traer nuevas costumbres.

—Intentaré ayudarte. Ven, busquemos a mi hermana, ella sabrá qué hacer. ¿Cómo te llamas?

La joven se descubrió el rostro antes de responder.

—Soy la princesa Tadukhipa, la hija menor del rey.

# Pasaje de entrada

¿Dónde estoy?

¿Qué es esto?

Solo veo oscuridad, no oigo nada ni siento nada. ¿Estoy muerta? ¿Acaso es esto el País de Occidente, un negro vacío de soledad eterna? No me extrañaría. Siempre he sospechado que los dioses no existen, que no son más que patrañas inventadas para manipular al populacho. ¡Maldigo a todos los dioses! Renegué hace años de la Shaushka de mi infancia, nunca creí en los dioses de los egipcios, y Atón... en Atón sí creí durante un tiempo, aunque al final me haya abandonado, como todos.

Fui fiel a Atón y, pese a ello, estoy rodeada de oscuridad.

¿Quién anda ahí? ¿Quién se esconde entre las tinieblas? ¡Sabed que soy Nefertiti, faraón y reina de Egipto, y que ningún mortal puede poner la mano sobre mí!

¿Eres tú, Iltani? ¿Has venido a consolarme en mis últimos momentos? ¿O acaso tú has muerto también y has venido a darme la bienvenida?

Repaso el camino que me ha traído hasta aquí y no puedo detectar error alguno. Siempre tuve el don de ver las cosas con más claridad que los que me rodeaban y por eso fui consciente de cada una de mis decisiones y las tomé aceptando las consecuencias. ¿Cómo empezó todo? ¿Cuál fue mi primera decisión consciente, la causa primigenia que me ha traído hasta la negrura en que me encuentro ahora?

Me enfrenté a mi primera encrucijada cuando naciste tú, hermana. Como cualquier niña pequeña en esas circunstancias, me encontré con dos opciones: ponerme celosa debido a la atención que recibía el recién nacido o entregarle mi amor incondicional. Opté por lo segundo y he procurado mantenerme coherente con esa decisión durante toda mi vida, aunque muchas veces no lo hayas querido ver.

Porque te amaba te acepté como eras, sin cuestionarme tu naturaleza ni tu derecho a ser feliz. Porque te amaba me propuse salvarte el día que los hititas invadieron nuestra ciudad y asesinaron a nuestros padres. Porque la amaba ingresé contigo en el templo de Shaushka y junto a ella tomé los votos como

esclava sagrada.

Fue al darme cuenta de lo débil que era nuestra situación, de lo desprotegidas que estábamos frente a los vaivenes del destino y la malicia de los hombres, cuando resolví llegar por mí misma a una posición donde nadie pudiese hacernos daño, hermana, nunca más. Sé que muchos pensaron que lo hacía por mí, por mi propia ansia de poder, pero quizá si hubiera estado sola hubiera encontrado otra forma de sentirme protegida. Quizá me hubiera casado con un comerciante de Wassukanni que me tratara bien y eso hubiera sido suficiente: desde mi más tierna infancia, todos los hombres y no pocas mujeres me han encontrado hermosa y deseable, de modo que no habría tenido problema en elegir al compañero que más me hubiera convenido y llevar una vida cómoda y segura sin necesidad de acometer tantos trabajos. Pero no estaba sola, nunca lo he estado. Tenía que cuidar de ti y tú siempre has sido vulnerable. Iltani, eres la criatura más sensible y delicada que he conocido jamás. Tu luz sin duda llama a otros seres bondadosos como tú, pero también ejerce una terrible atracción sobre personas malignas y de alma putrefacta, que se acercan a ti para destruirte porque no pueden soportar que nadie brille con semejante pureza.

Cuando llegamos al templo de Shaushka, tú te entregaste a las devociones de la diosa. Aprendiste a curar a los enfermos, una ocupación apropiada para un alma limpia y generosa como la tuya. Sin embargo, desde el principio me di cuenta de que nuestra posición allí no era segura. Supe muy pronto que se esperaba de las esclavas sagradas que cumplieran ciertas obligaciones de carácter íntimo que quizá fuesen un problema para ti. También comprendí enseguida que, aunque éramos una comunidad de mujeres gobernada por una mujer, en realidad seguíamos sometidas a los hombres.

¿Quién me enseñó todo esto? Tey, por supuesto. ¿Acaso no te diste cuenta? Tey es una mente brillante de primer orden, no en vano es la última descendiente del linaje sagrado de la reina Hatshepsut, la primera mujer que llegó a convertirse en faraón de Egipto. Yo aún era una niña y llevaba poco tiempo en el templo cuando Tey me narró la historia de su familia. Hatshepsut tuvo dos hijas, Neferure y Ahmes. Neferure estaba destinada a heredar la corona de su madre. En la corte, muchos nobles se oponían a la idea de una dinastía femenina al frente de Egipto, por lo que la reina decidió enviar lejos a su otra hija, a Ahmes, para que se escondiera y preservara su linaje. Por descontado, Neferure fue asesinada y un varón heredó el trono de los faraones, mientras Ahmes y sus descendientes permanecieron escondidas en Mitanni, transmitiendo el secreto de su origen tan solo de madre a hija.

—Así lo hago yo contigo, Henti —me dijo Tey una mañana, en el santuario, cuando las dos limpiábamos a solas la imagen de Shaushka con agua de rocío—. Soy estéril y tu hermana y tú sois lo más parecido a unas hijas que tendré nunca. Y te elijo a ti para que mantengas vivo el linaje de la reina-faraón. Algún día, las

mujeres de nuestra estirpe gobernaremos de nuevo Egipto.

Y así fue como empezó a enseñarme cosas que no aprendían las demás esclavas sagradas. No es que me prefiriera a mí, entiéndelo, solo que yo era más parecida a ella. Me hizo estudiar y comparar las leyes y religiones de todos los países de nuestro entorno y, en especial, las de Egipto. También me adiestró en el canto y en el baile, así como en las artes del amor que, según ella, toda cortesana debía conocer, aunque a mí no me hayan sido de tanta utilidad. Me contaba historias de los grandes reyes y reinas del pasado y, juntas, repasábamos las leyendas de los dioses y tratábamos de averiguar qué había de verdad en ellas. Por encima de todo, me inculcó la necesidad de estar siempre alerta, porque un día surgiría la oportunidad de reclamar la herencia de Hatshepsut y no habría tiempo para dudar.

Y la oportunidad llegó.

Llegó de manos de la princesa Tadukhipa de Mitanni. Fuiste tú quien la trajiste, aunque sospecho que ignorabas el tesoro que representaba. Recuerdo muy bien el día en que ambas llegasteis a nuestra celda. Tú estabas ebria porque te habías dejado engatusar por aquellos enanos tuyos que tanto te divertían. ¡Claro que me di cuenta! Al fin y al cabo, eres mi hermana. Te habías tomado una o dos jarras de cerveza y nunca has tolerado bien ningún tipo de sustancia euforizante. Tropezaste al entrar en nuestro cuarto provocándome un enorme sobresalto, hasta el punto de que agarré el cuchillo que siempre escondo bajo la almohada y te amenacé de muerte, tomándote por un agresor.

Sí, siempre tengo un arma al alcance de la mano, incluso mientras duermo. Nunca olvido cómo murió nuestra madre.

—¡Hermana! —gritaste—. ¡Soy yo! ¿Se puede saber con quién me has confundido?

Recuerdo que abrí mucho los ojos, esforzándome por distinguir tus facciones en medio de la oscuridad. Por fin te reconocí. Siempre lo hago.

—¿Por qué has hecho tanto ruido? ¿Dónde estabas? He tenido que mentir a Tey y decirle que estabas indispuesta, para que nadie se enterase de tu ausencia. ¿Y las flores? ¿Dónde están las flores para Shaushka? ¡No se te puede encargar nada!

—Tenemos una visitante. La princesa Tadukhipa.

Ella se había quedado en el umbral de la puerta y no la había visto. Me apresuré a devolver el cuchillo a su escondite, colocar la mesa y el taburete y encender una tea antes de pedirle que entrara.

Aún puedo verla frente a mí. Aunque su intención era pasar desapercibida, cualquiera con un mínimo de criterio habría adivinado que pertenecía al gremio de los poderosos. Llevaba un collar de cuentas azules al cuello, pendientes y anillos de plata y las telas de sus vestidos eran las más finas que había visto jamás. A su lado, tú y yo parecíamos dos pordioseras. La ropa de las esclavas sagradas no

era elegante y tampoco nos estaba permitido emplear joyas.

¿Recuerdas? En pocas palabras, Tadukhipa nos resumió sus tribulaciones: su padre, el rey Tushratta, había resuelto enviarla a Egipto para que contrajera matrimonio con el faraón, que ya contaba una edad muy avanzada.

—Dicen que el Gran Amenofis tiene más de cien años. Acostarme con él será como yacer con una de esas momias que esconden los egipcios en sus pirámides.

—Nadie vive tanto tiempo —dije yo—. Seguro que el faraón aún conserva parte de sus fuerzas.

—Es igual, tendrá cincuenta, sesenta, setenta. ¡No me importa! Es un viejo asqueroso.

Sus ojos verdes, asustados, recorrían la habitación. ¡Pobre Tadukhipa! No era consciente de la oportunidad que le ofrecía el destino.

—Pero es el faraón. Serás reina de Egipto, el país más poderoso del universo.

—¿Reina? Mi tía Gilukhepa me contó que Amenofis tiene cientos de esposas encerradas en el harén que no ven la luz del sol más que cuando son requeridas para alguna ceremonia religiosa. La Gran Esposa Real, Tiya, es la que gobierna Egipto con látigo firme y no permite que ninguna de las otras mujeres le hagan sombra. Mi tía también fue enviada a Tebas para casarse con el faraón hace veinticinco años y jamás volvió a salir del palacio hasta el día de su muerte. ¡No quiero convertirme en una muerta en vida! ¡Quiero vivir!

—La vida de una esclava de Shaushka puede ser miserable. Tendrías que hacer voto de obediencia y seguir en todo momento las instrucciones de la suma sacerdotisa. Las esclavas tenemos obligaciones que no siempre son agradables. Habrás oído decir que, en ciertas ocasiones, debemos yacer con hombres que no son de nuestra elección para satisfacer los caprichos de la diosa...

—Hermana —interveniste tú—, sabemos que eso es así en otras ciudades y en otros reinos, pero nuestra Shaushka nunca nos ha exigido que entreguemos nuestro cuerpo a hombre alguno.

Como de costumbre, no entendías nada de lo que yo quería hacer. ¿Has comprendido ya, por fin? ¡Quería protegerte! ¡Buscar un lugar seguro para nosotras!

—Calla, Itani, porque eres joven y aún no has sido iniciada en los misterios.

—Ni tú tampoco. Ambas somos meras esclavas sagradas y distamos mucho de alcanzar las órdenes superiores del sacerdocio de la diosa.

—Durante todo este tiempo, mientras tú te dedicabas alegremente a aprender curas y remedios creyéndote una gran sanadora, yo he tratado de averiguar el tipo de vida que nos espera. Sí, Tadukhipa, princesa de Mitanni: Shaushka exige duros sacrificios de sus esclavas. Nosotras, mi hermana y yo, no tenemos otra elección y la vida del templo siempre será mejor que la que nos esperaba como huérfanas sin protección, pero tú sí tienes alternativas. Podrías ser reina de

Egipto. Sé que las princesas que son enviadas lejos para desposar a un monarca extranjero están autorizadas a llevar consigo un séquito de damas, eunucos y enanos de su elección. Podrías llevar a quien tú desearas, pedirle al faraón que te regale tu propio palacio y vivir feliz para siempre.

—Mi corazón no codicia lujos ni riquezas. Solo deseo servir a la diosa.

—Tu alma es noble, princesa. Si decides quedarte con nosotras, te acogeremos como a una hermana. Puedes contar con Iltani y conmigo para siempre, nunca te traicionaremos. Solo te pido que lo medites bien porque, a diferencia de nosotras, tú puedes elegir.

—Te agradezco tus consejos, en los que reconozco gran sabiduría. Si la diosa no me acepta, tened por seguro que os llevaré en mi séquito y viviréis conmigo en el palacio que me regale el faraón como si fuerais mis hermanas.

En ese instante la puerta se abrió con gran brusquedad. Tey irrumpió en el dormitorio con los ojos hinchados e inyectados en sangre. En vez de la túnica de sacerdotisa llevaba un camisón arrugado y su pelo rizado parecía un nido de cigüeñas.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí? Tú, jovencita —te dijo—, no creas que no me he dado cuenta de que no has vuelto a tu hora del mercado. ¿Dónde están las flores de la diosa? ¿Y qué es este escándalo? ¿Acaso has tomado cerveza y el equilibrio te ha traicionado? ¿Y qué es esto, has traído compañía? —Tey caminó hasta situarse frente a la princesa. Su rostro estaba encendido y parecía dispuesta a agarrarla por el brazo y arrastrarla ella misma fuera del templo, pero de pronto su expresión cambió para reflejar asombro. Se postró ante ella apoyando las manos sobre las rodillas, un gesto que yo aún no había visto hacer a nadie, e inclinó la cabeza—. Alteza, desconocía que hubierais decidido bendecirnos con vuestra presencia.

Tadukhipa se mordió el labio y no mostró intención alguna de hablar, de modo que fui yo la que tuvo que dar un paso al frente.

—La princesa está valorando pedir asilo a Shaushka de Nínive y tomar los votos como esclava sagrada, pero aún no ha tomado una decisión. Tey, creo que debemos invitarla a que permanezca con nosotras hasta que sepa qué desea hacer.

Tadukhipa se puso en pie, devolvió la banqueta a su lugar y tomó a Tey de los hombros para ayudarla a incorporarse.

—No necesito meditar más, mi decisión está tomada. Suplico ser admitida como esclava sagrada al servicio de la diosa. Entiendo que tengo que presentar mi solicitud ante la suma sacerdotisa, ¿es así? Os imploro que me llevéis ante ella.

—Nuestra suma sacerdotisa, la gran Enheduana, ha sufrido un ataque y ha perdido la consciencia. No creo que vuelva a despertar.

Fue un anuncio terrible. De hecho, tú perdiste el sentido en cuanto lo

escuchaste, no sé si por miedo, por angustia o simplemente porque estabas borracha. El caso es que te desvaneciste. Entre las tres te desnudamos y te tumbamos en tu esterilla.

Al rato, Tey se marchó. Accedió a permitir que Tadukhipa se quedara con nosotras y compartiera la esterilla conmigo. Recuerdo bien las palabras que le dije cuando ambas nos acostamos, la una junto a la otra, sin más sonido que nos perturbase más que tus suaves ronquidos.

—Hagamos un trato. Yo abogaré por ti y convenceré a nuestras superiores para que te dejen quedarte en el templo. Tomarás los votos de Shaushka y te convertirás en una de nosotras. Seremos como hermanas.

—Gracias, Henti, esto es todo lo que deseo. Llevar una vida sencilla al servicio de la diosa.

Me pregunté qué diría cuando le explicaran que tenía que renunciar a sus joyas y a sus trajes elegantes, pero preferí no mencionar nada al respecto. Quería ganármela, no asustarla.

—Haré todo lo que esté en mi mano para lograrlo, pero no creo que sea suficiente, amiga mía.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedo conseguir lo que deseo?

—Porque eres una mujer. Legalmente le perteneces a tu padre y, para él, no eres una persona, sino un simple objeto que intercambiar para conseguir sus objetivos. Si él ha decidido entregarte al faraón será porque necesita algo a cambio y no hay diosa en Mitanni que pueda protegerte de eso.

—Es un cruel destino. —Tadukhipa se enderezó, rompiendo el abrazo, y fijó la mirada en la tea que ardía en la celda—. Me quitaré la vida. La muerte es preferible a convertirme en la concubina de un viejo.

—No harás tal cosa. Si en verdad te marchas a Egipto, te harás amiga de la esposa principal de faraón, la reina Tiya. Amenofis es viejo y no se ocupa de los asuntos de gobierno, aunque hasta de joven estaba más interesado en cacerías y expediciones exóticas que en llevar el día a día del país de Kemi, por lo que es Tiya la verdadera autoridad suprema.

—¿Cómo puedes saber todo esto?

—Una esclava sagrada tiene que conocer muchas cosas para poder protegerse a sí misma —contesté—. Si Tiya ve en ti a una aliada y no una rival, te ayudará. En los harenes siempre es así. Aunque los hombres intentan que las mujeres se vuelvan unas contra otras, si son sabias siempre consiguen aliarse entre sí y frente a los auténticos opresores. Hazme caso: consigue el favor de Tiya y todo te irá bien.

—Gracias por el consejo, hermana, aunque espero que no me sea necesario y que mi padre me permita permanecer aquí a tu lado.

—Solo te pido un favor a cambio. Si finalmente marchas a Egipto, llévanos a Iltani y a mí como parte de tu séquito. Nosotras no estamos seguras aquí y en

verdad creo que en Tebas te puedo ser de utilidad.

Tadukhipa me miró con los ojos encendidos, me agarró y depositó un suave beso sobre mis labios. He de reconocer que su gesto me sorprendió, ya que en Mitanni no es costumbre que las mujeres se besen así, pero no dejé traslucir mi extrañeza, sino que le sonreí y asentí con la cabeza.

—Te lo juro, hermana. Si permanezco aquí te seré siempre fiel y procuraré ayudarte en lo que necesites. Y si finalmente he de marchar, encontraré la manera de llevarte conmigo. Te lo juro.

Por descontado, yo tenía razón. Nunca me he equivocado en asuntos que conciernan a los caprichos de los poderosos.

Nunca debiste dudar de mí. Por culpa de tus dudas, hermana, estoy muerta.

## Libro II

### *La profecía de Horemheb*

Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente de la llegada de Tadukhipa, Henti estaba sentada junto a mí y me ofrecía una infusión de hierbas con olor a canela. Sonreía.

—Cuando pase todo esto, tienes que contarme qué sucedió anoche. Diría que te divertiste. —El recuerdo del bruto que me había rechazado me hizo torcer el gesto. Mi hermana debió de darse cuenta de que algo me incomodaba, porque cambió el tema de conversación—. Anoche permanecí muchas horas hablando con Tadukhipa. Es una gran mujer, creo que en ella tendremos a una aliada.

—¿Qué estás tramando, hermana?

—Nada, pero siempre es bueno ser amiga de los poderosos. Debes asearte y vestirme enseguida. Tey ha convocado a todas las esclavas en el altar de Shaushka.

Las flores que había perdido acudieron de inmediato a mi memoria, aunque enseguida recordé algo aún peor.

—¿Nuestra suma sacerdotisa...?

—Sigue con vida, pero no sabemos cuánto tiempo permanecerá con nosotras.

Me di toda la prisa posible en adecentarme y, apenas unos minutos después, me presenté en el santuario de la diosa. La mayoría de mis compañeras habían llegado ya y arrastraban sus

sandalias de esparto por los suelos de mármol, moviéndose en círculos ante la implacable mirada de Shaushka. Me extrañó que Henti no hubiera llegado todavía, pero enseguida hizo su entrada junto a Tey y la princesa Tadukhipa. Las tres se situaron frente al trono vacío de la suma sacerdotisa. No les hizo falta pedir silencio ya que ninguna de nosotras hablaba, sino que mirábamos a las recién llegadas ávidas de respuestas.

—Hermanas, hoy es un día aciago para nosotras. Nuestra suma sacerdotisa ha caído enferma y está muy grave —anunció Tey mientras un murmullo casi imperceptible recorría el santuario. Asintió con gravedad antes de continuar su discurso—: Son muchos los asuntos que este templo tiene entre manos, por eso he convocado esta asamblea de esclavas para que, en ausencia de nuestra superiora, se tomen las decisiones necesarias, tal y como dicta la costumbre de nuestra orden. El primero de ellos es de carácter urgente. Anoche llegó al templo una aspirante que solicita ser admitida al servicio de Shaushka. Nuestras reglas establecen que es la suma sacerdotisa en persona quien debe tomarle los votos. No obstante, hoy nos enfrentamos a un caso excepcional que quizá requiera una excepción a la norma. La aspirante ha elegido a una de nosotras para que hable en su nombre.

Henti tomó las manos de la princesa, le hizo una leve reverencia y la besó en la frente antes de dar un paso al frente y dirigirse a la asamblea de esclavas.

—La aspirante recibe el nombre de Tadukhipa y su padre es nuestro soberano, Tushratta de Mitanni. El rey ha decidido enviar a su hija a Egipto para que despose al faraón Amenofis, viejo y enfermo. La princesa suplica convertirse en esclava sagrada para que Shaushka de Nínive la proteja de un destino que aborrece. — Henti hizo una pausa mientras sus ojos recorrían, una a una, a todas las presentes—. Es privilegio de toda mujer pedir el amparo de la diosa, aunque sea frente a un rey. Tushratta acudirá a nuestro templo hoy mismo, al caer el sol, para participar en los ritos en

honor a la diosa. Permitamos que su hija goce de la protección de Shaushka cuando llegue su padre.

Henti retrocedió dos pasos, se colocó junto a la princesa y bajó la cabeza modestamente.

—Si alguna de vosotras se opone a que Taduhipa de Mitanni presente juramento de sumisión a la diosa, que hable ahora —dijo Tey. Esperó unos segundos en los que nadie alzó la voz antes de dirigirse a la princesa—: Aspirante, ponte de rodillas. Shaushka es un ama exigente a la que deberás consagrar cada aliento de tu vida. ¿Estás dispuesta?

—Sí, lo estoy —respondió Taduhipa, arrodillándose.

—¿Juras obediencia y lealtad eterna a Shaushka de Nínive?

—Sí, lo juro.

—¿Te declaras propiedad eterna de la diosa, quien podrá disponer de ti a su antojo?

—Sí.

—Yo, Tey-Hepa de Wassukanni, descendiente del linaje de la Primera de las Nobles Damas de las Dos Tierras, te consagro esclava de Shaushka ante la asamblea de mis hermanas. Que ningún mortal, ya sea príncipe, rey o faraón, ponga la mano sobre ti sin su permiso.

Taduhipa se levantó con lágrimas en los ojos y corrió junto a Henti para darle un beso en la mejilla. A mí también me miró y me dirigió una fugaz sonrisa.

La asamblea de esclavas tenía otro importante asunto entre manos. Como nos había recordado mi hermana, aquella noche se celebrarían las bodas sagradas entre Shaushka de Nínive y el pastor Dumuzid, en la cual officiaría el mismísimo rey de Mitanni. Además del hecho vergonzoso de no contar aún con flores para decorar el altar, nos enfrentábamos a un serio dilema. A pesar de su avanzada edad, siempre era la suma sacerdotisa la que asumía el papel de la diosa en el ritual. Yo misma había presenciado en más de una ocasión cómo la anciana Enheduana parecía rejuvenecer varias décadas al ser poseída por el espíritu divino; hasta sus ojos,

habitualmente vacíos a causa de su ceguera, retornaban a la vida y parecían iluminarse con un resplandor sobrenatural.

Fue la propia diosa la que manifestó cuál era su voluntad.

Tey, que era la esclava de mayor rango entre nosotras, trajo una fuente de barro en la cual había una veintena de guijarros de río, de apariencia idéntica entre sí. Comenzó a introducir los guijarros, uno a uno, en una bolsa de piel de oveja y, cada vez que metía uno, pronunciaba el nombre de una de nosotras. Cuando ya nos hubo citado a todas excepto a sí misma, tomó un último canto idéntico a los anteriores en forma y tamaño, aunque difería por haber sido teñido de un intenso color rojo, y lo colocó dentro de la bolsa con gran ceremonia.

—Cada una de nosotras, a ciegas, elegirá un único guijarro. La que saque la piedra color escarlata será la afortunada que encarnará a Shaushka de Nínive este año en su matrimonio con Dumuzid.

Una a una, las esclavas fuimos pasando ante Tey para escoger un guijarro del saco. Cuando le llegó el turno a Tادukhipa pude ver que titubeaba y dirigía la mirada a Henti, que asintió como dándole su permiso. Me pregunto qué hubiera ocurrido si la princesa hubiera extraído la piedra escarlata, ¿se le hubiera permitido officiar el rito sagrado? ¿Hubiera eso cambiado nuestro destino? Nunca llegó a plantearse la cuestión ya que Tادukhipa extrajo un guijarro blanco.

Henti fue la siguiente. Su rostro permanecía impassible y era imposible leer en él emoción alguna. Extrajo un canto rodado de color blanco y regresó a su lugar con el mismo gesto imperturbable.

Llegó mi turno. Avancé temblando hasta el saco, introduje mi mano y saqué la piedra escarlata.

Quizá por insensatez, no sentí miedo alguno. En el instante en que mis ojos atisbaron el color del guijarro, mi corazón se hinchó de gozo y la alegría inundó todo mi ser. De entre todas sus esclavas sagradas, de entre todas las sacerdotisas que la servían y que poseían el cuerpo perfecto de las mujeres, Shaushka me había elegido a mí. Pensé que todo lo ocurrido obedecía a un plan

sagrado. La invasión de los hititas, la muerte de mis padres, el rechazo del hombre de la taberna, hasta la enfermedad de la suma sacerdotisa Enheduana: todo había ocurrido para que Shaushka pudiera elegirme su servidora y hacer que yo la encarnara el día de sus bodas sagradas.

Las horas siguientes a mi elección me parecen envueltas en la bruma. Me encontraba más aturdida que cuando había probado la cerveza: la noticia se me había subido a la cabeza como el más exquisito de los licores. Por fortuna, la costumbre dictaba que fueran mis compañeras las que se ocuparan de prepararme para la ceremonia. Aunque acababa de lavarme, volvieron a frotar todo mi cuerpo con agua de lluvia y ungirlo con aceites y perfumes. Me rasuraron el poco vello que tengo para que mi piel estuviera suave como una flor de loto. Trenzaron mi pelo y lo adornaron con una guirnalda de flores. No se me permitió comer nada más durante el resto de la jornada y solo pude beber una infusión de hierbas para purificar mi cuerpo. Por lo demás, permanecí el día entero recostada, soñando despierta, descansando para el ritual de la noche, mientras las demás se encargaban de hacer los preparativos, entre ellos, volver a comprar las flores que yo había perdido el día anterior.

Aunque la temperatura dentro del templo era cálida, mi cuerpo temblaba de anticipación y la piel se me erizaba. Había presenciado varias veces la ceremonia cuando era Enheduana quien la oficiaba, pero en aquella ocasión no sabía muy bien qué esperar. Para mí, las bodas sagradas de Shaushka y Dumuzid estaban envueltas en la magia. En cierta medida, esperaba que la diosa me poseyera y transformara mi cuerpo para dotarlo de los rasgos femeninos que siempre debió haber tenido.

Era una ilusa.

La ceremonia siempre tenía lugar en el patio central, que se iluminaba con decenas de lámparas de aceite. La imagen de la diosa era llevada hasta allí en procesión y situada sobre un altar de flores. En el centro se disponía un tálamo de madera labrada,

cubierto de pieles de oveja, donde había de consumarse el matrimonio sagrado. Las esclavas sagradas se distribuían alrededor del lecho y entonaban cantos y rezos mientras duraba el ritual.

En el momento preciso en que el sol se puso tras las montañas de Wassukanni, las sacerdotisas empezaron a cantar. No se toca ningún instrumento el día de las bodas de Shaushka, sino que toda la música ha de brotar de las gargantas de sus servidoras. Yo estaba todavía en mi aposento, vestida con la túnica escarlata de la suma sacerdotisa y temblando de pies a cabeza. Tef y Hemet llamaron a la puerta de mi dormitorio. Habían venido con una litera para transportarme hasta el tálamo.

Mi mirada se cruzó con la de Tef. Hice un esfuerzo por tratar de sonreír, pero creo que no acabé de lograrlo.

A partir de ahí, el tiempo pareció ralentizarse, como si el mismo aire se hubiera vuelto espeso y cada movimiento fuese más trabajoso de lo normal. Jamás se me había antojado tan largo el camino desde el cuarto que compartía con Henti hasta el patio central del templo. Atravesamos pasillos y corredores sin pronunciar palabra. Solo se escuchaba el canto de las esclavas.

Cuando llegamos a cielo descubierto, me maravilló ver la luna llena que brillaba alta en el cielo. El fuego de las lámparas, las flores, el canto sagrado, todo parecía influir para darle a la atmósfera una dimensión sobrenatural. Contemplé la estatua de Shaushka, mi dueña, que aquella noche estaba engalanada con una túnica semejante a la mía, y me pareció que estaba a punto de cobrar vida.

Tef y Hemet me trasladaron con sus pequeñas manos de la litera al tálamo sagrado, hicieron una reverencia y se retiraron, ya que ningún varón, excepto el rey que encarna al pastor Dumuzid, debe presenciar los misterios de Shaushka.

El canto se intensificó. Yo yacía en la cama, temblando de frío y de ansiedad. Mis ojos iban de la imagen de la diosa a la luna llena, de ahí a mis compañeras y de vuelta a la imagen. Sentía una gran

presión en el pecho y pensé que podía tratarse del espíritu divino que se posaba sobre mí.

Entró entonces un hombre, vestido con las sencillas ropas de un pastor de cabras: un *konakés* de piel de oveja, sandalias de cuero y el torso peludo al descubierto. Pensé que el rey tenía un aspecto semejante al del hombre que me había rechazado en la taberna, aunque enseguida me obligué a apartar aquella idea que se me antojó sacrílega. Las esclavas se apartaron para dejarle el camino libre hasta mí. Él se acercó a paso apurado, ansioso, y, sin detenerse siquiera para mirarme, se subió a la cama y se montó encima de mí. Mi corazón estaba desbocado y mi respiración era corta y agitada, como la de un cervatillo. Sus manos recorrieron mi cuello provocándome un estremecimiento, de ahí bajaron al pecho, hacia el vientre y llegaron entre mis piernas. Se detuvieron en mis atributos, como si por un instante no comprendiera qué estaba tocando, y se mantuvo así, quieto, sin moverse, como si la diosa lo hubiera paralizado, hasta que gritó:

—¿Qué significa esto? ¡Enheduana! ¿Dónde está esa vieja alcahueta?

Empezó a incorporarse, pero no había tenido tiempo de ponerse en pie cuando tres mujeres acudieron junto a nosotros. Henti se arrodilló junto a mí, Tey me sostuvo la cabeza mientras me acariciaba los cabellos y Tadukhipa se enfrentó a su padre y le dirigió una mirada de desprecio. El rey abrió mucho los ojos y llegó a esbozar un gesto como si tuviese intención de hablar, pero una voz atronadora, fantasmal, que parecía surgida de una tumba, nos sobrecogió.

—¿Quién osa profanar los ritos de la diosa? ¿Quién es este hombre que desafía la voluntad de Shaushka de Nínive?

Enheduana, vestida solo con un camisón, con el pelo alborotado y los pies descalzos, había irrumpido entre nosotras y señalaba al tálamo sagrado con su dedo largo y huesudo.

—Soy el rey de Mittani y es mi derecho y mi deber poseer esta noche a la suma sacerdotisa, aunque sea vieja y sus carnes estén

secas como el pescado en salazón —respondió Tushratta, bajándose de la cama y plantando cara a Enheduana—. No yaceré con un invertido porque esto es contrario a lo que dictan los dioses.

—En el templo de Shaushka de Nínive no hay ningún rey, al igual que a ningún hombre le está permitido desafiar los designios de la diosa. —Enheduana alzó los brazos al cielo. Sus carnes, que solían ser flácidas y temblorosas, cobraron firmeza al tiempo que todo su cuerpo se tensaba y parecía llenarse de poder. Puso los ojos en blanco y, por un momento, creí que iba a comenzar a levitar: se hizo más alta, sobrehumana incluso, aunque mantuvo los pies en el suelo—. Hoy el templo de Shaushka alberga a cuatro reinas, cuatro esclavas sagradas a las que la diosa ha designado para gobernar sobre los hombres. La primera es tu propia hija. Por tu violencia contra ella, tu simiente estará maldita por siempre. La segunda está de rodillas, pero sus ejércitos te harán inclinarte a ti. La tercera reclamará su herencia y por su causa perderás tú la tuya. A la cuarta la has despreciado hoy, pero un extranjero vendrá a buscarla y hará de ella la más poderosa de las reinas.

—Cómo... osas... —comenzó a murmurar.

—¡Fuera de aquí! —gritó Enheduana, y su voz fue como una manada de leones, como una estampida de elefantes, como el estallido de un volcán—. La diosa no yacerá contigo esta noche. ¡Vete, maldito!

Tushratta comenzó a retroceder, titubeando. Miraba en todas direcciones, como un cerdo a punto de ser pasado a cuchillo. La luz de las lámparas bailaba en sus ojos proporcionándole el aspecto de un loco, de un poseído. Creí que iba a huir, pero de pronto se irguió, escupió al suelo y agarró a su hija por el pelo.

—Zorra, tú cumplirás mi voluntad, aunque sea lo último que haga.

—¡Suéltame!

Tadukhipa chilló, sus ojos verdes abiertos de par en par y su rostro contraído en un gesto de pánico, pero su padre le dio una bofetada que la hizo caer al suelo. A continuación, la arrastró del

cabello hasta la salida del templo y ambos se perdieron en la noche. Las demás quedamos en silencio, como si un encantamiento hubiera caído sobre nosotras. Cuando volvimos nuestra mirada hacia Enheduana, comprobamos que la suma sacerdotisa se había desvanecido y yacía derrumbada en el suelo.

Yo seguía en el lecho con el corazón agitado y las ropas desordenadas. Henti, aún arrodillada junto a mí, acercó su boca a mi oreja y susurró:

—Hermana, hemos presenciado una profecía.

—¿Qué crees que significa?

—Las cuatro seremos reinas, Taduhipa, Tey, tú y yo.

—¿Un extranjero vendrá a buscarme?

—Y hará de ti la más poderosa de todas, hermana.

Me pregunto, oh, Atón, si fuiste tú quien inspiraste a Enheduana para que me hablara por primera vez de Horemheb.



Tras mi frustrada boda mística con el pastor Dumuzid, el templo de Shaushka cayó en desgracia. No hubo grandes anuncios ni proclamas, no se firmó edicto alguno, pero el rey Tushratta hizo saber que la diosa había perdido su favor y los efectos fueron inmediatos. Se produjo un descenso importante en el número de fieles que acudían a nuestro templo y también una merma en los donativos y exvotos que recibíamos. Cada día eran varias las esclavas sagradas que anunciaban que abandonaban nuestra comunidad para unirse a otra congregación. Apenas acudían novicias y hasta los enfermos parecían evitar nuestros cuidados.

Enheduana sobrevivió tres días más a su paroxismo profético, pero al fin entregó su alma a la diosa y Tey asumió el puesto de suma sacerdotisa. En cuanto a la princesa Taduhipa, supimos que había partido hacia Egipto para ser entregada a su futuro esposo, el faraón Amenofis.

Yo sentía un profundo desasosiego. Mi dueña, Shaushka, me había elegido a mí para encarnarla en sus bodas sagradas y estas no habían llegado a consumarse, lo cual me provocaba un profundo sentimiento de fracaso. Mi deber como esclava sagrada había sido yacer con el rey y yo había sido incapaz de cumplirlo, lo cual sin duda me hacía aborrecible ante los ojos de mi ama. Yo era la causa de la pérdida del favor del rey.

Henti, en cambio, rezumaba alegría y optimismo. Se volcó aún más en sus estudios, especialmente en aquellos que tenían que ver con las leyes, la lengua y las costumbres de los egipcios. Cuando yo le preguntaba a qué se debía su alborozo en tan aciagas circunstancias, ella evitaba darme respuestas y solo me confiaba que nuestra vida estaba a punto de cambiar y que esto sucedería muy pronto.

Fue una mañana del mes de *malkanum*, cinco lunas completas después del ritual fallido. Un mensajero del faraón de Egipto llegó al templo y pidió vernos a Tey, a Henti y a mí. Fue recibido en el mismísimo santuario de Shaushka, con Tey sentada en su trono de suma sacerdotisa y mi hermana y yo a izquierda y derecha.

Cuando lo vi por primera vez, su belleza me golpeó y nubló mis sentidos como la coza de un caballo. Nunca había visto a un hombre tan hermoso como él. En aquel entonces Horemheb era joven, aunque no niño. Su rostro lucía facciones perfectas, esculpidas como si fuera una figura de piedra y no un ser humano. Sus ojos negros eran profundos e insondables. Sus labios carnosos se curvaban formando una sonrisa irónica. La nariz era grande y recta, dándole cierto parecido con un halcón. Su cuerpo, en fin, denotaba toda una vida de entrenamiento, ya que cada uno de sus músculos era claramente visible bajo su piel dorada y sin un solo vello. Hasta sus pies me parecieron atractivos, con el dedo índice más largo que el pulgar y las uñas perfectamente recortadas. Vestía la faldilla tradicional que los egipcios llaman *shenti* y sandalias de papiro.

Sí, me estremecí de deseo la primera vez que vi a Horemheb. En cuanto fui consciente de que lo miraba con demasiada

intensidad, bajé los ojos. El recuerdo de los rechazos que había sufrido de manos de los hombres durante mi corta existencia me había vuelto aún más tímida e insegura de lo que ya era.

En contra de la costumbre, él no se postró ni se arrodilló ante la diosa, sino que se mantuvo erguido y con el porte orgulloso.

—Mi nombre es Horemheb y soy oficial del ejército del faraón Amenofis.

Extrajo una tablilla de barro cocido y se la entregó a nuestra suma sacerdotisa, que la leyó en voz alta.

—A Amenofis, rey de Egipto, mi hermano, mi yerno, al que amo y que me ama. Yo, Tushratta de Mitanni, envío saludos a mi hija, tu esposa, la princesa Tadukhipa. Has de saber que la diosa Shaushka ha hablado así: «Deseo ir a la ciudad de Tebas, en Egipto, para cuidar del faraón. Me acompañará una comitiva de esclavas que me ayudarán a devolverle la salud. Después regresaré a mi hogar». Te la envío, hermano mío, con mis bendiciones.

Henti y yo observamos al visitante en silencio. Ella sin duda había adivinado de qué trataba el asunto, pero yo estaba inmersa en la más profunda ignorancia.

—Amenofis está enfermo —explicó Horemheb—. La joven reina Tadukhipa ha sugerido que Shaushka de Nínive y sus esclavas podrían ayudar al faraón a recuperar la salud y, como podéis ver, su padre ha accedido a su petición. Me he ofrecido voluntario para escoltaros hasta allí.

—Comprendo, noble extranjero —respondió Tey—. Deliberaré con mis esclavas y te notificaré qué sacerdotisas acompañarán a la diosa en su viaje.

—La joven reina Tadukhipa ha proporcionado tres nombres: el de la suma sacerdotisa llamada Tey y dos esclavas llamadas Henti e Iltani. —Al pronunciar mi nombre, Horemheb puso los ojos sobre mí con tal intensidad que me pareció que me desnudaba, que me arrancaba la ropa a jirones y me dejaba expuesta ante él. Me ruboricé y bajé de nuevo la mirada—. ¿Sois vosotras?

El terror me paralizó los miembros y una sensación fría se me instaló en las entrañas, como si hubiera comido algo en mal estado y el vientre se me descompusiera. En mi interior, le supliqué a Shaushka que apartara de mí aquella pesada tarea.

—Así es —contestó Henti, en nombre de las tres.

—Se ha dispuesto entonces que me acompañéis a Tebas junto a la imagen sagrada de vuestra diosa.

—Así se hará —accedió Tey—. Necesitaremos un tiempo para preparar el viaje.

—Tenéis tres días y podéis disponer que un máximo de dos criados que os asistan. No tenéis que preocuparos por vuestro alojamiento y manutención en Tebas, ya que todo ha sido previsto.

—Estaremos listas.

Horemheb se dio la vuelta y pareció a punto de echar a andar hacia la salida cuando, de pronto, se giró de nuevo y clavó los ojos en mí.

—Tú, Iltani, acércate. Deseo contemplarte. —Miré a nuestra superiora, aterrada, pero ella asintió y yo me acerqué al bello desconocido. Me sujetó las mandíbulas con su mano derecha y alzó un poco mi rostro, como quien estudia la faz de un caballo que valora comprar—. Eres lo que llaman una sacerdotisa *gala*, ¿es cierto?

El rubor que había sentido en mis mejillas se me extendió a las orejas, al cuello, al pecho, a todo el cuerpo. Si hubiera podido obrar algún tipo de magia para desaparecer lo hubiera hecho a costa de cualquier precio, pero, al no quedarme más remedio, me limité a asentir. Horemheb no me soltaba, de modo que acabé por responder en voz alta.

—Así es, señor.

—Interesante. No tenemos muchas como tú en Egipto. Me pregunto cómo te recibirán en la corte.

—¿En la corte?

—Si vais a tratar de sanar al faraón, tendréis que visitarlo en palacio, imagino. No creo que vuestro arte pueda hacerse a

distancia.

Nuestra suma sacerdotisa se levantó para acompañar a Horemheb, dejándonos a mi hermana y a mí a solas en el santuario. Yo estaba aturdida, nerviosa y confundida. La idea de abandonar Wassukanni me producía pánico. Jamás había salido de la ciudad y no sentía deseo alguno de hacerlo. Estaba molesta con Henti, porque no me cabía duda de que la súbita aparición de Horemheb obedecía a los oscuros planes que ella había trazado con la princesa Tadukhipa la noche de su llegada al templo, cuando yo dormía mi borrachera. Pero, a pesar de todo... la idea de viajar con el hermoso Horemheb me hacía estremecer. Era joven, inexperta y jamás había yacido con un varón. Sus intensos ojos negros habían encendido en mí la peligrosa llama de la curiosidad.

—¿Te lo dije o no te lo dije? —me preguntó Henti mientras ambas caminábamos de vuelta a nuestra celda—. Iremos a Egipto y haremos realidad la profecía. Las dos seremos reinas.

—Yo no deseo ser reina.

—¿Qué disparate es ese? ¿Por qué no ibas a querer algo así?

—Yo solo deseo una vida tranquila. Ojalá no hubiera llevado a Tadukhipa a verte aquella noche. Si tú no la hubieras engatusado con tus promesas, ambas podríamos permanecer aquí para siempre.

—Dirás lo que quieras, pero por cómo mirabas a ese extranjero, diría que lo seguirías hasta el fin del mundo.

Le saqué la lengua y ahí terminó nuestra conversación.

Los preparativos para nuestra partida comenzaron de inmediato. Aunque Horemheb había traído consigo un pelotón de cinco soldados, Tef y Hemet ayudaron con los detalles más trabajosos. Ellos también participarían en el viaje. Henti y yo recibimos el encargo de arreglar a la estatua de la diosa para el traslado. Tuvimos que envolverla en telas y pieles de animal para evitar que sufriera daño alguno en caso de que ocurriera algún accidente. Se le mandó construir un altar portátil de madera que se cerraba como un cofre. Shaushka fue depositada en su interior,

rodeada de ofrendas florales y aceites, así como alforjas que contenían vino y frutas, para que nuestra dueña y señora no pasara penalidad durante el viaje. También empaquetamos varios cofres con los objetos necesarios para el culto: jarras de libaciones, incensarios, copas de plata, lámparas sagradas y demás, amén de los remedios y pociones que usaríamos para atender la enfermedad del faraón Amenofis.

Durante todo este proceso apenas le dirigí la palabra a mi hermana, aunque ella estaba tan absorta en su propia felicidad que apenas fue consciente de ello. Hablaba sin cesar con Horemheb y sus soldados para preguntarles todo tipo de detalles sobre la vida en Tebas. ¿La joven reina Tadukhipa poseía un palacio propio? ¿Se había convertido en la favorita del faraón? ¿Qué carácter tenía la reina Tiya? ¿Cómo era el príncipe heredero?

—Haces demasiadas preguntas, jovencita —la reprendió Horemheb en una ocasión, mientras supervisaba el embalaje de la estatua de Shaushka—. No eres más que una esclava. Tienes que aprender a permanecer en tu lugar.

—No seré una esclava para siempre —respondió mi hermana.

Aunque no fue capaz de extraerle ninguna información a Horemheb, sí sonsacó chismes y anécdotas a los soldados. Fue así como nos enteramos de que el faraón llevaba semanas inconsciente. Era la reina Tiya la que gobernaba Egipto en su nombre, ayudada por su hermano, el poderoso visir Ay. En cuanto al príncipe heredero, Tutmosis, se decía que era un hombre dado a todo tipo de excesos: alcohol, mujeres, juego. Tenía un hermano, Amenhotep, que poseía fama de afeminado y había protagonizado no pocos escándalos por divertirse con soldados y otros miembros masculinos de la corte.

—La reina está enfrentada con todo el gremio de sacerdotes de Amón —le confió uno de los soldados, que nos ayudaba con las tareas de embalaje—. Esa mujer tiene más cojones que cualquier militar que yo haya conocido. Antes Amón era el propietario de las tierras y todos los tributos se le pagaban a él. La reina ha echado a

los sacerdotes y ha reemplazado a Amón por un dios nuevo que se llama Atón, del cual nadie había oído hablar, y el dinero de los impuestos lo percibe ella.

—¿Quién es este Atón?

—Nadie lo conoce. Se dice que no es masculino ni femenino, ni hombre ni mujer, que no tiene rostro y que está en todas partes. Los sacerdotes de Amón lo odian y comentan que es una invención de la reina, pero yo, por si acaso, le he construido un altar y lo venero siempre que puedo.

—¿Y cómo se le venera, si no tiene faz?

—Su rostro es el sol y lo adoramos al aire libre, rogándole que nos bendiga con sus rayos.

Mi hermana estaba entusiasmada con estas charlas, pero a mí todo aquello no podía interesarme menos. Conforme se acercaba el momento de la partida estaba más y más angustiada, ya que tanto preparativo tenía un cierto aire de definitivo, como si nunca fuésemos a regresar a Wassukanni.

Llegó el día de nuestra marcha. De las tres esclavas que escoltaríamos a Shaushka, yo parecía la única sofocada y preocupada por los avatares del viaje. La perspectiva de adentrarme en lo desconocido me aterraba. Aunque no había desaparecido mi enfado con Henti, reconozco que su presencia seguía siendo fuente de seguridad y confianza para mí. Lo único peor que partir al exilio hubiera sido ser desterrada sin ella. Horemheb continuaba produciéndome tan honda impresión que apenas me atrevía a dirigirle la palabra. Si le descubría con los ojos posados en mí, retiraba la mirada y el rubor me subía a las mejillas.

La primera etapa del viaje se realizó a bordo de una caravana, propiedad de un mercader mitanno que transportaba lana y vellones de oveja hasta el puerto de Ugarit. Aunque la diosa y sus pertenencias iban en un carro acorde con su dignidad y Horemheb montaba un hermoso corcel, las esclavas debíamos hacer el trayecto sobre los lomos de un burro, algo que encontré extremadamente penoso y que me produjo heridas y rozamientos en

los muslos y en las posaderas. Tef y Hemet tuvieron aún menos suerte ya que debían marchar a pie junto a los soldados que Horemheb había traído como escolta, con las armas en ristre por si nuestra expedición era atacada por los bandidos. Hacíamos noche en humildes posadas y hosterías, de las que solo recuerdo el picor infligido por las numerosas mordeduras de pulgas, chinches y demás parásitos.

Al cabo de diez días de viaje llegamos a Ugarit, que es también el lugar de donde era originaria nuestra difunta suma sacerdotisa. Para hacer honor a su memoria, Tey nos dio orden de sacar a Shaushka de su altar de madera y quemamos incienso ante ella para pedir que a Enheduana no le faltara nada en el más allá. Tras pagar lo que se les debía a los mercaderes con oro de la propia diosa, abordamos una embarcación egipcia que recibe el nombre de *kebenit* porque es capaz de navegar por mar abierto, aunque eso sí, solamente de puerto a puerto y evitando las grandes corrientes, oleajes, vientos excesivos, tormentas y tempestades, amén de los monstruos marinos que habitan en las profundidades del océano. Paramos, por tanto, en multitud de pequeñas ciudades costeras, pero no recuerdo sus nombres porque eran demasiado numerosas y mi estado de salud, muy frágil.

El viaje por mar me resultó odioso en extremo. Padecí náuseas, sudores y mareos durante todo el tiempo que no estábamos en tierra. Los marineros egipcios hacían bromas a mi costa y me daban a oler pescado podrido y aguas fecales para molestarme. He de decir que Horemheb me mostró el mayor de los respetos y solía regañar tanto a los marinos como a sus soldados si los descubría riéndose de mí. En varias ocasiones se acercó a mí y trató de darme consejos para sobrellevar el malestar, aunque me ponía tan nerviosa cada vez que posaba sus ojos en mí que no lograba entender nada de lo que me decía.

Aunque en menor medida que yo, Tey también sufrió durante la travesía y pasaba la mayor parte de las horas de navegación apoyada en el castillete de proa tratando de inhalar la brisa marina

que, según decían, era beneficiosa para nuestro estado. Henti, por el contrario, no experimentó mal alguno hasta el punto de que entre la tripulación se extendió el rumor de que era hija de la diosa babilonia Tiamat, señora de los océanos. Correteaba de proa a popa y de babor a estribor acosando a marinos y soldados por igual con sus interminables preguntas sobre Egipto, el faraón y los restantes miembros de la familia real.

Tef y Hemet no tuvieron ocasión siquiera de quejarse ya que, debido a su condición de sirvientes, debían ayudar a los tripulantes en las labores de navegación, así que ignoro si sufrieron o no.

Sí recuerdo, por el contrario, el nombre de la ciudad donde bajamos de aquel *kebenit*. Fue tal mi alegría al saber que llegábamos a tierra firme y que no era necesario que regresáramos al mar que me puse a cuatro patas como un gato y besé el suelo de aquel lugar, Per-Amón, bendito sea por siempre. Los marineros egipcios me contaron que eran muchas las expediciones marítimas que pasaban por aquel lugar, por lo que había un templo dedicado a la diosa Isis Faria, protectora de los navegantes y muy popular entre ellos. Pedí ser llevada hasta allí para derramar perfume sobre sus pies y agradecerle el haber llegado con vida y rogarle que no volviera a permitirme abordar navío alguno. Mi alegría, no obstante, no fue duradera ya que fui informada de que debíamos embarcar nuevamente, esta vez para navegar aguas arriba por el río Nilo hasta nuestro destino en la ciudad de Tebas.

Para mi fortuna, descubrí que la navegación fluvial es menos ardua para los seres humanos que la marítima. Aunque el Nilo es el mayor río del mundo y su cauce es tan ancho que la vista puede perderse en sus aguas sin llegar jamás a la orilla, lo cierto es que el oleaje es menor y el balanceo se me hizo soportable. No voy a decir que disfrutara el trayecto, pero mi mente recobró la curiosidad y a mis ojos les resultó grato contemplar nuevos parajes. Atravesamos ciudades como yo jamás había visto: Tanis, Avaris, Heliópolis y hasta Menfis, la antigua capital donde vi por primera vez las pirámides. Horemheb nos explicó que, según los sacerdotes, son

gigantescas escaleras de piedra que servían para que los grandes reyes del pasado pudieran ascender hasta el sol. También me maravillé con los templos de piedra maciza y las estatuas de tamaño colosal que representaban a dioses y faraones e incluso a la poderosa reina Tiya.

—Cierra la boca o una mosca del Nilo te entrará en la garganta, podrá huevos allí y morirás sin remedio antes de ver la gloriosa Tebas —me dijo mi hermana una tarde que, apoyada en la baranda a estribor del barco, observaba la necrópolis de Abidos donde, según los marineros, estaba enterrado el primer faraón de Egipto.

—¿Por qué me dices eso? No he oído hablar de tal mosca.

Ella sonrió, me cogió del hombro y depositó un beso sobre mi mejilla.

—Adoro tu ingenuidad, querida Itani. No la pierdas nunca porque es tu mejor virtud. Pero procura no parecer una campesina analfabeta que nunca ha salido de su terruño. Mañana llegaremos a Tebas y quiero que todos nos admiren y nos respeten. Nos espera un gran futuro en Egipto, a ti y a mí.

En aquel instante sentí que la telaraña que había envuelto mi corazón terminaba de deshacerse. Por aquel entonces ya era bastante más alta que Henti, así que la abracé de tal modo que su rostro quedó apoyado en mi pecho.

—Este es un gran país, hermana, con edificios y construcciones como jamás había visto, pero... ¿crees que seremos felices aquí?

—No tengo ninguna duda.

Henti se marchó al cabo de unos minutos, pero yo aún permanecí largo rato apoyada en la barandilla mientras contemplaba la puesta de sol. El astro se había teñido de color sangre y desaparecía a lo lejos tras las dunas del desierto. Egipto se me antojaba un país mágico y fascinante, muy diferente de lo que yo conocía, pero quizá agradable después de todo. Aquella noche no tenía sueño. Me acosté en cubierta, sola, para disfrutar por última vez de la visión del cielo estrellado.

Ni siquiera me atrevía a pensar qué sería de mí al día siguiente.

Un leve sonido en cubierta me alertó. Me incorporé para descubrir una sombra que caminaba por la embarcación para sentarse junto a mí, con las piernas cruzadas y una expresión de gran seriedad dibujada en el rostro. Era Horemheb.

—Mañana llegamos a Tebas. He observado que no estás satisfecha con tu destino.

Me frustraba resultar tan transparente para un desconocido, por muy hermoso que fuera, aunque no podía negar que había mostrado mi descontento con el viaje de forma muy notoria.

—No es papel de las esclavas sagradas cuestionar las órdenes de sus superiores. Pero es la primera vez que abandono mi hogar. Estoy deseando acabar nuestra misión y regresar a Wassukanni.

—No sé si eso va a ser posible.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—A pesar de lo que digan las tablillas y las cartas que se intercambian nuestros soberanos, tengo instrucciones de vuestro rey para no permitir que regreséis nunca a Mitanni. Cuando acabe vuestra misión aquí, debo llevaros a Nínive, donde hay un templo de vuestra diosa. Allí permaneceréis.

—¡Pero esto no es posible! —grité, alarmada. Horemheb me tapó la boca para obligarme a guardar silencio al tiempo que se ponía el índice sobre los labios.

—Me irás conociendo, Iltani, y sabrás que nunca miento. Juré a mi dios, que es el halcón, que mis palabras siempre se corresponderían con la verdad y así lo he mantenido desde entonces. Vuestro rey está enojado con las cuatro: con su hija Tadukhipa, con vuestra superiora, con tu hermana y contigo, y no desea veros nunca más. Parece que la causa es cierta profecía.

Horemheb me liberó, y el contacto de su mano contra mi rostro me hizo estremecer.

—¿Te han hablado de la profecía?

—Por supuesto. Las cuatro seréis reinas. Tadukhipa ya lo es. La suma sacerdotisa Tey es descendiente de la reina Hatshepsut, una mujer que tuvo la desfachatez de proclamarse faraón. Ahora

que tiene la oportunidad de regresar a Egipto, ¿crees que no pretenderá medrar y conseguir poder y recuperar el poder para sí y para sus descendientes?

—Ella no es así —respondí.

—Veremos. Y tu hermana está ciega de ambición. ¿Por qué hace tantas preguntas? ¿No será su intención desposar al príncipe heredero? Conozco a Tutmosis desde la infancia y te aseguro que nunca permitiría que una esclava se convirtiera en reina de Egipto, pero no dudo de que Henti lo intentará.

—¡Mientes! —dije, elevando de nuevo el tono de voz.

Horemheb no tuvo que taparme la boca otra vez, se limitó a hacerme un gesto y yo guardé silencio. Sus palabras estaban haciendo mella en mi corazón. La propia Henti me había dicho en más de una ocasión que ansiaba ocupar un lugar entre los ricos y poderosos, ¿y si era cierto y su objetivo era conquistar a un príncipe? ¿Qué sería de mí entonces?

—Te he dicho que jamás miento.

—Mi hermana nunca me abandonaría.

—Si llegara a convertirse en reina, seguramente te buscaría un lugar en la corte, pero esto no va a suceder. Es una mujer hermosa y por qué no, quizás encuentre un lugar en la cama de Tutmosis. En el mejor de los casos, la convertirá en una concubina, una más de las cortesanas que satisfacen sus deseos y necesidades.

—Me llevaría con ella, aunque fuese de criada.

—Está bien, puede que ella te ofreciera un destino a sus pies, siempre sirviéndola. Pero la profecía dice que tú también serás reina.

—Ya se lo he dicho a mi hermana, yo no deseo ser reina.

—No importa lo que desees, los dioses actúan según sus propios designios. Tu destino es que venga un extranjero a buscarte y te convierta en reina. Aquí estoy.

La cabeza me daba vueltas. Me puse en pie, aspiré el aire dulzón del Nilo, que olía a tierra fértil y a vegetación, y fui a

apoyarme en el castillete de proa. Si lo que decía Horemheb era cierto, estaba aún más sola de lo que había pensado.

No lo oí avanzar, pero de pronto sentí su presencia detrás de mí. Me abrazó por la cintura y pegó sus caderas contra las mías. Noté en mis nalgas que su virilidad se encendía al tiempo que sus manos recorrieron fugazmente mi cuerpo, sin apartarse siquiera al encontrar la vergüenza que escondo entre las piernas.

—No... no debes... —comencé a protestar.

—¿No debo qué, tomar lo que me gusta? —dijo. Acercó su boca a mi cuello, me lamió y me mordió con suavidad antes de soltarse e ir a apoyarse en el castillete junto a mí—. Un día seré faraón. Amenofis es viejo y sabe que morirá pronto. Su primogénito, Tutmosis, es frívolo y vicioso y carece de control sobre sus impulsos. No está capacitado para reinar. Amenhotep es bondadoso, pero es un invertido, débil y afeminado, incapaz de ejercer el poder. El faraón me elegirá a mí para que le devuelva la grandeza a Egipto. Y yo te elijo a ti.

—¿Por qué yo?

—Porque estás hecha para mí. Mi dios es el halcón y es él quien te ha puesto en mi camino, para que me pertenezcas. Entrégate a mí y yo te haré reina.

—¿Qué?

—Me has oído. Acabo de comprobarlo, lo he palpado con mis propias manos. Me deseas. Piensa en ti misma por primera vez en tu vida y entrégate a mí.

Horemheb volvió a pegarse a mí, abrazándome por delante esta vez y fusionando nuestras caderas en una sola. Clavó sus ojos en los míos, como un halcón que da caza a su presa.

—No es el lugar... yo... no puedo... —balbuceé—. Soy virgen.

—No esperaba menos, pero no es tu virginidad lo que anhelo. Te deseo a ti. Completa. Quiero que seas de mi propiedad, para poder disponer de ti a mi antojo. —Sus palabras me estaban causando una enorme turbación, ya que me resultaban tan sugerentes como alarmantes. No terminaba de entender lo que

quería decir, pero una parte de mí deseaba rendirse a él y pedirle que hiciera lo que deseara conmigo. Era el primer hombre al que conocía que había mostrado interés por mí, ¿por qué no acceder a sus pretensiones? Más allá de lo que me parecieron delirios sobre reinas y faraones, era cierto que Henti y Tey tenían sus propios planes de los que yo no era partícipe, ¿por qué yo no debía ceder a mis propios deseos? Estaba a punto de contestar que sí, que me hiciera suya, cuando se separó de mí y sonrió—. Estás muy cansada y debo dejarte reposar. Mañana temprano llegaremos a Tebas.

—Sí, creo que es lo mejor —mascullé.

—Recuerda, siempre consigo lo que quiero.

Me sostuvo la mirada durante varios instantes hasta que se alejó para desaparecer entre las sombras.



Permanecí largo tiempo en proa, tratando de aclarar mis pensamientos. Me sentía encendida por dentro como una tea, como si me ardieran las entrañas y algo estuviera a punto de reventar dentro de mí. No podía pensar más que en él.

Volví a tumbarme en cubierta, donde había estado antes de la llegada de Horemheb, y cerré los ojos. ¿Cómo sería mi destino a su lado? No me quedaba claro lo que me estaba ofreciendo, pero comenzaba a entender que no se refería solo a divertirse conmigo, sino que era algo más profundo que aquello. Tras darle infinitas vueltas a ese pensamiento, terminé por enredarme en mis propios sueños y deseos y me quedé dormida. Cuando desperté ya había amanecido. Dirigidos por nuestra suma sacerdotisa, Tef y Hemet habían sacado la imagen de Shaushka de Nínive de su altar portátil y la habían colocado sobre una plataforma de madera adornada con flores de loto. Busqué a Henti con la mirada y la encontré junto a Horemheb en el castillete de proa con la cabeza alta, la mirada

perdida y el pelo desordenado por el viento. Reprimí un estremecimiento de celos y fui junto a ellos.

—Estamos a punto de llegar al puerto de Tebas. Aquello es el puerto principal de la ciudad. Atracaremos allí.

Horemheb señaló con el dedo hacia una serie de construcciones de adobe y madera donde trabajaban varios hombres con el torso descubierto y la cabeza afeitada. Algunos de ellos cantaban y, aunque podía escuchar las palabras, no llegaba a entender su significado. Supongo que, a pesar de mis lecciones, aún no dominaba el idioma egipcio tan bien como había pensado. Había otros cinco barcos de gran calado atracados en los distintos muelles, así como decenas de pequeñas *falucas* que ondeaban al viento sus velas color marfil.

Cuando nuestro bote tocó el muelle observé que había una mujer esperándonos. Llevaba un vestido blanco de lino, tan ceñido al cuerpo que permitía distinguir con toda claridad la forma de sus pechos y de sus caderas. Su cabeza estaba cubierta por una gran peluca de pelo negro trenzado. Al caer en la cuenta de quién era la mujer que nos esperaba, alcé ambos brazos y comencé a saludar como una niña pequeña que aguarda la llegada de su padre.

—¡Tadukhipa! ¡Hermana! —grité.

—Itani, por favor, guarda la compostura que cabe esperar de una sacerdotisa. No queremos parecer salvajes.

Yo recobré de inmediato la seriedad. A mi lado, Horemheb no hizo esfuerzo alguno por reprimir la sonrisa.

Alrededor de la joven reina se situaban varios jóvenes de piel morena y pecho musculoso que portaban lanzas en la mano derecha; soldados o guardias de algún tipo, sin duda, encargados de custodiar a la esposa del Gran Amenofis.

Los esclavos empezaron a maniobrar con los cabos para el atraque mientras Henti y yo nos reuníamos con Tey frente a la estatua de Shaushka. Horemheb se colocó delante, listo para desembarcar el primero de todos. Antes incluso de que terminaran el amarre, hizo un gesto para que colocaran la pasarela y se dirigió

con paso decidido hacia el muelle. Tey lo siguió sin titubear y, tras ella, fuimos los demás.

El hombre barrigudo que estaba junto a la princesa nos observó con el ceño fruncido. Su complexión no podía ser más diferente de la de Horemheb, ya que resultaba evidente que no había realizado esfuerzo físico alguno en toda su existencia. Llevaba el rostro maquillado, con los párpados pintados de verde y la línea de los ojos remarcada en negro. El cuero cabelludo le brillaba de aceite. Además de la imprescindible *shenti*, colgaba de su cuello un grueso medallón de oro.

—Bienvenido de regreso, Horemheb —saludó.

—Visir Ay —respondió el soldado.

Ambos hombres se dirigieron una breve reverencia y se observaron el uno al otro en silencio. Tadukhipa corrió a abrazarnos y besarnos con lágrimas en los ojos ante la obvia desaprobación del visir. Tras presentarle sus respetos a Tey, se dirigió a mí, me acarició el cabello y me miró con ternura.

—Hermana, qué alegría que tú también hayas podido venir a Egipto. Lamento que mi padre te tratara como lo hizo el último día que nos vimos. Pero ahora estáis aquí. —Caminó después hasta Henti y le dio dos besos en las mejillas como solo hacen las auténticas hermanas—. Tenemos mucho que planear. He ordenado preparar un templo adecuado para acoger a nuestra dueña y señora. Está construido a la moda egipcia, pero varios artesanos trabajan a marchas forzadas para acomodarlo a vuestras necesidades. Confío en que lo encontraréis de vuestro agrado. También he dispuesto porteadores para que carguen a hombros a Shaushka de Nínive y sillas de manos para que os desplazéis por la ciudad de acuerdo a vuestra dignidad. Mis guardias os escoltarán hasta allí. Mañana al alba os espero en el palacio para que podáis visitar a mi esposo.

Tef y Hemet ya descendían del barco con la imagen de la diosa. Vi que recelaban de entregársela a los servidores de Tadukhipa, de modo que Tey y yo nos dirigimos a ellos para asegurarles que todo

estaba bien. Henti se quedó rezagada, departiendo en susurros con la joven reina, aunque no alcancé a discernir lo que decían.

Nos despedimos allí tanto de Ay como de Tadukhipa, que regresaron a palacio mientras Horemheb nos guiaba hasta nuestro nuevo hogar. Poco después de salir del puerto, tomamos la gran avenida de esfinges que cruza la ciudad de norte a sur. Recuerdo bien el trayecto desde el puerto hasta nuestro nuevo hogar porque fue la primera vez que tuve ocasión de contemplar la ciudad de Tebas.

—Creo que hay más gente en esta avenida que en toda Wassukanni —le susurré a Henti.

—No me digas que, sentada en esta silla con esclavos que nos llevan y nos traen, no te parece que la profecía de Enheduana se ha hecho ya realidad.

En efecto, la gente con la que nos cruzábamos nos observaba con respeto y algunos hasta inclinaban la cabeza como si fuéramos grandes señoras. Vi egipcios de todos los tipos, algunos negros como el carbón, otros blancos como el lino recién lavado y una amplia mayoría cuya tez era más bien del color del bronce, pero todos mostraban la misma reverencia ante nosotras. Tanto hombres como mujeres llevaban la cabeza y el cuerpo depilados y lucían una amplia variedad de tocados, gorros y pelucas diferentes a los que yo conocía. Hasta sus vestidos me parecieron extraños, ya que en Mitanni acostumbramos a cubrirnos casi por completo y los egipcios llevan tan poca ropa, tan fina y tan ceñida al cuerpo que parece que van desnudos.

—Tebas es la ciudad más gloriosa del mundo —proclamó Horemheb—. Ofrece lujos, comodidades y platos deliciosos venidos de todas partes del mundo. Sus templos acumulan toda la sabiduría que existe. Desde aquí el faraón gobierna no solo Egipto sino a todos sus estados vasallos. El que no ambiciona vivir aquí, es un loco o un estúpido.

—Me gusta Tebas —dijo mi hermana.

El templo que la joven reina Tadukhipa había dispuesto para nuestra diosa estaba situado en la ciudadela, en el corazón de la orilla oriental, junto a otros santuarios donde se veneraba a diversos dioses egipcios. Horemheb y sus soldados se despidieron allí, aunque él encontró un instante para acercarse a mí y susurrarme al oído:

—Esta noche vendré a por ti. Estate preparada.

Cuando penetramos en el templo, comprobamos que en efecto había una pequeña cuadrilla de cinco trabajadores que se afanaban por preparar aquel espacio para nuestra diosa. Allí, un joven de piel olivácea, nariz ganchuda y ojos grandes y melancólicos daba órdenes a los otros cuatro con voz dulce pero firme, autoritaria. Habían pintado de estuco las paredes y muros y trazaban nuevas escenas que representaban a Shaushka en sus diferentes etapas, como virgen, como madre y como anciana, pero no parecía satisfecho con el resultado.

—¡Lo estáis haciendo mal!

—Maestro Mose, nunca estás contento con nuestro trabajo.

—Dibujáis a Shaushka con la cabeza de perfil y los hombros hacia delante y la habéis vestido como si fuera Isis o Neftis o cualquiera de nuestras diosas. Ella no es así, ¡es una diosa mitanna! ¡Tenéis que pintarla al estilo de su país!

—Pero maestro, los artesanos egipcios siempre hemos pintado así y siempre seguiremos haciéndolo. ¿Cómo quieres que trabajemos como los mitannos si somos egipcios?

—¡Porque es una diosa mitanna y no egipcia!

Dejamos a los obreros con sus discusiones y nos ocupamos de instalar a Shaushka en su nuevo hogar. Llevamos la estatua hasta el final del templo, donde la depositamos en una sala oscura y sin ventanas. Encendimos lámparas y antorchas, la lavamos y perfumamos para quitarle los restos de polvo del camino y la vestimos con un manto nuevo.

Solo entonces nos permitimos instalarnos en las habitaciones que nos habían sido reservadas no muy lejos del santuario, en una

zona amplia y ventilada que las tres encontramos de nuestro agrado. Tey disponía de la cámara más grande, como corresponde a su dignidad de suma sacerdotisa, mientras que Henti y yo contábamos con una celda para cada una. Cada dormitorio contaba con una alfombrilla para dormir, una silla, con una palangana para realizar nuestras abluciones y con un pequeño tocador provisto de los útiles imprescindibles para nuestro aseo cotidiano. Había también una amplia cocina con un horno de leña y una pequeña sala que parecía destinada a convertirse en comedor. Nuestros fieles Tef y Hemet tenían una vivienda reservada para ellos justo enfrente del templo, en una pequeña casa de adobe con un solo dormitorio y una diminuta cocina.

Entre todos fuimos poniendo el templo en orden mientras los artesanos continuaban su trabajo, que parecía muy lejos de terminar debido al perfeccionismo de Mose, que no quedaba satisfecho con ninguno de los detalles. Así, entre brochas y cinceles, abriendo baúles y colocando tarros de hierbas medicinales, pasamos las horas durante nuestro primer día en Tebas. Atardecía ya cuando Tef y Hemet salieron para comprar unas tortas de centeno y algo de leche para nuestra cena, a la cual convidamos a los artesanos.

—Podéis iros ya —les dijo Tey una vez terminamos de comer—. Estaréis fatigados tras una jornada entera de trabajo y nosotras también debemos descansar.

—Mis hombres se marcharán de inmediato, mi señora —respondió Mose—, pero os ruego que me permitáis quedarme esta noche para retocar los detalles de las facciones de Shaushka.

—Tienes mi permiso, artesano, pero ay de ti como sea una estrategia para deslizarte en la celda de una de las esclavas y meterte en su cama. Debes saber que ningún varón puede tocar a una esclava sagrada sin permiso de la diosa.

El rubor en las mejillas y en las orejas de Mose fue visible a pesar de lo oscuro de su tez. Se inclinó con las manos sobre las rodillas, con la vista clavada en el suelo.

—Jamás se me ocurriría poner los ojos sobre una de las sacerdotisas, mi señora.

—¿Qué ocurre, no nos encuentras hermosas? —preguntó Henti.

El pobre hombre levantó la vista, la contempló y enrojeció aún más, si es que esto es posible. Trató de balbucear una respuesta, pero las palabras no le brotaban de la boca y no acertaba a articular ninguna frase coherente.

—Ya está bien. Iltani, Henti, id a vuestros aposentos. Tú, artesano, puedes quedarte el tiempo que quieras, pero no perturbes nuestro descanso.

—Pasaré la noche trabajando, mi señora, no levantaré mis ojos de la pared por muy hermosas que sean las esclavas.

Tey, Henti y yo nos retiramos tras intercambiar una mirada cómplice. Mose ya apuntaba maneras de gran artista, pero a la vez era un hombre en extremo tímido que no parecía tener gran experiencia en el trato femenino. Estaba ya en mis aposentos, dispuesta a tumbarme en mi alfombrilla y disfrutar de la primera noche en tierra firme después de tanto tiempo, cuando recordé que no había revisado los remedios que debía llevar al día siguiente al palacio del faraón, sino que continuaban guardados en uno de nuestros cofres, a la entrada del templo, en la sala de las columnas donde los fieles pueden acceder para el culto diario.

Atravesé el templo con ligereza. Me crucé con Mose que, a la luz de una antorcha, repasaba con un pequeño pincel los ojos de Shaushka de Nínive en uno de los frescos, el que la representaba en sus bodas sagradas con el pastor Dumuzid. Sus obreros la habían dibujado con el mismo gesto hierático y vacío de todas las imágenes egipcias, pero Mose parecía afanado en dotar de expresión a su mirada. Me detuve un instante para observar su trabajo y me pareció que la Shaushka de la pared acudía a sus bodas con una sensación de triunfo, casi de prepotencia, como si fuera la dueña de todo.

—Shaushka tiene miedo —susurré.

—¿Cómo dices, mi señora? —respondió Mose. Fiel a su palabra, no me dirigió la mirada, sino que mantuvo los ojos pegados a la pared.

—El día de su boda. Aunque sea una diosa, Shaushka es una mujer como las demás. Cuando va a desposarse con el pastor Dumuzid, no sabe si él la va a aceptar o no. Quizá la rechace. Creo que deberías pintar ese miedo en sus ojos.

—Comprendo, mi señora. Gracias.

Agité la cabeza, preguntándome por qué le había dicho aquello al artesano, si en definitiva él sabía más que yo de su propio trabajo. Eché a andar hacia la sala de las columnas y me dirigí al lugar donde habíamos almacenado los cofres. Estaba consagrada a la tarea de buscar el que contenía los ingredientes para las curas que habíamos traído desde Wassukanni, cuando sentí que un pequeño objeto metálico me impactaba en la espalda. Me agaché para recogerlo y comprobé que se trataba de un pequeño anillo de oro. Lo observaba preguntándome de dónde habría salido cuando una voz profunda me sobresaltó.

—Toma, Iltani. ¿Es ese el precio que exige tu diosa para entregarte a mí?

Me puse en pie de inmediato y miré a mi alrededor. Escondido entre las sombras, tras una de las columnas, estaba Horemheb. Alarmada, me puse un dedo sobre los labios.

—Silencio. Pueden oírte.

—No me importa. Te dije que vendría a por ti.

—Tey y mi hermana aún no duermen. Hay un artesano trabajando en la sala contigua. No podemos hacer ruido. —Se me habían agotado las excusas, pero, sorprendiéndome a mí misma ante mi descaro, me acerqué lentamente a él y me detuve a poca distancia, pensando si acaso él podría oír los latidos de mi corazón. Mi cuerpo reaccionaba ante su mera presencia—. Si deseas yacer conmigo, tendremos que ir a otro lugar. Estoy dispuesta.

Horemheb se juntó aún más a mí y acercó su rostro al mío hasta que pude oler su aliento cálido y masculino.

—Yo no he dicho que quiera yacer contigo. He dicho que quiero poseerte.

—No te entiendo.

—Quiero que lo dejes todo, que abandones a tu diosa, a tu suma sacerdotisa, a tu hermana y todo lo demás y que te entregues a mí. Sin límites, sin reservas.

—¿Insinúas que huya contigo?

En mi cuerpo se había desatado una tormenta de sensaciones contradictorias. Notaba cosquillas en el estómago, pero también frío en los pies y en las manos. El cuerpo me temblaba por dentro, como durante un terremoto. Se me había secado la boca.

—Pretendo llevarte conmigo, sí, pero hoy no. Cuando estés preparada. —Horemheb se separó de mí, respiró hondo y me dirigió una sonrisa irónica—. He venido para enseñarte algo. Vamos, acompáñame.

—Pero, pero...

—Tranquila, te traeré de vuelta. Hay algo que necesitas ver.

Horemheb me tomó de la mano y me guio hacia el exterior del templo. Con las bridas atadas a una argolla de la pared nos esperaba un caballo blanco. Me ayudó a montar, subió detrás de mí y nos internamos al trote por las calles de la ciudad. Yo estaba recién llegada y cada rincón me parecía idéntico a los demás, amén de que todo estaba oscuro, por lo que no tengo modo de saber adónde fuimos. Juraría que abandonamos la zona de la ciudadela y nos internamos en uno de los barrios más populares, donde las casas de adobe se alternaban con otras que más bien parecían cabañas hechas de juncos y papiro. Las callejuelas hedían a orines y excrementos. La noche estaba sumergida en el silencio, roto tan solo por los ronquidos ocasionales de algún aldeano, por el crujir de las uñas de las ratas contra el pavimento y por algún grito aislado cuya procedencia preferí no indagar.

Nos detuvimos frente a una construcción antigua y destartalada. Los muros originales eran de ladrillo, pero estaban tan derruidos y desgastados que habían ido remendándolos con fragmentos de

madera, con paja o con ramas de árboles. No tenía ventanas, pero por el resquicio de la puerta asomaba un hilo de luz anaranjada. Horemheb abrió la puerta y me cogió del brazo para que entrara junto a él. Desembocamos en una habitación iluminada tan solo por la tenue luz de una tea, por lo que gran parte del espacio permanecía envuelto en tinieblas. Nos escondimos tras un pesado cortinaje de color granate y nos asomamos de puntillas para otear qué había más allá.

Desparramados por el suelo había una gran profusión de telas y almohadones como los que se usan en algunos lugares de Asiria. Sobre ellos retozaban no menos de ocho mujeres desnudas y un único hombre que, por su actitud, parecía enajenado. Tenía una copa en la mano y, mientras bebía, fornicaba con una de las mujeres a la vez que besaba a una segunda mientras una tercera le masajeaba los hombros. Las otras alternaban las caricias entre sí con los tragos de copas y botellas que estaban diseminadas por toda la habitación.

Las mujeres eran muy distintas entre sí. Las había delgadas y de senos generosos, gordas, anchas, una tenía la cara marcada por una cicatriz, otra parecía padecer la misma dolencia que Tef y Hemet. Una de ellas, tal delgada que se hacía esquelética, se irguió de rodillas, tomó una cajita de alabastro y aspiró por la nariz un polvo que había en el interior. Se acercó al hombre y se la colocó al lado para que él también aspirara.

El aire era húmedo y espeso.

—Te presento a Tutmosis, príncipe heredero de Egipto.

—¡Habla más bajo! —susurré—. ¡Pueden oírnos!

—Están ebrios y enajenados, podríamos saltar encima de ellos y no se percatarían de nuestra presencia. ¿Tú crees que un ser abyecto como este puede gobernar Egipto?

No supe qué responder. La escena que se desarrollaba frente a mí me resultaba impactante, pero mentiría si no reconociera que también ejerció sobre mí una cierta fascinación. Admiré el abandono

de aquellos cuerpos entregados al placer sin preocuparse de que los demás les aceptasen o no.

—Quizá... quiero decir... es posible que el príncipe se divierta en ocasiones y en otras se concentre en las tareas de gobierno.

—No es así. A Tutmosis solo le importan sus putas, la cerveza, el vino, el juego... ¿has visto ese polvo? Es esencia de loto azul. Te enajena en tal medida que puedes olvidar quién eres, ves cosas que no existen y te cambia el humor y la personalidad. El príncipe lo consume a diario y cada noche celebra una orgía como esta. Durante el día apenas puede mantenerse despierto y, si lo hace, es solo para planear su próxima fiesta.

—Es joven. Aprenderá con la madurez.

—Es un insecto y no merece llevar la doble corona. Vámonos, ya has visto suficiente.

Horemheb me tomó la mano de nuevo y me condujo al exterior de la casucha. Allí montamos de nuevo a su caballo y, en silencio, nos dirigimos de vuelta al templo. Me dejó frente a las escaleras de entrada, junto a la higuera que daba sombra al pilono.

—Mañana te presentaré al otro hermano. Verás que ninguno de ellos es digno de reinar y que yo soy la única esperanza de Egipto.

Subí uno a uno los escalones. Antes de cruzar la puerta, giré la cabeza hacia atrás para mirar a Horemheb, pero ya se había marchado y no había rastro de él. Suspiré y me dirigí de regreso a mi celda, rezando para que nadie se hubiera percatado de mi ausencia.

Al pasar por el fresco en el que trabajaba Mose, advertí que él también se había ido. Me acerqué para comprobar el resultado de su trabajo. Había hecho caso de mi sugerencia, y ahora la imagen de Shaushka tenía pintada una clara expresión de terror en su mirada.

# Pasaje de la nao

Itani, ¿dónde estás? ¿Tú también me has abandonado?

No veo a nadie. Estoy rodeada de oscuridad. Espera, algo ocurre. No consigo distinguir de qué se trata. Alguien me está sacudiendo. ¡Socorro! Golpes, empujones, patadas, no lo sé. ¿Es un terremoto? ¿Qué sensación es esta? No soy consciente de mi cuerpo. ¿Tengo uno? No puedo tocarme. No tengo manos, no tengo cara, no tengo cuerpo.

No existo.

Siento vértigo. Me mareo. No sé dónde estoy, pero esto se mueve. Es como un barco y yo estoy atrapada en la bodega, a oscuras, a merced de las olas.

Por favor, que alguien me ayude.

—Tranquila.

¿Quién eres? ¿Quién está ahí ahora?

—Soy yo, Mose. No te preocupes. Tú nunca te has dejado llevar por la corriente. Sabrás poner el rumbo que desees.

Mose, ¡Mose! Qué alegría verte aquí. Qué felicidad enfrentarme a un rostro amigo. Tú lo sabes, ¿verdad? Yo siempre he marcado el rumbo, siempre he decidido dónde quiero ir y he remado sin descanso para alcanzar mi destino.

¿Recuerdas el día que nos conocimos? Aquella noche, cuando todas nos acostamos y tú te quedaste trabajando en aquel fresco, salí de mi celda de puntillas y fui a ver qué hacías. A ti te dije que había olvidado sacar mis sandalias nuevas del baúl de los equipajes, pero era mentira. Salí por ti. Tus modales sencillos, tu timidez, tu miedo a hablar con nosotras, todo ello me había divertido y tenía curiosidad por saber cómo reaccionarías si te encontrabas a solas conmigo.

Ahí estabas, con el ojo pegado a la pared, trabajando incansable con tu pincel.

—Antes no me respondiste. ¿Te parecemos hermosas o no?

Tardaste bastante tiempo en contestar. ¿Fueron los nervios? ¿Pensabas qué decir? ¿O acaso yo te molestaba? Me dabas la espalda, así que ni siquiera pude intentar descifrar tu expresión.

—Sois muy hermosas, mi señora.

—¿Las tres? ¿Por igual?

—Sí, las tres sois igual de hermosas.

—Pero Tey tiene veinte años más que yo. ¿Insinúas que parezco una mujer de más de treinta? ¿Aparento edad para ser una matrona?

—No, señora, tú eres más joven.

Conseguí que te dieras la vuelta. Tenías las orejas del color de la sangre y los ojos tan abiertos que parecían a punto de caer al suelo. Debiste darte cuenta de que habías jurado no despegar los ojos de la pared, porque te giraste de nuevo y retomaste tu trabajo con el pincel.

—Señora, por favor, no me tortures. Soy un hombre sencillo y no sé comportarme con mujeres ricas y poderosas como vosotras.

—No somos ricas ni poderosas, artesano. Somos esclavas sagradas.

—Pero sois huéspedes de la joven reina Tadukhipa. Yo soy de origen hicso y los hicsos no solemos codearnos con la realeza, pero fue el mismísimo jefe de los artesanos del faraón quien nos encargó este trabajo. Él nos dijo que era de vital importancia, dado que vuestra diosa y sus sacerdotisas tenéis la labor de sanar al Gran Amenofis.

Me enterneció que pensaras en nosotras de esa manera. Me arrepentí de haber jugado contigo. Quise hacerte sentir cómodo, así que me acerqué a ti y miré con atención el trabajo que realizabas.

—Cuéntame qué estás haciendo.

—Retoco la mirada de Shaushka, mi señora. La otra sacerdotisa, la joven quiero decir...

—Mi hermana Iltani.

—Ella me ha indicado que Shaushka no camina victoriosa hacia su boda, sino que tiene miedo. Estoy corrigiendo su expresión.

—¿Puedes hacer eso? ¿Puedes cambiar tu forma de pintar para expresar una emoción? He visto muchos papiros egipcios, he contemplado grabados y relieves, y siempre me ha parecido que todas las figuras tienen el mismo gesto vacío, inhumano. En tu dibujo, diría que Shaushka está viva.

Ahí, por fin, apartaste la vista de la pared y me miraste. Había descubierto tu punto sensible, tu debilidad. Vi la emoción en tus ojos, esa chispa de pasión que nunca ha llegado a apagarse.

—No he obedecido los preceptos inmemoriales de nuestro arte. En Egipto cada elemento tiene una única forma de representarse que lleva repitiéndose desde tiempos de las pirámides. Un faraón es igual a otro faraón al igual que un esclavo es igual a otro esclavo y un campesino no puede distinguirse de otros cien de su misma profesión. Pero yo pienso que cada persona tiene su propio *ka* y su propio *ba* y hasta un cuerpo humano es diferente de cualquier otro, y por eso cada individuo merece ser representado en su propia esencia. En este caso se me ha pedido que pinte a una diosa extranjera y pienso que Shaushka no debe ser parecida a ninguna deidad egipcia. Quiero plasmar su esencia y tu hermana me la ha revelado: tu diosa siente miedo al rechazo cuando marcha hacia su boda

y eso es lo que he representado.

Me dejaste sin palabras, Mose. Sin palabras, y eso es algo difícil de conseguir, porque bien saben Atón y todos los dioses que se me ha acusado en muchas ocasiones de no callar nunca, de tener respuesta para todo. Pero tus ideas me fascinaron. Sabes, Mose, yo nunca tuve talento para el arte. Tú poseías una sensibilidad de la que yo carezco y quizá por eso, lo que habías dicho me llegó al corazón.

—Interesante. Nunca había oído algo así. Vamos, ven conmigo. Quiero que me hagas un retrato.

Te cogí de la mano y tiré de ti. ¡Tú te apartaste, como si yo fuera una serpiente venenosa! ¿Cómo se te ocurrió hacer algo así? ¡Uno no le retira la mano a una dama, nunca!

—Señora, no puedo. La suma sacerdotisa nos descubrirá y me denunciará al jefe de los escultores del faraón y me cortarán las manos por codiciar lo que no es mío... ¡y qué haría yo sin manos!

A mi pesar, sonreí. Tu candidez me enternecía, tu miedo me infundía valor a mí. Te tendí la mano de nuevo, pero sin llegar a tocarla.

—No te preocupes. Tey duerme como un saco de arena, las paredes del templo son gruesas y nadie nos oirá. Además, no vamos a hacer nada malo. Solo vas a hacerme un retrato.

Dudaste, no me niegues que dudaste, pero al fin me tomaste de la mano y te dejaste guiar hacia mi celda. A medio camino te detuviste, pensé que te habías arrepentido, pero no, habías olvidado tus útiles de dibujo. Volviste con una tablilla de madera, varios rollos de pergamino y una caja llena de carbones de distintos tamaños y texturas. Entramos juntos en mi aposento y miraste alrededor. Yo había dejado la tea encendida. Moviste la silla para colocarla junto a la luz, me dijiste que me acomodara en ella, te sentaste en el suelo con las piernas cruzadas frente a mí y me miraste con el ceño fruncido.

Con una mano sujetabas un rollo de papiro contra la tablilla, con la otra sostenías un carboncillo. Tus ojos fueron de mi rostro al pliego vacío varias veces hasta que suspiraste.

—No puedo pintarte, señora. No sé nada de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo he dicho antes, yo intento plasmar el *ka* y el *ba*. No puedo dibujarte si no sé quién eres, qué sientes, qué anhelas. En realidad, sí puedo hacerlo, pero entonces tu retrato será igual al que pudiera realizarte cualquier otro.

—¿Qué necesitas saber?

—Dímelo tú. ¿Quién eres?

Cerré los ojos y respiré una, dos, tres veces. Nadie me había preguntado algo así y nadie volvió a hacerlo nunca. ¿Sabes lo especial que eres, Mose? Un hombre que se sienta frente a una mujer y le pregunta quién es, dispuesto a

escuchar, es alguien único e irreplicable. Ignoro si fui capaz de transmitírtelo en vida, pero ahora que estoy muerta, te lo reitero. Eres el hombre más especial que existe.

Pensé mucho en cómo responder a tu pregunta. Guardé silencio bastante tiempo y creo que hasta llegaste a impacientarte. Recuerda que yo también era muy joven, amigo mío. Ni yo misma estaba segura de cómo responder a esa pregunta.

—Me llamo Henti y voy a ser reina de Egipto. Ha sido profetizado, ¿sabes? Mi diosa, Shaushka, vaticinó a través de su anterior suma sacerdotisa que mi hermana y yo seríamos reinas.

—De acuerdo, majestad —Al responder, tus labios se curvaron en una sonrisa y empezaste por fin a pintar. Arrastrabas el carboncillo sobre la superficie del papiro trazando líneas largas y firmes que aún carecían de significado para mí—. ¿Y por qué quieres ser reina?

Tampoco estaba preparada para esa pregunta.

—Para estar a salvo, por supuesto.

—¿Tienes miedo entonces?

—Miedo, no. No por mí. Es por mi hermana, tengo que protegerla a ella.

Se te iluminó la mirada. Tus trazos eran cada vez más rápidos. Yo empezaba a distinguir los ojos, la nariz, la frente, pero aún era solo un esbozo.

—Te oigo, señora. Es tu hermana la que tiene miedo. Piensas que, si eres reina, el faraón os protegerá a los dos.

—¡No! No quiero depender de ningún hombre. Seré reina y gobernaré yo misma Egipto.

—Como Hatshepsut, ¿verdad? Esto me sirve... —Dibujaste en silencio durante un tiempo más, no sé cuánto, pero a mí me pareció largo. Comenzaba a dolerme la espalda por no moverme y deseaba cambiar de posición, pero cada vez que lo intentaba tú me hacías un gesto para que me estuviera quieta. De pronto, levantaste la vista del retrato y clavaste tus ojos en los míos—. ¿Qué hay del amor?

—¿Qué hay del amor?

—Sí. La reina Henti, ¿siente amor?

—Claro que siente amor, ¿por qué no había de sentirlo? Las esclavas sagradas le debemos fidelidad a nuestra diosa y debemos obedecer además a nuestra suma sacerdotisa. Pero una reina es libre para amar.

No me respondiste. Recuerdo aquellas palabras y me enorgullezco al pensar que alguna vez fui tan ingenua. Me enorgullezco, sí. Los hombres me han llamado por todos los apelativos posibles, se ha dicho de mí que tengo el corazón seco como la mojama, que no albergo emoción alguna, que no he querido ni a mis propias hijas y que estoy dispuesta a todo con tal de conseguir el poder.

Pero, una vez, fui una joven que soñaba con el amor. Tú la conociste, Mose,

¿verdad que sí? ¿Verdad que esa era yo?

Terminaste tu retrato y me lo entregaste. Lo he conservado conmigo toda mi vida. La mujer que dibujaste tenía mis facciones, pero era, sin ninguna duda, una reina, con la cabeza afeitada y ataviada con una corona que inventaste para mí, una que nadie había llevado antes que yo, un tocado regio y elegante que hablaba de mi origen extranjero. Tenía la nariz altiva, la mirada clara y orgullosa y la sonrisa exigente de quien sabe que actúa por el bien de su pueblo.

—Un retrato como ese podría hacer reina a una mujer —murmuré.

—El arte tiene esa magia. Puede ensalzar al más humilde hasta lo más alto o destruir al más poderoso y humillarlo frente a todos. Pero yo extraigo el arte de la realidad. Solo puedo hacer reina a alguien que ya lo sea.

Tú me viste como a una reina, Mose, y me pintaste con el gesto dulce y el brillo en los ojos de una reina enamorada.

Ya no soy esa mujer.

Ahora he muerto y estoy rabiosa contra mi destino y contra los que me han traído hasta aquí. Yo era más lista que ellos y, sin embargo, lograron derrotarme. Supongo que una mujer sola no puede contra el mundo. Ninguna persona sola puede contra todos los demás. Y ellos se unieron contra mí, ¿no es cierto?

Me tenían envidia, miedo, celos, no podían tolerar mi existencia. Por eso no pararon hasta matarme.

Estoy en una nao. Las aguas se mueven de nuevo. Avanzamos, pero yo no controlo el destino. No sé hacia dónde voy.

Adiós, Mose. ¿Te volveré a ver?

## Libro III

### *El elegido de Atón*

Aquella noche me acosaron los más extraños sueños. Estaba con el príncipe Tutmosis. Él me acariciaba y me lamía y pellizcaba mi cuerpo y sus manos no dejaban un palmo de mi piel sin recorrer. Compartíamos un enorme lecho con un sinfín de mujeres horrendas y deformes. Tenían los rostros desfigurados, arrastraban los senos por el suelo, sus piernas eran gordas y rugosas y sus traseros flácidos y blanquecinos. Unas eran cojas, a otra le faltaba un brazo, había una con una cuenta de vidrio en el lugar del ojo derecho, pero podía moverlo como si fuera de verdad. De pronto se fijaban en mí y, al ver mi sexo, empezaban a reírse. De pronto todas eran hermosas y perfectas y tenían el rostro de mi hermana. Y el príncipe ya no era Tutmosis, sino Horemheb, que me cogía del cuello y me levantaba por los aires y me decía:

—Serás mía. Te haré reina, pero serás mía para siempre.

Me despertaba una y otra vez con el mismo sueño, empapada en sudor. Volvía a dormirme, pero las mismas imágenes se repetían una y otra vez hasta que llegó la luz del día y ahuyentó las sombras de mi mente. Me lavé con esmero, me puse una túnica limpia y unas sandalias nuevas y salí de mi celda lista para visitar por primera vez el palacio del faraón.

Mose, al artesano, había regresado y trabajaba en un nuevo fresco que representaba a Shaushka como diosa de la guerra.

Parecía cansado, pero pintaba con idéntico entusiasmo al del día anterior, sin apartar los ojos de la pared. Mi hermana, ya vestida para salir, observaba su labor.

—¿Qué opinas, Henti? —le preguntaba Mose en ese instante—. ¿Quién es Shaushka en esta escena? ¿Qué siente?

—La Shaushka guerrera es a la vez hombre y mujer. Así se ha representado siempre, tiene senos y caderas anchas como una mujer y verga como los hombres. Significa que tiene a la vez el poder de crear y destruir, es la madre fecunda pero también el soldado destructor.

—¿Como tu hermana?

Yo me sonrojé de inmediato. Debido a mi ausencia de vello, a mi delgadez, a mi cabello largo y a la forma en que me arreglaba, nadie solía darse cuenta de que yo había nacido con atributos masculinos. ¿Cómo podía haberlo adivinado aquel artesano, si apenas había puesto los ojos en mí?

—Mi hermana es una mujer —respondió de inmediato Henti—, no oses faltarle al respeto.

—Señora Iltani, por favor, te ruego que disculpes mi indiscreción. —Incluso en aquel instante, Mose rehusó apartar la vista de su trabajo para contemplarme—. Soy artista y mi trabajo consiste en fijarme en los detalles y ver lo que a muchos les pasa inadvertido. No dudo ni por un instante que seas una mujer, pero algunos de tus rasgos son de hombre, como la nuez de tu garganta o la forma de tus manos. Por eso he hecho la comparación con Shaushka.

Respiré hondo y traté de serenarme. Aquel hombre no tenía ninguna mala intención. No era mi enemigo.

—Tienes razón, artesano. Soy una sacerdotisa *gala*: nací con cuerpo de hombre, pero, por gracia de la diosa, soy una mujer y la sirvo como tal. No es lo mismo que le ocurre a Shaushka en la imagen que estás tratando de representar. Ella es hombre y mujer a la vez. Yo soy solo una mujer. Nada más.

—Comprendo. Gracias por enseñarme y disculpa si te he ofendido con mi ignorancia.

En ese instante entró Tey y nos urgió a salir enseguida. Nos despedimos de Mose y fuimos hasta la puerta del templo, donde nos esperaban tres literas, una para cada una. Tef y Hemet abrían paso delante de nosotras, cargando con el baúl de los remedios, por lo que realmente parecíamos tres reinas en vez de tres esclavas sagradas.

El trayecto hasta el palacio del faraón no era largo, pero aun así yo trataba de saborear cada detalle. Seguimos por la avenida de las esfinges que tanto me había fascinado el día anterior hasta llegar a un pequeño mercado, que a aquella hora rebosaba de comerciantes que ofrecían a gritos sus productos. Pescado, carne de vaca, palomas, ocas, toda la comida que uno pudiese imaginar. También había puestos que ofrecían tortas de trigo y pasteles de miel recién cocinados. Ninguna de las tres habíamos desayunado, de modo que hicimos un breve alto en el camino y Tef corrió a adquirir algunos dulces para nosotras.

Los porteadores nos llevaron hasta el muelle de Birket Habu. Allí tomamos una barca hasta el palacio de Malkata, que se encontraba en la orilla occidental del Nilo. Tras haber llegado a Tebas desde tan lejos, el breve viaje por el río no me supuso impresión alguna. Pensé que me había convertido en toda una viajera y sonreí. En efecto, había visto tantas cosas desde que saliéramos de Wassukanni que ya no podía considerarme la misma niña inocente que se escondía tras las faldas de Tey. Tanto es así que, cuando contemplé por primera vez el palacio del faraón de Egipto, mi primer sentimiento fue de decepción. Había imaginado un imponente edificio de piedra semejante a los templos que habíamos atisbado durante nuestro viaje Nilo arriba, pero en su lugar me encontré frente a una construcción de madera y barro adornada, eso sí, con inscripciones y pinturas de vivos colores. Una decena de soldados hacían guardia junto a la entrada. Me fijé en sus rostros por si alguno de ellos era Horemheb y, al no encontrarlo, sentí de

nuevo una cierta desilusión. No lo había querido admitir ante mí misma, pero ansiaba verlo.

Uno de los soldados se aproximó a nosotras y nos hizo una reverencia, apoyando las manos sobre sus rodillas como si fuéramos nobles dignatarias.

—Mis señoras, tengo orden de llevaros ante la reina. Acompañadme, por favor.

El guardia echó a andar hacia el interior del palacio. Tey, Henti y yo fuimos tras él, seguidas por Hemet y Tef que aún transportaban el cofre con los preciados fármacos que quizá pudieran aliviar la enfermedad del faraón. Al entrar en el edificio confirmé mi decepción. La morada del faraón era grande, con techos altos y columnas y murales policromados en las paredes, pero no produjo en mí la sensación de respeto y humildad que había esperado experimentar. Cruzamos infinitos corredores y atravesamos dos patios interiores repletos de palmeras antes de entrar en una sala de gran tamaño, con techos altos y columnas decoradas con rostros de diosas. En el extremo, sobre una plataforma ligeramente elevada, había un trono de oro de cuya espalda brotaban las alas azules de Isis, en el cual estaba sentada una mujer madura y regordeta, de piel pálida y ojos verdes, que vestía la túnica del lino más fino que yo hubiese visto jamás y lucía una peluca de pelo negro y trenzado. Cuando nos habían dicho que la reina nos esperaba, yo imaginaba que veríamos a nuestra hermana Tadukhipa y no a la mujer más poderosa de Egipto. La reina Tiya.

De pie, a su derecha, estaba su hermano, el visir Ay.

—Majestad, las sacerdotisas de Shaushka de Nínive están aquí —anunció el soldado que nos había guiado, haciéndoles un gesto a Tef y Hemet para que no entraran.

—Acercaos. Atón ha decidido castigarme privándome de la vista de águila que tenía de joven, pero aun así quiero distinguir vuestros rostros —dijo la reina. Tey, Henti y yo nos habíamos quedado en el umbral de la sala de audiencias, postradas con las manos sobre las rodillas y sin levantar la mirada del suelo.

Obedecemos y avanzamos hasta situarnos apenas a dos o tres codos del trono. Tiya bizqueó en un claro intento por apreciar nuestras facciones, pero pareció darse por vencida y suspiró—. La joven Taduhipa no ha escatimado en elogios hacia vuestros talentos curativos, pero por definición las esposas más jóvenes no son de fiar. Decidme: ¿está en vuestro poder sanar a mi esposo?

—Para responder a esa pregunta tendremos que examinar antes al enfermo, majestad —respondió Tey—. Aunque el poder de nuestra diosa es grande, hay males que están más allá de cualquier cura y la ley del cosmos establece que todos hemos de morir algún día.

—Mi esposo es viejo y sin duda su *ka* y su *ba* volarán para reunirse con Atón muy pronto, pero no es la edad lo que le aflige ahora.

—¿Desconfiáis del tratamiento que le proporciona su actual médico, majestad? —preguntó de pronto Henti.

Tey se volvió hacia ella con los ojos muy abiertos, pero no osó decir nada. En cuanto a mí, la audacia de mi hermana había dejado de sorprenderme mucho tiempo atrás, aunque en esta ocasión reconozco que pensé que había ido demasiado lejos. La reina, sin embargo, sonrió con franqueza y asintió vivamente a sus palabras.

—Veo que no te falta inteligencia, jovencita, porque, en efecto, ¿por qué os iba a recibir si estuviera satisfecha con su actual médico? Deseo que examinéis a Amenofis y me digáis si, en vuestra opinión, su estado obedece a la voluntad de Atón o si ha intervenido mano humana.

—¿Y por qué habéis de confiar en unas desconocidas? —insistió mi hermana—. Tenéis a vuestra disposición todas las riquezas de Egipto, ¿por qué recurrir a unas extranjeras?

—Modera tu insolencia, ingrata —dijo Ay, y su voz fue como el restallar de un látigo—. No olvides dónde estás.

—Déjala, hermano.

—Como gustes, mi reina.

—Su belleza me recuerda a mí misma de joven y su lengua afilada me divierte. La reputación de las esclavas de Shaushka como sanadoras es grande y yo la conocía mucho antes de la llegada de Tadukhipa a la corte. Pienso que, habiendo venido hasta aquí, vuestro máximo interés consiste en que el faraón se recupere, para que yo os colme de regalos y vuestra reputación mejore aún más. En Egipto, en cambio, todos los médicos son sacerdotes de Amón y el dios con cabeza de carnero y yo hemos tenido nuestras desavenencias. Por eso busco una opinión honesta e imparcial. ¿Podrás proporcionármela?

La reina se había dirigido en exclusiva a Henti, de modo que fue esta la que contestó.

—Mi maestra y mi hermana son las grandes sanadoras, no yo, pero en nombre de todas os digo que podéis confiar plenamente en nosotras.

—Seguidme.

Tiya se levantó y echó a andar hacia una pequeña puerta que había a la izquierda del trono. Ay se apresuró a seguirla y detrás fuimos nosotras también. Cruzamos un pasillo oscuro y estrecho que conducía a una pequeña sala vacía en la que únicamente había una gran puerta de madera.

Frente a ella montaba guardia Horemheb.

La visión de su rostro me hizo sentir cosquillas en la parte baja del vientre, al tiempo que se me secaba la boca y se me aceleraba el corazón. Me ruboricé y traté de apartar la mirada de él, pero estoy segura de que fue muy consciente de mi turbación. Esbozó una sonrisa casi imperceptible antes de hacer una reverencia ante la reina y abrir la puerta. Tiya se apresuró a entrar y los demás corrimos tras ella.

El aposento de Amenofis estaba sumido en la penumbra. Las ventanas habían sido cubiertas con gruesos paños de lino y la única iluminación procedía de unas teas que ardían en las cuatro esquinas, guardadas por otros tantos soldados. El aire era denso y pesado y olía a enfermedad y a muerte. El centro de la estancia

estaba ocupado por una cama de madera labrada con imágenes de Horus, el dios halcón. En ella yacía, con los ojos cerrados, un anciano de piel pálida y arrugada. A pesar del calor que reinaba en la estancia y de que su cuerpo estaba cubierto por una sábana de lino, tiritaba. A su izquierda, arrodillada junto a él y con su mano entre las suyas, estaba nuestra hermana Tadukhipa, que al vernos esbozó una amplia sonrisa.

La visión de aquel hombre que sufría despertó al instante mi instinto de sanadora. Me olvidé de dónde me encontraba, acudí junto al enfermo y le puse la mano en la frente. Estaba húmeda y más caliente de lo normal. Le tomé el pulso en el cuello y comprobé que su corazón latía despacio y de forma irregular. El anciano abrió los ojos, que estaban inyectados en sangre, y clavó la mirada en mí con gesto amedrentado, como si me tomase por una asesina.

—Esposo, estas son mis hermanas, las esclavas de Shaushka de Nínive. Nuestra diosa es famosa por su magia curativa. Les he rogado que vengan para que sanen tu enfermedad.

Amenofis movió los labios, como si estuviera a punto de hablar, pero Tey se apresuró a acercarse para tomar la mano derecha del faraón, atrayendo así su atención. Le palpó el rostro, le abrió los ojos con los dedos y observó de cerca su aspecto hinchado y amarillento. A continuación, le indicó que sacara la lengua, que lucía sucia y pastosa. Yo, por mi parte, me incliné sobre él para observar con detenimiento sus encías, en cuyo borde pude apreciar una línea de color marrón.

—Y bien, ¿cuál es el veredicto? —preguntó la reina Tiya, acercándose al lecho de su esposo hasta situarse al lado de Tey—. ¿Podéis decirme qué mal aqueja a mi esposo?

Nuestra suma sacerdotisa se inclinó con las manos sobre las rodillas antes de responder.

—Majestad, el faraón presenta síntomas de envenenamiento. Es imposible determinar si se trata de un alimento en mal estado, si es algo que haya ingerido por error o, por el contrario, si el veneno le ha sido administrado a propósito.

—Si es imposible determinar la sustancia que lo ha intoxicado, imagino que será difícil prescribir un remedio —intervino el visir Ay.

—Existe un tratamiento que se ha mostrado efectivo para combatir sustancias muy diferentes —respondió Tey—. Consiste en administrar pequeñas dosis de un carbón especial que se consigue al cocer cáscaras de coco en un horno cerrado a muy alta temperatura.

—El sacerdote de Amón que se encarga de mi esposo no le ha prescrito nada parecido. Hasta ahora se limita a sangrarlo y a administrarle jugo de amapola para que duerma bien. Mandaré llamar a mi mayordomo para que anote los detalles del tratamiento que propones.

Tiya levantó el brazo, dirigiéndose a uno de los soldados, cuando de pronto la misma puerta por la que habíamos entrado nosotras se abrió con gran estruendo. Dos hombres hicieron su aparición. El primero era casi un anciano y llevaba puesta la capa de piel de leopardo que distingue a los sumos sacerdotes de Amón. El segundo era un joven vigoroso, alto y delgado. Aunque vestía la tradicional *shenti*, su cinturón tenía una hebilla de oro grabada con la efigie de Horus y lucía en la cabeza un tocado ceñido con una diadema de plata.

De inmediato reconocí en él al hombre al que había visto retozar con tantas mujeres la noche anterior, el príncipe heredero Tutmosis.

Horemheb accedió a la estancia tras él, aunque guardando una cierta distancia. Su mirada se cruzó con la mía y creí detectar un gesto de complicidad.

—¿Se puede saber qué es este sacrilegio? —gritó el príncipe. A grandes pasos se dirigió hacia la reina Tiya, apartando a Tey de un empujón para encararse a ella—. ¿Desde cuándo la salud del faraón se encomienda a las manos de hechiceras impías?

Observé que, mientras el visir Ay retrocedía hasta casi esconderse entre los pliegues de las cortinas, los soldados se

colocaban a nuestro alrededor, dispuestos a intervenir en cualquier momento.

—Tutmosis, no te consiento que me hables así. Soy tu madre y la reina de Egipto. Y tú, Meryptah, creí haberte dejado claro que no eras bien recibido en la cámara real. Ya tengo bastante con padecer la presencia de ese acólito tuyo que se hace pasar por médico.

El sumo sacerdote de Amón inclinó la cabeza, pero el príncipe, en cambio, la miró con desprecio antes de responder:

—Cuando este viejo muera yo seré faraón y haré que te entierren en vida con él.

—Solo Atón conoce lo que nos deparará el porvenir. Hasta que no lleves la doble corona sobre la cabeza no eres nadie.

—¡Basta ya con ese dios ridículo que ni siquiera tiene rostro! —gritó el príncipe—. ¡Tú y tu dios sois los que habéis atraído la maldición de Amón sobre mi padre! Ahora, exijo que estas alcahuetas salgan de la cámara real.

—Tutmosis, mi señor, soy yo quien ha hecho venir a las esclavas de Shaushka de Nínive —dijo Tadukhipa—. No se trata de mujeres impías ni de alcahuetas, sino todo lo contrario. En mi país se las conoce como Hacedoras de Reyes, ya que ningún hombre que no haya encarnado al pastor Dumuzid en sus bodas sagradas con Shaushka, representada por una de sus sacerdotisas, puede aspirar a la corona. Son mujeres poderosas, sabias y expertas en el arte de la sanación que han venido aquí para ayudar al Gran Amenofis.

—¡Calla, puta, o te devolveré a Mitanni dentro de una alforja!

—¡Blasfemia! ¡Sacrilégio! —chilló el sacerdote con una voz aguda y desagradable—. Solo el clero de Amón está legitimado para cuidar a la persona sagrada de nuestro faraón. Soldados, llevaos a estas... llevaos a esta gente.

—¡Ni se os ocurra moveros! Yo soy la reina de Egipto y estas son mis invitadas.

—¡Echadlas a patadas del palacio! Esta noche comienza la Bella Fiesta del Valle y Egipto entero estará paralizado durante los

próximos tres días. Os concedo ese tiempo para que recojáis vuestras cosas y encontréis un navío que os lleve de vuelta a vuestro país, pero si dentro de tres días no habéis abandonado Egipto por vuestra propia voluntad, mis soldados se encargarán de expulsaros y os aseguro que no serán amables. Yo soy el príncipe de Egipto, hijo de Amón, y estrangularé con mis propias manos a quien ose desobedecerme. —La mirada de Tutmosis nos recorrió, una por una, a las tres, hasta que fue a detenerse sobre mi hermana Henti, Admiró su cuerpo de arriba abajo no una sino hasta tres veces antes de continuar—. A esa guardadla para mí. Quiero divertirme con ella.

—Lo prohíbo —dijo entonces la reina Tiya, haciendo uso de toda la majestad que había acumulado con los años—. Las tres esclavas de Shaushka son mis invitadas y no le pondrás la mano encima a ninguna de ellas.

—Soldados, cumplid mis órdenes —dijo el príncipe—. No olvidéis quién será el próximo faraón cuando este anciano muera.

Hubo varios instantes de silencio mientras Tutmosis y su madre se enfrentaban el uno al otro, sin que ninguno de ellos cediera ni agachara la cabeza. Al fin fue Horemheb quien dio un paso al frente. Reconozco que me pregunté de parte de quién se pondría, ya que sus propios planes no parecían encajar ni con los del príncipe ni con los de la reina. Su solución me demostró que era más hábil e inteligente de lo que yo había supuesto.

—Majestad, si no me equivoco, las esclavas de Shaushka ya han terminado su visita. Con vuestro permiso, las escoltaré hasta la salida de palacio.

No esperó que ninguno de ellos respondiera, sino que hizo un gesto con la mano que los soldados se apresuraron a obedecer. Con suavidad, pero con firmeza, nos tomaron a las tres del brazo y nos acompañaron de regreso a través de la sucesión de patios y pasillos.

Fue el propio Horemheb el que me escoltó a mí. El contacto de su cuerpo me hizo estremecer. No pude sino sentir bajo mi mano la

fuerza de sus músculos y el calor de su piel. Me imaginé acariciándole aquel poderoso brazo e incluso continuando hacia el pecho, pero de inmediato traté de apartar de mí aquellos pensamientos tan inoportunos.

Íbamos en cabeza y caminábamos más deprisa que los demás, de modo que enseguida nos adelantamos varios codos. Aprovechando que no había nadie lo bastante cerca para oírnos, se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Esta noche, cuando la estrella Sothis repunte sobre el horizonte, recibirás una visita en el templo. Aguárdala en la puerta con una antorcha en la mano, sola.

—¿A quién debo esperar? ¿Vendrás tú de nuevo?

—Yo acompañaré al visitante, sí, pero no es a mí a quien quiero que veas. Confía y no temas.

—El príncipe nos ha expulsado de Egipto. En tres días tendremos que partir.

—¿Aún no te has dado cuenta? Tutmosis es un imbécil y los soldados solo me obedecen a mí.

# Pasaje de la caverna

**E**stoy en una caverna. No sé cómo he llegado aquí.

Tengo frío.

Estaba en una nave en medio de la oscuridad. De pronto he caído. Me he hundido durante un tiempo sin tiempo hasta que el cielo nocturno se ha transformado en un túnel y he continuado cayendo hasta darme de bruces con el suelo duro y húmedo de una cueva.

Me levanto. Palpo las paredes a mi alrededor. Parecen congeladas, pero rezuman un líquido aceitoso. No hay luz. Todo está negro.

Siento la presencia de alguien frente a mí. Noto tu aliento en mi rostro. Extiendo la mano y toco. Te reconozco.

Maldigo tu nombre, Tutmosis. Te maldigo más que a los otros.

Te conocí cuando irrumpiste en el dormitorio de Amenofis para expulsarnos a Tey, a mi hermana y mí de Egipto. Sentí una ira tan violenta que hubiera podido escupir fuego como algunos demonios comunes a todas las religiones que conozco, pero sabiendo que la fuerza bruta nunca ha sido mi principal arma, no me quedó más remedio que contenerme.

Tampoco hice nada cuando me señalaste con el dedo y quisiste apropiarte de mí.

La reina Tiya trató de defendernos, hasta Horemheb intentó impedir que te salieras con la tuya, pero tú tenías tus formas, ¿no es así? No sé cómo lo lograste, pero conseguiste que el soldado que me escoltó hacia la salida me llevara a tus aposentos sin que nadie más se diera cuenta.

Mientras me arrastraba por los pasillos del palacio, fui capaz de serenarme. Pensé que me enfrentaba simplemente a un hombre y los hombres son fáciles de manejar. Cuando llegamos a una habitación casi igual de grande que la de Amenofis, pero adornada con carros y lanzas, espadas y todo tipo de objetos militares y el guardia me arrojó al suelo, yo me levanté con dignidad y me enfrenté a ti derecha como un junco, con el pecho hinchado y la barbilla alzada.

—¿Me deseas, príncipe?

—Yo no deseo nada. Soy el heredero de Egipto, y lo que codicio, lo tomo. No necesito el permiso de nadie.

La agilidad mental siempre ha sido mi mejor aliada. Ahora que estoy muerta puedo decir la verdad sobre mí misma sin rubores ni falsas modestias. Soy más inteligente que los demás y por eso llegué hasta lo más alto. Me bastaron aquellas palabras para terminar de juzgarte y decidirme por un curso de acción. Habría podido seducirte y casarme contigo para convertirme en reina, ¿por qué no?, pero supe enseguida que no tenías madera para ser buen faraón, ni permitirías que tu esposa gobernara Egipto como hacía tu madre.

Aún no sabía cómo, pero en ese primer encuentro decidí que no podías acceder al trono. Pensé que un bravucón como tú no soportaría ver insultada su masculinidad delante de sus hombres, por lo que opté por emplear uno de los trucos de cortesana que Tey me había enseñado. Con un sutil movimiento, deshice el lazo que sujetaba mi túnica en su lugar y me quedé completamente desnuda frente a ti, con mi cuerpo firme, suave y dorado expuesto ante ti a modo de desafío.

¿Te acuerdas? Seguro que la imagen de mi cuerpo desnudo continúa atormentándote después de tantos años.

—Y sin embargo a mí no podrás tomarme. No eres lo bastante hombre para yacer conmigo. Mírate, eres ridículo.

Y comencé a reírme.

Es tan fácil derrotar la virilidad de un hombre. Me acerqué a ti, aún entre carcajadas, y llevé la mano entre tus piernas, por encima de tu *shenti*, para sentir tus partes flácidas y pequeñas.

—¿Qué haces, mujer?

—¿Qué hago, yo? ¿Qué haces tú, con ese miembro absurdo?

Tiré de la tela y te dejé en cueros, frente a mí y frente al soldado que me había arrastrado. Este último no pudo evitar un amago de risa que contuvo de forma inmediata, tratando de aparentar seriedad. Tú te cubriste con las manos y abandonaste a toda velocidad tu dormitorio, olvidándote incluso de recoger la ropa del suelo.

Cuando te fuiste, tu guardia me miró, como esperando mis instrucciones. Seguro que vio que yo sí tenía madera de reina.

—No será capaz de divertirse con una mujer al menos durante una luna completa. Llévame con mis hermanas, si no quieres que te haga lo mismo a ti.

Nadie supo nunca de aquel incidente. Lo guardé en secreto hasta para tu propio hermano, al que tanto martirizaste.

Aléjate de mí, Tutmosis. No deseo verte. Me voy.

Avanzo. Doy un paso. Otro.

El frío ha desaparecido. Ahora hace mucho calor.

Frente a mí veo un lago de fuego. Figuras siniestras se retuercen de dolor en su interior. Reconozco muchos de los rostros.

Uno de ellos es el mío.

## Libro IV

### *La gata del príncipe*

**E**n el trayecto de regreso al templo desde el palacio del faraón, Tey y Henti discutieron vivamente sobre la expulsión que había dictaminado el príncipe heredero. Nuestra suma sacerdotisa era partidaria de obedecer si no recibíamos una contraorden antes de que expirara el plazo, pero mi hermana no se mostraba conforme.

—No podemos irnos de Egipto.

Estábamos ya en la barca que nos conducía de vuelta al muelle de Birket Habu. El sol estaba en su cénit y, aunque hacía un calor asfixiante, la brisa del Nilo traía un cierto alivio. Solo se escuchaba el canto de los ánades y el rítmico sonido de los remos, que penetraban en el agua con una cadencia lenta pero constante.

—Piensa, Henti. Tutmosis va a ser el próximo faraón. Si él nos ordena partir, partimos. No hay más discusión.

—¡Tú no lo entiendes! Lo tenía todo planeado. Tadukhipa me había prometido acogernos en el palacio, donde nuestra posición sería infinitamente más acomodada que en el templo de Shaushka. Contaba con que estaríamos en condiciones de mantener al faraón al menos unos meses con vida, y en ese tiempo yo hubiera sido capaz...

—¿De qué hubieras sido capaz? —preguntó Tey—. ¿Cuál era tu plan?

Mi hermana sacudió la cabeza antes de responder.

—De encontrar un hueco para nosotras, por supuesto. Tú me lo enseñaste. Este viaje es nuestra oportunidad. Para ti, de recuperar el lugar que te corresponde por tu linaje y, para mí, de alcanzar una posición donde nadie pueda perjudicarme. —Henti tenía la mirada perdida en el horizonte, pero de pronto sus ojos se cruzaron con los míos y pareció darse cuenta de mi presencia por primera vez—. Una posición desde la que pueda proteger a mi hermana.

—Siempre podemos regresar a Wassukanni —dije yo, sosteniéndole la mirada.

Ella negó con la cabeza y continuó como si yo no hubiese hablado.

—La sucesión al trono de Egipto es siempre un equilibrio delicado, pero en este caso hay aún más elementos en juego. Hay dos bandos enfrentados entre sí: los sacerdotes de Amón contra la reina Tiya. Tutmosis pertenece al primer bando. Si conseguimos decantar la balanza hacia el lado de la reina, hallaremos un hueco para nosotras...

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó Tey.

—Tenemos a Tadukhipa y te tenemos a ti, que eres la última heredera de Hatshepsut.

—Vivimos en un mundo de hombres. Ni siquiera dos reinas y la descendiente de una tercera pueden enfrentarse a un príncipe coronado.

—Tenemos tres días. Pensaré algo. No he llegado hasta aquí para rendirme ahora.

Hicimos el resto del trayecto en silencio. Cuando alcanzamos nuestro destino, cada una nos consagramos a la tarea de poner en orden una parte diferente del templo, de modo que no teníamos que vernos unas a otras. Mose y sus obreros aún estaban allí y Henti, por supuesto, se entretuvo con ellos. Hasta yo me había dado cuenta de que el joven artesano le había provocado una honda impresión, aunque confieso que ignoro si ya había encontrado la forma de hacerlo encajar en sus planes o si eso llegaría más adelante.

Yo, por mi parte, me encerré en una habitación sin ventanas que habíamos decidido convertir en botica y me dediqué a colocar y clasificar los remedios que habíamos traído desde Mitanni. Di orden a Tef y Hemet de que fueran al mercado a adquirir algunas hierbas y pociones que solo se encuentran en Egipto, de cuya existencia sabía a través de mis estudios con Tey.

Mi superiora entró a hacerme una visita cuando ya era más de media tarde y no había salido ni tan siquiera para comer. Me traía un pastel de carne envuelto en una hoja de parra. Lo acepté de sus manos, agradecida, me senté a descansar en un pequeño taburete y lo mordí con voracidad. El gusto de las especias egipcias es más intenso y aromático que el que usamos en Mitanni, pero lo encontré sabroso y exquisito al paladar.

—¿Qué te ocurre, niña?

—¿Por qué me preguntas eso? —contesté yo, con la boca llena.

—Te conozco bien. Tú eres alegre y entusiasta y jamás te separas de tu hermana. Desde que hemos llegado apenas hablas con ella. Estás callada y como taciturna. ¿Qué pasa? ¿Echas de menos nuestro hogar? ¿Quieres volver?

—Sé que el rey Tushratta ha prohibido nuestro regreso a Mitanni. ¿Me dirás que tú no estabas al corriente?

Tey asintió, cerró los ojos durante unos instantes más de lo que dura un parpadeo y después me observó con gesto grave.

—Sí, lo sabía.

—¿Y no te pareció oportuno decírmelo?

—Trato de buscar una solución. Un nuevo hogar para nosotras.

—Comprendo.

—El exabrupto del príncipe me preocupa... tu hermana cree que podemos aprovechar la lucha de poder que hay en palacio en nuestro beneficio, pero yo soy más realista. Las mujeres como nosotras necesitamos la protección de un hombre.

—En Mitanni vivíamos en una comunidad de mujeres que gobernabas tú.

—Te equivocas. En Mitanni podíamos subsistir porque el rey Tushratta nos encontraba útiles. Nos ha retirado su favor y ya ves, hemos tenido que irnos. Pero no te preocupes, no te abandonaré. No os abandonaré a ninguna de las dos. Sois lo más parecido a unas hijas que tengo.

—No estoy preocupada. Vosotras tenéis vuestros planes, pero quizá yo también tenga los míos.

—¿Qué planes, Iltani? Ten cuidado. He visto cómo miras a ese soldado, a Horemheb. Es un hombre peligroso, deberías apartarte de él.

—Sé cuidar de mí misma.

Tef y Hemet irrumpieron en la botica con los remedios que yo les había mandado comprar, poniendo así fin a nuestra conversación. Yo continué ordenando hierbas y aceites, alcoholes y propóleos hasta que cayó la noche. Cuando regresé a la sala de las columnas, descubrí que Mose ya había terminado su trabajo y se había marchado sin despedirse. Cada uno de los frescos que representaban la vida de Shaushka poseía un detalle único: un destello de miedo, el ardor guerrero en la mirada, la ternura de una madre, lo inevitable de la muerte. Cada escena tenía una chispa que la hacía parecer viva.

Mi hermana también admiraba el resultado de la obra. Repasaba el cuadro en el que nuestra diosa aparecía representada como hombre y como mujer al mismo tiempo. Le brillaban los ojos y sus dedos recorrían los trazos aún frescos de pintura. Al verme, sonrió.

—Quizá esta sea nuestra salvación, hermana.

—No te entiendo.

—Atón, el dios de la reina Tiya, no es ni hombre ni mujer, ni masculino ni femenino. ¿Recuerdas?

—¿Te vas a convertir en profetisa del nuevo dios? —pregunté —. ¿Dictarás un oráculo, como la difunta Enheduana?

—Quizá.

—Estoy muy cansada. Me voy a dormir.

Me encerré en mi celda antes de que Henti tuviera ocasión de decirme nada más sobre sus planes. En su mirada pude ver que ella se daba cuenta de mi irritación, pero no sentía deseo alguno de discutir con ella. En realidad, solo podía pensar en Horemheb. Había dicho que acompañaría al visitante y eso significaba que podría verlo de nuevo. No me importaba nada más.

Oteé por la ventana hasta comprobar que la estrella Sothis había salido sobre el horizonte. Ya era tarde y, por los sonidos de la noche, supuse que Tey y Henti ya dormían en sus habitaciones. Tomé una antorcha, como se me había dicho, y salí hasta la puerta del templo. Me senté en las escaleras de piedra y me dispuse a esperar. Siempre he cuidado mis uñas para que tengan un aspecto pulcro y femenino, pero recuerdo que aquella noche me las mordí.

No habían pasado más de diez minutos cuando vi una sombra que se acercaba en medio de la oscuridad. Por la altura y la complexión adiviné de inmediato que se trataba de Horemheb. Me puse en pie, bajé las escaleras y corrí a recibirlo, aunque él me hizo un gesto para que lo esperara.

—Tu visitante está a punto de llegar. Debes esperar con las manos apoyadas en las rodillas y no has de mirarle a los ojos salvo que se te indique lo contrario.

—¿Quién es este individuo tan importante que me visita en medio de la noche y sin revelar su identidad?

—Pronto lo sabrás. Ahora escúchame, porque lo que tengo que decirte es muy importante. La persona que vas a conocer desea convertirse en esclava de Shaushka. Debes hacer todo lo que esté en tu mano para facilitar que se cumpla su deseo.

—¿Espero a una mujer, entonces?

—Aguarda y verás. Es muy importante que hagas lo que te he dicho. ¿Puedo confiar en ti?

Tardé apenas un instante en contestar.

—Claro que puedes, Horemheb. No habrá problema. La diosa siempre acepta a quien solicita su protección.

—Así me gusta. Ahora ve al interior y espera como te he indicado.

Vi que Horemheb desaparecía entre las sombras y me di la vuelta para regresar al templo. Apenas había tenido tiempo de subir dos peldaños de la escalera cuando escuché unos pasos detrás de mí. Al girarme para mirar de quién se trataba, descubrí a una figura envuelta en una capa de lino blanco de tal modo que no se apreciaba siquiera el rostro. A pesar de todo, a través del tejido pude ver que se trataba de una persona de elevada estatura y complexión delgada, aunque no pude distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer.

—¿Eres tú Iltani de Wassukanni? —preguntó con una voz neutra que continuó sin darme pista alguna sobre su sexo.

—Yo soy.

—Deseo entrar al servicio de Shaushka de Nínive.

—En nombre de la diosa, te doy la bienvenida. ¿Quién eres?

El visitante dejó caer la capa que lo envolvía, revelándose como un hombre alto y delgado de ojos grandes y mirada melancólica. En vez de la tradicional *shenti* que llevan los egipcios de todas las clases y profesiones, vestía una túnica de lino.

—Esperaba que tú y tu diosa pudierais ayudarme con ese dilema. ¿Qué soy? Solo puedo decirte que durante años he intentado ser hombre y he sido cada vez más desgraciado. Quizá deba intentar ser feliz como hembra. He oído... Horemheb me ha dicho que tú has estado en mi misma situación y que tu diosa te admitió como mujer.

—¿Quién eres?

—Soy el príncipe Amenhotep, el hijo menor del faraón, pero cambiaré gustoso mi nombre si tu diosa me acoge a su servicio.

La revelación de la identidad de mi misterioso visitante me sumió en la confusión. ¿Por qué no me lo habría dicho Horemheb, para que yo tuviera tiempo de prepararme? ¿Y por qué querría a toda costa que el príncipe fuese admitido como esclava sagrada? La respuesta acudió de inmediato a mi mente. Horemheb me había

confesado sus planes para convertirse en faraón. Si Amenhotep en efecto se convertía en mujer, no representaría obstáculo alguno para sus ambiciones.

Un dilema moral se desató dentro de mí. Había algo que me compelia a ayudar a Horemheb. No sé qué fantasía acariciaba en mi interior, aunque juro que la idea de cumplir la profecía y verme coronada como reina no me atraía en exceso. Confieso que sí deseaba ayudarlo, complacerlo, lograr que me estuviera agradecido y así... ¿qué? ¿Tenerlo para mí? ¿Poder acariciarlo, yacer con él? ¿Conquistar su corazón? No sé qué quería en realidad, pero lo cierto es que ansiaba hacer lo que me había dicho. A pesar de ello, no estaba segura de que la persona que tenía frente a mí fuese en verdad una hembra. Yo sé mejor que nadie, lo sabía entonces y lo sé ahora, que una mujer puede nacer con atributos masculinos sin que esto suponga un obstáculo para su feminidad. Pero también sé que no encajar en lo que se espera de un hombre no lo convierte automáticamente en mujer.

Pensativa, asentí con la cabeza y lo conduje hasta la sala de las columnas, donde había unas mesas de madera con bancos destinadas a los peregrinos. Tomé asiento allí y le indiqué a Amenhotep que se acomodara a mi lado.

—Has dicho antes que tu situación es semejante a la mía — dije, cuando se hubo colocado en el otro extremo del banco, con la espalda derecha, las piernas muy juntas y las manos sobre los muslos—. Desde que nací fui consciente de que había un error en mi cuerpo, pues yo estaba segura de ser una niña y, sin embargo, tenía rasgos de varón. ¿Es ese tu caso también?

Mientras yo hablaba, el príncipe había centrado la mirada en las paredes de piedra y parecía interesado en los frescos que había realizado Mose. Sus ojos se detuvieron sobre el mismo dibujo que había admirado Henti antes, el que representa a Shaushka con atributos de hombre y de mujer. Estaba a punto de preguntarle si me había oído cuando se volvió hacia mí y sacudió la cabeza.

—No, no puedo decir que así sea. De niño no tengo recuerdo de conocer la diferencia entre varones y hembras. Por supuesto que oía hablar de ello y sabía, por ejemplo, que mi padre era un hombre y mi madre una mujer, pero no comprendía su significado. Fue después de ser circuncidado, cuando me vistieron con la *shenti* de los varones, cuando me rebelé por primera vez y me negué a hacerlo. Huelga decir que me obligaron, claro está.

—¿Querías vestir como mujer, entonces?

—Lo hice en varias ocasiones, lo cual me trajo innumerables disgustos, sobre todo con mi hermano. Ha seguido insultándome y golpeándome y haciéndome la vida imposible desde entonces. Las mujeres no me atraen y solo me divierto si yazco con hombres, lo cual supone un motivo constante de mofa y desprecio por su parte. La verdad de mi corazón es que no sé quién soy. Solo sé que soy muy desgraciado. Cuando mi padre muera y Tutmosis sea faraón, sé que me mandará matar para evitarse la vergüenza de tener un hermano como yo. Por eso deseo unirme a Shaushka y escapar de este destino odioso.

El relato del príncipe me conmovió. De sus palabras deduje que su situación era diferente de la mía. Él no era una mujer encerrada en un cuerpo de hombre, pero eso no le impedía ser igualmente desgraciado. Pensé que era injusto que Shaushka solo pudiera proteger a las mujeres. ¿Por qué no podían acudir a ella todos los que no encajan en los moldes establecidos? Si un hombre era lo bastante humilde como para pedir la protección de la diosa, sin duda la merecía.

—Te ayudaré, príncipe. Intercederé ante nuestra suma sacerdotisa para pedirle que acepte tus votos como esclava.

—Gracias. Horemheb me dijo que tú me ayudarías. Él nunca falta a su palabra.

Me gustaría decir que mi decisión estuvo motivada por las puras intenciones, que de verdad creía que Shaushka podía convertirse en la protectora de todos los parias del mundo, de los desgraciados como Amenhotep y como yo que siempre hemos sido

despreciados por los hombres y tachados de abominaciones y cosas peores, pero no es así. El deseo de complacer a Horemheb pesaba mucho dentro de mí y, quizá de no ser por él, mi parecer hubiese sido distinto. Poco hubiera importado, porque Henti irrumpió en la sala de las columnas ataviada con su túnica blanca de sacerdotisa y con una antorcha en la mano. Llevaba el pelo sujeto con una cadena de oro que nunca le había visto, pero que resaltaba aún más su belleza.

—Shaushka no puede protegerte. Shaushka es una falsa diosa y su poder no es real. Pero hay un dios que sí puede ayudarte.

—¿Cuál? —preguntamos, a un tiempo, Amenhotep y yo, imagino que igual de sorprendidos por la súbita aparición de mi hermana y por sus extrañas palabras.

—Atón.

Se hizo el silencio y en la sala de las columnas solo pudo escucharse el sonido del viento de Tebas que soplaba entre las callejuelas de la ciudadela.

—Atón —repitió el príncipe, como si estuviera degustando el nombre del dios en su paladar—. Mi madre es devota suya, pero yo no soy una persona religiosa. ¿Qué tiene Atón que no tengan otros dioses, que no tenga Shaushka de Nínive?

—Al igual que tú, Atón no es hombre ni mujer, es a un tiempo padre y madre de todo lo que existe. Tú, mi príncipe, tienes la esencia divina de Atón. Estás hecho a su imagen y semejanza.

—Interesante —respondió él—. Nunca lo había pensado.

—Atón está llamado a ser el primero entre los dioses, al igual que tú estás llamado a ser el primero entre los hombres. Tu destino no es huir, sino mostrar a Egipto la faz bondadosa de Atón y asegurar que el orden de la Maat impera en el universo.

—Ese es el papel del faraón —dijo Amenhotep.

—Tú lo has dicho.

—Yo no quiero ser faraón. Quiero llevar una vida tranquila. No quiero esconderme y fingir toda la vida ser alguien que no soy.

—Es tu destino, mi príncipe. Además, si eres el faraón, no tendrás que fingir. Nadie podrá cuestionar tus decisiones ni tu forma de ser.

El pánico se apoderó de mí. Lo confieso, no lo había visto venir. Había seguido el razonamiento de mi hermana con auténtica curiosidad, preguntándome si en efecto habría tenido algún tipo de epifanía religiosa y pensaba proponer que cambiáramos la imagen de Shaushka por la tuya y que las esclavas sagradas nos consagrásemos a ti, pero no.

Henti había encontrado el modo de permanecer en Egipto. Había descubierto al hombre que podía protegernos y decantar la balanza a favor del bando de la reina Tiya. El príncipe Amenhotep.

Por supuesto, sus planes chocaban frontalmente con los de Horemheb.

—Eso es una tontería —balbuceé yo, presa de la ansiedad—. Es Tutmosis el heredero de la corona, no Amenhotep.

—No tiene por qué ser así —respondió mi hermana. Creo que, si hubiese tenido un arma a mano en aquel momento, la hubiese lanzado contra mí sin la menor duda. En ausencia de dagas ni puñales, me dirigió una mirada de odio que hizo que se me helaran las entrañas—. Tu padre, el faraón, está siendo envenenado.

—Lo sé. Mi madre me lo ha dicho.

—Nosotras lo salvaremos por la gracia de Atón.

—Hermana, nosotras no servimos a Atón —intervine—, somos esclavas de Shaushka.

—¡Silencio! ¡No me interrumpas! —Henti se acercó a Amenhotep y lo cogió por ambas manos, mirándolo directamente al rostro como nunca se debe hacer con los miembros de la realeza—. Mi príncipe, nosotras salvaremos a tu padre y, cuando recobre la consciencia, le haremos saber que ha sido un milagro de Atón. Tú eres el elegido de Atón. Al faraón no le quedará más remedio que nombrarte heredero.

Amenhotep no soltó a mi hermana. Permaneció en su lugar, negando con la cabeza.

—Se nota que no conoces al Gran Amenofis. Él me aborrece, nunca me hará su heredero por encima de Tutmosis. Está ciego a sus defectos, no lo ve cómo es en realidad.

—Tu hermano es un hombre deleznable, que desprecia a las mujeres y que te ha torturado durante toda tu existencia. Sí, he oído las confidencias que le has hecho a mi hermana y por eso he decidido intervenir. No podemos permitir que un ser semejante sea el próximo faraón. Atón debe convertirse en el principal dios de Egipto y, para ello, tú debes reinar.

Henti y Amenhotep se sostuvieron la mirada durante un tenso silencio. Al fin, el príncipe le soltó las manos, volvió a envolverse en su capa y se dirigió hacia la salida. Ya desde la puerta, se giró y nos dirigió una última mirada.

—Debo pensar en todo esto.



En el mismo instante en que nos quedamos solas en el templo, con el eco de la voz del príncipe aún resonando en las paredes, mi hermana se volvió hacia mí. Tenía el ceño fruncido, los ojos encendidos y las manos le temblaban.

Nunca la había visto tan furiosa.

—¿Por qué me has hecho esto? —me preguntó, con un hilo de voz que era mucho peor que cualquier grito.

—¿Hacerte el qué?

—No te hagas la tonta conmigo. Te conozco, Itani. Recibes en secreto a un príncipe de Egipto, sin decirme nada, sin hacerme partícipe. Cuando yo encuentro la forma de salvarnos a todas, me traicionas, me llevas la contraria..

—No creo haber hecho nada malo —contesté, con la cabeza bien alta—. Este hombre ha venido a mí para pedir ayuda y refugio, al igual que hicimos tú y yo hace muchos años cuando nos

perseguía aquel soldado hitita. Nuestra obligación es tratarle a él igual que Tey nos trató a nosotras.

—¡Pero tú lo has dicho! ¡Amenhotep es un hombre, no una mujer! ¿Cómo puede ser esclava de Shaushka? Su destino es ser faraón.

—Eso le corresponde a él decidirlo, Henti, no a ti. Buenas noches.

Estaba tan furiosa que, en vez de dirigirme a mi celda, seguí los pasos del príncipe hacia el exterior del templo. Pensé que quizá aún lo encontrara y pudiera decirle... ¿qué? Que no escuchara a mi hermana, que ella siempre había creído que el poder y la riqueza podían protegernos de cualquier cosa, pero que no le hiciera caso, que tomara los votos de Shaushka y abrazara una vida sencilla de estudio y oración. No sabía cómo, pero estaba convencida de que Horemheb acabaría por alzarse con la corona. Él nos protegería y ninguno tendríamos que abandonar Tebas, podríamos quedarnos allí para siempre y yo quizá podría entregarme a él y continuar siendo esclava de Shaushka al mismo tiempo.

Estos eran los pensamientos que me ocupaban mientras bajaba las escaleras del templo y me di de bruces con él, que permanecía oculto entre las sombras, tras el tronco de la higuera. Me cogió de los hombros y me obligó a detenerme. Como siempre, el contacto de sus manos hizo que se me erizara la piel. Alcé los ojos hacia él y me pareció detectar la furia en su mirada.

—He visto salir al príncipe a toda prisa. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué no ha tomado ya los votos?

Horemheb me cogió del brazo y me llevó a cierta distancia del templo. Allí, en medio de la oscuridad de la noche, sin más luz que la de la luna y las estrellas, le expliqué todo lo que había pasado. Él me escuchó con el gesto cada vez más rígido hasta que acabé. Entonces asintió, se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección opuesta a la del templo. Cuando vi que se alejaba, corrí tras él.

—¿Qué ocurre? ¿Te vas?

Él se detuvo y me miró con frialdad.

—No me sirves para nada. Te he encargado una cosa sencilla y has fracasado.

—Mi hermana apareció de pronto. No ha sido culpa mía.

—Eso no es de mi incumbencia.

Se dio la vuelta una vez más y emprendió el camino. Yo aguardé unos instantes antes de correr de nuevo detrás de él.

—Por favor, no te vayas.

—¿Por qué no? —me preguntó, sin detenerse.

—Quiero ayudarte.

—¿Ah, sí? ¿Y qué harás?

—Lo que haga falta. He conocido a los dos hermanos y estoy de acuerdo contigo, creo que ninguno de ellos debe ser faraón. Tutmosis no está capacitado y Amenhotep no lo desea. Él solo quiere llevar una vida sencilla, al servicio de la diosa...

Horemheb se paró en seco y me miró. Tenía los ojos entornados, como un halcón que escruta a su presa. Sentí que el corazón se me desbocaba.

—Es demasiado tarde para eso. No quiero que hagas nada.

—Pero puedo arreglarlo. Hablaré con el príncipe Amenhotep y le explicaré...

—No me estás escuchando: si deseas ayudarme, no hagas nada. Si tu hermana quiere convertirlo en heredero, tendrá un plan. Acompáñala. Ayúdala. Sobre todo, no quiero que Amenhotep sufra daño alguno. Cuando llegue el momento, te diré lo que tienes que hacer. ¿Has comprendido?

—Sí. Haré como me dices.

Se cruzó de brazos y frunció el ceño, mirándome como quien valora un caballo que está a punto de comprar.

—Aún no sé si puedo confiar en ti. Ya me has fallado una vez.

—Claro que puedes.

—Demuéstralo. Necesito una prueba de tu lealtad a mí.

—Dime qué quieres que haga.

—Renuncia a tu diosa. Aquí y ahora. Reniega de los votos que tomaste y júrame fidelidad a mí. Te dije que quería que fueras mía,

¿estás dispuesta?

Me llevó unos instantes decidirme. Los votos de Shaushka no son irreversibles, existen ejemplos abundantes de esclavas sagradas que abandonan el templo para contraer matrimonio, en especial con nobles y príncipes. Yo no iba a casarme con Horemheb, al menos no en ese momento, pero no era tan diferente.

—Shaushka de Nínive, renuncio a ti y retiro las promesas que te hice. A partir de hoy te juro fidelidad a ti, Horemheb. Que todos los dioses sean testigos.

—¿Me obedecerás siempre?

—Sí, lo haré.

—¿Eres mía, entonces?

—Soy tuya.

—Está bien, acepto tu juramento. Más te vale no decepcionarme. No me sigas más, me voy. Te avisaré cuando quiera que haga alguna cosa.

Volvió a ponerse en marcha y, en esta ocasión, le obedecí y permanecí parada hasta que lo perdí de vista. Aun entonces esperé un tiempo más por si decidía regresar, pero me convencí de que se había ido y caminé de regreso hasta el templo. Me sentía extraña. De algún modo era consciente de que había dejado de ser esclava sagrada, para convertirme en... ¿qué? Aún no lo sabía, pero desde luego, en algo diferente. Mi hermana ya se había metido en su celda, así que me encerré en la mía, me desnudé, me lavé, me puse la ropa de dormir y me tendí sobre mi alfombrilla.

Pensé en Amenhotep, que no deseaba ser príncipe ni faraón, sino llevar una vida tranquila, sin tener que esconderse ni fingir ser una persona diferente. Era lo mismo que yo había deseado siempre. Lo que aún deseaba. Pensé que con Horemheb no tendría que disimular nunca.

Fue su voz la que me despertó a la mañana siguiente.

—¡En nombre del faraón, se convoca a las sacerdotisas de este templo! Si mis órdenes no son obedecidas, los soldados entrarán a por vosotras.

Era antes del alba. El sol aún no había salido, pero desde mi ventana podía verse el resplandor rojizo que precede al amanecer. Me puse en pie de un salto, me vestí la túnica de sacerdotisa, me calcé las sandalias nuevas y salí a toda velocidad. Horemheb y un pequeño pelotón de seis o siete soldados aguardaban al pie de las escaleras. Bajé a toda velocidad para reunirme con él.

—Mis planes siguen su curso —me susurró—. No quiero ningún fallo más. A partir de ahora harás exactamente lo que te diga, sin errores.

No me dio tiempo de contestar, porque enseguida aparecieron Tey y Henti. Ambas habían tenido tiempo también de ponerse sus túnicas y hasta se habían arreglado el pelo, cosa que yo no había hecho.

—¿Quién nos ha hecho llamar? —preguntó Tey—. ¿Vienes de parte del príncipe Tutmosis, para expulsarnos de Egipto?

—No soy yo quien debe contestar a vuestras preguntas. Seguidme.

Esta vez no hubo literas ni sillas de manos para nosotras, sino que tuvimos que caminar detrás de los soldados hasta el muelle de Birket Habu. Hicimos el trayecto en barca en silencio. Al llegar al palacio, Horemheb y sus soldados nos depositaron en manos de un sirviente que nos condujo a una estancia pequeña y abigarrada de estatuas de todos los dioses imaginables donde nos esperaba el hermano de la reina, el visir Ay.

—Sin saber cómo, parece que habéis conseguido situaros en el centro de todas las intrigas de este palacio —dijo sin apartar la mirada del papiro que estaba leyendo—. El faraón ha decidido que permaneceréis en Tebas. Tú, Tey, ostentarás el título de Gran Enfermera Real y estarás encargada de velar por su salud.

—¿El faraón? —preguntó Tey, no sin cierto titubeo—. ¿Significa esto que ha despertado?

—Así es. Tras vuestro diagnóstico, la propia reina Tiya y la joven reina Tadukhipa se han encargado de alimentarlo y nadie más que ellas ha entrado en la cámara real. También le han administrado

la pócima de cáscara de coco que recetasteis. El Gran Amenofis recobró el conocimiento de madrugada y, al ser informado de los acontecimientos, exigió que permanecierais a su lado.

—¿Quién nos protegerá? —preguntó Tey—. El príncipe dejó ayer muy claro que, de no ser obedecido, mandaría a las tropas a por nosotras.

—Me encuentro en condiciones de ofreceros mi protección personal. —Ay levantó la cabeza por primera vez, clavó la mirada en nuestra suma sacerdotisa y se pasó la lengua por los labios—. El faraón continúa muy débil y delira la mayor parte del tiempo, por lo que además de atender a los asuntos cotidianos del gobierno, he recibido el encargo de averiguar quién es el responsable del envenenamiento. Estimo que vuestros conocimientos pueden serme muy útiles en este cometido. Por ello... —Ay hizo una pausa, se frotó las manos y esbozó una sonrisa—. Por ello, me propongo desposarte, sacerdotisa Tey. Soy el hermano de la reina Tiya y eso te hará intocable. Ya es tiempo de que tome esposa y ninguna mujer egipcia que no tenga sangre real tiene rango suficiente para mí. Tu linaje sagrado, por el contrario, descendiente de la Primera de las Nobles Damas, sí está a la altura de un futuro pretendiente al trono de Egipto.

Hasta yo, que por aquel entonces era ciega, sorda y lela en lo que respecta a las intrigas cortesanas, comprendí el hilo de los pensamientos de Ay. Era bien sabido que por las venas de Tey fluía la sangre sagrada de los faraones. Si a esto le añadíamos que, el día anterior, Tadukhipa había dicho que las esclavas de Shaushka éramos Hacedoras de Reyes... era evidente que Ay planeaba legitimar sus aspiraciones al trono a través de una boda con Tey.

Me pregunté cuántas conspiraciones simultáneas podían existir para acceder a un mismo trono. De pronto, la profecía de Enheduana resonó en mis oídos. Mi hermana planeaba convertir a Amenhotep en faraón y sin duda se veía a sí misma como su Gran Esposa Real. Horemheb pretendía hacerse él con la corona y aseguraba que me haría reina a mí y ahora era Ay el que anunciaba

su candidatura al trono de Egipto y se proponía desposar a Tey para legitimar su pretensión.

Al final, la única de las cuatro reinas profetizadas que no había tenido que conspirar para llegar a su posición era Tadukhipa. Yo, en cambio, me veía diferente a Tey y a Henti. Después de todo, no codiciaba corona alguna. Lo que yo deseaba era al hombre que quería ceñir la corona. No era lo mismo.

—¿Qué será de mis esclavas sagradas? —preguntó Tey—. Henti e Itani son como dos hijas para mí.

—Las adoptaremos. Tendrán que cambiar sus nombres, como es natural. Tú, la más hermosa de las dos, serás Nefertiti, «la bella ha llegado». La otra será Mutnodjemet. La diosa Shaushka se instalará de forma permanente en Tebas y su culto en Egipto adquirirá una naturaleza oficial. Tey abandonará el cargo de suma sacerdotisa al contraer matrimonio, pero una de vosotras la sucederá. Creo que será un acuerdo muy conveniente para vosotras.

—Es una oferta generosa, gran visir —admitió Tey—. No obstante, comprenderás que tengo que pensarlo. Mis votos sagrados no me prohíben casarme expresamente, pero no hay precedentes de una suma sacerdotisa que haya abandonado el cargo para desposarse.

—Hay una cosa más. —Ay se puso en pie y comenzó a caminar en pequeños círculos detrás de su mesa—. Tengo entendido que el príncipe Amenhotep tiene intención de pedir la protección de Shaushka e incluso entrar a su servicio. ¿Sabéis algo de esto?

Tey nos dirigió la mirada a Henti y a mí antes de responder. Yo traté de mantener mi expresión lo más neutra posible. Aunque mis labios todavía no habían pronunciado ninguna mentira, me estaba volviendo una experta en el arte de la ocultación.

—No tengo noticia de tal cosa.

—Puede que sean rumores, en este palacio nunca se sabe. No obstante, me permito señalar que el faraón vería con buenos ojos un

acuerdo semejante. El joven Amenhotep siempre ha sido motivo de preocupación para él, y saberlo acomodado y feliz le proporcionaría gran alivio en su vejez. Es obvio que un príncipe no podría permanecer en Tebas consagrado a Shaushka, ya que esto no tiene precedentes y provocaría gran escándalo, pero se harían los arreglos necesarios para que su alteza partiera a Nínive y se internara allí en el templo de la diosa, como es su deseo. —Se hizo un tenso silencio en la habitación. El visir detuvo su paseo, esbozó una sonrisa que se me antojó forzada y abrió los brazos en un gesto de concordia—. No tenemos que decidir ninguno de estos extremos en este instante. El príncipe Tutmosis os ha dado tres días para abandonar Egipto, de modo que tenéis ese tiempo para sopesar vuestras opciones.

—Creía que era el faraón el que nos quería aquí —dijo Henti.

—De hecho, deberíamos ir a verlo ahora. —Ay volvió a hacer una pausa, se dirigió hacia la puerta e hizo una señal con la mano a los guardias que esperaban fuera—. Deseo que reconozcáis su estado de salud y que intentéis hacer alguna averiguación adicional sobre la sustancia que haya utilizado el envenenador.

Sin esperar respuesta por nuestra parte, Ay abandonó el despacho. Tras unos instantes de vacilación, las tres lo seguimos. Los soldados nos escoltaron por los infinitos corredores del palacio hasta la cámara real, donde ya habíamos estado el día anterior. La escena que encontramos era muy similar a la que habíamos presenciado la víspera. Las cortinas estaban cerradas y la poca luz que había provenía de unas antorchas, cuyo fuego proporcionaba a la atmósfera un aire denso y cargado. El faraón yacía en su lecho, con los ojos cerrados. No había rastro de Tadukhipa ni de la reina Tiya, aunque al igual que el día anterior, cuatro militares hacían guardia en las esquinas.

—Si queréis que el enfermo mejore, la primera medida sería abrir las cortinas y permitir que entren el aire y la luz del sol —dijo Tey.

—Que así sea.

Ay dio unas palmadas y unos criados entraron en la habitación por una puerta que había disimulada en una de las paredes. Cuando entraron los primeros rayos de luz, el faraón abrió los ojos y parpadeó varias veces antes de fijar la mirada en nosotras.

—¿Quiénes sois?

—Son esclavas sagradas, majestad —explicó Ay—. Sacerdotisas venidas de muy lejos para ocuparse de vuestra salud.

Tey y yo nos acercamos al faraón y comenzamos a examinarlo. A pesar de haber recobrado la consciencia, su estado no era mucho mejor al del día anterior. Sus miembros estaban lánguidos, tenía la frente caliente y húmeda y su cuerpo se estremecía con escalofríos.

—Mi visir me ha dicho que soy víctima de un envenenamiento —murmuró, pronunciando las palabras con gran dificultad—. ¿Cuál es la ponzoña que me está robando la vida?

El Gran Amenofis comenzó a toser, seguramente a causa del esfuerzo. Trató de incorporarse en la cama, pero entre las dos logramos mantenerlo acostado. Los espasmos le sacudieron durante bastante tiempo hasta que logró controlarlos. Nos miró con los ojos muy abiertos.

—Quizá queráis examinar sus pertenencias —sugirió Ay—. Sobre esta mesa están los perfumes y ungüentos que sus criados utilizan para asearlo y ponerlo presentable cada mañana. He pensado que quizá alguno de ellos contenga la sustancia inicu. He procurado encontrarla yo mismo, pero debido a mi inexperiencia en estos saberes, soy incapaz de identificarla.

Tey nos hizo un gesto a Henti y a mí para que inspeccionáramos el tocador de Amenofis, que en verdad parecía dispuesto con toda intención para que cada artículo pudiera ser perfectamente identificado. En primer lugar, estaban los útiles de afeitar, con la navaja y el aceite que se empleaba para rasurar su piel. A continuación, un espejo de cobre pulido y una esponja junto a un cuenco con restos de agua. Y, por fin, la paleta en forma de pez que contenía los productos cosméticos: kohl para perfilar los ojos, lapislázuli y cerusita para los párpados, polvo de oro y demás

productos habituales. Solo un objeto parecía fuera de lugar. Un pequeño frasco de alabastro con forma de gato. Mi hermana y yo nos miramos antes de que ella lo tomara entre sus manos para examinarlo. En su base había escrito un nombre.

—Tamyt —leyó Henti.

—Tamyt era la gata del príncipe Tutmosis —explicó Ay—. Todo el mundo la conocía en palacio. Murió hace unas semanas y su cuerpo está en la Casa de la Belleza siendo preparado para esperar a su amo en el Amenti.

Cogí el frasco de manos de mi hermana y, con cuidado, separé la cabeza del tronco dejando al descubierto una cavidad interior que contenía un espeso aceite. Acerqué mi nariz y pude distinguir claramente el olor a azalea y también a adelfa, mezclado quizá con algo de acónito, así como con algún ingrediente adicional que no fui capaz de identificar. Cada una de esas tres plantas, por sí misma, hubiera sido capaz de provocar los síntomas que afligían al Gran Amenofis o incluso de acabar con su vida de administrarse una dosis lo suficientemente elevada.

Volví a cerrar el recipiente y lo deposité de nuevo en la mesilla antes de atreverme a hablar.

—La gata del príncipe esconde en su interior la sustancia que ha envenenado al faraón.

# Pasaje del primer tránsito

**H**ay una puerta en medio de la caverna. Estoy en una encrucijada. Solo tengo dos opciones, cruzar o no cruzar. Según el *Libro de las Puertas*, en el Amenti hay una determinada cantidad de portales: los justos los atravesarán incólumes, mientras que los indignos sufrirán tormento en un lago de fuego. ¿Qué me espera al otro lado? ¿Tormento eterno junto al pérfido Tutmosis? ¿Pero qué alternativa tengo? ¿Quedarme en esta cueva para siempre?

Tengo miedo. Estoy muerta, no debería temer nada, pero tengo miedo.

Nunca he sido de las que se amedrentan y evitan tomar decisiones. No soy una cobarde.

Abro la puerta. Lo que veo al otro lado me desconcierta tanto que vuelvo a cerrarla.

¿Qué haces tú aquí?

Tiya.

No temo a la madre de mi esposo, a la reina más grande que ha tenido Egipto quitándome a mí. Te respeté antes incluso de conocerte, la primera vez que vi los colosos de piedra que te representaban con igual dignidad al faraón Amenofis. Creo que yo también desperté tu curiosidad desde el principio. Pero dime, sácame de dudas de una vez: ¿qué viste en mí?

¿Por qué me convocaste para verme a solas?

Recuerdo bien aquel día. Por entonces ya conocía a tu hijo, a mi amado Amenhotep, a quien las generaciones conocerán como Akenatón. La noche anterior había acudido al templo de Shaushka para encontrarse con mi hermana y, quizá, seguir sus pasos, adquirir una nueva identidad como mujer y convertirse en esclava sagrada. Y sí, fui yo la que le quitó aquella absurda idea de la cabeza y sembré en él la semilla de la ambición. Está bien, está bien. Quizá no fui yo quien la sembró, puede que tú ya lo hubieras hecho años atrás, pero desde luego sí que la regué y le di el alimento para que su plan de convertirse en faraón pudiera hacerse realidad, antes incluso de que tú me lo sugirieras, Tiya.

Al día siguiente de haber conocido a tu hijo, Ittani, Tey y yo acudimos de nuevo a palacio. Esta vez fue tu hermano Ay el que nos había hecho llamar. Maldita serpiente, siempre ha tramado contra todos, incluso contra ti. Me pregunto por

qué no lo castigaste como merecía cuando supiste de su traición. Ay siempre ha logrado sobrevivir a todo. Es resistente como una cucaracha, sabe cuándo esconderse y cuándo volver a aparecer. Tras la entrevista con él, fuimos a visitar de nuevo al faraón enfermo, que había recuperado la conciencia, aunque seguía en el mismo estado decrepito que la última vez que lo habíamos visto. Ay nos condujo torpemente a hacer un descubrimiento llamado a hacer que se tambalearan los muros de la sucesión al trono: según las evidencias que nos llevó a descubrir, el príncipe Tutmosis estaba envenenando a su propio padre.

El Gran Amenofis, sin embargo, desechó la idea al instante.

—Mi hijo nunca me mataría. A pesar de lo que diga su madre, él no es así.

El faraón tenía razón. Tutmosis carecía del coraje y del seso suficiente para hacer algo así. A pesar del poco tiempo que llevaba en Egipto, ya me había dado cuenta de que el palacio real rezumaba conspiraciones para conseguir el poder. ¿Cuál de todas ellas habría tramado el envenenamiento del Gran Amenofis?

Cuando salíamos de visitar al faraón, un esclavo se acercó a hurtadillas y me indicó que me habías hecho llamar. No estaba nerviosa ni intimidada, más bien al contrario. Me sentí poderosa, porque supe que una reina no convoca a su presencia a una esclava extranjera si no ha visto algo en ella. Tey e Itani se fueron de regreso al templo y el sucio Ay se quedó pasmado, con cara de desconcierto, cuando yo seguí a tu servidor por los pasillos de Malkata hasta tu cámara de audiencias.

Cuando entré en la sala tú estabas sentada en un trono dorado de cuya espalda brotaban dos gigantescas alas de plata. Siempre fuiste más bien menuda, Tiya, y aunque en la corte siempre se ha hablado de tu espectacular belleza cuando eras joven, cuando yo te conocí ya eras una vieja decrepita y arrugada, con más peso encima del que te gustaba reconocer y el busto descolgado por la fuerza de los años. Con todo, reconozco que destilabas autoridad. Me hiciste un gesto para que me acercara, y así lo hice, inclinándome ante ti con las manos sobre las rodillas.

—Sé que anoche mi hijo fue a visitaros a tu hermana y a ti al templo de Shaushka —dijiste. Nunca te anduviste con rodeos—. Dime qué hablasteis.

Yo me tomé unos instantes para sopesar mis opciones. Al hacerle la proposición matrimonial a Tey y llevarnos a encontrar la pista sobre el envenenamiento del faraón, el sibilino Ay ya nos había revelado parte de vuestros planes... ¿o eran solo los suyos? ¿Hasta qué punto los dos hermanos compartáis un objetivo en común? ¿Es posible que una mujer prefiera ver coronado a su hermano que a cualquiera de sus dos hijos?

Decidí arriesgarme, que es lo que siempre he hecho.

—Tu hijo, majestad, deseaba abandonar la corte y pedir asilo en el templo de Shaushka para convertirse en esclava sagrada, tomando los votos de sacerdotisa *gala* al igual que hizo mi hermana Itani cuando ambas éramos niñas.

No te hizo falta más información para comprender lo que ocurría, ni yo quise darte más, porque también tú estabas a prueba.

—¿Y bien? ¿Tomó los votos?

—Creo que he conseguido hacerle olvidar esa idea, majestad. El divino Atón se me ha revelado en sueños y me ha hecho saber que es su voluntad que Amenhotep se convierta en faraón a su imagen y semejanza, y complete la noble labor que tú iniciaste, arrebatándole el poder y los privilegios a los sacerdotes de Amón.

Tardaste unos instantes de más en contestar, quizá porque tratabas de calibrar hasta qué punto eran cínicas mis palabras. Me atrevo a pensar que acertaste en tu juicio y que, a diferencia de muchos, tú sí me viste como soy.

—Veo que la causa de Atón tiene en ti una poderosa aliada, pero no olvides que el heredero de la corona es mi primogénito, el príncipe Tutmosis, y no Amenhotep.

—Estoy segura de que tu hermano, el visir Ay, te informará de inmediato, pero he de hacerte partícipe de un descubrimiento que acabamos de realizar en la cámara real. Existen indicios de que el príncipe Tutmosis está envenenando a su padre.

Recuerdo bien cómo te levantaste del trono para caer de rodillas y mesarte los cabellos. No me habías dicho que tomara asiento así que yo continuaba allí de pie, impertérrita, presenciando aquella representación teatral que ejecutabas más en beneficio de los criados y mayordomos que en el mío propio. Al fin te alzaste y, tras fingir que te limpiabas las lágrimas, aunque yo no aprecié una gota de humedad en tu rostro, volviste a sentarte en tu trono como si nada hubiera ocurrido.

—Llevo tiempo sospechándolo y mi hermano Ay me ha advertido de ello, pero no quise creer tal cosa del fruto de mi propio vientre. Ordenaré que se conduzca una investigación. Si estas acusaciones resultan ciertas, estoy segura de que Amenofis perdonará a su hijo y no lo condenará a muerte, aunque por fuerza tendrá que enviarlo al exilio y desposeerlo del título de heredero. En ese caso, y con la bendición de Atón, es evidente que Amenhotep estaría llamado a ceñir la doble corona.

Vi que estabas dispuesta a despedirme. Nuestra entrevista te había servido para hacerte una idea de mi potencial, pero aún no había demostrado serte de especial utilidad. Yo te había ayudado, Tiya, pero tú aún no estabas dispuesta a ayudarme a mí.

—Hay algo más, majestad.

—Habla.

—Tu hermano, el visir Ay, le ha propuesto matrimonio a nuestra superiora Tey que, como sabes, lleva la sangre sagrada de la reina Hatshepsut. Como única condición para proceder con el enlace, le ha pedido que se asegurara de que el

príncipe Amehotep toma los hábitos de esclava y abandona Egipto para siempre.

Tu rostro, Tiya, se convirtió en una máscara de piedra tan inmóvil y carente de expresión como las que adornarán nuestros féretros. Supe entonces que Ay y tú habíais tramado juntos el exilio de Tutmosis, pero que Ay no había contado contigo para deshacerse de Amenhotep. Tú siempre habías aspirado a ver a tu hijo menor sentado en el trono de los faraones, pero tu hermano codiciaba ese honor para sí mismo. ¿Se habría aliado con alguien más para ejecutar su plan? Ay rara vez actuaba sin sentirse protegido por alguien más poderoso que él. Si había osado traicionar a su propia hermana, la reina, ¿quién podía ser su aliado secreto?

Todo esto lo leí en tu rostro, Tiya, a pesar del rictus hierático y la dureza de tus facciones. Fui testigo de cómo procesabas la traición de tu hermano delante de una desconocida, con la gracia y la majestad que solo posee una gran reina.

—Eso no debe suceder —dijiste.

Fue en ese instante cuando decidí saltarme todas las normas de protocolo y etiqueta que Tey me había enseñado durante tantos años. Te miré directamente a los ojos y, sin que tú me invitaras, me acerqué a ti hasta estar apenas a unos pies de tu trono.

—Y no lo hará, majestad. Con tu bendición, me casaré con tu hijo Amenhotep y me encargaré de guiar sus pasos para que se cumpla la voluntad de Atón, y la tuya también.

—A mi hijo no le interesan las mujeres.

—Yo sí le interesaré, majestad.

—Si de verdad vas a convertirte en mi aliada, hay algo que debes saber. A pesar de todos mis intentos, Amenhotep no alberga la ambición de convertirse en faraón. Carece de confianza en sí mismo. No puede imaginarse ciñendo la doble corona. A menudo he pensado que tendrá que ver para creer.

Entonces tuve la idea que nos llevaría a Amenhotep y a mí al trono de los faraones. Tuve que retocarla, adaptarla y corregirla para hacer frente a las conspiraciones de mis enemigos, pero la misma idea ha demostrado serme útil hasta el final.

—Verá y creerá, majestad. Solo necesito pedir os un favor. Deseo alzarle un templo a Atón aquí, en el recinto de Malkata.

—Atón ya posee un templo en palacio.

—Uno nuevo, más grande, más majestuoso. Necesito una cuadrilla de obreros que pueda erigirlo en cuarenta días. Conozco al maestro artesano que los dirigirá.

—Concedido, niña. Pero no abuses de mi paciencia. Si no obtienes resultados, serás castigada.

—Cuando la corte conozca el crimen del príncipe Tutmosis, Amenhotep estará dispuesto a asumir el título de heredero.

—Si lo consigues, bien merecerás el título de reina de Egipto.

## Libro V

### *La Bella Fiesta del Valle*

Cuando la barca real nos devolvió a Tey y a mí al muelle de Birket Habu, el sol estaba en su cénit. No se apreciaba ni una sola nube en el cielo y los rayos sagrados de Atón, más que bendecirnos, parecían atacarnos como agujas incandescentes. A pesar del polvo de alumbre que me había untado por todo el cuerpo, sudaba por lugares en los que una esclava sagrada debería permanecer seca. Echaba de menos el clima de Wassukanni, mucho más benévolo que aquel tórrido vergel rodeado de desierto.

Apenas desembarcamos, Tey y yo nos dirigimos a pie de regreso al templo. Solo cuando estuvimos las dos a solas, a salvo tras las cuatro paredes de la morada de Shaushka, me permití preguntarle si pensaba aceptar la proposición del visir.

—Aún no lo he decidido.

—¿Por qué? ¿No decías que buscabas precisamente eso, la protección de un hombre? El visir Ay te la ha ofrecido sin necesidad de pedírsela siquiera.

—No todos los hombres son de fiar, Iltani. La mayoría de ellos no lo son. Deberías aplicarte el cuento. ¿Me vas a explicar ahora qué es esta historia de que el príncipe Amenhotep desea convertirse en esclava sagrada?

—Eso deberías preguntárselo a mi hermana. Si Ay te ha ofrecido a ti convertirte en reina de Egipto, creo que Henti ha

depositado sus esperanzas en Amenhotep.

—¿Y tú, Iltani? ¿Quién quieres que te haga reina?

—Yo no deseo ser reina, Tey. Me conoces desde que era una niña, deberías saberlo. Nunca he deseado nada más que ser una esclava sagrada.

—Lo veremos.

Esta vez fue Tey la que fue a encerrarse en su celda y me dejó a solas en el templo. Tef y Hemet no estaban por ninguna parte, seguramente habían ido al mercado a comprar provisiones o quizá estuvieran divirtiéndose con alguna muchacha. El caso es que ni siquiera los tenía a ellos para charlar.

Deseaba con todas mis fuerzas ver a Horemheb. No había vuelto a coincidir con él desde que habíamos llegado al palacio y me urgía contarle todo lo ocurrido. Pensé que él me visitaría por la noche, como era su costumbre, pero lamenté no tener un medio de comunicarme yo con él. Decidí que, la próxima vez que le viera, la pediría que ingeniara algún sistema para hacerle llegar un mensaje mío si en alguna ocasión tenía necesidad de transmitirle algo.

No tenía nada que hacer. El templo estaba en orden, mis medicinas clasificadas y catalogadas hasta el más mínimo detalle. Acudí al altar de Shaushka y me dispuse a celebrar los rituales matutinos que aquel día no habíamos tenido tiempo de hacer. La despojé de sus ropas, la lavé con agua de rocío, la ungué con aceite y perfume y le puse un vestido nuevo. Estaba de rodillas ante ella, haciendo las prostraciones de adoración perpetua, cuando irrumpió mi hermana, radiante como el lucero del alba. No dijo nada, sino que se colocó a mi lado, de pie, y me observó con una sonrisa irónica. Yo decidí continuar con el ritual y me postré doce veces más hasta que la impaciencia fue visible en su rostro. Solo entonces me levanté, me sacudí el polvo de las rodillas y le pregunté:

—¿Qué quería la reina?

—Es una buena pregunta, Iltani. Creo que Tiya quiere ver al príncipe Amenhotep convertido en faraón y yo voy a hacer todo lo posible para que su deseo se haga realidad.

—Ya tenemos dos faraones y dos reinas. Ay y Tey y Amenhotep y tú. Me pregunto cuántos soberanos puede soportar un solo país.

—Sabes igual que yo que, si Amenhotep reclama el título para sí, Ay no tiene ninguna oportunidad.

—Pero él no desea ser faraón, ¿no te das cuenta? —pregunté, quizá algo más alterada de lo que debía.

—Esa es la cuestión, hermana. Amenhotep necesita ver para creer y yo voy a hacer que vea. Necesito encontrarme con Mose, el escultor. Ignoro dónde vive, pero los porteadores que me han traído hasta aquí me han dicho que todos los artesanos residen en un pequeño poblado cerca de Tebas que recibe el nombre de Lugar de la Verdad. Si no estuvieras tan irónica e irascible, te ofrecería que me acompañaras. La reina Tiya ha puesto una litera a mi disposición y está esperando fuera.

—Si no estuvieras tan enloquecida con tus delirios de gran reina, te dejaría ir sola. Pero temo que pierdas el poco juicio que te queda, te arrojes a las aguas del Nilo y no volvamos a verte más, así que iré contigo.

Ambas nos miramos varios instantes, las dos con el ceño fruncido, hasta que nos echamos a reír. Nos abrazamos y salimos juntas, cogidas de la mano, en dirección al Lugar de la Verdad.

Resultó que el poblado de los constructores estaba en la orilla occidental del Nilo, junto a la necrópolis de la ciudad. La litera que la reina Tiya había proporcionado a mi hermana nos llevó hasta el muelle y, una vez allí, los porteadores nos ayudaron a alquilar una barca para cruzar el río y nos acompañaron hasta el otro lado. Ya en la otra orilla, nos llevaron hasta nuestro destino que no estaba a más de doscientos o trescientos codos de distancia.

Las calles del Lugar de la Verdad están todas empedradas y se dividen por los oficios de sus habitantes. Así, los escribas habitan unos junto a otros, del mismo modo que los obreros, médicos y artesanos. Fuimos por tanto al barrio de los escultores, donde preguntamos por nuestro amigo.

—No conozco a ningún Mose —nos respondió una mujer que se dirigía hacia el río con una cesta cargada de ropa—. ¿Decís que es artesano? ¿No sabéis nada más de él?

—Creo que mencionó que es de origen hicsos.

—¡Haber empezado por ahí! Hay un barrio entero de hicsos en el Lugar de la Verdad. Es en aquella dirección, no tiene pérdida.

Confieso que, por aquel entonces, mi ignorancia sobre los hicsos era grande. Poco sabía de aquel misterioso pueblo de comerciantes que había llegado a fundar una dinastía de faraones, más allá de la lista de gobernantes que Tey me había hecho memorizar cuando era niña. Desconocía que, cuando el tátara-tátara-abuelo del Gran Amenofis expulsó a los reyes hicsos de Egipto, muchos de ellos decidieron quedarse atrás y concentrarse en laberínticos barrios de callejuelas estrechas y pasajes ocultos, en aquellas ciudades lo bastante grandes para contar con un mercado que valiese la pena.

Resultó que Mose no contaba con un taller propio, sino que trabajaba con su padre. Fue sencillo dar con él. Ambos se encontraban a la puerta del establecimiento, sentados en un banquillo de madera a la sombra de un tejadillo de hojas de palma, sumidos en la labor de pulir una escultura de madera de tamaño medio que representaba a un matrimonio cogido de la mano. Al vernos llegar, Mose dio un respingo que le hizo tirar al suelo el cincel que empleaba. Lo recogió con torpeza mientras balbuceaba unas palabras de excusa, se puso en pie y se sacudió las manos en el delantal antes de dirigirse a Henti.

—Señora, no sé a qué debo el honor de tu visita.

Mi hermana dio un paso al frente y habló directamente al padre de Mose.

—Buenos días, maestro artesano.

—Buen día para ti, joven señora. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Mi nombre es Henti y ella es mi hermana Iltani. Somos esclavas de la diosa Shaushka de Nínive y traemos un mensaje de la reina Tiya para tu hijo Mose.

A pesar de ser un hombre ya entrado en años, el escultor se puso en pie e hizo una reverencia ante nosotras, apoyando las manos en las rodillas como hacen los inferiores ante los superiores.

—Vuestra visita es un honor para nosotros, nobles señoras.

De inmediato, Henti lo tomó de las manos y lo ayudó a ponerse derecho de nuevo.

—No te inclines ante mí, ya que tú eres un maestro y yo solo una humilde esclava.

—Las mensajeras de la reina merecen todo el respeto de este pobre artesano. Puedes hablar libremente.

—El mensaje de la reina es solo para sus oídos. No quisiera ofenderte, pero tenemos instrucciones de hablarle a él en solitario.

—Comprendo. Aquí cerca hay una casa de cerveza que goza de buena reputación, no hay en ella holgazanes ni mujeres licenciosas. Si deseáis hablar a mi hijo, podéis ir allí y el tabernero os servirá una jarra de mi cuenta.

Mose alternaba la mirada de su padre a Henti, sin llegar apenas a posar los ojos en mí. Luego debió de comprender que tenía permiso para marcharse con nosotras de modo que asintió, se quitó el delantal y lo colgó en un gancho de la pared antes de indicarnos que lo siguiéramos por un estrecho callejón. Enseguida llegamos a la casa de cerveza, una casa de adobe de paredes encaladas no muy diferente de las otras, que anunciaba su objeto con una jarra dibujada en una placa de madera. Abrimos la puerta y entramos en una estancia fresca con olor a alcohol y a cebada, en la que había repartidas seis o siete mesas redondas con taburetes de madera alrededor. Henti y yo nos sentamos en una de ellas mientras Mose hablaba con el propietario. Al fin vino a acomodarse con nosotros. Tomó asiento al lado de mi hermana y le dirigió una mirada propia de un becerro recién nacido.

—No esperaba volver a veros tan pronto y menos que me visitarais en mi humilde taller. Espero que Tebas os esté tratando bien.

—No tenemos queja, artesano —dije yo.

—Llamadme Mose, por favor. ¿Tenéis un mensaje de la reina para mí? Esto sí que es un honor inesperado.

Mi hermana extrajo un rollo de papiro del escote de su túnica y lo extendió encima de la mesa, mostrando un retrato suyo realizado a carbón que no había visto jamás. Decir que el dibujo le hacía justicia sería quedarse muy, muy corto. Se la veía bella en extremo, a la par que elegante, regia, casi diría que majestuosa. Incluso llevaba una corona cuyo origen no supe determinar.

—¿Serías capaz de hacer un trabajo como este para el príncipe Amenhotep?

En ese preciso instante llegó el tabernero con tres jarras de cerveza. Yo no había vuelto a probar aquella bebida desde mi experiencia en Wassukanni, la víspera de la aciaga boda sagrada entre Shaushka y el pastor Dumuzid, y lo cierto es que no me traía recuerdos agradables, por lo que la aparté de mí con discreción y tomé mentalmente la decisión de no probarla. Mi hermana tampoco llegó a catar aquel brebaje, pero Mose dio un largo trago antes de volver a depositar su jarra sobre la mesa y tomar el papiro entre sus manos. Lo contempló en silencio durante unos instantes antes de levantar la mirada hacia Henti.

—Señora, yo soy solo un humilde aprendiz, y los de mi raza aprendimos hace años a mantenernos alejados de príncipes y faraones. Seguro que cualquiera de los escultores que trabajan en el palacio puede realizar el trabajo que desea el príncipe Amenhotep.

—El príncipe no quiere un retrato al uso —insistió Henti—. No desea ser representado con el mismo aspecto que todos los príncipes que le han precedido desde que el mundo es mundo. Ansía que lo pinte un artista que sepa captar su auténtica esencia, que vea más allá de su cuerpo y de su cargo y sepa plasmar su *ka* y su *ba*. El príncipe Amenhotep quiere aparecer ante el pueblo como la encarnación viva de Atón, ni hombre ni mujer, padre y madre al mismo tiempo de todos los seres.

Mose me miró con los ojos entornados durante unos instantes antes de responder.

—Te oigo, señora: ni hombre ni mujer, como la diosa Shaushka de Nínive. Los rumores al respecto abundan en Tebas.

—¿Qué rumores? —pregunté yo con el súbito deseo de defender a aquel príncipe al que apenas conocía.

—Rumores respecto a su masculinidad. Se dice que tiene corazón de mujer, que a menudo se divierte dándole placer a otros hombres como hizo Horus con el demonio Seth y que incluso ha tomado amantes entre los soldados de su padre.

—¿Y qué relevancia tiene eso? —insistí.

—Para mí, ninguna. No podría importarme menos con quién se divierta el príncipe Amenhotep. Pero si accedo a representarlo como él desea, ni hombre ni mujer, ¿qué pensará el escultor real? ¿Y el faraón? ¿Qué dirá su madre, la poderosa reina Tiya? Cualquiera de ellos podría mandarme matar por lo que consideraría una afrenta contra un príncipe de Egipto.

Mientras hablaba, Mose había mantenido la mirada baja. Henti se inclinó sobre la mesa y puso su mano sobre la suya, atrayendo de inmediato su atención. Este volvió a dedicarle una de sus miradas, como si estuviera hechizado, y una sonrisa boba asomó a sus labios.

—Mose, haz lo que te pido. Hazlo por mí.

—¿De qué tipo de trabajo estamos hablando? ¿Sería solo un retrato como este?

—Más bien se trata de decorar un templo entero, como hiciste para nosotras con las imágenes de Shaushka. La reina Tiya ha ordenado erigirle un nuevo santuario a Atón en el recinto de Malkata y desea que se adorne con imágenes que muestren a su hijo Amenhotep como encarnación viviente del dios.

—Te oigo, señora.

—Hay algo más. El príncipe ha de aparecer con los atributos propios del faraón. Y yo... quisiera que me representaras a mí,

adorando a Atón junto a él. Puedes dibujarme con esta misma corona que inventaste para mí.

—Ahora te oigo de verdad, señora. Ya te hablé de la magia del arte: puede ensalzar al humilde hasta lo más alto o destruir al poderoso y humillarlo frente a todos. Sí, puedo hacerte reina, porque ya lo eres en tu corazón. Pero hasta que no vea al príncipe Amenhotep no sabré si hay un faraón dentro de él o no.

—Amenhotep no desea ser faraón —dije yo.

Henti me dirigió una mirada de desaprobación, pero, esta vez, no detecté ira ni odio, tan solo desacuerdo por su parte.

—Dale una oportunidad, Mose. Yo haré que conozcas al príncipe y serás tú el que me digas si será o no faraón. Me fiaré de tu criterio.

—Está bien. Aunque estoy convencido de que no es sabio para un hicsu entrometerse en los asuntos de la familia real, haré lo que me pides. Dime cuándo y dónde, y acudiré a ver al príncipe Amenhotep provisto de mis útiles de pintura.

—¡Magnífico! Arreglaré la entrevista y te mandaré recado a través de nuestros criados.

—Asegúrate de que solo yo recibo el mensaje. Mi padre me mataría si descubriera que voy a trabajar directamente para el faraón. Los de mi raza hemos tenido muy mala experiencia con la realeza.

—Tranquilo, Mose. Quedará entre nosotros. —Henti dio un pequeñísimo sorbo a su jarra de cerveza, más por educación que por gusto pienso yo. Sonrió ampliamente y se puso en pie—. Nos vamos, amigo mío. No queremos interrumpirte en exceso en medio de tu trabajo.

—Esta noche es *Heb nefer en ipet*, la Bella Fiesta del Valle —balbuceó Mose, levantándose también—. Como es tradición, mi padre ofrecerá un banquete en honor a nuestros antepasados en el panteón de la familia. Será humilde, ya que no somos ricos, pero me honraría mucho contar con vuestra presencia.

Yo les imité y me alcé también de mi asiento, dejando la jarra de cerveza sin tocar sobre la mesa.

—¿Acaso tu padre te permite llevar invitados? —preguntó Henti, guiñándole un ojo.

—Mi padre es ya anciano, pero aún conserva la vista, señora. Siempre le agradan las invitadas hermosas y distinguidas como vosotras.

—Iremos —sentenció Henti—. Vamos, Iltani.

El modo en que mi hermana tomaba decisiones en nombre de las dos sin consultarme me causó cierta irritación. Pensé que Horemheb tenía la costumbre de visitarme al caer el sol y que, si yo estaba en la fiesta de Mose, no podría recibirlo, aunque también era cierto que había insistido en que siguiera de cerca los pasos de Henti. Si Mose y el príncipe Amenhotep iban a conocerse, seguramente Horemheb querría que yo estuviera delante.

—Gracias por la invitación, Mose. Será un honor acompañarte. ¿Dónde será el banquete en honor a tus antepasados?

—Nuestro panteón familiar se encuentra en la necrópolis de Tebas, muy cerca de la Casa del Millón de Años del faraón Amenofis. Si os parece, iré a recogeros al templo de Shaushka cuando la aguja del reloj solar esté a punto de agotar su recorrido.

Mose nos acompañó de vuelta al taller y allí nos despedimos de él. Hicimos el trayecto de regreso en silencio. Imagino que Henti iba sumida en sus pensamientos, tratando de poner en orden los detalles del plan que había urdido. Le reconozco el mérito: en tan solo dos días había logrado convertirse en aliada de la poderosa reina Tiya, que había confiado lo bastante en ella como para encomendarle la decoración del nuevo templo de Atón. ¿O acaso eso había sido idea de la propia Henti? Sea como fuere, su destreza rivalizaba con la de Tey, que había recibido una proposición matrimonial del mismísimo hermano de la reina.

Confieso que me divertía saber que yo contaba con un plan propio. Me lo había dicho Horemheb la noche antes de llegar a Tebas: mis compañeras tenían sus objetivos y luchaban por

conseguirlos, ¿por qué no debía yo hacer lo mismo? Si tenía que elegir a un faraón de entre los tres candidatos, me decantaba por Horemheb. Era el más fuerte y apuesto de los tres. Sus hombres le eran leales y lo seguían sin dudar. Me parecía evidente que había nacido para reinar.

Con qué naturalidad una esclava asume que tiene el privilegio de decidir quién ha de reinar. Siempre critiqué el orgullo y la soberbia de mi hermana, pero visto con la distancia que dan los años, comprendo que yo no soy distinta a ella.

Al llegar a nuestro destino me vi obligada a cesar en mis divagaciones. Junto a las escaleras del templo se había colocado una litera tallada con imágenes de Amón y adornada con plumas de pavo real. Los portadores eran negros nubios con sus pieles relucientes de aceite. Un grupo de seis soldados montaba guardia frente a ella, por lo que resultaba evidente que pertenecía a un personaje importante, probablemente a un miembro de la familia real. Henti debió de hacer la misma deducción que yo, porque se apeó de la litera y me tendió la mano para ayudarme a bajar. Sin pronunciar palabra, entramos en el templo cogidas de la mano. Avanzamos por el patio hasta llegar a la sala de las columnas, sin dar con nadie hasta que hallamos a Tey a las puertas mismas del sanctasanctórum, protegiendo la entrada del príncipe Tutmosis, que se dirigía a ella con actitud amenazante. Apenas unos pasos detrás de él, en actitud de alerta, estaba Horemheb.

—¡Basta con este sinsentido! —gritaba el príncipe—. Abre esas puertas ahora mismo o te enfrentarás a mi espada.

—Te lo he dicho y te lo repito, ningún hombre es bienvenido en el santuario de Shaushka de Nínive.

—¡Mi hermano acaba de entrar ahí! ¡Lo sé! ¡Lo he visto!

Fue en ese momento cuando Tey pareció percatarse de nuestra presencia. Sus ojos se cruzaron con los nuestros y un gesto de pánico nubló su rostro. Horemheb siguió la dirección de la mirada de la suma sacerdotisa hasta llegar a mí. Ni un solo gesto alteró la expresión de su rostro, pero comprendí que, a pesar de las

apariencias, él controlaba la situación. Enseguida apartó sus ojos de los míos porque el príncipe Tutmosis aprovechó para cargar contra Tey. A pesar de sus palabras no llegó a desenvainar la espada, sino que se limitó a tomarla por los hombros y arrojarla contra el suelo con la fiereza de un león hambriento. Le propinó varias patadas y le aplastó el rostro con el pie antes de abrir las sacrosantas puertas del santuario y penetrar en la estancia más sagrada del templo.

—¡No! —gritó Henti, lanzándose tras el príncipe.

Horemheb me miró durante unos instantes, sacudió la cabeza y siguió a Tutmosis hacia el interior del sanctasanctórum. Reconozco que sentí miedo. La visión de la violencia siempre me había resultado odiosa y ver el trato recibido por mi suma sacerdotisa me había producido una honda impresión. En vez de quedarme alelada como con cervatillo a punto de ser devorado, mi instinto de sanadora se apoderó de mí y corrí a arrodillarme junto a ella para asistirle. Sangraba por la nariz y por los labios y un feo moretón comenzaba a formarse en su mejilla, pero no había perdido el sentido.

—Ve, Itani, protege a nuestra diosa.

Asentí, me puse en pie e ingresé en la cámara sagrada para toparme con Horemheb, que había agarrado a mi hermana por la cintura y la mantenía atrapada, en volandas, mientras ella sacudía brazos y piernas tratando en vano de golpearlo, al tiempo que gritaba groserías y obscenidades en nuestro mitanno natal. Tutmosis estaba en el suelo, frente a la imagen de Shaushka, donde mantenía inmovilizado a un tercer hombre al cual propinaba puñetazos en el rostro, uno tras otro, sin apenas detenerse. Tuve que avanzar unos pasos más para darme cuenta de que se trataba del príncipe Amenhotep.

La furia y la indignación debieron de ofuscar mi mente porque, sin pensar en las consecuencias, me lancé contra el heredero de la corona y le propiné un empujón que le hizo perder el equilibrio y caer de lado, soltando a Amenhotep que yacía inerte en el suelo con el rostro destrozado. Con aspecto aturdido, Tutmosis se incorporó y

me miró con auténtica sorpresa, como si yo fuera su gata Tamyt y de pronto hubiese cobrado vida para rebelarme contra él.

—¡Sacrilegio! —bramó Tey que, a pesar de sus lesiones, había conseguido ponerse en pie y caminar renqueante hasta el santuario. Se dirigió directamente a Tutmosis y lo señaló con un dedo largo y afilado como un proyectil—. La maldición de Shaushka caerá sobre ti, perro infiel. Te condeno al olvido y a la muerte eterna. Tu nombre será borrado del libro de la vida y nadie pondrá ofrendas en tu tumba. Ni los propios dioses recordarán tu existencia.

A partir de ese momento, el tiempo pareció espesarse como la cera ardiente cuando se enfría. El príncipe heredero, con calma y lentitud casi ceremoniales, nos dio la espalda para encararse directamente a la estatua de Shaushka. Con un súbito estallido de violencia que duró apenas un instante, la empujó haciéndola caer al suelo, donde se fracturó en tres trozos. No contento con su hazaña, escupió sobre el rostro de la diosa y se volvió de nuevo hacia su hermano.

—Te mataré. Te juró que te mataré. Y vosotras, zorras, tened cuidado. En Egipto no estáis seguras.

Tras pronunciar estas palabras, el príncipe heredero echó a andar y desapareció tras la puerta del santuario. Horemheb soltó a mi hermana, que había dejado de patalear, clavó la mirada en mí durante unos instantes y siguió a Tutmosis hacia el exterior del templo. Henti corrió a ponerse en cuclillas junto a Amenhotep para acercar la oreja a su pecho.

—Su corazón aún late.

—Itani, ocúpate del príncipe —ordenó Tey—. Lava sus heridas y prepárale una infusión para que recupere sus fuerzas. Tú, Henti, trae agua y trapos para limpiar la imagen de la diosa de la saliva de ese hombre impío. Después busca resina y une los pedazos.

—Así se hará —respondí yo—. ¿Debo sanar también tus heridas?

—No. Yo parto de inmediato al palacio de Malkata. He de comunicarle al visir Ay que he resuelto aceptar su propuesta y

casarme con él. Urge que obtengamos su protección contra este loco.

Tey no atendió a razones. Aunque intenté persuadirla de que era mejor sanar sus heridas antes de que emprendiera el camino hacia el palacio real, se negó a escucharme. Corrí tras ella mientras salía del templo en busca de una litera o una silla de manos. Al comprobar que la litera que la reina Tiya había puesto a disposición de mi hermana continuaba allí, se montó en ella sin preguntar su origen y se marchó al encuentro del visir, dejándome a mí turbada y sin saber qué hacer. El transporte real que habíamos visto al llegar había desaparecido junto a los seis soldados, por lo que imaginé que Tutmosis y Horemheb se los habían llevado con ellos.

Cuando volví al interior, comprobé que Henti no había cumplido las órdenes recibidas. En vez de ocuparse de restaurar la dignidad de nuestra ama y señora Shaushka, había ido a por un cuenco con agua fresca y unos trapos de hilo y limpiaba las heridas del príncipe que, aunque había recuperado la consciencia, se negaba a hablar. Me obligó a ayudarla a llevar a Amenhotep a sus propios aposentos, donde lo tumbó en la cama que ella misma utilizaba y se acomodó a su lado fingiendo que oraba a Atón por su pronta recuperación. Exasperada, fui a las cocinas y preparé la infusión que me había mandado Tey con corteza de sauce y unas gotas de propóleo. Cuando regresé, el príncipe le explicaba a mi hermana lo ocurrido.

—Anoche estuve pensando en tus palabras. Creo que hablaste con sabiduría, en verdad Atón es el dios supremo y su naturaleza no es masculina ni femenina, al igual que me siento yo en mi corazón. Nada más amanecer fui a ver a mi madre, que es gran devota de Atón. Al confiarle mis pensamientos, me abrazó con lágrimas en los ojos y me aseguró que algún día yo sería faraón.

—Lo serás, príncipe mío —dijo Henti con el rostro arrebolado.

—Cuando salí de sus aposentos me encontré a mi hermano, que escuchaba detrás de la puerta. Comenzó a propinarme golpes y puñetazos tan fuertes que hui, me refugié en mi litera real y ordené

que me trajeran aquí. No imaginé que me seguiría. Lamento el perjuicio que os he causado.

—Menos mal que Horemheb ha venido con él —dije yo—. Si no fuera por su presencia, podría haber hecho cualquier locura.

—No me parece a mí que haya intervenido en exceso —observó Henti.

—No, Henti, tu hermana tiene razón. Conozco a Horemheb desde que éramos poco más que niños. Él tiene algo, una especie de poder oculto, que fascina a los demás, que los lleva a cumplir su voluntad. No dudo de que su presencia ha moderado el enfado de Tutmosis. Lo único que siento es que esta noche he de officiar junto a él en la Bella Fiesta del Valle...

—¿Qué dices? —preguntó Henti.

—Hoy es el día de difuntos en Egipto. La tradición dicta que el faraón debe llevar la luz de Amón desde la orilla oriental a la occidental. Como nuestro padre está enfermo, se ha decidido que oficiemos mi hermano y yo en su lugar. Pero no iré, no soportaría volver a estar en su presencia.

—Por supuesto que irás, mi príncipe. El pueblo debe ver que estás a la altura de ser su gobernante.

—Ya has oído a Tutmosis. Me matará.

—Yo te protegeré.



Aún puedo sentir el olor a pan recién horneado, a pescado a la brasa, a pinchos de carne de oveja aderezados con hierbas y especias aromáticas. Puedo escuchar a la gente que ríe, canta, grita o simplemente se divierte, puedo verlos bailar y beber cerveza y alzar al cielo sus ramas de palma para celebrar la victoria de la vida sobre la muerte. ¿Cuántas veces ha crecido el Nilo desde entonces, para después retirar sus aguas y permitir a los agricultores que

siembren sus cosechas? No han sido menos de treinta inundaciones y, a pesar de ello, el recuerdo permanece fresco en mi memoria.

El rostro luminoso de Atón estaba ya a punto de desaparecer tras las montañas del Valle de los Reyes cuando mi hermana, el príncipe y yo salimos a las escaleras del templo. La brisa del Nilo comenzaba a refrescar el ambiente y los tebanos se aglutinaban en las calles para celebrar el día de difuntos. Mose nos esperaba junto a la higuera que hay junto a las puertas del templo. Comprobé con satisfacción que se había vestido de gala: llevaba una *shenti* nueva y de un blanco arrollador, ceñida con un cinturón de cuero labrado, calzaba sandalias de papiro como las de los nobles y se había puesto una cadena de cobre al cuello grabada con una imagen del señor de la magia y patrón de los constructores, el dios Ptah. Incluso pude percibir que se había puesto un perfume de mirra que no debía de haberle resultado nada fácil conseguir.

Al ver que una tercera persona nos acompañaba pareció quedarse algo desconcertado, aunque no se atrevió a preguntar.

—Nuestra hermana, esclava de Shaushka, se unirá a nosotros si no hay inconveniente —dijo Henti.

Para asistir a la celebración, el príncipe había optado por vestirse de sacerdotisa mitanna, aunque había tomado la precaución adicional de cubrirse el rostro con un velo que, en nuestro país, solo empleaban las mujeres casadas, aunque era improbable que en Tebas nadie estuviera al corriente de aquel detalle.

Mose inclinó la cabeza y nos pidió que aguardásemos unos instantes, ya que solo había previsto sillas de manos para nosotras dos.

—Iremos al templo de Karnak para ver la salida de la procesión. Allí, Amón tomará la barca sagrada para ir a la Casa del Millón de Años y nosotros abordaremos nuestra propia embarcación, que nos llevará hasta la necrópolis. Es una ocasión muy especial, porque la estatua de oro del dios suele permanecer escondida de los ojos de los fieles.

—¿Qué simboliza esta procesión? —pregunté.

—Amón lleva la luz del día a los difuntos que están enterrados al otro lado del Nilo. Mientras, los vivos se divierten.

—Los días de Amón pasarán pronto —murmuró mi hermana—. La era de Atón está próxima.

—El dios Atón es muy popular entre los míos —dijo Mose—. Muchos hicsos parecen haberlo adoptado, aunque yo prefiero mantenerme fiel a las antiguas tradiciones.

—Te hablaré de Atón y no tengo duda de que abrazarás su fe.

Henti y Mose no tuvieron ocasión de continuar con aquella conversación, ya que enseguida acudieron más porteadores y emprendimos la marcha. No pude dejar de preguntarme cómo se sentiría Amenhotep al ser transportado de una forma tan humilde. Hacía apenas unas horas, había llegado a nuestro templo en una lujosa litera, adornada con plumas de pavo real y cargada por esclavos nubios; sin embargo, se veía obligado a abandonarlo vestido de mujer y compartiendo silla con dos esclavas y un artesano hicsos.

Atravesamos la ciudadela hasta desembocar en la avenida de las esfinges, que había sido adornada con guirnaldas de flores y telas blancas que se extendían de un lado a otro de la calzada. Aquella era mi primera Bella Fiesta del Valle y he de reconocer que me sorprendió semejante algarabía en una celebración que se realizaba en honor de los difuntos. Me parecía que a los muertos había que tratarlos con mayor solemnidad y respeto, aunque hace ya tiempo, lo confieso, que comparto la forma de ver la vida y la muerte de los egipcios.

Los porteadores lograron abrirse camino entre la multitud. Yo miraba a un lado y a otro, asombrada al ver a tantas personas juntas en un solo lugar. En Wassukanni ni tan siquiera el día de las bodas sagradas de Shaushka y el pastor Dumuzid se congregaba semejante gentío.

El humor festivo de los tebanos no terminaba de contagiarme. Tenía muy vivo el recuerdo de la violencia que habíamos

presenciado hacía tan solo unas horas. Me preocupaba la profusión de conspiraciones en que me había visto envuelta y, si hasta aquella mañana la situación me había parecido divertida, confieso que comenzaba a sentir bastante ansiedad. Pensé que había sido ingenua y frívola al dejarme enredar en todo aquello, cuando lo único que deseaba era proseguir mi vida de esclava sagrada en paz.

De pronto me pareció ver a Horemheb. Pensé que era un truco de mi imaginación, pero no, estaba allí, a las puertas de Karnak, junto al pilono del templo. Por su actitud se diría que estaba de servicio. Me bastó un vistazo a su rostro cincelado y a su cuerpo fuerte y definido para darme cuenta de que me engañaba a mí misma al decirme que añoraba la vida tranquila de una sacerdotisa. Lo que en verdad ansiaba era estar con él. Horemheb también se percató de mi presencia y clavó sus ojos en mí. Era una mirada intensa y ansiosa, como la del halcón que espera antes de caer sobre su presa solo que, en esta ocasión, la presa deseaba ser cazada.

Los gritos y cánticos de la multitud llegaban amortiguados a mis oídos. En aquel momento coreaban himnos sagrados en honor a Amón, pero yo no podía apartar mi atención de Horemheb, que me contemplaba sin apenas parpadear. Los porteadores tuvieron que abrirse paso a empujones para atravesar las puertas del templo. Justo cuando pasamos a su altura, Horemheb me guiñó un ojo. Recuerdo muy bien ese gesto que me provocó un estremecimiento que me erizó toda la piel del cuerpo.

Seguimos nuestro camino por el interior del recinto hasta llegar a pocos codos del lago sagrado, junto a dos estatuas colosales del faraón y de la reina Tiya. Yo miraba a todas partes tratando de no perder de vista a Horemheb. Fue así como pude ver a Tadukhipa que, junto a otros miembros de la familia real, ocupaba una suerte de terraza que había frente al lago. Además de la joven reina y de la Gran Esposa Real, me sorprendió ver al faraón Amenofis que, pálido y demacrado, permanecía sentado en un trono portátil. Junto

a él, engalanado con tres collares de oro y luciendo una pequeña diadema, estaba el príncipe heredero Tutmosis. Había otras dos mujeres jóvenes con aspecto de princesas. No vi rastro alguno del visir Ay, por lo que imaginé que quizá Tey habría logrado acceder hasta él y estuvieran ya consumando su matrimonio.

Amenhotep también debió de reparar en su familia, porque se revolvió incómodo.

—Ahí tendría que estar yo, si no fuese por el malnacido de mi hermano.

Una vez más percibí una conexión con él, ya que ambos nos sentíamos a menudo fuera de lugar en nuestro propio hogar. Iba a decirle que le comprendía cuando irrumpió el sonido de una trompeta y mi atención se dirigió hacia la avenida de las esfinges, por donde llegaba ya la procesión encabezada por el sumo sacerdote Meryptah, que portaba en la mano una gran antorcha que ardía con un brillo sobrenatural, como si en efecto la magia divina alimentara aquel fuego. Tras él marchaban el visir Ay y nuestra madre y suma sacerdotisa, Tey, que vestía una túnica de lino como una dama egipcia y llevaba una peluca de pelo negro y rizado en la cabeza. Traté de hacerle una seña para captar su atención, pero ella miraba al frente sin permitirse distracción alguna.

—Parece que Tey ha logrado su objetivo —susurré al oído de mi hermana—. ¿No crees que se equivoca al desposar al visir?

—Todas tenemos que perseguir nuestro destino. Pero tienes razón, Amenhotep será faraón y yo su Gran Esposa Real. No tiene necesidad alguna de casarse con ese viejo.

Suspiré, preguntándome si Henti admitiría el mismo razonamiento si yo le prometía que sería Horemheb el que ceñiría la doble corona y que él nos protegería a todas. ¿Cuál sería la reacción de mi hermana si él cumplía su palabra y me convertía en reina? ¿Estaría satisfecha siendo una de mis damas, como lo había estado yo cuando de niñas jugábamos a que ella era emperatriz?

Dos pasos por detrás de Ay y Tey marchaban cuatro esclavos sagrados vestidos con túnicas blancas y pieles de leopardo, que

llevaban a hombros la pequeña nao dorada. En su interior destacaba la figura centelleante de Amón, representado con la forma de un hombre con cuernos de carnero. Meryptah condujo la procesión hasta la barca sagrada que aguardaba a la orilla del lago. Los esclavos llevaron la nao de Amón hasta ella y la colocaron dentro, a la vista de todos. Meryptah permaneció en tierra, con la antorcha elevada hacia el cielo, pero el visir y Tey subieron a bordo y ocuparon dos sillas de madera en la popa. De nuevo hice un gesto con la mano para tratar de llamar su atención, pero fue en vano ya que ella contemplaba la estatua de Amón sin apartar la mirada, como si hubiese caído bajo un embrujo. Pensé en apartarme y deslizarme entre la multitud para ir a hablar con ella, pero en ese momento sonó nuevamente una trompeta y las cuatro mujeres de la familia real se dirigieron hacia la barca sagrada. A un tiempo hicieron una reverencia frente a Meryptah y, tomando la antorcha por turnos de manos del sumo sacerdote, cada una de ellas encendió una de las cuatro teas que adornaba las esquinas de la barca.

—Que Amón lleve la luz de la resurrección a las tierras del oeste y bendiga a los difuntos con su poder —clamó Meryptah, con su voz aguda y vacilante.

El sacerdote montó en la barca al tiempo que las dos reinas y las dos jóvenes princesas hacían una reverencia antes de retirarse hacia el interior del templo. El príncipe Tutmosis, aún en la terraza, se arrodilló junto a su padre quien, aparentando un gran esfuerzo, levantó sus dos cetros, *nejejy heka*, y se los entregó a su hijo, que de inmediato se puso en pie y abordó la barca sagrada de Amón.

—¿Cómo se atreve? —murmuró Amenhotep, a mi lado.

—Silencio —le susurró mi hermana—. Aún no ha llegado nuestro momento.

La barca soltó amarras y comenzó a moverse lentamente hacia el canal que comunicaba el lago sagrado con el Nilo. El pueblo se agolpaba en la orilla, extendiendo los brazos para prender las velas blancas que llevaban en las manos con el fuego sagrado de Amón.

Cada persona que conseguía encender su vela transmitía la lumbre a los que estaban a su alrededor y así sucesivamente, causando una marea de luz que pronto inundó el templo entero.

Nosotras no habíamos llevado velas, pero Mose extrajo varias de su morral y nos las ofreció. Amenhotep hizo un gesto de rechazo y se apartó. Mi hermana lo imitó, pero yo tomé una vela y extendí el brazo para aceptar el fuego que me ofrecía una joven que se encontraba junto a mí. Aún dudo si lo que vi fue cierto o fruto de mi imaginación, pero juro que me pareció que Horemheb aparecía entre la gente para encender mi vela. Sé que no tiene mucho sentido, pero es lo que vi, y en el momento me produjo una gran alegría, aunque enseguida lo perdí de vista.

Nuestro grupo se dirigió a la orilla. Desde el borde del lago sagrado vi alejarse la barca sagrada de Amón, con el sumo sacerdote Meryptah y el príncipe Tutmosis en proa, los cuatro esclavos sagrados en el centro, custodiando la estatua de oro, y Ay y Tey en popa. Seguimos a Mose por el borde del canal hasta llegar a su confluencia con el Nilo. Allí se agolpaban docenas de personas que regateaban a gritos el precio en granos de trigo o en jarras de cerveza para alquilar una faluca. Conseguimos negociar con uno de los propietarios, embarcamos y enseguida zarpamos hacia la otra orilla del río.

Durante el trayecto, no pude dejar de observar que mi hermana estaba en medio de Mose y Amenhotep. Mientras el primero trataba en vano de pasarle un brazo por detrás de la espalda con la excusa de protegerla de los bamboleos de la barca, era Henti la que buscaba a toda costa el contacto con el príncipe, preguntándole cada poco tiempo si se encontraba bien o tenía sed o si le dolían sus heridas.

—¿Le ha ocurrido algo a vuestra hermana? —preguntó Mose.

—Tuvo un accidente esta mañana, por eso está dolorida y le cuesta moverse.

—Quizá debemos pedirle al barquero que nos lleve de vuelta a la ciudadela. ¿Sería más prudente regresar al templo?

—No —dijo Amenhotep, fingiendo una voz más aguda de la habitual—. Sigamos.

Mientras tanto yo procuraba relajarme. El recuerdo de Horemheb aún me aceleraba el pulso y me preguntaba si lo vería al otro lado, aunque me tranquilicé pensando que hasta ese momento él siempre había encontrado el modo de localizarme a mí sin que yo tuviera que esforzarme por buscarlo.

Desembarcamos en la otra orilla, donde continuaba la celebración. La noche carecía de luna y el cielo estaba negro como el interior de un saco, pero infinidad de hogueras de distintos tamaños mantenían a raya las tinieblas. Desde el embarcadero nacían varios caminos de tierra que conducían a las diferentes necrópolis de Tebas. Todos ellos estaban abarrotados de egipcios de todas las edades y condiciones, hombres y mujeres, pobres y ricos, de tez pálida o negros de sangre nubia, y todos festejaban con alegría el día de difuntos. Si en la ciudadela y en la avenida de las esfinges proliferaban los puestos de comida, en la orilla occidental cada esquina estaba ocupada por un mercader o tabernero que ofrecía a gritos sus productos. Había también músicos y bailarinas y acróbatas que daban saltos por el aire e incluso vi a un hombre que escupía fuego por la boca y a otro que parecía encantar a una enorme cobra con la música que arrancaba de su flauta.

Mose tomó a Henti de la mano y nos guio a través de la multitud por uno de los caminos. Pero ella, se soltó enseguida y agarró el brazo de Amenhotep, a quien fingió ayudar a andar. Era difícil desplazarse ya que, cuanto más avanzábamos, más denso parecía ser el gentío. El ánimo festivo había vuelto a contagiarme, de modo que caminaba sonriente y distraída, disfrutando de las maravillas que observaba a mi alrededor. De vez en cuando recordaba la intensa mirada de Horemheb y miraba a un lado y a otro creyendo haberlo visto, sin llegar nunca a encontrarlo.

—Nunca había presenciado el ambiente popular de la Bella Fiesta del Valle —murmuró el príncipe cuando llegamos al panteón

de la familia de Mose, que se encontraba en el lindero de una pequeña montaña.

—¿En vuestro país no existe nada semejante, mis señoras? —preguntó Mose, equivocando el sentido del comentario de Amenhotep.

—En efecto, en Mitanni no tenemos nada igual —añadió de inmediato, empleando la misma voz aguda que había usado a bordo de la faluca—. Y el panteón de tu familia es ciertamente muy grande y lujoso. Tu padre debe de ser un hombre muy próspero.

El lugar de enterramiento de la familia de Mose era mucho menos humilde de lo que yo había esperado. Estaba construido en piedra, con parte excavada en la roca de la montaña. La entrada a la zona de culto estaba flanqueada por poderosas columnas con la efigie de la diosa Hathor y las paredes estaban adornadas con hermosas pinturas policromadas. Ante la puerta ardían dos grandes antorchas y el suelo estaba repleto de ofrendas florales y lazos de color blanco.

—Tus hermanas saben que mi familia es pobre y de origen hicsa, pero mi tatarabuelo trabajó en la tumba del faraón Amosis y se le otorgó el privilegio de ser enterrado aquí, en el Valle de los Artesanos. De hecho, la Casa del Millón de Años del faraón Amenofis está solo a doscientos o trescientos codos de distancia, hacia allá.

—Eso me habían dicho, sí —asintió el príncipe con su voz fingida, que cada vez me hacía sentir más incómoda. Soy consciente de que mi voz es más grave que la de la mayoría de las mujeres, pero nunca se me ha ocurrido alterarla a propósito para simular ser alguien que no soy. Si terminaba profesando los votos de Shaushka, me propuse explicarle que no tenía por qué hacerlo.

—Creí que los hicsos no os inmiscuáis en los asuntos de la realeza —dijo Henti, con voz burlona.

—Eso fue después de que el gran Amosis expulsara a nuestra gente de Egipto. A los que quedaron atrás se les hizo jurar que ellos y sus descendientes se mantendrían alejados de determinados

oficios, entre ellos el de constructor de tumbas reales. Los hicsos somos una casta inferior en las Dos Tierras, se nos tolera, pero no se nos quiere.

—Atón ama a todos sus hijos por igual, sean egipcios o hicsos o de cualquier otro lugar —dijo Amenhotep.

—Creí que servíais a la diosa Shaushka, ¿o acaso no compartes la fe de tus hermanas?

—Vamos, se nos hace tarde —intervino de pronto Henti, que tomó al príncipe de la mano y entró en el panteón sin esperar a que Mose liderara el camino.

Este me dirigió una amplia sonrisa y me preguntó:

—¿Me haces el honor de acompañarme, mi señora? Mi madre y mis tías llevan siete días cocinando para el banquete de hoy y estoy seguro de que os agrada su comida.

Asentí con timidez, él me tomó del brazo y juntos nos dirigimos al interior. Había tanta gente que era imposible divisar a mi hermana y al príncipe. La estancia estaba iluminada por teas que ardían en recipientes de arcilla y emitían un humo tan espeso que se hacía difícil respirar. Las conversaciones de unos y otros estaban entremezcladas y no todas se producían en idioma egipcio, de lo que deduje que muchos de los presentes hablaban en hicsos. Casi todos los hombres se agrupaban en pequeños corros y bebían de grandes vasos de barro que sostenían en sus manos, mientras mujeres de todas las edades circulaban con bandejas rebosantes de comida que no siempre fui capaz de identificar, poco acostumbrada como estaba a los manjares preferidos por los egipcios.

Una mujer gruesa que llevaba un plato con una enorme oca asada en la mano derecha reparó en Mose y, sin llegar a pronunciar palabra, lo agarró del brazo y lo arrastró con ella entre el gentío.

—¡Mi madre! —gritó mi amigo al tiempo que se alejaba—. Dame unos instantes y enseguida regreso contigo.

Así fue como me quedé sola, aunque rodeada de decenas de desconocidos, en medio del banquete funerario en honor al abuelo de Mose. Sentía tanta curiosidad por la celebración que me dediqué

a vagar por el panteón. El lugar donde nos encontrábamos era la sala de ofrendas, una estancia amplia y de techos altos que albergaba únicamente las estatuas de los difuntos que estaban enterrados allí. Además del tatarabuelo de Mose, que ocupaba un lugar prominente, había hombres y mujeres de edad indeterminada y también niños, algunos tan pequeños que probablemente habrían muerto al nacer. Las imágenes estaban todas juntas en la pared occidental, mirando al este por donde el sol sale cada mañana. Los cadáveres en sí, no obstante, estaban preservados para la eternidad y yacían en sus ataúdes en otra habitación a la que solo se accedía bajando unas escaleras hasta una suerte de sótano o mazmorra y que no podía visitarse, al considerar la costumbre egipcia que se puede perturbar el *ka* y el *ba* de los difuntos.

Me encontraba admirando las estatuas cuando una joven se acercó a donde yo estaba, se inclinó ante la efigie de uno de los parientes de Mose y se echó a llorar. Al reparar en mi presencia se enjugó las lágrimas con la túnica de lino que llevaba puesta, me miró con desafío y me habló en un idioma que imagino sería hicso, ya que no comprendí una sola palabra.

—Lo lamento, pero no entiendo lo que dices.

—No eres de la familia, ¿verdad? —me dijo, ya en egipcio—. Todos nosotros hablamos el hicso para no olvidar nuestras raíces. —La joven clavó la mirada en la estatua y continuó—. Era mi padre, ¿sabes? Fue condenado a muerte por el tribunal del faraón. Tu gente siempre oprimirá a la mía. Lo acusaron de sedición por el único delito de haber aprendido a utilizar una espada...

Quise interrumpirla para decir que yo tampoco era egipcia sino una simple esclava extranjera y que, por tanto, no estaba en posición de oprimir a nadie, pero la llegada de otra mujer de la misma edad y aspecto parecido a la otra me lo impidió.

—Hermana, no digas tonterías —dijo la recién llegada—. La mujer con la que hablas es amiga del primo Mose y no es oriunda de aquí, sino que acaba de llegar a Tebas desde el lejano país de Mitanni. —A continuación, se dirigió a mí, esbozando una sonrisa

que se me antojó falsa—: No permitas que mi hermana te llene la cabeza con chismes y disparates. Nuestro padre falleció hace poco y aún guarda duelo, a pesar de que hoy es un día feliz porque nuestros antepasados gozan en el País de Occidente. Toma, prueba esto, te alegrará el corazón y te aliviará la mente.

La mujer me tendió una cajita de madera con el dibujo de una flor de loto en la tapa. Al observar mi desconcierto, la abrió mostrando unos polvos blanquecinos, se la dirigió a la nariz y aspiró profundamente antes de tendérmela de nuevo. No queriendo ofenderla, tomé la caja de sus manos e inhalé su contenido. El polvo de inmediato se me metió por la nariz provocándome una primera sensación desagradable, como si me mordieran hormigas por el tracto respiratorio, pero de pronto me pareció que las formas y los colores a mi alrededor se volvían más nítidos y la luz más brillante. Las conversaciones se amortiguaron y en su lugar solo pude escuchar un murmullo agradable, como de agua que mana en una fuente. El suelo también perdió parte de su solidez y estuve convencida de estar pisando sobre un lecho de plumas, al tiempo que mis labios se curvaban en una involuntaria sonrisa.

—¿Qué es esto?

—Flor de loto azul, querida —me respondió—. Es mejor que la cerveza y que el vino más exquisito. Toma un poco más.

El nombre de aquella sustancia enseguida evocó en mi mente el recuerdo del príncipe Tutmosis, bebiendo vino y cerveza y aspirando loto azul para divertirse. Una oleada de pánico me inundó, pero enseguida se disolvió en una creciente sensación de placidez. Sin saber bien lo que hacía, aspiré de nuevo el contenido de la caja. Sentí como si mi alma se liberara de su envoltura carnal y se alejara flotando. Me pareció que vagaba por la habitación sin que mis pies rozaran el suelo, serpenteando entre los comensales como un arroyo que discurre por la montaña. Me dirigí de grupo en grupo, tratando de contener las carcajadas porque todos los comensales me parecían grotescos. Tenía la sensación de que algunos tenían enormes narices u ojos ridículamente pequeños. Creí ver a una

mujer con la cara del revés, como si sus ojos estuvieran en la barbilla y la boca en la frente, así como a un grupo de niños desdibujados, como si los hubieran trazado con carbón sobre un papiro sin llegar a terminar el diseño.

A lo lejos, cerca de la entrada, distinguí la figura alta y desgarrada del príncipe Amenhotep. Su aspecto se me antojó sumamente chistoso, envuelto en velos como una comadre mitanna, por lo que no pude reprimir una risilla. No estaba solo, sino que hablaba acaloradamente con mi hermana y con Mose, que presentaba un rostro serio con los labios curvados hacia abajo. Mientras me acercaba a ellos se me ocurrió la idea de hacerle cosquillas bajo los brazos para obligarlo a sonreír y, sin poder encontrar motivo para no hacerlo, me abalancé sobre él. Nuestro amigo pareció sobresaltarse, aunque no por ello dejó de dirigirme una sonrisa. Al menos yo lo recuerdo así. Fue la mirada de furia de Henti la que me obligó a recuperar la compostura mientras ella continuaba lo que estaba diciendo como si yo nunca les hubiera interrumpido.

—Mose, escúchame bien. Te dije que lo arreglaría todo para que conocieras al príncipe Amenhotep. Aquí está.

—El príncipe quiere ser esclava y la esclava quiere ser reina, ¿cómo acabará la historia? —intervine yo con voz burlona.

—¿Pero por qué iba a disfrazarse el príncipe de esclava sagrada?

—Mi hermano Tutmosis me ha amenazado de muerte, de ahí mi disfraz.

—El príncipe ha recuperado su voz, ¡aleluya!

—Itani, deja de decir tonterías, por favor —me regañó mi hermana—. El príncipe y yo debemos marchar de inmediato a la Casa del Millón de Años del faraón, pero antes quería que os conocierais. Por favor, descúbrete.

—Henti dice la verdad. Soy el príncipe Amenhotep.

Se retiró el velo que le tapaba el rostro y contempló a Mose con una expresión tan seria que me dio por reír a carcajadas. No podía

parar, la risa me invadía y en realidad no era consciente de qué me resultaba tan gracioso, más bien todo me parecía como un chiste, una gigantesca broma absurda y ridícula en la que todo estaba del revés. Las lágrimas corrían por mis mejillas, me dolía el vientre de tanto reír y de pronto me entró un ataque de hipo, lo cual se me antojó aún más gracioso, por lo que mis carcajadas se hicieron aún más violentas.

Henti me agarró por los hombros, me separó unos pasos del resto del grupo y me zarandeó con fuerza. Al ver que no reaccionaba, me propinó una bofetada.

—¡Itani, basta ya! ¿Estás borracha? Estoy intentando salvarnos la vida y tú aquí comportándote como una idiota.. ve a echarte agua en la cara o sal a tomar el fresco o haz lo que te plazca, pero no me molestes más.

Henti se volvió junto a Mose y Amenhotep, dejándome a mí aturdida y molesta por su brusquedad. Ya no me reía, pero la sensación de mareo había aumentado y sentía el inicio de una náusea. Vagué por la habitación en busca de algo que comer, pero todas las viandas se me antojaban demasiado grasientas para mi estómago. Vi de pronto una fuente con higos secos, tomé uno y me lo llevé a la boca. El hambre se apoderó de mí y lo mastiqué con ansia, lo tragué y cogí otro, y después otro más. Pareció que el alimento me hacía volver a mis sentidos, aunque fuera por unos instantes. Aunque continuaba con la misma sensación de irrealidad, tuve la claridad de mente necesaria para preguntarme adónde habrían ido mi hermana, Mose y el príncipe. Pensé que sin ellos estaba sola entre una multitud de desconocidos, de modo que, tras no hallarlos dentro de la tumba, me decidí a salir.

El cielo sin luna brillaba con el resplandor de miles de estrellas, tantas que me pareció como si los dioses hubieran derramado polvo de plata por la bóveda celeste. Me dio la sensación de que estaban tan cerca que, si alargaba la mano, podría coger un puñado. Así lo hice y di varias vueltas sobre mí misma, riendo y cantando mientras trataba de alcanzar las estrellas con las puntas de mis dedos. El

ambiente allí era más festivo, si cabe, que en el interior. Varios músicos combinaban sus instrumentos en una melodía a todas luces improvisada, pero que resultaba rítmica y armoniosa. Por doquier ardían enormes hogueras y los egipcios bailaban alrededor como si aquella fuese su última noche antes de unirse a sus difuntos en el más allá. Alguien me tomó de la mano y me arrastró hacia uno de los círculos de danza, pero al comenzar a dar vueltas me volvió el mareo, por lo que me solté y me alejé trastabillando.

A lo lejos me pareció distinguir a mi hermana y al príncipe. Continué hacia allí. La riada de gente parecía conducir hacia la misma dirección que habían seguido ellos. A cada paso me encontraba nuevos bailes y acrobacias, pero mantuve la vista fija en Henti y Amenhotep, que aparecían y desaparecían entre la masa.

Al girar un recodo, y en medio de una multitud cada vez más numerosa, discerní los muros de un edificio. Creí ver a mi hermana que corría a toda velocidad hacia ellos, daba un salto y caía al otro lado. Tal era mi estado aquella noche que más que saltar tuve la impresión de que volaba, incluso hubiese jurado que le habían brotado unas alas blancas como las de las gaviotas y que las agitaba con elegancia en el aire antes de aterrizar grácilmente al otro lado.

Corrí hacia la muralla con la intención de seguirla, pero careciendo yo de alas, la consideré demasiado alta para ser capaz de saltarla. Caminé a su alrededor en busca de una puerta, sin suerte. La multitud era tan densa que era casi imposible avanzar. Al fin me dije que yo era más alta que Henti y que tenía que poder imitar su proeza, de modo que decidí dar un salto para encaramarme al muro y mirar desde allí qué había en el interior. En el primer intento me rompí una uña y en el segundo me hice un araño en el brazo, pero al tercero logré mi propósito y pude trepar hasta la cima, aunque mi túnica se rasgó en el camino. Traté de encontrar una posición de equilibrio, sentada a horcajadas sobre la tapia, y pude mirar hacia el interior.

No había ni rastro de Henti. En cambio, caí en la cuenta de que me encontraba en el recinto exterior de un templo. El propio Mose lo había dicho al llegar: el panteón de su familia estaba muy cerca de la Casa del Millón de Años del Gran Amenofis. Según dicta la costumbre de los egipcios, es en el templo funerario del faraón reinante donde la familia real celebra los ritos del *Heb nefer en ipet*. Lo que en aquel momento no llegaba a imaginar era qué hacía mi hermana allí.

La nao de oro de Amón había sido colocada en el medio del patio central del templo, con cuatro antorchas ardientes en las esquinas. El sumo sacerdote Meryptah se encontraba postrado de rodillas ante la efigie del dios carnero. Tras él, apenas un paso más atrás, estaban el príncipe heredero Tutmosis y su hermano Amenhotep, que se había desprendido de la túnica y los velos de mujer y vestía una sencilla *shenti*. Ambos estaban de costado a la imagen de Amón y permanecían enfrentados el uno al otro, con el ceño fruncido y los músculos en tensión, como dos depredadores a punto de saltar el uno sobre el otro. Aunque Tutmosis era más fornido que su hermano y su cuerpo estaba mejor formado, Amenhotep era más alto y tan delgado que parecía una espiga de trigo que crece en medio del campo. Su tono de piel también era diferente, estando sin duda el príncipe heredero más curtido por el trabajo físico al aire libre, aunque el parecido entre ambos era innegable.

Unos pasos por detrás se encontraban Tey y Ay. Los dos miraban al frente, hacia la estatua del dios, como si este los hubiera hechizado con sus ojos de oro. Alrededor del patio se ubicaban ocho o diez sacerdotes de Amón. No había nadie más en el interior del templo, aunque se escuchaba el murmullo de la multitud que se amontonaba tras los muros exteriores. Ninguna señal de Henti y, por supuesto, tampoco de Mose.

El tiempo pareció detenerse en esta escena, como una obra de teatro que se hubiera petrificado para quedar intacta a través de los siglos. Allí, subida a la tapia del templo, mientras respiraba el aire

aún cálido de Tebas, tuve tiempo de preguntarme qué hacíamos todos allí, pero no fui capaz de hallar ninguna respuesta.

Después, todo ocurrió muy deprisa.

Meryptha se puso en pie, alzó los ojos al cielo y clamó con voz potente:

—¡Oh, Amón, que cada día naces con el sol de levante y mueres con el ocaso en poniente! ¡Oh, supremo Amón, que en el Amenti reinas también junto a Osiris! Descansa esta noche en la Casa del Millón de Años de nuestro faraón Amenofis y bendícelo con tu poder para que, gracias a ti, nuestro soberano pueda garantizar el orden del universo y asegurar la prevalencia de Maat.

Cuando el sacerdote terminó de hablar, Tutmosis y Amenhotep se acercaron a la nao dorada de Amón. El primero la tomó por la proa, el segundo por la popa y ambos siguieron a Meryptah hacia el interior del templo, en dirección al sanctasanctórum donde solo a unos pocos elegidos les está permitido entrar. No bien su sombra hubo desaparecido tras el dintel de la puerta, se escuchó un enorme estruendo metálico seguido de varios gritos, los primeros de furia, después de alarma y, por último, de dolor.

Hasta mis oídos llegó el aullido más estremecedor que he escuchado nunca, profundo, desgarrado, vacío, como si al otro lado de aquel sonido no hubiera nada, solo el inmenso vacío de la muerte eterna, sin esperanza alguna de resurrección.

A partir de ahí se desató el pandemónium. Ay fue el primero en abandonar su posición hierática en medio del patio para dirigirse hacia el sanctasanctórum, seguido por los sacerdotes que habían asistido a la ceremonia desde los laterales. Más voces llegaron desde el interior, aunque en esta ocasión se trataba de gritos de pánico, órdenes confusas y peticiones de auxilio. El pueblo, que se había mantenido hasta ese momento fuera del recinto del templo, comenzó a entrar como una plaga de langostas que invade sin piedad los campos recién sembrados. Pronto llegaron también los soldados que, en su intento de mantener el orden, habían desenvainado sus espadas de bronce e intentaban contener con

ellas a la multitud. En medio del gentío vi a mi hermana y a Mose, que llevaban en volandas a una figura cubierta de velos que, intuí, debía de ser el príncipe Amenhotep, disfrazado de nuevo. Sin pensar en lo que hacía, me dejé caer hacia dentro de los muros y corrí hacia ellos. Trataba de abrirme camino entre la gente cuando unos brazos me agarraron por la cintura. Levanté la mirada para encontrarme el torso cubierto de sangre de Horemheb.

—¿Dónde están?

—¿Qué dices?

—¿Dónde están Amenhotep y tu hermana?

—Los acabo de ver —balbuceé—. El príncipe está disfrazado de mujer.

Horemheb me soltó y desapareció entre la multitud. Yo traté de dirigirme hacia el santuario, que era donde me había parecido divisar a Henti por última vez. El gentío iba en la dirección contraria de modo que la impresión era como nadar contracorriente en la zona de las cataratas. El mareo, además, no había pasado por completo por lo que me invadía una fuerte sensación de irrealidad. Me parecía que todo aquello era un sueño y que nada tenía consecuencias, por lo que no dudaba en darle manotazos y patadas a la gente con tal de seguir avanzando. Llegué a la puerta del sanctasanctórum, solo para encontrarme con una barrera de soldados que me impidieron el paso.

—Dejadme pasar. Mi hermana está ahí dentro.

—No se puede entrar. Además, ahí no queda nadie con vida.

Una ola de miedo y furia me invadió. Salté sobre el soldado que me había hablado y comencé a propinarle puñetazos en el pecho. No era ni mucho menos tan fuerte como Horemheb, pero aun así apenas pareció inmutarse. Dándolo por inútil, lo dejé y asalté a uno de sus compañeros, con idéntico resultado. Las lágrimas me rodaban por las mejillas, gritaba y sollozaba palabras e insultos sin sentido y mis golpes perdían vigor. Sentí que las fuerzas me abandonaban, pero no podía rendirme, tenía que seguir luchando, necesitaba ver a mi hermana.

—¡Henti! —gritaba—. ¿Dónde estás? ¡Henti!

—Calla de una vez —dijo Horemheb, detrás de mí—. Tu hermana no está ahí. Dejadla entrar para que lo vea por ella misma.

Los soldados se apartaron con tanta brusquedad que yo caí de bruces al suelo. Me levanté, temblando, y entré en el santuario de Amón para encontrarme con una escena que parecía sacada de una de las cavernas en las que, según los libros sagrados, son torturadas las almas de los condenados antes de desaparecer para siempre. La estatua de oro de Amón, al igual que su barca dorada y las propias paredes, estaban salpicadas de sangre. El cuerpo sin vida de Tutmosis yacía a su lado y un enorme charco rojo crecía debajo de él. Su garganta lucía un corte de lado a lado que parecía una segunda boca, grotesca y sanguinolenta. Tenía los ojos muy abiertos, en una expresión de pánico que se llevaría consigo al más allá.

De pie, junto a la imagen del dios, con la túnica blanca y la piel de leopardo embadurnados de sangre, temblando de pies a cabeza y con el rostro brillante de sudor, estaba el sumo sacerdote, Meryptah.

—Amenhotep ha huido —le anunció Horemheb—. Sal y busca al visir. Cuéntale que el príncipe Tutmosis enloqueció y atacó a su hermano con una daga. Ambos lucharon a muerte. Tú intentaste separarlos, pero Amenhotep fue más rápido, degolló a Tutmosis y escapó. Yo corroboraré tu versión. ¡Vamos, corre!

—Sí, mi señor.

El sumo sacerdote hizo una reverencia y salió a toda prisa del santuario. Yo me quedé a solas con Horemheb, que me observaba con una expresión vacía en el rostro. Mis ojos se dirigieron a la daga ensangrentada que colgaba de su cinturón. Él siguió la dirección de mi mirada, cogió el arma y la arrojó junto al cadáver del príncipe.

—Imagino que tu hermana no tardará en ponerse en contacto contigo. Quiero que me avises en cuanto esto suceda y me digas dónde se esconde el príncipe Amenhotep.

—¿Vas... vas a matarlo?

—Por supuesto que no. Hace muchos años juré protegerlo y ya te he dicho decenas de veces que mi palabra es sagrada. Solo quiero asegurarme de que toma los votos de Shaushka y se marcha de Tebas de una vez, antes de que alguien más salga herido. Tu hermana, por ejemplo. Se está metiendo en un juego muy peligroso.

Yo fui incapaz de contestar. Abrí la boca con la intención de hacerlo, pero no me brotaban las palabras. Sentí que las lágrimas invadían de nuevo mis ojos. Me eché a temblar y se me escapó un sollozo. Horemheb se acercó a mí, me envolvió en sus brazos y me mantuvo un tiempo así hasta que los temblores que me sacudían se calmaron. Entonces me alzó la cabeza con la mano y me besó en los labios. Al principio fue un beso dulce, suave, pero pronto su lengua se introdujo en mi boca y empezó a jugar con la mía. Me empujó hasta acorralarme contra la pared. Sus manos me recorrieron el cuerpo entero mientras él no dejaba de besarme en la boca, en el cuello, en el pecho.

A mi pesar, mi cuerpo reaccionó a su contacto. Me descubrí devolviéndole los besos y caricias. Mis caderas se juntaron a las suyas, pude notar su virilidad y me pareció que una fuente entraba en ebullición dentro de mí. Temblaba, tenía la piel encendida, la mente embotada por la pasión.

Horemheb interrumpió sus besos, se separó y me miró con tal intensidad que me pareció que su mente, que su *ka* y su *ba* penetraban dentro de mí y me poseían, haciéndome suya para siempre.

—¿Me deseas?

—Sí, claro que te deseo.

—¿Cuánto me deseas?

—Mucho. Nunca he deseado nada con tanta intensidad.

—Ponte de rodillas. ¡Haz lo que te digo! Arrodíllate y dime que harías cualquier cosa por mí.

Sus palabras me resultaron inquietantes, pero también encendieron aún más la llama de mi deseo. Sin apartar la mirada de sus ojos, obedecí.

—Haré cualquier cosa por ti.

—Dime que eres mía. Hasta hace poco eras esclava de Shaushka. Ahora quiero que seas mi esclava.

—Estaré feliz de ser tu esclava.

—¿Me servirás en todo?

—En todo.

—¿Me avisarás cuando tu hermana contacte contigo?

—Lo haré.

# Pasaje de la oscuridad

**E**stoy al otro lado. He cruzado la puerta y he llegado hasta aquí. Debería sentir paz, serenidad, dicha, incluso gozo, pero no siento nada de eso. Me parece estar flotando en medio de un cielo sin sol ni luna ni estrellas, sin más compañía que tú.

Querido esposo.

Desde que cambiaste tu nombre, nadie me ha oído llamarte en público de otro modo que no sea Akenatón. Solo tú y yo sabemos que, en la intimidad de nuestro hogar, con nuestras hijas y con Tadukhipa, siempre has seguido siendo Amenhotep. No es tan fácil cambiar la identidad de un hombre, ni siquiera de uno que, como tú, quiso dejar de serlo.

Si algo he aprendido de mi hermana Itani es que el ser humano no puede elegir quién es. Ella nació con cuerpo de varoncito, pero casi desde su primer llanto supe que era una niña a pesar de las apariencias. No es algo que ella pudiera elegir: nació así. Hace años solía pensar que los dioses se habían equivocado dándole el cuerpo erróneo, pero ahora creo que la hicieron como es con toda intención, para enseñarnos a todos que la fuerza de la voluntad es capaz de vencer cualquier obstáculo.

Tú no, Amenhotep. Nunca fuiste una mujer. Quisiste huir de tu herencia, de tu destino, de la misión que te había sido encomendada y creíste que la forma más sencilla era refugiarse en la identidad de una esclava sagrada. Yo te obligué a afrontar tu sino y creo que, en el fondo, nunca me lo perdonaste.

Sí, fui yo, todo fue idea mía. Fui yo la que supe que estabas hecho para reinar. Yo te obligué a enfrentarte a tu hermano la fatídica noche de la Bella Fiesta del Valle. Te dije que te protegería y en cierta forma lo hice, aunque supongo que no lo suficiente.

Hiciste tu papel durante el ritual. Escuchaste, paciente, las palabras del sumo sacerdote. Cuando llegó el momento de llevar la estatua de oro de Amón al interior del sanctasanctórum, tensaste los músculos, dispuesto a seguir con nuestro plan. La idea era soltar la estatua de Amón y hacerla rodar por el suelo. Aprovechando la confusión, yo te disfrazaría de nuevo con túnicas y tules y ambos huiríamos de allí.

No hubo tiempo. No bien estuvisteis escondidos de los ojos de los fieles, tu

hermano saltó sobre ti dispuesto a darte muerte. Lo que no esperaba es que tú tuvieras un arma para defenderte. Mi daga, la que siempre escondo debajo de la almohada. Menos mal que me escuchaste y decidiste llevarla contigo.

Yo estaba oculta entre las sombras del santuario. Aproveché la oscuridad para deslizarme en secreto. Fui testigo de cómo Tutmosis te clavaba el puñal. Dejasteis caer la estatua de Amón con un estruendo de metal que se escuchó por toda la Casa del Millón de Años. Ambos rodasteis al suelo. Luchasteis. Meryptah se escondió en una esquina, el muy cobarde. Al principio tu hermano te dominó con facilidad. No te ejercitabas como él ni estabas entrenado en la pelea, pero eras alto y fuerte y no era fácil mantenerte inmóvil. Te retorciste, luchaste, le heriste varias veces con mi daga, pero seguía erguido sobre ti. Vi cómo levantaba el puñal, dispuesto a clavártelo en el corazón. Entonces tú le rebanaste el cuello.

Su sangre lo regó todo. La estatua de Amón, las paredes del santuario, al sumo sacerdote que se escondía de vosotros. Todo.

En los ojos de Tutmosis no vi miedo a la muerte. Vi sorpresa porque su hermano el débil, el timorato, el invertido y afeminado hubiera sido capaz de vencerlo. Supongo que no hay mayor castigo para él. Espero que la Devoradora no haya terminado de aniquilar su alma, para que pueda recordar que tú lo derrotaste durante toda la eternidad.

Tu hermano acababa de expirar con un grito terrible que removió los cimientos mismos del templo. Salí de mi escondite, me acerqué a ti y te estreché entre mis brazos. Estabas malherido y llorabas. Entonces, solo entonces, vi a Horemheb. Todo aquel tiempo había estado agazapado entre las sombras.

Nuestras miradas se cruzaron durante un instante que pareció eterno. Después, huimos. Simplemente huimos.

Fuera ya se había desatado el caos. La gente lloraba, gritaba. Mientras salíamos del santuario, yo iba cubriéndote de velos y túnicas para que nadie te reconociera. Recuerdo los gritos: «¡Han matado al príncipe, lo han asesinado!». Nadie sabía de qué príncipe se trataba porque eran dos los que habían entrado en la cámara sagrada con la imagen de oro de Amón y el sumo sacerdote Meryptah.

Encontramos a Mose entre el gentío. Sin formular pregunta alguna, me ayudó a sostenerte y juntos nos dirigimos hacia la salida. Los soldados ya estaban sellando la Casa del Millón de Años para evitar que la noticia de la muerte del príncipe se extendiera por la ciudad. Nadie se percató cuando los tres cruzamos las puertas del templo. Nos tomarían por dos concubinas de Amón que cumplían con sus deberes sagrados con un pobre hicso. Nadie presta demasiada atención a las mujeres y a los parias. Los soldados corrían de un lado a otro buscando al asesino y nos dejaron pasar como si no fuéramos nada.

Cruzamos la puerta del templo. Avanzamos cien, doscientos, trescientos codos más, hasta que pudimos ocultarnos tras unas rocas. Allí nos detuvimos,

Mose me miró con sus ojos de rana y me preguntó qué había ocurrido. Él no había visto nada. Nos había seguido desde la tumba de su familia cuando tú y yo salimos corriendo porque debíamos llegar a tiempo a la ceremonia, pero no presencié lo que tú y yo vivimos.

—No hay tiempo para eso ahora —le contesté—. Llévanos a un lugar seguro.

—¿Dónde?

En ese momento, Amenhotep, perdiste el sentido. Te acostamos en el suelo y procedimos a examinar tus heridas. Además de los hematomas y cardenales que tu hermano te había infligido aquella misma tarde, lucías cortes por todo el cuerpo, uno de ellos de gran profundidad en la zona del abdomen. Sangrabas y mostrabas cada vez más signos de debilidad.

—Tenemos que buscar a un médico —dije.

—¿Acaso la suma sacerdotisa Tey e Iltani no son expertas sanadoras? ¡Llámalas a ellas! Tu hermana estaba con nosotros en la fiesta, no puede estar lejos.

—No. Si hemos de salvar a Amenhotep y convertirlo en faraón ahora que su hermano ha muerto, hay una única persona en quien podemos confiar. La reina Tiya.

De repente, al escuchar el nombre de tu madre, abriste los ojos. Me miraste con extrañeza al principio, pero enseguida tu expresión se dulcificó.

—Ayúdame. No dejes que me muera.

—Te dije que te protegería, mi príncipe.

Lograste esbozar una sonrisa antes de volver a desmayarte. Yo me quedé quieta, observándote y pensando que haría todo lo necesario para cumplir mi palabra.

Ahora eres tú el que me contempla desde la oscuridad. Estás muerto y yo también. ¿Te he fallado, esposo? ¿Es por eso por lo que me atormentas? ¿Estaremos juntos en medio de este vacío, para toda la eternidad?

Perdóname.

## Libro VI

### *La princesa Mutnodjemet*

**H**oremheb y yo salimos juntos del santuario de Amón. Los soldados nos dejaron pasar sin necesidad de que él hiciera gesto alguno. Me acompañó hasta la puerta de la Casa del Millón de Años y allí me despidió.

—Cuando tengas noticias sobre el paradero de tu hermana, envíame un mensaje. Si se lo entregas cerrado y sellado a cualquier soldado de Tebas, ten por seguro que me llegará intacto antes de que haya transcurrido una hora.

Me alejé unos pasos antes de darme la vuelta y comprobar que él ya había vuelto a penetrar en el recinto del templo. Traté de componerme. Tenía el pelo desordenado, la ropa arrugada y manchada de sangre y me parecía que mi rostro proclamaba a gritos lo que acababa de suceder. Me sentía sucia y feliz al mismo tiempo, completa y realizada, pero como si hubiera entregado una parte de mí que nunca me sería devuelta.

Me alisé la túnica, me peiné con los dedos y eché a andar. La multitud se había dispersado, aunque había aún decenas si no cientos de personas que caminaban en dirección opuesta a la Casa del Millón de Años. Decidí seguirlos. La mayoría de las hogueras se habían apagado o estaban reducidas a cenizas. Ya no había música, ni olor a comida, ni gente que bailara o hiciera acrobacias. La Bella Fiesta del Valle se había convertido en una silenciosa

noche sin luna con regusto a sangre. Escupí sobre la arena del desierto en un intento de erradicar aquel sabor a hierro de mi boca, pero fue en vano.

Llegué de vuelta a la necrópolis y me pareció distinguir el panteón de la familia de Mose. Pensé que quizá él y mi hermana estuvieran allí. La mayoría de los invitados se habían marchado ya, pero reconocí a la madre que recogía las ofrendas depositadas a la puerta de la tumba, tal y como dicta la costumbre.

—Señora...

—Hija, la fiesta ha terminado ya. ¿No te has enterado? Han asesinado al príncipe.

Un destello de curiosidad cruzó mi mente y me pregunté cuál sería el rumor que circulaba por la ciudad.

—¿Qué príncipe?

—¿Y a mí qué me importa? Un príncipe es igual a otro y ninguno tiene nada que ver conmigo. Por su culpa no hemos podido honrar a los antepasados como deberíamos y ahora pasarán hambre durante todo el año hasta que podamos volver a celebrar la Bella Fiesta del Valle.

—¿Habéis visto a Mose, señora? —pregunté, recordando por qué había ido hasta allí—. Soy amiga suya.

—No, no he visto a mi hijo, pero espero que haya regresado a casa. Igual que deberías hacer tú, jovencita.

La mujer se dio media vuelta y continuó con sus labores, de modo que me fui sin despedirme. Un cansancio extremo se apoderó de mí. Arrastré los pies por el camino que conducía de vuelta al embarcadero para cruzar el Nilo. Como la mayoría de la gente ya había regresado a sus casas, había varias falucas vacías esperando un pasajero. En ese instante me di cuenta de que no tenía nada con que pagar al barquero, por lo que me acerqué a uno de ellos, le dije que era sacerdotisa de Shaushka y prometí que, si me llevaba a la otra orilla, al día siguiente le daríamos una comida completa en el templo. Creo que debió de ver el agotamiento en mi rostro, porque

me aseguró que una oración por su resurrección en el País de Occidente sería bastante.

No recuerdo mucho del trayecto por el río. Iba ensimismada, retazos de lo ocurrido me asaltaban y parecían más reales que lo que tenía frente a mí. Recordaba los labios de Horemheb y me estremecía, pero al momento veía el cuello rebanado del príncipe y me recorría un escalofrío. Me imaginaba a Horemheb acariciándome con las manos cubiertas de sangre, me tocaba por todo el cuerpo dejando un rastro húmedo y viscoso a su paso y yo sentía al mismo tiempo repugnancia y placer, ansia y horror. Me invadieron las arcadas y asomé la cabeza para tratar de vomitar, pero nada salía de mi boca.

Estaba paralizada.

Cuando llegamos al muelle eché a andar de regreso al templo, observando, ahora sí, los residuos de la gran fiesta: jarras vacías por el suelo, flores pisoteadas, antorchas consumidas, restos de comida. Sin luna ni antorchas, la noche era muy oscura. No obstante, fui capaz de llegar al templo sin extraviarme. Antes de ir a mi propia habitación, el sentido del deber me obligó a comprobar si había alguien en la celda de mi hermana. Entré sin hacer ruido y, tras comprobar que estaba vacía, me dirigí a mi dormitorio, me arrojé sobre la esterilla, cerré los ojos y caí inconsciente, no sé si dormida, desmayada o aún afectada por la flor de loto azul.

Cuando me desperté todavía no había salido el sol. Notaba en la cabeza un dolor palpitante y mi estómago rugía de hambre. Estaba sucia, pegajosa. Fue al incorporarme para ponerme en pie cuando, de pronto, lo sucedido la noche anterior volvió a mi mente con la fuerza de una losa que cae al suelo aplastando todo lo que hay debajo. Me dejé caer de nuevo sobre mi esterilla, me tapé el rostro con las manos y, oculta de cualquier mirada, sonreí.

Me levanté, hice mis abluciones y me puse una túnica limpia. Me pareció escuchar un ruido, pero aun así me asomé a la habitación de Henti para averiguar si había regresado. Estaba vacía.

Seguí el murmullo de voces hasta el patio descubierta, en cuyo centro se había instalado un altar de flores como el que usábamos en Wassukanni el día de la fiesta de Shaushka. La estatua de la diosa, de nuevo de una pieza, había sido colocada en lo alto y adornada con un manto color escarlata y un collar de oro. Tey estaba en medio del patio, vestida con todas sus galas sacerdotales, y daba instrucciones a unos sirvientes con aspecto de eunucos para que terminaran de arreglar el altar.

—¡Itani! —exclamó en cuanto me vio—. Iba a despertaros ahora. Ve a buscar a tu hermana y vestíos con vuestras túnicas de ceremonia. Al romper el alba saldremos en procesión hacia el palacio de Malkata. Ay y yo celebraremos las bodas sagradas de Shaushka y nos convertiremos en marido y mujer.

—Henti no está aquí —respondí—. Anoche no regresó al templo.

—Tonterías. Seguro que volvería más tarde. Ve a comprobarlo.

—Acabo de comprobarlo, Tey. Su celda está vacía.

Ella se tomó unos instantes antes de responder. Contempló la estatua de la diosa, negó con la cabeza y clavó los ojos en mí.

—Si no ha aparecido antes, mandaré a la guardia que la busque por toda la ciudad en cuanto termine la ceremonia y yo me haya convertido en la esposa de Ay.

—Ayer estuviste en la Casa del Millón de Años —dije yo, acercándome a ella mientras la apuntaba con el dedo índice—. ¿Tu boda tiene algo que ver con lo que sucedió ayer?

—¡Jovencita, no olvides quién soy yo y quién eres tú! Una esclava no es quien para interrogar a una suma sacerdotisa. Ve a adecentarte como te he ordenado y regresa aquí para escoltarme hasta mi tálamo nupcial. —Sostuve la mirada de Tey durante unos instantes hasta que, al fin, ella ablandó el gesto, suspiró y me acarició el rostro. Me condujo hacia un lateral del patio y continuó hablando en susurros—: Tengo algo más que pedirte. Pensaba encargárselo a tu hermana, pero ya que no está aquí, tú eres la única que puede hacerlo. Necesito que oficies la ceremonia.

—¿Cómo dices?

—El público que asistirá a mi boda desconoce la leyenda y el ritual de Shaushka. Es necesario que tú lo expliques antes de que empecemos, si deseamos que tenga el resultado que perseguimos.

—¿Quieres decir, si queremos que Ay se convierta en heredero del faraón?

—El príncipe Tutmosis ha muerto y su hermano Amenhotep ha desaparecido. Los militares lo están buscando por toda la ciudad. Ahora más que nunca, necesitamos la protección del visir. Ay lo ha dispuesto todo para que las noticias no lleguen aún a palacio. Todos los que estaban presentes en la Casa del Millón de Años han sido confinados allí por la guardia sin poder entrar ni salir y el propio Horemheb vigila la entrada a Malkata para que nadie pueda acceder al palacio hasta que no se celebren nuestros esponsales.

La situación era cada vez más confusa. Hasta ese momento había pensado que Ay y Horemheb eran rivales, cada uno con su propio plan para acceder al trono, pero de las palabras de Tey parecía deducirse que eran aliados. ¿Quizá trabajaban juntos de manera circunstancial? Tal vez Ay pensara que Horemheb trabajaba para él, cuando en realidad era al contrario.

Sea como fuere, no había tiempo que perder. Tenía que hacerle llegar un mensaje a Horemheb para advertirle en el caso de que no estuviese al corriente de la boda de Ay con Tey. A aquellas alturas tenía claro que ni podía ni deseaba tener secretos para Horemheb. Corrí a mi habitación para cambiarme de ropa y garabateé un rápido aviso para él en un trozo de papiro. Cuando salí, el altar con la estatua de Shaushka ya había sido trasladado al exterior del templo y la procesión estaba lista para partir. Por fortuna para mí, había cuatro soldados a los que, imagino, se les había encargado la seguridad de la futura esposa del visir. Corrí junto al más cercano de ellos, deslicé el papiro en su mano y le susurré:

—Es un mensaje para el capitán Horemheb. Necesito que le sea entregado cuanto antes.

—Sí, mi señora.

Creo que nadie se dio cuenta de lo que había hecho. Desde luego, Tey no me lo mencionó ni me preguntó por ello, ni en ese momento ni más tarde. El militar conferenció brevemente con sus compañeros y desapareció entre las callejuelas de la ciudadela, aún sumergidas en la tiniebla que precede al amanecer.

El rostro de Atón asomaba ya tras las cumbres del Valle de los Reyes cuando partimos hacia el palacio de Malkata. Abrían la comitiva los tres soldados restantes, seguidos por el altar de la diosa, que cargaban a hombros cuatro porteadores. A continuación, iba Tey, en una litera al igual que yo aquella lejana noche de las bodas sagradas en Wassukanni. Yo la escoltaba como su dama de honor, caminando a su lado. Detrás de nosotras marchaban Tef y Hemet así como el resto de la comitiva que había venido con Tey desde el palacio.

Al llegar al muelle de Birket Habu abordamos unos botes que nos estaban esperando. La diosa, Tey y yo viajábamos solas en una de las embarcaciones y el resto del cortejo en la segunda.

Ya en el palacio nos esperaba un séquito compuesto por no menos de veinte concubinas de Amón que, como es su costumbre, cantaban y tocaban sus instrumentos en honor a su dios. Los varones que formaban parte de nuestra comitiva fueron escoltados en otra dirección, mientras las mujeres acompañábamos a la imagen de Shaushka por los jardines de Malkata en dirección al patio donde tendría lugar la ceremonia. Incluso los porteadores que habían llevado la estatua hasta ese momento fueron despedidos para sustituirlos por cuatro mujeres fornidas y de piel quemada por el sol con aspecto de esclavas que trabajaban el campo. En Egipto, al menos en nuestros tiempos, no hay ninguna divinidad que posea un sacerdocio exclusivamente masculino o femenino, sino que todos los dioses cuentan tanto con hombres como con mujeres a su servicio, pero resultaba evidente que el visir Ay había dado instrucciones para mantener incólume la naturaleza femenina del culto de Shaushka.

La procesión desde el embarcadero, en verdad, tuvo un carácter festivo y alegre que contrastaba vivamente con lo que había ocurrido la noche anterior en la Casa del Millón de Años. Intenté cruzar la mirada con Tey para señalarle que aquello me parecía algo inadecuado, pero ella había vuelto a instalarse en su litera y no me prestaba la menor atención. Cruzamos los jardines de Malkata, que estaban adornados con una exuberante vegetación que bebía del agua del Nilo que llegaba a través de un complejo sistema de canales. Desembocamos en una amplia explanada tapizada de hierba y rodeada de palmeras, sicomoros, higueras y otros árboles a cuál más frondoso. Había también macizos de flores amarillas, rojas, azules, moradas y de cuantos colores fuese una capaz de imaginar.

Las porteadoras instalaron el altar de Shaushka en el medio de la pradera. La litera de Tey fue colocada justo enfrente. Varias esclavas se dedicaron a transformarla hasta hacer de ella un auténtico tálamo nupcial que nada tenía que envidarle al que habíamos empleado en Wassukanni. Las concubinas de Amón se situaron alrededor de mi superiora y prosiguieron con sus cánticos hasta que estos se vieron interrumpidos por el sonido de unas trompetas que anunciaban la llegada de una nutrida comitiva. Confieso que mi sorpresa fue grande cuando observé que el propio faraón Amenofis era quien la encabezaba, sentado en una silla de manos y con aire enfermizo y ausente, aunque, en cualquier caso, despierto, lo cual representaba una gran mejoría respecto a la última vez que lo había visto. Lo acompañaban la joven reina Tadukhipa así como otros miembros de la familia real, princesas y esposas secundarias. No había rastro de la reina Tiya, lo cual me pareció extraño, aunque enseguida pensé que era posible que desaprobara la unión de su hermano y por ello hubiera decidido ausentarse.

El faraón y su séquito se instalaron a pocos codos del tálamo nupcial, desde donde podían disfrutar de una clara visión de lo que ocurriera allí. Las concubinas de Amón continuaron su melodía hasta que, una vez más, las trompetas la interrumpieron. En esta

ocasión se trataba del visir Ay, que llegó solo, como marca la tradición mitanna, ataviado con las ropas ceremoniales del pastor Dumuzid.

Había llegado mi momento de intervenir. Recuerdo que el corazón me latía a toda velocidad y me temblaba el pulso. Di unos pasos al frente hasta colocarme delante de la estatua de Shaushka, mirando directamente al faraón. A su izquierda Taduhipa me sonrió y asintió con la cabeza, infundiéndome confianza.

—Nuestra diosa Shaushka es la madre de todos nosotros, reina y señora del universo. Tiene, sin embargo, una pérfida hermana llamada Ereshkigal que reina en el inframundo. Shaushka decidió descender a los infiernos para derrotar a su eterna enemiga, pero, no queriendo dejar el universo sin protección, desposó al pastor Dumuzid y le encargó que cuidara del reino en su ausencia. — Conforme hablaba, noté que me iba llenando de confianza. Caminé con toda la majestad que fui capaz de reunir, tomé a Ay de la mano y lo conduje junto al tálamo nupcial—. Cuando Shaushka regresó al mundo de los mortales tras haber derrotado a su hermana, encontró que Dumuzid había intentado usurpar su puesto coronándose rey, motivo por el cual lo envió al infierno durante medio ciclo solar. Desde entonces, la mitad del año Shaushka reina en la tierra y Dumuzid en el infierno, para después intercambiar sus papeles, aunque, cada vez, deben volver a celebrarse las bodas sagradas entre la diosa y el rey para que este tenga legitimidad para gobernar. —Hice una pausa que pretendía ser dramática, asentí con gravedad y le puse a Ay las manos sobre la cabeza—. Hoy desposas a la suma sacerdotisa Tey, que encarna a la mismísima diosa. Si consumas el matrimonio y Shaushka te juzga digno, tu gobierno será legítimo a ojos de los dioses.

Al terminar mi discurso, las concubinas de Amón retomaron su canto. Yo me di la vuelta para realizar una reverencia ante el faraón, cuyo gesto hierático fui incapaz de interpretar. Taduhipa me sonrió una vez más.

Ay se situó junto a mí y realizó la genuflexión completa frente a Amenofis, poniéndose a cuatro patas y llevando la cabeza al suelo. Era un gesto que nunca había visto y que, según supe más tarde, está relacionado con la transmisión del poder real, algo que llama la atención porque el faraón no estaba al corriente de lo que había ocurrido en la Casa del Millón de Años. El soberano parecía estar presente solo en el plano material, su espíritu sin duda flotaba a medio camino entre este mundo y el siguiente, por lo que no reaccionó ante la señal emitida por su visir, aunque estoy segura de que a los demás egipcios presentes esta no debió de pasarles desapercibida.

A continuación, Ay se puso en pie, se dirigió al tálamo nupcial, se encaramó sobre él y se colocó a horcajadas sobre Tey. Las concubinas de Amón continuaban con su canto, que ahora se había transformado en el tradicional ulular que se entona en las bodas egipcias, cuando termina el banquete y el esposo se lleva a su mujer a casa. Yo estaba acostumbrada a presenciar las bodas sagradas de Shaushka año tras año, por lo que la escena no me llamó la atención de forma especial, pero un suave murmullo entre los asistentes me recordó que los egipcios no estaban habituados al sexo ritual. Tey y Ay acababan de acoplar sus carnes para perfeccionar el ritual cuando un alboroto de voces y gritos rompió la solemnidad del momento.

La reina Tiya irrumpió en la pradera en una silla de manos, más majestuosa si cabe que la del propio faraón. Estaba chapada en plata e incrustada de zafiros y lapislázuli. Dos enormes alas brotaban de su espalda, proporcionándole el aspecto de una diosa. Iba precedida de tres trompeteros reales que hicieron sonar sus instrumentos al unísono. Tras ella marchaba una carroza semejante al altar de Shaushka aunque, en vez de la estatua de la diosa, llevaba en su superficie un enorme sarcófago dorado recubierto de inscripciones.

—¡Mi hijo ha muerto! —gritó—. Mi bienamado Amenhotep ha partido hacia el más allá. Su pérfido hermano, el vil Tutmosis, es el

asesino.

—¿Qué estás diciendo, mujer?

El faraón pareció cobrar vida durante unos instantes, se levantó de su silla de manos y dio tres pasos hacia su esposa principal antes de caer desmayado al suelo. El ulular de las concubinas de Amón se convirtió en el llanto agudo de las plañideras. Tadukhipa corrió a arrodillarse junto al Gran Amenofis, lo ayudó a levantarse y lo condujo de regreso a su trono.

Dirigió la mirada al tálamo nupcial. Ay se había desecho de sus ropas y, sin pudor alguno, consumaba su boda sagrada con Shaushka de Nínive, legitimando su derecho místico a reinar, al tiempo que sellaba su unión con Tey, la última descendiente de la reina Hatshepsut.

—¡Detén este acto impío, hermano! La corte entera debe entrar en luto por la muerte de mis dos hijos.

Se hizo el silencio. Las plañideras callaron, los murmullos cesaron y hasta el viento pareció detenerse. El visir siguió moviendo sus caderas hasta que, a los pocos instantes, emitió un gruñido de indudable naturaleza. Se puso en pie muy despacio, se cubrió de nuevo con las ropas ceremoniales del pastor Dumuzid y caminó hasta situarse frente a su hermana. Aunque mantenía el rostro serio e imperturbable, una sonrisa clandestina parecía a punto de aflorar a sus labios. Hizo una reverencia con las manos apoyadas en las rodillas y se incorporó de nuevo.

—Majestad. Mis esponsales con la noble Tey han sido consumados.

La reina Tiya le dirigió una mirada de desprecio. Se apeó de su silla de manos y caminó con la cabeza alta y el talle erguido hasta situarse frente al faraón.

—Anoche, durante la celebración de la Bella Fiesta del Valle, nuestro hijo Tutmosis sacó una daga e hirió de muerte a Amenhotep.

Aunque tenía la mirada fija en su marido, sus palabras resonaron en todo el patio. Amenofis tardó varios instantes en

reaccionar, pero finalmente cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Me niego a creerlo. Tutmosis nunca haría algo así.

—Lo hizo, traicionó a su hermano al igual que hizo el demonio Seth con el divino Osiris. Aprovechando la oscuridad del sanctasanctórum, apuñaló a Amenhotep y le causó una profunda herida en el pecho. Nuestro hijo fue capaz de defenderse y degolló a Tutmosis, que se desangró hasta la muerte como un cerdo.

—¡Mientes! ¡Tutmosis no puede haber muerto!

—Lo merecía, esposo. Llevo años advirtiéndote de su carácter violento, de su propensión a la envidia y a la maldad. Mientras Tutmosis daba sus últimos estertores, Amenhotep logró huir. Con gran dificultad, disfrazado para no ser reconocido, llegó hasta mi aposento y me lo contó todo. Era demasiado tarde para él y murió en mis brazos. ¡En ese sarcófago está el cadáver de Amenhotep!

Como si hubieran estado esperando aquella señal, los portadores que llevaban el ataúd avanzaron hasta situarse frente al faraón. El corazón me latía a toda velocidad y sentía una honda presión en el pecho. Yo había visto al príncipe y a mi hermana escapar juntos. Si él estaba muerto... ¿qué había sido de ella?

—¿Dónde está Tutmosis? ¿Dónde está mi hijo? —preguntó Amenofis.

—Su cadáver se pudre aún en el santuario de tu Casa del Millón de Años. He dado orden de que sea arrojado al Nilo para que sea pasto de los cocodrilos. En cuanto a mi amado Amenhotep, el preferido de mis ojos y el alivio de mi corazón, permanecerá los cuarenta días de purificación en el nuevo templo de Atón que he mandado erigir en su nombre antes de ser enterrado con todos los honores que merece un heredero.

—No lo creo, no es posible... ¿mis dos hijos han muerto? ¿Qué será de nuestra dinastía? ¿Qué será de Egipto, sin heredero? ¡Mujer, no creo tus palabras! ¡Los dioses no pueden haberme abandonado de esta manera!

—Todo es cierto, majestad.

El que había hablado no era otro que Horemheb. Él y el sumo sacerdote Meryptah, aún ataviado con su túnica blanca y su piel de leopardo manchadas de sangre, irrumpieron en el recinto rodeado de un pelotón de diez soldados armados y con las espadas en ristre. Ambos se situaron frente al faraón e hicieron una reverencia.

—Habla, capitán. ¿Qué ha sucedido?

—Los dos príncipes han fallecido. Yo estaba presente cuando Tutmosis sacó la daga y apuñaló a su hermano. Amenhotep se defendió con valor, degolló a su atacante y abandonó la Casa del Millón de Años de su majestad antes de que yo pudiera interceptarlo para socorrerlo. El sumo sacerdote Meryptah también es testigo de lo sucedido y testificará la veracidad de mis palabras.

—Así es, majestad.

El faraón se puso en pie de nuevo. Estaba tan delgado que parecía un junco seco y a punto de quebrarse. Le temblaba todo el cuerpo y su tez, ya de por sí pálida, lucía amarillenta como un papiro viejo. Extendió la mano hacia la reina Tiya, que corrió a su lado para sostenerle por la cintura mientras Tadukhipa lo agarraba de un brazo.

—Si los dioses lo han querido, así ha de ser. Ay, ¿dónde estás? Ya te veo. Tú, Meryptah y Horemheb ostentaréis la regencia de Egipto mientras decido quién ha de ser mi heredero. Mi familia y yo nos encerraremos en palacio mientras dure el luto por nuestros hijos.



Cuando el faraón, sus esposas y el resto de las concubinas y princesas reales se retiraron, la pequeña multitud que se había reunido para presenciar las bodas sagradas de Ay y Tey se disolvió rápidamente. Yo tenía los ojos fijos en Horemheb, tratando de atraer su atención para comprobar si había recibido a tiempo mi mensaje. Su llegada había ocurrido en el momento preciso ya que, si se

hubiera retrasado, muy posiblemente el faraón no hubiera llegado a pensar en él como regente. Imaginé que me estaría agradecido, pero ansiaba comprobarlo y escuchar de su boca las palabras de elogio que con certeza me dedicaría. De todas formas, antes de que nuestras miradas pudieran cruzarse, Ay se acercó a mí.

—Soy un hombre de palabra. Ahora que Tey se ha convertido en mi esposa, tú y tu hermana sois mis hijas. ¿Dónde está ella, por cierto?

—No lo sé, mi señor.

—Exijo que me llames padre. ¿Qué es eso de que no sabes dónde está tu hermana? ¿No tendría que haber presenciado la ceremonia?

—Así es, pero anoche, con la confusión que se produjo en la Casa del Millón de Años, desapareció. Estoy muy preocupada por ella, padre.

—Ordenaré a la guardia que la busque por toda la ciudad. No te inquietes, la encontraremos. Ahora, ve a instalarte en mis apartamentos. Dispongo de una villa entera aquí, en el recinto de Malkata. ¿Tienes criados que te atiendan?

—Sí, padre. —Mientras hablaba, desvié la mirada para intentar localizar a Horemheb. Antes me había parecido verlo hablar con sus soldados, pero lo había perdido de vista—. Desde Mitanni nos acompañan dos sirvientes que nos han sido fieles desde hace muchos años.

—Que vayan al templo y traigan vuestros enseres. Ya no tenéis por qué alojaros allí.

En aquel momento sentí que no tenía deseo alguno de instalarme en los apartamentos del visir. Mi intención siempre había sido permanecer en el templo, después de todo. Estaba a punto de inventar alguna excusa cuando se me ocurrió que a Horemheb le sería más sencillo localizarme si yo me hallaba en Malkata, ya que así no tendría que cruzar el Nilo y desplazarse hasta la ciudadela cada vez que tuviera necesidad de mí.

—Sí, padre.

Empecé a alejarme, planeando confundirme entre la gente para buscar a Horemheb o preguntar por él a alguno de los soldados e informarle así de mi cambio de ubicación. No me cabía duda de que estaría satisfecho conmigo, lo cual me hacía estremecer de anticipación.

—Una cosa más.

—Decidme, padre.

—Ya no puedes utilizar ese nombre extranjero. A partir de hoy serás conocida como Mutnodjemet.

Asentí, le hice una breve reverencia y corrí hacia la multitud que se disolvía para tratar de localizar a Horemheb. No lo vi por ninguna parte, pero, en cambio, sí di con Tef y Hemet, que se habían apartado del cortejo nupcial cuando los varones habían sido separados de las mujeres, pero que debían de haber presenciado la ceremonia desde la zona reservada para los criados y ahora me buscaban a mí.

—¿Habéis visto a Horemheb?

—Sí, señora —contestó Hemet—. Él y sus soldados se han marchado a la Casa del Millón de Años. He escuchado que van a recoger el cuerpo del príncipe Tutmosis. El faraón desea que sea enterrado como es debido.

Me cubrí el rostro con las manos y gruñí, exasperada.

—¿Ocurre algo, señora? —preguntó Tef—. ¿Dónde está tu hermana?

—¡No lo sé!

—¿Quieres que vayamos a buscarla?

—Sí. No, ayudadme antes. Nos vamos a instalar en Malkata por una temporada. Buscad al mayordomo de Ay para que nos diga cuáles son nuestras habitaciones.

Antes de que pudiera darme cuenta, me encontraba a las puertas de la residencia del visir. Su edecán acudió a darme la bienvenida y me condujo directamente a la zona de baños, donde se inició mi transformación de esclava de Mitanni a princesa egipcia.

Para empezar, las esclavas del visir me rasuraron el cuerpo. Por naturaleza siempre he tenido poco vello, pero en mi país no es costumbre depilarse zonas íntimas como las ingles o las axilas más que como preparación para ciertos rituales. De hecho, yo solo lo había hecho una vez en mi vida con ocasión de mis bodas místicas frustradas con el rey Tushratta. A los egipcios, tanto hombres como mujeres, no les gusta tener pelo alguno en el cuerpo más que las cejas y las pestañas, y las esclavas de Ay se entregaron devotamente a la tarea de dejarme lampiña como una recién nacida. He de decir que no mostraron sorpresa ni escándalo alguno al ver mis genitales, lo cual habla mucho de su gran profesionalidad, aunque no dudo de que se reirían de mí a mis espaldas una vez me hube marchado.

Más traumático para mí fue desprenderme de mi hermosa melena rizada. Cuando las esclavas me acercaron la navaja a la cabeza, me levanté de un salto y les grité que ni muerta permitiría que me dejaran calva. Tuvieron que envolverme en toallas y el propio mayordomo tuvo que entrar para decir que eran órdenes directas del visir, que en ningún caso permitiría que una hija suya desgraciara a la familia comportándose de forma impúdica. Con lágrimas en los ojos, volví a sentarme en el suelo de mármol, accedí a que las esclavas me afeitaran el cuero cabelludo y le dije adiós para siempre a la que siempre había sido una de mis señas de identidad.

A continuación, las esclavas me llevaron a una nueva estancia llena de ropa de las telas más finas y delicadas donde procedieron a vestirme. Los trajes egipcios están muy ceñidos al cuerpo, especialmente al pecho y la cadera, lo cual para mí suponía un reto adicional si no deseaba que las particularidades de mi anatomía quedaran en evidencia para todo el que posara los ojos en mí. Hasta el momento ese problema nunca me había preocupado, ya que las túnicas mitannas son holgadas y parecen diseñadas a propósito para camuflar y esconder el cuerpo de la mujer, algo que a mí me había beneficiado. La perspectiva de exhibirme tal y como

hacían las egipcias, con sus vestidos pegados al cuerpo como una segunda piel, me hizo entrar en pánico, pero las esclavas de Ay se encargaron de ayudarme. Fueron ellas las que inventaron un sistema con paños enrollados que realzaban mi poco pecho haciéndolo más sinuoso y disimulaban el bulto de mi entrepierna, un sistema que he seguido utilizando con muy pocas modificaciones durante toda mi vida.

El siguiente paso fue el maquillaje, para lo cual me condujeron a una tercera estancia donde había una mesa de tocador semejante a la que tenía el faraón en sus habitaciones. Una vez más, las mujeres mitannas, y más aún las religiosas, teníamos unas costumbres muy distintas de las egipcias: apenas utilizábamos más que un poco de kohl para agrandarnos los ojos y eso únicamente en las ocasiones especiales. Los egipcios y las egipcias se pintan el rostro a conciencia. Emplean mil colores y tonalidades diferentes y los diseños cambian según la clase social, el estatus personal, el humor o la moda de cada momento. Una egipcia de clase alta, como era el caso de Mutnod, la nueva hija del visir, podía emplear fácilmente una hora cada día en maquillarse, algo que para mí era un sinsentido. Como esclava sagrada podía concebir fácilmente que se consagraran horas y horas a cuidar de una estatua, pero no que un ser humano invirtiese tal cantidad de tiempo en su propio aspecto.

El toque final fue la peluca. Las esclavas trajeron no menos de diez modelos diferentes. Aunque lo cierto es que a mí se me antojaron todas iguales, presentaban sutiles diferencias entre ellas en cuanto a la densidad, grosor y calidad del cabello, lo cerrado del rizo o los matices del peinado. Fueron ellas las que eligieron la que, a su juicio, mejor combinaba con mis facciones exóticas, como ellas mismas las definieron. Cuando terminaron su trabajo, me ofrecieron un espejo para que admirara mi aspecto. Confieso que no me reconocí; de hecho, al principio pensé que estaba viendo a mi hermana Henti. Nunca había sido consciente de nuestro parecido, que en aquel momento se me antojó indudable. La imagen que veía

ante mí ya no era la de Itani, la esclava de Mitanni que había nacido con cuerpo de varón. Se trataba de Mutnodjemet, la hija del visir y princesa de Egipto.

He de decir que, por primera vez en mi vida, me vi hermosa.

Terminado el ritual de acicalamiento, el edecán me condujo a mis aposentos, que se me antojaron casi tan amplios y lujosos como los del propio Amenofis. No pasé mucho tiempo allí, ya que enseguida vino a buscarme un soldado que me comunicó que el capitán Horemheb deseaba verme de inmediato.

Un estremecimiento de excitación me recorrió el cuerpo y me pregunté qué opinaría él de mi nuevo aspecto.

Seguí al militar hasta el exterior de la villa del visir y después a través de los jardines hasta llegar a un pequeño templete que se hallaba prácticamente oculto por la vegetación en uno de los rincones más alejados del recinto. Allí, despachando con un asistente, estaba Horemheb, con el ceño fruncido y aspecto enojado. Aunque me parecía imposible que estuviera molesto conmigo, me dio un vuelco el corazón al pensar que pudiera haber hecho algo que lo irritase.

Al verme llegar despidió a sus dos hombres. Se cruzó de brazos, me dirigió una mirada severa y me espetó:

—¿Y bien?

Confieso que no comprendí lo que quería decir. Había conseguido hacerle llegar el mensaje de la boda de Ay y había logrado maniobrar para quedarme en palacio, a su disposición, para cualquier cosa que pudiera necesitar. ¿Qué más quería de mí?

—No entiendo a qué te refieres.

—Ayer, cuando nos despedimos, fui muy claro en mis instrucciones. ¿Dónde está tu hermana?

—No he sabido nada de ella.

—Y, sin embargo, me cuesta creerlo. Con todo lo que ha sucedido y el alboroto que se ha organizado, me extraña que no haya contactado contigo. —Horemheb se acercó mucho a mí y me agarró la cara con una mano, apretándome fuerte en las mandíbulas

entre sus dedos índice y pulgar—. ¿No me estarás engañando, pequeña zorra?

En ese momento tuve unas ganas incontrolables de llorar. Traté de sacudir la cabeza, pero su agarre me tenía inmovilizada.

—Por supuesto que no, nunca te mentiría —logré decir.

—Si crees que tu aspecto de prostituta me impresiona, estás muy equivocada. Las cortesanas nunca me han gustado. Aborrezco tanta peluca, tanto maquillaje, tanto artificio.

—Me lo quitaré todo, si lo deseas.

Él me sostuvo la mirada durante unos instantes y, por fin, me soltó. Puso las manos detrás de la espalda y comenzó a caminar frente a mí, dándose la vuelta cada pocos pasos para volver a hacer el mismo recorrido en sentido inverso.

—Este asunto no me gusta. He intentado enviar a dos de mis hombres al templo de Atón donde está el sarcófago con el cadáver de Amenhotep y no han podido acceder. La puerta del templo está cerrada con siete candados y solo la reina Tiya posee la llave. Al parecer, ha dado instrucciones para que solo se le permita entrar a ella en persona.

—¿Qué sospechas?

—Aún no lo sé, pero tu hermana es la clave. Más te vale averiguar pronto cuál es su paradero.

—Haré lo posible.

—Lo posible, no. Quiero resultados. Una cosa más.

—Dime.

—Tu aspecto de furcia me repugna, pero puede serme útil. No lo cambies. Ahora vete, tengo cosas más importantes que hacer que perder mi tiempo contigo. Tengo un imperio que gobernar.

Tardé unos instantes en reaccionar, pero, tras un tenso silencio, incliné la cabeza y me marché. De regreso a los aposentos del visir, me equivoqué de camino y comencé a dar vueltas en el mismo lugar. Los ojos se me llenaron de lágrimas y me costó un gran esfuerzo no romper a llorar. Me parecía que era una inútil y que no servía para nada, ni tan siquiera para ir sola hasta mi nuevo hogar.

Tuve que parar a un sirviente que pasaba por uno de los jardines y pedirle que me llevara hasta allí.

Nada más cruzar la puerta me encontré con Tey, cuya apariencia había operado una transformación similar a la mía. Su pelo negro había desaparecido, sustituido por una peluca. Estaba vestida y maquillada como una dama y lucía suntuosas joyas.

—Itani, te estaba buscando. La reina Tiya reclama nuestra presencia en palacio.

Sin apenas tiempo para recuperarme de mi encuentro con Horemheb, seguí a mi antigua superiora transformada en madre adoptiva hasta el palacio real. Cada vez me encontraba más desorientada en aquel inmenso recinto donde convivían el faraón, las esposas reales, concubinas, visires, mayordomos, escribas y sumos sacerdotes. Me pregunté si el propio Horemheb dispondría de unos apartamentos como los de Ay y me descubrí fantaseando con hacerle una visita en medio de la noche para pedirle que me perdonara.

Los guardas reales nos llevaron a Tey y a mí a la cámara real, donde hallamos al Gran Amenofis en el mismo lecho de enfermo en el que le habíamos conocido. Su aspecto también era casi idéntico al de aquel día. La emoción por la muerte de sus hijos parecía haberle causado un hondo efecto, ya que tenía los ojos cerrados, la piel húmeda de sudor y todo su cuerpo se sacudía en una mezcla de temblores y convulsiones.

A derecha e izquierda lo velaban nuestra hermana Tadukhipa y la reina Tiya.

—Curadlo, os lo ordeno.

El faraón abrió los ojos y nos miró con gesto vacío.

—Me muero. Me muero y no tengo heredero. ¿Qué será de Egipto?

—Por favor, hermanas, haced algo por él. Os lo imploro.

Tey acudió a su lado al instante, le cogió la mano y procedió a tomarle el pulso. Yo fui tras ella y comencé también a reconocer al enfermo. La extraña línea marrón que habíamos detectado en sus

enciás la primera vez que lo examinamos ya no estaba, de lo cual deduje que el envenenamiento había cesado. Nos encontrábamos ante un caso más vulgar y también más sencillo. No era más que un anciano con el corazón roto.

Tey y yo lo lavamos y le hicimos friegas con alcohol de romero. Le pusimos paños con agua fría en la frente para bajarle la fiebre. Preparamos una cataplasma de ajo y enebro que le colocamos en el pecho. Le administramos una infusión de manzanilla, limón y canela para infundirle fuerzas y prescribimos una dieta a base de caldos muy potentes pero fáciles de digerir.

—Ante todo hay que evitarle disgustos —les explicó Tey a las dos reinas cuando acabamos de atender al faraón y lo dejamos dormido en su lecho—. Su corazón está muy delicado. Un sobresalto más y temo que pudiera detenerse.

—He prohibido la entrada en palacio de nadie ajeno a la familia —dijo Tiya—. Ay, Meryptah y Horemheb tendrán que ocuparse por sí solos del gobierno de Egipto hasta que pasen los funerales de Amenhotep y mi esposo se haya recuperado. Lo velaré día y noche para asegurarme de que nadie más que vosotras interrumpa su descanso.

—No, majestad —replicó Tadukhipa con su voz dulce y calmada—. Tú lo velarás durante el día y por las noches lo haré yo para que puedas descansar. Egipto te necesita más que nunca.

—Hasta que Amenofis designe un heredero, me temo que así es. Pero no debemos molestarlo con esos asuntos ahora. Esperaremos.



Los días siguientes a mi llegada a Malkata transcurrieron despacio, como si el agua que fluye en el interior de la clepsidra se hubiera tornado densa y espesa como la pulpa de una fruta madura. No tuve contacto alguno con mi nuevo padre adoptivo, Ay, más allá de

cruzármelo por los jardines cuando trataba de entretenerme con uno de mis largos paseos entre fuentes y sicomoros, entre higueras, ibis y ocas sagradas, acompañada, por suerte, de mis fieles amigos Tef y Hemet.

Pasaba horas encerrada en mis aposentos y disfrutaba, lo reconozco, de verme rodeada de unos lujos a los que nunca había estado acostumbrada. Era la primera vez que gozaba, por ejemplo, de una cama como las que emplean los nobles egipcios, que están labradas en madera y se alzan varios pies sobre el suelo. Tuve que pedir ayuda a una de las esclavas para aprender a utilizar el reposacabezas que se emplea para apoyar la nuca durante la noche. Tenía también a mi disposición instrumentos musicales, útiles de pintura y escritura y un suministro incesante de manjares para comer y beber que me mantenían ocupada gran parte del día.

Tef y yo visitábamos al faraón dos veces al día, por la mañana y al caer el sol. Su estado progresaba muy lentamente, aunque tampoco se deterioraba. Amenofis parecía sumergido en un océano de tristeza del que apenas nunca salía. No hablaba, no fijaba la vista y en ocasiones ni siquiera reparaba en nuestra presencia. Tiya y Tadukhipa nos confesaban que ni siquiera ellas estaban seguras de que las reconociera. No cejamos, sin embargo, en nuestros cuidados, y al menos su cuerpo físico mejoraba poco a poco, aunque su *ka* y su *ba* se encontraran ya lejos de Malkata, de Tebas e incluso de Egipto.

La tercera noche de mi estancia en el recinto de palacio, encontré sobre mi cama un trozo de papiro cuidadosamente enrollado que contenía un brevísimo mensaje: «Estoy bien». No estaba firmado, pero por la caligrafía y hasta por el olor del papel me convencí de que su autora era mi hermana. La emoción me embargó, y no solo por confirmar que ella se hallaba fuera de peligro. Por fin tenía algo que contarle a Horemheb.

Sin importarme la hora, salí de mis aposentos y corrí a los jardines en busca de un soldado. En cuanto di con uno, le dije que me urgía hablar con el capitán.

—El corregente se ha retirado ya al cuartel. Tiene costumbre de acostarse temprano.

—¿Y qué esperas para llevarme ante él?

Fue así como descubrí que Horemheb no disponía de un palacio ni de un apartamento privado en Malkata, sino que compartía barracón con el resto de la tropa. El soldado vaciló unos instantes, pero al final accedió a conducirme ante su jefe. Aunque la mayoría de los hombres compartían unas habitaciones largas como pasillos donde uno dormía junto al otro sin posibilidad alguna de intimidad, él disponía de una pequeña habitación privada, no más grande que las celdas que usábamos las esclavas sagradas. No descansaba en su esterilla, como había imaginado, sino que estaba sentado con las piernas cruzadas y la espalda contra la pared, con un enorme rollo de papiro entre las manos que leía con atención. Al notar nuestra presencia levantó la vista, despidió al soldado con un gesto de la mano y regresó a la lectura de su documento.

Permanecí así, de pie en medio de la habitación mientras él leía, un tiempo que se me antojó eterno.

—Por fin he tenido noticias de Henti.

Horemheb no me miró. Levantó una mano para indicarme que esperara y continuó con el estudio del papiro. Vi que lo iba desplegando lentamente según iba avanzando para volverlo a enrollar. Hasta que no terminó, no levantó la cabeza.

—Ahora sí. Dime.

—Mi hermana me ha dejado un mensaje. Dice que está con vida.

Extraje el pequeño rollo de papiro de los pliegues de mi túnica y se lo entregué. Él lo desenrolló con cuidado, lo observó durante más tiempo del que se requería para leerlo y lo dejó caer junto a él.

—¿Esto es todo?

—Es la primera noticia que tengo de ella.

—Para ser tu hermana del alma, la que tanto te quiere, parece que no confía demasiado en ti.

—Yo también estoy extrañada, no es propio de ella.

—Te lo dije en su momento y te lo repito: Henti tiene sus propios objetivos y tú no podrías importarle menos. Tus sentimientos no valen nada para ella. Ha sido capaz de tenerte tres días completos en la más absoluta ignorancia, sin saber siquiera si estaba viva o muerta.

—Ahora ya sabemos que está con vida.

—Pero ignoramos dónde está y qué está tramando. Estoy muy decepcionado contigo, Iltani. De veras pensé que me serías mucho más útil.

—Yo no creo que Amenhotep esté muerto —me arriesgué a decir, en un intento desesperado por lograr su aprobación—. La última vez que los vi iban juntos con nuestro amigo el escultor, Mose. Si Amenhotep no estuviera vivo, mi hermana hubiera vuelto a nosotras, estoy segura. No tendría ningún sentido que se mantuviera apartada.

—No hay que ser ningún genio para hacer esa deducción. Es evidente que algo está sucediendo tras las puertas del templo de Atón, hasta los escarabajos del desierto lo saben, hasta las ratas de la cocina. Te lo he dicho, eres completamente inútil. Me arrepiento de haberte elegido.

—¡Pero, Horemheb, estoy haciendo lo posible por ayudarte! —Sin pensar en lo que hacía, caí de rodillas frente a él para estar a su altura y apoyé mis manos sobre sus piernas. Él me contemplaba, imperturbable—. Dime qué quieres que haga, por favor.

—Hay algo, pero eres tan inservible que no creo que seas capaz.

—Dímelo, por favor. Dímelo y te juro que lo haré.

—Está bien. Deseo tener una entrevista a solas con el faraón.

Me pareció que el corazón se me detenía y, una vez más, me entraron ganas de llorar. Solté a Horemheb y me dejé caer sobre mis propias piernas, con la espalda encorvada y la mirada baja.

—Lo que me pides es imposible. La reina Tiya ha prohibido que lo vea nadie ajeno a la familia. Está muy débil y cualquier sobresalto puede matarlo.

—Te lo dije, no me sirves para nada. —Horemheb me dirigió una mirada fría. Después volvió a tomar el grueso rollo de papiro que había estado leyendo, lo desplegó y comenzó de nuevo su lectura—. Vete ya. Quizá haga venir a una esclava para divertirme con ella. El gobierno de Egipto me genera mucha tensión y me vendrán bien unas manos de mujer para relajarme.

—¡No! —grité yo, poniéndome de nuevo de rodillas y tomándole de los brazos—. Yo te relajaré. Haré lo que quieras, ¿qué necesitas?

—Quiero que no vuelvas a tocarme hasta que me demuestres que tienes alguna utilidad. Ahora vete ya o te echaré a patadas. ¡Fuera, he dicho!

Temblando, me puse en pie y salí de la habitación de Horemheb. Apenas podía controlar los sollozos, de modo que eché a correr de regreso a mis propios aposentos. La turbación me hizo extraviarme de nuevo, pero esta vez no osé pedirle ayuda a nadie. Corrí por los jardines iluminados por la luz de la luna, sollozando y diciéndome que era una estúpida, hasta que por fin di con el camino de regreso, me encerré en mi cuarto y lloré hasta quedarme dormida.

A la mañana siguiente me levanté con una única determinación: lograr lo que Horemheb me había pedido. Yo tenía acceso libre al faraón, de modo que no podía ser tan complicado. Durante el día la reina Tiya velaba junto a su lecho y me pareció del todo imposible convencerla de que dejase solo a su esposo, pero por las noches era Tadukhipa quien le hacía compañía, y pensé que ella sí podría ser susceptible a mis argumentos. Ese mismo día, tan pronto como terminamos nuestra visita matutina al Gran Amenofis, al cual encontramos en su estado habitual, me disculpé con Tey y fui en busca de la joven reina. La hallé en su propia recámara tejiendo un bordado, una ocupación que al parecer la mantenía distraída en los momentos de mayor ansiedad.

—¿Le ha ocurrido algo al faraón? —me preguntó nada más verme entrar. Apretó con las manos el pequeño lienzo en el que

trabajaba, convirtiéndolo en un gurrúño. Pude apreciar la angustia reflejada en sus grandes ojos verdes.

—Nada nuevo, hermana, pero su situación no mejora. Es de eso de lo que quería hablarte.

—Ven a sentarte a mi lado, Itani. —Hice como me decía. Tadukhipa ocupaba una amplia silla de madera con grabados de oro. Yo acerqué un pequeño taburete, me instalé junto a ella y puse mi mano sobre las suyas—. ¿Recuerdas aquella noche en Wassukanni, cuando te conté que no quería casarme con Amenofis?

—¿Cómo voy a olvidarla? Fue entonces cuando te conocí. Esa noche nos cambió la vida a todas, para siempre.

—Pensé que lo odiaría, ¿sabes? Llegué aquí enfadada, resentida, dispuesta a presentarle mi rostro más frío y a demostrarle mi disgusto cada vez que tuviera la más mínima oportunidad. A pesar de todo, por incomprensible que parezca, he llegado a amarlo... quizá no como a un esposo, pero sí como a un padre o incluso como a un abuelo.

—Admiro la bondad de tu corazón, hermana.

—Cuando vine aquí él todavía no estaba enfermo. Yo tenía pavor pensando en nuestra noche de bodas, pero, cuando llegó, me dijo que no me preocupase, que su virilidad hacía tiempo que estaba apagada y que no deseaba más que mi compañía. Canté para él, le di masaje en las piernas, le conté historias de Mitanni... y eso fue todo. Sigo siendo virgen, Itani, y eso se lo debo a él.

—Comprendo que le estés agradecida.

—Te confieso que estoy aliviada de que Tutmosis haya muerto. Ya sabes que en Egipto es costumbre que el nuevo faraón herede el harén de su padre... estoy segura de que él no me hubiera respetado. Me dijo varias veces que el mismo día que muriese Amenofis me llamaría a su cama, sin esperar siquiera a la coronación. Ahora imagino que tendré que esperar a ver quién es el nuevo heredero para saber qué será de mí. —La mirada de Tadukhipa se perdió en el vacío. Se sumergió en un vacío que no

quise interrumpir, suponiendo que se lamentaba de su destino, del destino de todas las mujeres que siempre terminan por depender de la voluntad de algún hombre. Al fin parpadeó y me contempló como si me acabase de ver por primera vez—. Pero venías a decirme algo, ¿qué ocurre?

—Quiero probar un tratamiento nuevo con el faraón. Verás, la enfermedad que le aflige es del alma, no del cuerpo, y por eso pienso que debemos centrarnos en su *ka* y en su *ba* y no en sus músculos ni en sus huesos ni en los fluidos de su organismo.

—Te escucho.

—Es un antiguo ritual de nuestra diosa. Sé que Tey no lo aprobaría porque se supone que está destinado únicamente a las sumas sacerdotisas, pero él es el faraón, pienso que no debemos escatimar ningún esfuerzo para sanarlo.

—Hazlo. Hazlo, Iltani. ¿Qué necesitas?

—Solo un rato a solas con él. Vendré esta noche con un hombre joven y fuerte para transferirle a Amenofis parte de su energía vital. De ti requiero que nos des acceso al palacio y a la cámara real y que garantices que nadie nos molesta hasta que hayamos terminado.

—Cuenta con ello, hermana. Cuando la estrella Sothis aparezca en el horizonte, te esperaré en la entrada del palacio. —Tadukhipa me sonrió y esta vez fue ella quien agarró mis manos con las suyas—. Gracias por ayudarme. Sé que todo esto lo haces por mí.

—¿Por quién si no?

Abandoné de inmediato las habitaciones de la joven reina, incapaz de sostenerle la mirada ni de escuchar su agradecimiento por más tiempo. Me forcé, no obstante, a no pensar en ello y corrí en busca de un soldado con el fin de darle un mensaje para Horemheb.

—Di al capitán que hoy, cuando Sothis irrumpa en el cielo nocturno, me espere a las puertas de palacio. Dile que venga cubierto con una capa para no ser reconocido.

Me alejé temblorosa, mi estómago convertido en un nido de hormigas que, sin llegar a mordirme, no dejaban de corretear por mi interior. Apenas pude comer ni centrarme en actividad alguna durante el día. Me limité a permitir que pasaran las horas imaginando cómo me mostraría Horemheb su agradecimiento. Creía de veras que estaría impresionado con mi astucia y quizá volviera a repetirme que, cuando fuese faraón, me convertiría en su reina. Aunque en cierta forma añoraba la vida sencilla de una esclava sagrada, reconozco que los lujos y comodidades de la corte me resultaban muy atractivos. Me gustaba, sobre todo, verme hermosa y deseable. Quizá sí quisiera ser reina, después de todo. Tey mantendría su lugar como esposa del visir, y mi hermana... estaba enfadada con ella por no haber dado señales de vida y por no hacerme partícipe de sus planes con Amenhotep, pero decidí no castigarla. La convertiría en una de mis damas e incluso haría lo posible por casarla con algún noble o príncipe extranjero que pudiera proporcionarle la posición de poder que ella siempre había deseado.

Al atardecer, cuando Tey y yo fuimos a hacerle la segunda visita del día a Amenofis, lo encontré en mejor estado. No habló, pero sus ojos mostraban una viveza que llevaba sin ver desde el aciago día de las bodas sagradas. Aquello también me favorecía, porque pensé que de nada le serviría a Horemheb reunirse a solas con un faraón sumido en un estado de mutismo total.

Y llegó la noche. Desde mi ventana escruté el firmamento hasta que divisé la estrella Sothis, la más brillante del cielo nocturno. Salí corriendo de mi aposento, como una fugitiva o quizá como una esposa infiel que se escapa de casa para ver a su amante, y no me detuve hasta que llegué a las puertas del palacio del faraón. Una figura encapuchada a la que reconocí como Horemheb me esperaba ya entre las sombras. No tuve tiempo de decirle nada, ya que en ese preciso instante apareció Tadukhipa, que nos hizo un gesto para que entráramos en silencio.

—Está todo despejado, pero no debemos hacer ningún ruido. Yo esperaré en la puerta de la cámara real mientras dure el ritual. ¿Cuánto tiempo calculas que llevará?

—Es muy difícil decirlo, depende de la receptividad del paciente. Espero que no más de una hora.

—No te preocupes, te conseguiré el tiempo que necesites.

Cruzamos patio y corredores hasta que llegamos a la cámara real, que por primera vez desde que yo había llegado, no estaba custodiada por guarda alguno. La joven reina abrió la puerta, nos urgió para que entrásemos y cerró de nuevo, quedándose en el exterior.

Dos brillantes teas inundaban la habitación de luz anaranjada. En su lecho, Amenofis tenía los ojos abiertos. Al verme entrar junto a un hombre con el rostro cubierto, levantó la cabeza.

—¿Habéis venido a matarme?

Horemheb se acercó varios pasos a él, se desprendió de la capa dejándola caer al suelo y lo contempló en silencio durante unos instantes.

—No, majestad. He venido a contaros una historia.

—Horemheb —susurró el anciano, con dificultad—. Horemheb, Horemheb, ¿qué he hecho? ¿De veras he estado tan ciego todo este tiempo? ¿Mis dos hijos son dos asesinos? Unos hermanos que se matan entre sí, ¿qué mayor desgracia puede haber?

Amenofis luchaba por incorporarse en la cama, de modo que me puse a su lado y lo ayudé a sentarse en el lecho. Horemheb se colocó al otro lado y comenzó a hablar con voz ronca, profunda, hipnótica.

—Siendo muy niño, escapé de casa de mis padres en el desierto del Shedet. Fui siguiendo a un halcón que se había aparecido frente a mí. Lo seguí a través de dunas y más dunas hasta que casi perecí a causa de la sed y del calor, pero el halcón me guio hasta un destacamento militar. Dije que era huérfano. Los hombres apreciaron mi fuerza y mi valor y me trajeron a palacio para recibir formación. Cuando llegué a Malkata vi de nuevo a mi halcón,

que me condujo hasta Tutmosis y Amenhotep, que se ejercitaban en el patio con dos espadas de madera.

—Tutmosis era muy bueno con la espada. Amenhotep, no tanto.

—Tutmosis abusó de su hermano, lo maltrató y lo vejó de todas las formas imaginables desde que ambos eran niños. Yo juré a Amenhotep que lo protegería y, hasta el día de hoy, lo he hecho.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Mi primogénito era un monstruo?

—Lo era, majestad, y vuestro otro hijo era demasiado débil para defenderse por su cuenta. Yo lo protegí durante años hasta que hace tres noches, en la Bella Fiesta del Valle, Tutmosis aprovechó la intimidad del sanctasanctórum para acabar con la vida de su hermano. No pude salvarlo a él, pero sí puedo salvar Egipto.

—¿Qué quieres decir?

—A la mañana siguiente de la Bella Fiesta del Valle, cuando aquí se celebraban las bodas del visir Ay con la mujer llamada Tey, volví a ver de nuevo a mi halcón que, una vez más, me guio hasta palacio. Mi halcón es el dios Horus, majestad, y al igual que Horus heredó la corona de su padre Osiris y se convirtió en faraón, así estoy yo destinado a heredar la vuestra. El ejército me sigue, los hombres me respetan. Tengo juventud, fuerza y coraje. Yo soy el hijo que debisteis tener, majestad. Ay y Meryptah son funcionarios melifluos, seres patéticos con sed de poder y sin capacidad de sacrificio. Yo solo busco la grandeza de Egipto.

A Amenofis se le habían humedecido los ojos. Extendió las manos y tiró de Horemheb para palparle el rostro, los hombros, los brazos.

—En verdad eres el hijo que debí haber tenido. Casaré a una de mis hijas contigo para que puedas convertirte en mi corregente y heredero.

—¡No! —exclamé. Los dos hombres me miraron con idéntica sorpresa a si uno de los grabados de las paredes hubiera comenzado a hablar. Horemheb negó con la cabeza de forma casi imperceptible, pero, a pesar de ello, no me detuvo—. Yo soy esclava

sagrada de Shaushka. Puedo encarnar a la diosa y celebrar una boda sagrada con él para legitimar su reinado. Además, soy hija de Tey, heredera de Hatshepsut, por lo que pertenezco también al linaje de los faraones.

—Puedes casarte con ambas. Yo tengo cien esposas, tú puedes tener tantas como gustes. Cuando yo muera, mi harén pasará a ti y podrás gozar de todas mis mujeres excepto de Tiya, que será reina madre y habrás de guardarle siempre respeto.

La idea de Horemheb gozando no solo con una de las hijas de Amenofis, sino con todas las concubinas de su harén, hizo que la bilis se me subiera hasta la boca y a punto estuve de perder la cordura y reclamarlo solo para mí. Fue su intensa mirada, con el ceño fruncido y las mandíbulas apretadas, lo único que me hizo desistir de aquella idea. Recordé que él me había prometido convertirme en su reina y que jamás faltaba a su palabra, tal y como había demostrado con Amenhotep, al cual había protegido desde siempre. Yo había sido testigo. Tomé aire por la nariz, lo expulsé despacio por la boca y me obligué a guardar silencio.

—Se hará como vos digáis, majestad. Desposaré a la princesa que designéis para mí y a la dama Mutnodjemet, sacerdotisa de Shaushka y heredera del linaje de Hatshepsut.

—Iset, te daré a Iset. Es boba perdida, pero es joven y debe ser fértil, confío en que pueda darte un hijo antes de que el Nilo vuelva a crecer. —Los ojos del faraón brillaban, gesticulaba con elocuencia y hasta movía las manos al hablar. Desde mi llegada a Tebas, nunca lo había visto con semejante vitalidad. Sin embargo, de pronto pareció desinflarse y volvió a ser el viejo de piel amarillenta y mirada triste—. Soy viejo, puedo morir en cualquier momento y no quiero dejar Egipto sin un príncipe que garantice el orden y la continuidad de las cosas. No aguardaremos a que termine el luto por la muerte de mis hijos. Tu boda tendrá lugar dentro de tres días, una semana completa después de la Bella Fiesta del Valle. Ese mismo día te nombraré mi corregente y heredero.

—Sí, majestad.

—Tú, ¿Mutnodjemet es tu nombre? Me has atendido bien este tiempo. Fuiste tú la que encontraste el veneno con el que mi pérfido hijo intentaba asesinarme, ¿no es así? Si cuidas de Horemheb tan bien como lo has hecho conmigo, reinaréis juntos un millón de años.

—Así sea, majestad.

# Pasaje de las estrellas

Veo ante mí doce diosas y cada una lleva una estrella sobre la cabeza. Cada diosa viste de un color y tiene un nombre único, pero todas tienen idéntico rostro. El mío. Me miran y reconozco su expresión.

Ve el triunfo.

Es mi rostro el día más glorioso de mi vida.

Frente a las doce diosas hay una bestia, una criatura inmunda que se disfraza con alas de halcón, pero cuya naturaleza es más abyecta que la Devoradora de Almas. ¿Qué pensaste aquel día, Horemheb? ¿Fue entonces cuando empezaste a odiarme? ¿O me aborrecías ya desde antes, quizá desde el mismo día en que me conociste?

Supongo que no debió de ser fácil para ti verte derrotado por una mujer. Desde luego, nunca me lo perdonaste y no has cejado en tu empeño hasta que me has visto muerta.

La noche de la Bella Fiesta del Valle, dejé a Amenhotep al cuidado de Mose y fui hasta Malkata para ver a la reina Tiya. Le expliqué la situación y le conté la idea que tenía para llevar a su hijo al trono de Egipto. Al instante, ella puso a mi disposición una de las barcas reales y a cinco fieles sirvientes que me acompañaron para recoger a su hijo y llevarlo de vuelta a casa. Pero allí no estaba seguro, ¿verdad que no, Horemheb? Tú tenías espías por todas partes. Todos los soldados de Egipto te eran fieles a ti, siempre lo fueron, y te informaban de cada paso que se daba en el palacio o fuera de él.

Amenhotep tuvo que llegar camuflado, vestido de mujer una vez más. Mose fue enviado al nuevo templo de Atón para empezar de inmediato el trabajo que se le había encargado. El príncipe y yo nos escondimos en los aposentos privados de la reina.

Te preguntarás quién curó sus heridas, ¿no es así? No podíamos confiar en los médicos de la corte, todos eran sacerdotes de Amón y respondían ante la víbora de Meryptah. Me hubiera gustado llamar a mi maestra, a Tey, pero ella ya estaba prometida con el pérfido Ay y no deseaba ponerla en el brete de tener que traicionarnos a mí o a él. Lo que no te perdono, Horemheb, es que me robaras a mi hermana. ¿Crees que no me daba cuenta de cómo te miraba? Fui testigo de

cómo engatusabas su corazón inexperto desde el principio, desde que le dirigiste la palabra por primera vez el día que te conocimos, en Wassukanni. Ella, que es la mejor sanadora que conozco, hubiera sabido devolverle la salud a Amenhotep, lo habría cuidado con esmero y mimo, pero te lo hubiese contado, Horemheb, porque ya la habías embrujado con tu inexplicable encanto.

¿Quién curó las heridas de Amenhotep, pues? Lo hice yo, Horemheb. Yo. Hice lo que pude, no sé tanto de remedios, suturas y pociones como Tey y como Itani. Quizá por mi culpa Amenhotep arrastró para siempre una debilidad que terminó por llevarlo a la muerte, pero, aquella noche, yo le salvé.

Tiya trajo vendas, brebajes, una aguja para coserle los cortes y un sinfín de hierbas y propóleos para elaborar tisanas y cataplasmas. Fueron años observando cómo lo hacía mi hermana, no tuve más que imitarla. El resultado no fue tan malo: el príncipe sobrevivió a la noche y, a la mañana siguiente, apenas tenía fiebre.

Yo me deslicé a escondidas en el templo de Atón mientras la corte estaba aún entretenida con aquella falacia de bodas sagradas que celebraron Ay y Tey. Después, la reina Tiya hizo su aparición con su hijo, vivo, escondido dentro de un sarcófago. Brillante, ¿verdad? El catafalco fue llevado al templo y encerrado bajo siete llaves. En el interior, por tanto, quedamos Mose y su cuadrilla de artesanos de confianza, Amenhotep y yo.

Apenas dispusimos de una semana para prepararlo todo porque tú, Horemheb, tenías prisa.

Mose y sus hombres contaron con siete días para culminar su obra.

El príncipe contó con una semana para curarse.

Y yo, para convertirme en reina.

Llegó el día de tu boda, el momento que tendría que haber marcado el cénit de tu carrera, tu ascenso al círculo sagrado de los dioses. Cuando Tiya me contó que ibas a casarte al mismo tiempo con su hija Iset y con mi hermana, herví de furia. ¡Itani merecía un hombre que la amase solo a ella! Claro que tu problema no es que amaras a muchas, sino que no amabas a ninguna. Solo te amas a ti mismo, ¿verdad? ¿O ni tan siquiera eso?

Empezamos a prepararnos al romper el alba. Amenhotep se vistió de blanco a imagen del dios Osiris encarnado, siguiendo mi consejo de adoptar todos los emblemas reales propios del faraón con un único añadido: un disco dorado al cuello con el emblema de Atón. Yo me atavié al modo de Isis, con un tocado en forma de trono en la cabeza, la cruz *ankh* en una mano, el cetro en la otra y la esfera de Atón colgada al cuello. Mose no nos acompañó en esta ocasión.

El sol ya estaba alto en el cielo cuando nos instalamos en la carroza que portaba el sarcófago donde se escondía Amenhotep. Para mí había dispuesto el trono plateado de Tiya, una silla de plata y lapislázuli con las alas extendidas de la diosa Isis, en la misma plataforma que el príncipe, delante del catafalco. La propia

reina dio orden de abrir los siete candados que protegían la puerta del templo de Atón y a ella la seguimos a través de corredores, patios y jardines hasta la antesala del salón del trono, donde estaba reunida toda la corte para asistir a tu boda con Iltani y la princesa Iset y tu posterior coronación.

A un gesto de Tiya, se abrieron las puertas del gran salón. Las trompetas anunciaron nuestra presencia. Cuatro nubios de piel reluciente cargaron nuestra carroza a hombros y nos condujeron hacia el interior del gran salón. Había una multitud presente. Nobles, escribas, soldados, damas, había incluso embajadores y príncipes extranjeros, ignoro de dónde los habías sacado en tan poco tiempo.

Tu rostro fue lo primero que vi.

El faraón Amenofis ocupaba su trono al fondo del salón, con Tadukhipa a su derecha y el visir Ay y el sumo sacerdote Meryptah a su izquierda. Frente a ellos y dando la espalda al público estabais mi hermana, la princesa Iset y tú. Los tres os habíais levantado de vuestros asientos y os habíais dado la vuelta al escuchar que algo ocurría.

Me miraste, me reconociste y supiste.

Después vi a Iltani. Sus facciones estaban escondidas tras los pliegues de su peluca. Iba tan maquillada, llevaba tantas joyas y su vestido egipcio le destacaba de tal forma unas curvas que yo sabía que no eran suyas que me costó reconocerla. Fue como enfrentarme a mi propia imagen en el espejo, solo que más alta y del lado equivocado de la historia, porque yo sería la esposa del faraón, no ella.

Con mis ojos aún clavados en los tuyos, salí de la carroza y me planté en medio del pasillo, de frente a Amenofis. Detrás de mí, los cuatro nubios siguieron mis instrucciones, levantaron la tapa del sarcófago dorado y descubrieron a Amenhotep, que yacía en el interior con los ojos cerrados, los brazos cruzados en la posición propia de los faraones y los cetros *nejej* y *heka* en cada una de las manos.

—¡Hija mía! —exclamó Ay—. ¡Tu madre y yo hemos estado tan preocupados por ti! Ven a mí, hija mía, hermosa de mi corazón. Desde hoy serás conocida como Nefertiti, porque has vuelto entre nosotros.

Sostuve la mirada del visir durante unos instantes, esboqué una sonrisa y asentí. Ay te dio la espalda, Horemheb. Sé que habíais conspirado juntos para quitaros a Tutmosis y a Amenhotep de en medio, sé que ambos y esa babosa de Meryptah pretendíais rifaros el trono que por derecho le correspondía a mi futuro esposo. Pero las ratas son las primeras en adivinar un naufragio y Ay abandonó tu navío mucho antes de que se lo tragan las aguas.

—Gracias, padre. —Con solemnidad, me volví hacia el faraón e hice una reverencia, aunque sin llegar a apoyar las manos sobre las rodillas—. Escucha, Amenofis, ¡escucha, pueblo de Egipto! En los albores de la historia, el pérfido Seth asesinó a su hermano Osiris, cortó su cuerpo en pedazos y arrojó los

pedazos al Nilo. Su esposa, Isis, recuperó los fragmentos, los unió de nuevo, embalsamó el cadáver y lo resucitó para convertirlo en rey de los muertos. Hace justo una semana, el vil Tutmosis acabó con la vida del príncipe Amenhotep. Yo, Nefertiti, hija de Ay, cosí sus heridas, embalsamé su cadáver y recé por él. Hoy, por la gracia de Atón, lo devolveré a la vida para desposarme con él y ambos reinaremos sobre vivos y muertos.

Clavé una vez más la vista en ti, Horemheb. Más que ninguna otra cosa me alegraba haberte vencido, haberte arrebatado el triunfo de entre las manos. Después me di la vuelta y recorrí el salón del trono con la mirada tratando de aparentar que me fijaba en todos los individuos que allí había. Es un truco que aprendí de muy joven y que siempre me ha dado resultado. Caminando muy despacio, me situé a un lado del sarcófago donde yacía Amenhotep y le dibujé la cruz de la vida sobre la frente. Después, al igual que Isis, me encaramé a horcajadas sobre él simulando una de las posiciones del coito, levanté los brazos hacia el cielo y grité con voz potente:

—¡Esposo, vuelve a la vida y fecúndame con tu simiente, por la gracia de Atón!

Lo sé, Horemheb, fue un movimiento arriesgado. Según el mito de Isis y Osiris, ambos concibieron al dios halcón que tanto te gusta en el momento en que la diosa resucitó a su esposo. Yo aún no había yacido con Amenhotep y, sabiendo sus preferencias, ni tan siquiera estaba segura de que esto pudiera llegar a ocurrir. Pero te soy sincera: no me importaba. A diferencia de Ay y Tey, yo no pensaba consumir mi unión en público. Nuestro acoplamiento había de ser meramente místico y espiritual, para beneficio de los presentes. Ya me encargaría yo de los detalles físicos de la concepción más adelante. Te aseguro que, si mi esposo no hubiera sido capaz de fecundarme, no hubiera tenido escrúpulo alguno en solucionarlo por otros medios, por el bien de los dos.

Ese, sin embargo, no fue nuestro problema.

Amenhotep siguió a la perfección el esquema que juntos habíamos trazado. En cuanto invoqué a Atón, su cuerpo se curvó en un simulacro de convulsión, abrió los ojos y exclamó un potente gemido gutural, como si en efecto hubiera derramado su simiente dentro de mí.

—¡Vuelvo a ti, esposa mía! —gritó Amenhotep—. Juntos concebiremos un heredero, porque has de saber que yo soy el padre y la madre de Egipto, a imagen y semejanza de Atón.

—¡Aleluya! —gritó la reina Tiya, que continuaba de pie frente a nosotros. Alzó los brazos al cielo con las palmas hacia arriba, en el gesto que aún hoy se utiliza para adorar a Atón—. ¡Mi hijo ha resucitado! ¡Larga vida al heredero de Egipto!

Descendí de la carroza y ayudé a Amenhotep a salir de su sarcófago. Le cogí del brazo y juntos nos dirigimos hacia Amenofis. Mi prometido, sin embargo, no se dirigió a su padre. Te habló a ti.

—Horemheb, tu dios es el halcón y yo soy el nuevo Osiris. ¿Permanecerás a mi lado mientras gobierno sobre Egipto? ¿Serás leal a mí?

Tardaste unos instantes de más en responder. Supongo que valorabas tus opciones. Siempre has dicho que eras fiel a Amenhotep y que nunca le harías daño, pero jamás te he creído. Siempre has hecho lo que más te ha convenido y, tanto aquel día como cualquier otro, lo hubieras traicionado sin dudarlo si hubiera redundado en tu interés.

Elegiste bien. Caminaste hasta el príncipe, le hiciste la genuflexión completa y proclamaste con tu voz estentórea:

—Cuando eras un niño juré protegerte, mi príncipe. Siempre estaré a tu lado.

—Levántate entonces y únete a mí.

Obedeciste. Te acercaste a nosotros, sin cruzar la mirada conmigo ni por un instante, y abrazaste a Amenhotep. Ay y Meryptah corrieron a postrarse también ante él, se levantaron y lo abrazaron igual que habías hecho tú. Hipócritas. Amenofis, en cambio, seguía inmóvil en su trono, con Tadukhipa como única compañía.

—Faraón, ven a saludar a tu hijo, que te devuelvo de entre los muertos por la gracia de Atón —dije.

El anciano pareció dudar unos instantes, pero luego se levantó y abrazó a su hijo, con lágrimas en los ojos. La corte entera estalló en gritos de júbilo. Todos alzaron las manos a imitación del gesto de Tiya y lanzaron vítores por Atón, por el príncipe que había regresado de entre los muertos y por Nefertiti, la que encarna la bondad de Atón, la bella que ha bendecido Egipto con su presencia.

Cuando se desprendió del abrazo paterno, mi esposo se giró para encarar al público, elevó también los brazos al cielo y exclamó:

—¡Pueblo, he regresado! ¡Salgamos todos a la luz de Atón para que él nos bendiga con sus rayos!

Y lideró el camino hacia el nuevo templo que habíamos erigido en tan solo siete días. La corte entera caminó en procesión, entre vítores de júbilo, hasta el recinto que Mose y sus artesanos habían decorado con tanto esmero.

Al traspasar la puerta que había estado cerrada con siete candados, les recibió una estatua colosal que nos representaba a Amenhotep y a mí. Él caracterizado de hombre y mujer, como padre y madre de Egipto. Yo, vestida como reina.

El patio descubierto presentaba una colección de frescos y bajorrelieves en los cuales Amenhotep y yo venerábamos a Atón. Él, a su vez, nos extendía sus bendiciones con un centenar de minúsculas manos.

No había sanctasanctórum. El oscuro y recóndito santuario donde solía esconderse la estatua dorada de los antiguos dioses había sido reemplazado por un patio abierto donde todos alzamos los brazos al cielo para adorar al disco dorado de Atón.

Todos menos tú, Horemheb. Tú me miraste y me odiaste.

Ahora estamos de nuevo frente a frente. Las doce diosas han desaparecido.  
Solo estamos nosotros dos.

Yo estoy muerta, ¿y tú?

## Libro VII

### *La mazmorra*

**N**o me tomé bien el ascenso de Nefertiti. Mentiría si dijera otra cosa y no es mi intención engañar a nadie y, menos aún, a ti, divino Atón. Yo, que nunca había querido ser reina, me veía desposeída de la corona por mi hermana, que llegaba triunfante para deshacer de un plumazo lo que tanto trabajo me había costado construir.

Lo que más me molestó no fue la corona, en realidad. Lo que me hizo entrar en cólera contra ella fue que, por su culpa, Horemheb dejó de hablarme y de mirarme. Pasó a tratarme peor que si no me conociese. Fue como si yo no existiera.

Una vez Amenhotep estuvo firmemente asentado como corregente y heredero y mi hermana vio confirmada su posición de Gran Esposa Real del nuevo faraón, casi en igualdad de rango con la reina Tiya, la vida volvió a la normalidad en la villa de Ay en Malkata. El visir pasaba el día ocupado ganándose el favor de los nuevos soberanos, por lo que apenas lo veíamos. Tey y yo continuábamos ocupándonos de la salud de Amenofis, que había vuelto a empeorar y estaba de nuevo sumido en el mutismo. Su pulso se debilitaba de día en día. Cada vez comía menos, las fuerzas lo abandonaban y pasaba gran parte del tiempo dormido. Lo único que parecía devolverle la vitalidad eran las ocasionales visitas de Henti. Supongo que su belleza lo había conquistado y, en su orgullo de varón, se vanagloriaba de que su hijo el invertido hubiera

sido capaz de atraer a una mujer de su hermosura. El efecto, no obstante, apenas era duradero y la tendencia general del anciano faraón era a apagarse.

Mi hermana intentaba hablar conmigo, por descontento. Yo trataba de ocultar mi ira hacia ella, pero la evitaba todo lo posible. Cada vez que me encontraba con ella alegaba encargos urgentes, inventaba infusiones que debía preparar para el Gran Amenofis o buscaba pretextos inverosímiles para salir corriendo. Ella nunca ha pecado de estúpida así que doy por hecho que se imaginaba lo que me ocurría, pero no por ello dejó de insistir.

Yo, por mi parte, hacía lo imposible por ver a Horemheb. Primero probé a enviarle mensajes y recados a través de diferentes soldados, pero no obtuve respuesta. Traté de hacerme la encontradiza por los rincones y vericuetos del complejo de Malkata, pero era casi imposible dar con él y, si acaso tenía la suerte de cruzármelo en el camino, ni tan siquiera me dirigía la palabra. Estaba desesperada. Por las noches no podía dormir, ya que mi cabeza se entretenía diseñando estrategia tras estrategia para captar de nuevo su interés, para hacerme perdonar, pero nada parecía dar resultado. Por el día, en cambio, estaba como ausente, agotada por la falta de sueño y ensimismada pensando en Horemheb.

Decidí que no podía continuar de aquella manera, de modo que una noche, cuando había transcurrido casi una semana completa desde la coronación, resolví deslizarme en su habitación. Me parecía un movimiento arriesgado, ya que él podía haber dado orden a sus soldados de que no me dejaran entrar, pero no se me ocurría ninguna otra alternativa. Cuando vi que la estrella Sothis se alzaba sobre el horizonte, salí a hurtadillas de mis aposentos y me dirigí con paso firme al cuartel que había visitado en la otra ocasión. En mi cabeza ensayaba las palabras que iba a dirigirle a Horemheb. Pensaba decirle que era injusto que me castigara a mí por lo ocurrido, dado que yo había hecho todo lo que estaba en mi mano para ayudarlo. Le recordaría que le había dado noticias de mi

hermana tan pronto las había tenido yo misma y que lo había arriesgado todo para conseguirle aquel encuentro privado y secreto con Amenofis. Repetía las palabras una y otra vez e imaginaba su respuesta que, en mi mente, siempre era positiva.

Llegué al fin al barracón. Dos soldados hacían guardia en la puerta. Cuando les dije que iba a ver al capitán Horemheb me dijeron que continuase, que conocía el camino. Avancé por el pasillo hasta que llegué a su habitación y entré sin llamar. Horemheb estaba tumbado en su esterilla con los ojos cerrados. Estaba calzado y llevaba la *shenti* puesta, de lo cual deduje que no estaba dormido, sino que descansaba o quizá meditaba sobre algún asunto importante. Cerré la puerta detrás de mí y esperé a que él diera alguna señal de haberme oído, pero no lo hizo. Esperé bastante tiempo, pero él continuaba inmóvil, sin dar más muestra de estar vivo que el movimiento rítmico de su respiración. Su silencio me exasperó. Comencé a sudar, se me aceleró el corazón y las palabras que había ensayado se me borraron de la mente.

—Horemheb, por favor, perdóname —dije. Pareció que no me oía. Continuó en la misma posición, sin abrir los ojos y mover un solo músculo. Yo esperé de nuevo, pero la ansiedad me llevó a continuar—. Siento de verdad lo que ha pasado. No me imaginaba que mi hermana haría algo así. Yo... por favor, ¡háblame! Te necesito.

Él siguió sin reaccionar. Su silencio me resultaba insoportable. Avancé hacia él, dispuesta a arrodillarme a su lado y zarandearlo para obligarlo a escucharme, pero enseguida cambié de idea y retrocedí para regresar a donde estaba. No sabía qué hacer. Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero aún llevaba puesto el maquillaje y no quería que se me corriera el kohl, así que respiré profundamente una, dos, tres veces.

—Tú me necesitas —dijo en un tono de voz muy bajo, apenas audible, sin moverse ni abrir los ojos—. Tú me necesitas. Increíble. Tu egoísmo no conoce límites. Por tu culpa todos mis planes, todos mis sueños han quedado destruidos... y tú dices que me necesitas.

—¡No todo está perdido! —exclamé yo. Me arrodillé a su lado y le tomé la mano, pero él me apartó como si fuera un perro. Aun así, permanecí en aquella posición—. Amenhotep no quiere ser faraón, estoy segura de ello. Hablaré con él y lo persuadiré para que tome los votos de esclava sagrada. Yo misma lo acompañaré hasta Nínive, si lo deseas, y me ocuparé de que ingrese en un templo y no regrese jamás a Egipto...

—No te necesito para eso. El príncipe es mi amigo y confía en mí. No me hace falta que una esclava como tú me sirva de intermediaria con él. No te necesito para nada.

—Déjame al menos que te sirva. Por ti renuncié a mi diosa. Mi hermana ahora es reina y no tenemos nada que decirnos. Mi vida no tiene sentido.

Horemheb abrió los ojos y me dirigió una mirada fría e inexpresiva.

—Quieres que le dé sentido a tu vida. Impresionante. Iltani, Mutnod, seas quien seas, porque dudo de que tú misma sepas quién eres... eres patética. No me sirves ni como esclava. Una esclava sabe servir a su amo, sabe atenderlo, sabe serle útil. Tú lo que quieres es que yo te sirva a ti y eso no va a ocurrir nunca. Vete de aquí, me aburres.

Volvió a cerrar los ojos, cruzó las manos sobre el pecho y aparentó quedarse dormido. Yo permanecí de rodillas a su lado un tiempo que se me antojó larguísimo, hasta que las piernas empezaron a dolerme y me pareció evidente que Horemheb no volvería a hablarme. Entonces me levanté, lo contemplé aún durante varios instantes más y me marché.

Aquella noche tampoco dormí. No sabía qué hacer con mi vida. Había renunciado a Shaushka, de modo que volver a convertirme en esclava sagrada no me parecía una opción. ¿Acaso un esclavo puede regresar con su antigua ama, cuando el nuevo lo rechaza? Me sentía sucia, indigna de ejecutar las devociones que la diosa exigía. La vida en la corte me resultaba insoportable. Los lujos, los vestidos y pelucas y joyas y pinturas para la cara que tanto me

habían fascinado al principio me parecían ahora vacíos de contenido. Si no me servían para resultarle atractiva al hombre al que amaba, ¿qué utilidad tenían?

Porque sí, amaba a Horemheb. O, al menos, eso creía.

Tampoco soportaba ver a mi hermana. Ella había conseguido todo lo que siempre había deseado y se paseaba por la corte oronda y orgullosa, como un pájaro exótico que presume de su plumaje. La rehuía a toda costa y hacía lo imposible por no encontrarme con ella. Si la veía, se me agriaba el rostro y me entraba dolor de estómago. Tey me preguntó varias veces qué me sucedía y una noche, al volver de nuestra visita cotidiana al anciano Amenofis, decidí sincerarme con ella. Al fin y al cabo, pensé que ella estaba pasando por algo similar a lo que experimentaba yo. La acompañé hasta sus aposentos privados, que no compartía con su esposo, la ayudé a quitarse la peluca y las pinturas y a prepararse para la noche, la metí en el lecho y me senté a sus pies.

—¿Es esta la vida que habías imaginado, Tey? Ella lo tiene todo y tú y yo no tenemos nada.

—Te equivocas, hija mía. La vida de Henti está igual de vacía que la mía. Yo me he casado con un hombre al que no amo y al que no respeto. Cada día que pasa siento mayor desprecio por él. Sí, es cierto que tengo rango de princesa y vivo rodeada de lujos y comodidades, pero disfrutaba de mayor libertad cuando era suma sacerdotisa de mi propio templo.

—¡Exacto! Mi hermana, sin embargo, es reina de Egipto. Ni siquiera es una figura ornamental. Apenas hace diez días que ascendió al trono y ya se está inmiscuyendo en los asuntos de gobierno. He oído que se sienta en el salón de audiencias e imparte justicia, ¡ni siquiera la reina Tiya se había atrevido a algo así!

—Pero está sola, Itani. Comparte su vida con un hombre que no la ama y que nunca la amaré.

—Que tome un amante, si lo desea. Es la reina, puede hacer lo que le plazca.

—Sabes tan bien como yo que a las mujeres no se nos permite la infidelidad. Henti y yo estamos atadas a dos hombres a los que no amamos y que no nos aman. Tú, en cambio, eres libre. ¿Por qué no regresas a nuestro templo en la ciudadela? Puedes convertirte en suma sacerdotisa, tener tus propias novicias, abrir un consultorio para cuidar enfermos y llevar la vida de oración que siempre te ha gustado. Nada te lo impide. Yo incluso podría ayudarte, no creo que Ay pusiera reparos...

—Shaushka está vedada para mí. No puedo volver a ella.

Se hizo el silencio. Tey me agarró las manos y me contempló con ternura, pero yo aparté la mirada, avergonzada.

—Comprendo. Es por Horemheb, ¿verdad? —Sentí los ojos de Tey clavados en mi nuca, pero no me atreví a responder. Ella suspiró—. Sabes que no me gusta, pero si lo amas y él te ama, debes luchar por él.

—No me habla, Tey. Me odia desde el día que Amenhotep volvió de entre los muertos. Sabes lo que quiero decir: desde que Henti escenificó aquel milagro increíble sin contar ni contigo ni conmigo.

—Entiéndelo a él, hija mía. Los hombres son vanidosos. Horemheb estaba ya sentado en el trono, a punto de ser faraón, es lógico que esté enfadado con el mundo. Míralo desde otro punto de vista: él estaba dispuesto a casarse contigo frente a toda la corte, a hacerte su reina. Creo que, a su manera, él te ama. Solo ayúdalo a recordarlo. Sé que me arrepentiré de este consejo, pero... si es lo que quieres, lucha por ello.

—Gracias, madre.

Habían pasado un par de días y yo paseaba por los jardines aún en busca de una solución para acercarme de nuevo a Horemheb cuando un sirviente se acercó para decirme que la reina Nefertiti deseaba verme. No sentía deseo alguno de ver a mi hermana, de modo que traté de inventar una excusa, pero el criado insistió y dijo que era urgente. No me atreví a decirle que no y me dejé conducir hasta sus aposentos. Henti me recibió sentada en su

trono, ataviada como una reina y adornada además con todas las insignias propias del poder real.

—Estoy embarazada —me anunció, orgullosa, casi como si se tratara de un reto.

—Es demasiado pronto para saberlo, Henti. ¿Cuánto tiempo llevas casada con Amenhotep? ¿Dos semanas? ¿O es que el hijo no es de él?

—Por supuesto que es de él. Lo siento dentro de mí. Llevo en mi seno a un heredero.

—Me alegro por ti. Enhorabuena.

—¿Atenderás a mi parto?

—Estoy segura de que en el palacio hay médicos y comadronas mucho más expertas que yo.

—En Wassukanni ayudaste a nacer a cientos de bebés.

—Wassukanni queda muy lejos. Henti, he de irme. Cuídate.

De regreso a mis aposentos, pensé que, si en efecto mi hermana estaba embarazada y daba a luz un varón, las pretensiones de Horemheb al trono quedarían aún más lejos, ya que ese niño sería el heredero natural de la corona. Decidí que debía advertirle, de modo que del palacio me dirigí directamente al cuartel. Los soldados me dijeron que su capitán había salido y que no regresaría hasta la noche, de modo que prometí regresar más tarde.

Sola en mis aposentos, se apoderó de mí la idea de que aquella era mi última oportunidad de demostrarle a Horemheb mi utilidad. No bastaba con que le llevara las noticias, tenía que proponerle una solución y sabía cuál era.

Esperé a que se pusiera el sol. Recordé que él me había dicho que aborrecía mi aspecto de cortesana, de modo que me puse la túnica de sacerdotisa que aún conservaba y me lavé la cara para eliminar cualquier resto de maquillaje. Era imposible recuperar mi melena ondulada, pero renuncié a ponerme peluca ni tocado y salí de mi habitación con la cabeza rapada al descubierto. Crucé el recinto de Malkata mientras la luna asomaba por el horizonte y llegué a las puertas del cuartel.

Montaban guardia los mismos soldados con los que había hablado antes, pero en esta ocasión no me reconocieron.

—Soy la dama Mutnodjemet.

—No nos hagas reír. Eres un espantapájaros de los que usan los campesinos para proteger sus cosechas. Vete de aquí antes de que te llevemos de barraca en barraca para que los hombres se diviertan contigo.

—Soy la dama Mutnodjemet y quiero ver a Horemheb.

—Te hemos dicho que te vayas, no te advertiremos más.

Insistí una vez más y los soldados cumplieron su palabra. Uno de ellos me propinó una bofetada mientras el otro se acercaba a mí y comenzaba a manosearme. Al encontrarse con mis atributos, me empujó y me tiró al suelo.

—¡Qué asco! Ni siquiera eres una mujer, eres una especie de hermafrodita, un monstruo, una abominación. ¿Y tú pretendes ser la dama Mutnodjemet, la hermana de nuestra reina Nefertiti?

—¡Yo soy! Llamad a Horemheb, él me reconocerá.

—Por supuesto que lo llamaremos para que él decida qué hacer contigo.

Entre los dos me cogieron en volandas y me llevaron a través del cuartel hasta la habitación de Horemheb. Llamaron a la puerta y, cuando él les dio permiso para abrir, entraron y me arrojaron al suelo.

Él estaba de pie, en pleno proceso de quitarse la *shenti*. Me miró con desprecio y se la volvió a anudar.

—¿Qué esto que me traéis aquí?

—Asegura que es la dama Mutnodjemet que desea veros, capitán, pero se trata de un invertido.

—Comprendo. Dejádmelo a mí. Yo me ocuparé de él. —Los dos soldados se marcharon, dejándonos a solas a Horemheb y a mí. Él se cruzó de brazos y me contempló, impassible, mientras yo trataba de incorporarme del suelo. Algo en su mirada me indicó que no debía hacerlo, de modo que me hincué de rodillas y me abracé a

sus piernas, llorando—. Por fin te comportas como lo que eres, una esclava patética que se arrastra ante su señor.

—¡Perdóname, Horemheb! Te traigo noticias. Mi hermana Henti está embarazada. Conozco una poción que se utilizaba en Mitanni para evitar que las mujeres dieran a luz niños no deseados. Si se ingiere en los primeros días no es peligrosa para la madre, que no percibe efecto alguno más allá de un sangrado especialmente abundante. Horemheb, puedo ayudarte a que Amenhotep jamás tenga un heredero, así...

—Lo primero que debes hacer —me interrumpió Horemheb— es aprender a tratarme con respeto.

—Sí, mi señor. Perdón, mi señor. Déjame que te ayude.

—No me sirves para nada. Eres totalmente inútil, estúpida, carente de valor. ¿Crees que nadie sospecharía de ti si la reina Nefertiti no parara de tener aborto tras aborto mientras tú le suministras pócimas y bebedizos? Es una idea absurda, propia tan solo de una mente débil como la tuya. Te dije que sería faraón y así será, pero lo conseguiré yo mismo y a mi manera. Aún no ha llegado mi momento.

—Pero, mi señor...

—Calla y escúchame. Me eres completamente inútil, pero quizá pueda aceptar a una esclava que me sirva y que atienda a todas mis necesidades.

—¡Sí, mi señor! ¡Lo haré! Por favor, perdóname y yo te serviré en todo, obedeceré todas tus órdenes.

—Está bien, suéltame las piernas, me estás molestando. No te he dado permiso para levantarte, quédate donde estás y escucha. Hoy dormirás aquí, en el suelo, a los pies de mi cama. Al rayar el alba, te dirigirás a tu aposento y te vestirás por última vez con la apariencia de la dama Mutnodjemet. Una por una, quiero que te despidas de todas las personas que te conocen: Tey, tu hermana, el faraón, la reina Tiya. Todos. También de ese hicso amigo vuestro, el escultor que decoró el templo de Atón con las imágenes amorfas de Amenhotep.

—¿Qué debo decirles?

—Les explicarás que hemos decidido consumir nuestro matrimonio y que vas a vivir lejos de la corte, en casa de mis padres en el desierto del Shedet.

—¡Sí, mi señor! ¡Gracias! ¡Nada me produciría mayor alegría que ser tu esposa!

—No te hagas ilusiones, no vas a ser mi mujer, serás mi esclava. No obstante, eres una sacerdotisa de Shaushka y heredera del linaje de Hatshepsut. No queremos que nadie se escandalice. Despídete de todos, que nadie sospeche nada, y mañana reúnete conmigo en las caballerizas.

—¿Cuando la estrella Sothis despunte en el horizonte?

—A esa hora te esperaré para llevarte conmigo. Ahora no me molestes más. Voy a dormir.

Horemheb movió las piernas para deshacerse de mi abrazo, se quitó la *shenti* quedándose desnudo por completo y se tumbó sobre su lecho. La visión de su cuerpo me pareció un regalo de los dioses y les di a todos las gracias por haberme dado la oportunidad de recuperar al hombre al que amaba. Feliz, me acomodé en el suelo y me quedé dormida de inmediato.



Al día siguiente abandoné el cuartel a primera hora de la mañana y comencé la ronda de despedidas tal y como me había ordenado mi señor. Comencé con mis padres adoptivos, Tey y el visir Ay, que desayunaban en la habitación que empleábamos como comedor antes de que este marchara a palacio para atender sus obligaciones.

Ambos me miraron con sorpresa cuando les hablé de mi inminente boda, aunque fue Ay el primero en reaccionar.

—Así que Horemheb no ha renunciado a sus pretensiones al trono. No puede desposar a la princesa Iset, pero piensa que tú sí

estás disponible. Le denegaré tu mano.

—No harás tal cosa, esposo. Itani es una esclava sagrada y es su privilegio entregarse al hombre que desee, igual que yo lo hice contigo sin requerir el permiso de nadie.

—Él no me quiere para eso. Él y yo... lo nuestro... es diferente.

—No puedes oponerte.

—Está bien, está bien —dijo Ay—. Supongo que no está en mi mano prohibírtelo, eres adulta y harás lo que te plazca. Pero escúchame bien: yo conozco tu auténtica naturaleza. Si a Horemheb se le ocurre utilizarte para reclamar la corona, hablaré y os pondré en ridículo a ambos.

Agaché la cabeza y murmuré unas palabras de agradecimiento. Hasta ese instante no había sido consciente de hasta qué punto mis especiales condiciones habían sido un secreto en la corte y sentí alegría por ir a abandonarla junto a Horemheb. Nunca me ha gustado esconderme.

Mi siguiente conversación fue con Tef y Hemet, que se alegraron por mí, pero me imploraron que los llevase conmigo para servirme en casa de los padres de Horemheb. Me pareció que él nunca consentiría algo así. En cualquier caso, me comprometí a preguntárselo a mi futuro esposo y a hacer lo posible por convencerlo.

No entendía por qué Horemheb deseaba que me despidiera de Mose, pero no tenía intención alguna de desobedecerlo, de modo que me dirigí al embarcadero de palacio y pedí que me llevaran al Lugar de la Verdad. El trayecto era corto y, en menos de una hora, estaba a las puertas de su taller. No vi a su padre por ninguna parte, pero él se encontraba sentado en el exterior, a la sombra del toldo, con una taza de té entre las manos.

—Itani, qué sorpresa verte aquí. ¿Traes un mensaje de tu hermana?

—No, vengo a despedirme. Horemheb y yo vamos a casarnos y vamos a vivir fuera de Tebas.

—Me alegro mucho por ti, amiga mía. Ven, siéntate y déjame que te invite a una infusión. Hablemos antes de que te vayas. — Mose me ayudó a acomodarme en un taburete. Se levantó a por una taza, vertió en ella un líquido humeante y me la entregó antes de sentarse de nuevo—. ¿Amas a Horemheb?

—Así es. Lo amo desde el día en que lo conocí.

—Eres muy afortunada. Yo también amo a una mujer desde el primer día en que mis ojos se posaron sobre ella, pero me está vedada para siempre.

—¿Mi hermana?

—Desear a la esposa del faraón es un crimen, de modo que no puedo decir tal cosa. Pero amar no puede ser un delito, así que... sí, la amo. ¿Sabes lo peor de todo? Amenhotep me ha contratado como jefe de su equipo de artesanos, en igualdad de rango con el escultor real. Me ha encargado toda una serie de trabajos para representarlos a él y a la reina Nefertiti adorando a Atón. Estoy condenado a verla todos los días de mi vida.

—Si la amas, debes luchar por ella —le dije, recordando las palabras de Tey.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Mose tomó la taza de entre mis manos y me guió hacia el interior del taller. A pesar de la oscuridad, pude distinguir que el centro del habitáculo estaba ocupado por un bulto de algo más de un codo de alto que estaba cubierto por un paño de lino con manchas de barro. Mose corrió a encender una tea para iluminar la estancia, regresó a mi lado y se frotó las manos.

—Está bien, dime qué te parece.

Con un gesto rápido, agarró el trapo y tiró de él, dejando al descubierto una estatua de barro que representaba el busto de una mujer. En un primer instante pensé que se trataba de mí, pero enseguida me di cuenta de que era mi hermana, idéntica a aquel retrato que le había hecho al principio de conocerla, solo que en vez de a carbón estaba policromada, por lo que podía apreciarse la

tonalidad de su piel, el color de sus ojos, el matiz de sus labios, todo. Hasta el más mínimo detalle.

Me puse frente a la figura y la miré a los ojos. No se trataba de Henti, la esclava de Mitanni. Era la reina Nefertiti.

—Es maravillosa —dije.

—¿De veras te gusta?

Sentí que un nudo me cerraba el estómago y que las lágrimas luchaban por acudir a mis ojos. Suspiré.

—Debes llevársela, Mose. Si la amas, regálasela. Lucha por ella.

—Lo haré.

Me despedí de nuestro amigo con un beso en la mejilla y abandoné el Lugar de la Verdad. La barca real me esperaba en el muelle. Me llevó de vuelta a palacio, donde procedí a visitar a Tadukhipa, a la reina Tiya e incluso al anciano faraón para contarles que me casaba con Horemheb.

—Echaré de menos tus cuidados, niña —me dijo Amenofis—. Hubieras sido una buena reina.

—Nunca deseé ser reina, solo a Horemheb.

—Es tuyo, entonces. Márchate con mi bendición.

Había dejado para el último lugar a mi hermana. Ya era por la tarde y ella estaba en sus aposentos cambiándose de ropa. Me recibió de pie, en camisión, con el rostro lavado y el cráneo afeitado sin cubrir por peluca ni tocado alguno. Pensé que, incluso así, estaba hermosa.

—¿Qué ocurre, Iltani? ¿Ha pasado algo?

—Me caso con Horemheb y nos vamos a vivir a casa de sus padres, en el desierto del Shedet —le dije, con la voz temblorosa a causa de la agitación—. He venido a decirte adiós.

—Eso es absurdo. Amenhotep y yo hemos promocionado a Horemheb y ahora es el comandante de todo el ejército. No puede abandonar la capital.

Sus palabras fueron como un bofetón en el rostro. Intenté recordar con exactitud lo que me había dicho mi prometido, pero la

ansiedad me lo impidió. Traté de esbozar una sonrisa.

—Fijaremos nuestra residencia allí, aunque el vendrá a palacio siempre que el deber le llame. Yo... no sé. Deseo alejarme de todo, una temporada.

—¿Vendrás a conocer a tu sobrino cuando nazca? —Mientras hablaba, mi hermana se frotaba el vientre con una mano. Una sonrisa beatífica asomó a su rostro—. Algún día será faraón. ¿Te imaginas? Un hijo mío, faraón de Egipto.

—No lo sé, Henti.

—Quiero que vengas a visitarme con frecuencia. Tengo muchos planes y necesitaré tu ayuda.

—No sé si podré. Ahora me debo a mi esposo.

—Tonterías. Yo soy la reina.

—Veremos. Me marchó. —Me acerqué a ella para besarla en la mejilla y, de pronto, me invadió una cierta sensación de ternura. Iba a ser la primera vez que de verdad me separa de ella en toda mi vida. ¿Cuándo volvería a verla? Quizá nunca. Suspiré y le elevé a Shaushka una plegaria para que fuera tan feliz con sus decisiones como yo pensaba que lo sería con la mía—. Escucha, hermana, sé que has hecho muchos sacrificios para estar donde estás, pero quería decirte algo. No renuncies al amor.

—Qué tontería, Iltani, yo no he renunciado al amor. Tengo a mi esposo.

—Sabes a lo que me refiero.

—No, no lo sé.

—Está bien, lo diré. Mose. Dale una oportunidad.

Henti se llevó las manos a la cabeza y abrió mucho los ojos.

—¿Estás loca o qué te ocurre? ¡Ni en broma digas una cosa así!

—¿Por qué no? Mose te ama y tú...

—¡Calla, insensata! Estamos rodeadas de sirvientes que lo oyen todo, ¿quieres que le vayan con el cuento a Amenhotep? No he luchado tanto por llegar hasta aquí para arriesgarlo todo por un estúpido artesano. No soy tú, Iltani, que pierdes la cabeza por el

primer hombre que encuentras que te hace algo de caso. Vete corriendo detrás de tu soldado, que saben los dioses qué habrá visto en ti, pero déjame a mí disfrutar de lo que he conquistado. ¿O es que me tienes envidia? Si no llego a aparecer en el momento justo, tu querido Horemheb sería faraón y tú llevarías corona de reina. ¿Quieres quitarme lo que es mío?

Miré por la ventana. El sol ya se había puesto y la estrella Sothis, tempranera, acababa de hacer su aparición. Noté que se me aceleraba el pulso, no tenía tiempo para más. Miré a mi hermana, le hice una reverencia con las manos apoyadas sobre las rodillas y sonreí.

—Adiós, Nefertiti.

Me di la vuelta y, sin mirar atrás, salí de sus aposentos. Crucé a toda velocidad los pasillos de palacio. Había repasado mentalmente varias veces el camino hasta la caballeriza para no perderme. No dudé. En cuanto estuve al aire libre, corrí, corrí como nunca lo había hecho para reunirme con el hombre al que amaba.

Alguien me interceptó en plena carrera, cuando estaba a punto de llegar a mi destino. Ese alguien introdujo una pieza de tela dentro de mi boca, impidiéndome gritar, y al instante cubrió mi cabeza con un saco de gruesa arpillera. En ningún instante llegué a ver de quién se trataba. Mi agresor me cogió en volandas y sentí cómo me transportaba por los jardines de palacio. Mi cuerpo fue arrojado con brusquedad a una superficie dura que pronto identifiqué como la cubierta de una barcaza. Después lanzó sobre mí una pesada manta.

Me costaba respirar. Varias veces pensé que estaba a punto de asfixiarme, pero no era capaz de articular palabra ni siquiera para pedir clemencia.

Navegamos en silencio durante un tiempo indeterminado. Creo que llegué a perder el sentido, porque en un momento dado me desperté al notar que mi captor me agarraba de nuevo, esta vez con manta y todo, y me sacaba del barco. Estaba empapada de sudor. En aquel instante ya me encontraba tan mareada y desorientada

que no sabía decir si estábamos al aire libre o en algún edificio o si era de día o de noche. Me pareció que bajábamos unas escaleras, muchas escaleras, hasta llegar a un lugar más fresco. Volví a ser arrojada al suelo. Mi agresor tiró de la manta obligándome a dar varias vueltas sobre mí misma hasta que sentí que aterrizaba sobre una superficie de piedra fría y arenosa. A continuación, me quitó el saco de la cabeza, permitiéndome ver su rostro por primera vez.

Horemheb me sacó el trapo de la boca y me miró con una cínica sonrisa. Se desató la *shenti* y exhibió ante mí su cuerpo masculino en plena excitación.

—Ahora eres mía. Para siempre.

—No, por favor, por favor —imploré yo, tratando de alejarme de él desplazándome de espaldas con manos y pies, pero él dio un salto y se colocó sobre mí—. ¡No! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

—Grita todo lo que quieras. Nadie podrá oírte.



Lo primero que recuerdo del calabozo es la extrema soledad. El día mismo que fui capturada y llevada a mi prisión, Horemheb abusó de mí durante el tiempo justo que dura el acto carnal entre un hombre y una mujer, ni un instante más. En cuanto hubo derramado sus fluidos dentro de mí, se puso en pie, se colocó la *shenti* como si yo no estuviera presente y se marchó dejándome sola durante lo que me pareció una eternidad.

Resulta increíble cómo algo que había deseado tanto pudo convertirse en mi peor pesadilla. Desde que conocí a Horemheb, allá en Wassukanni, había fantaseado con la idea de yacer con él. Su poder de atracción sobre mí era tan fuerte que apenas había podido pensar en otra cosa cada vez que lo tenía delante. La experiencia que finalmente viví no se pareció en nada a lo que había soñado.

Yo me encogí como un ovillo, en la misma posición que adoptan los fetos en los vientres de sus madres. El dolor era intenso, tenía los muslos manchados de sangre y la hemorragia no parecía querer detenerse. Me sentía sucia y pegajosa, tenía frío y temblaba. No lloré. Los ojos me escocían, pero estaban secos como la mojava.

Solo fui consciente del paso del tiempo cuando el hambre y la sed me apretaron. Mi captor ni siquiera me había dejado agua para beber. Me quedé quieta, tratando de que la oscuridad del calabozo me tragara y me hiciera desaparecer. No me moví en todo el día más que para hacer mis necesidades en una esquina, como un animal. Cuando por fin escuché el sonido de la puerta escaleras arriba, tenía los labios reseco y mi estómago rugía como un león. Horemheb bajó las escaleras de dos en dos, como si le pudiera la ansiedad. Ni tan siquiera lo miré, me limité a colocarme en la posición adecuada para que pudiera utilizarme haciéndome el menor daño posible. Cuando terminó con su gruñido de satisfacción, me permití murmurar:

—Agua, por favor.

Él no dio señal alguna de haberme oído. Se puso en pie y le oí ponerse de nuevo la *shenti* y subir las escaleras como si ya se hubiera olvidado de mi presencia. Pensé que no era algo tan malo. Si se negaba a darme de beber durante tres o cuatro días yo acabaría muerta, lo cual pondría fin a mi tormento. Sin embargo, al cabo de un breve espacio de tiempo Horemheb bajó de nuevo las escaleras y depositó junto a mí un caldero con agua y una hogaza de pan. No me dijo nada, sino que se limitó a marcharse dejándome sola de nuevo.

En cuanto le oí cerrar la puerta de la celda, me abalancé sobre el cubo y bebí con ansia, tanto que mi estómago se descompuso y creí que vomitaría todo lo ingerido, aunque finalmente mi cuerpo fue capaz de retener el líquido. Me dije a mí misma que no comería. La muerte por sed me parecía en extremo desagradable, pero sabía por mi estudio de los hábitos religiosos de los distintos pueblos que, tras dos o tres días de ayuno, el ser humano deja de sentir hambre.

Si me obligaba a no probar bocado moriría igualmente al cabo de una luna como máximo, aunque a partir del segundo o tercer día no sufriría. Me acosté, pues, en el suelo, dispuesta a no moverme hasta que Horemheb regresara al día siguiente, pero mi voluntad no fue lo bastante fuerte y al cabo de un tiempo me levanté y me comí el pan con lágrimas en los ojos, sintiendo asco de mi propia debilidad.

Esta misma rutina se repitió sin variaciones durante un tiempo que no soy capaz de calcular. Nunca se me ocurrió llevar algún tipo de registro, aunque fuera mental, del paso de los días, de modo que pronto me sumergí en una especie de trance sin días ni noches. La soledad era la característica general, hasta que llegaba Horemheb, me violaba, a continuación, me traía agua y pan y se marchaba de nuevo hasta el día siguiente.

Pronto el olor de mis propios excrementos comenzó a molestarme, de modo que decidí hacerlos en el cubo una vez estuvo vacío. Al verlo, mi captor emitió una sonora carcajada, pero, fiel a su costumbre, no pronunció palabra alguna. La siguiente vez me trajo dos calderos, uno con agua y otro vacío.

Pasaba la mayor parte del tiempo tumbada en el suelo de piedra, hecha un ovillo, sin pensar siquiera, sumergida tan solo en mi desgracia. En un momento dado comencé a preguntarme dónde me encontraría. No creía que estuviéramos en el desierto del Shedet, como Horemheb me había prometido. Aquella zona estaba lejos de Tebas y se tardaba varios días en llegar allí. Repasé la noche de mi rapto y recordé que habíamos hecho parte del trayecto en barco, aunque, como había perdido el sentido, me resultaba imposible hacer una estimación de cuánta distancia habríamos recorrido. En una ocasión, cuando mi torturador ya se había marchado y yo había terminado con el agua y el pan, me decidí a recorrer la estancia en la que me encontraba. Aunque oscura, la mazmorra no carecía por completo de luz, ya que algo de claridad se filtraba desde las escaleras y por un pequeño orificio que había en el techo, que estaba muy alto, a diez o quizá veinte codos del

suelo. Constaba únicamente de cuatro paredes de piedra sin adornos de ningún tipo, con el único añadido de la escalera que conducía a la salida.

El lugar guardaba una gran semejanza con una tumba. Volví a tenderme en el suelo y no me moví más hasta que Horemheb regresó al día siguiente para continuar el ciclo de lo que se había convertido en mi vida.

Algún tiempo después, no sé decir cuánto, me atreví a subir las escaleras en un momento en el que estaba razonablemente segura de que mi carcelero no estaba en las proximidades, pegué mi oreja a la puerta y traté de escuchar. No se oía nada al otro lado. Le di varios golpes, pero era de madera maciza y ni tan siquiera se movía ante mis sacudidas. Regresé, por tanto, al suelo y volví a tumbarme en posición fetal. Recuerdo que en ese instante me pregunté si estaba viva o muerta. Quizá Horemheb me hubiera matado después de todo y aquella tortura fuese el verdadero más allá.

El siguiente hito que recuerdo en la infinita sucesión de momentos de infelicidad que era mi existencia fue la primera vez que él me habló desde que me había hecho cautiva. En aquella ocasión llevó los dos calderos llenos de agua. Los depositó junto a mí y dijo:

—Apestras.

La sensación de escuchar otra voz humana, aunque fuera la suya, me supuso tal alivio que estuve a punto de llorar. Esperé a que se hubiera marchado para quitarme la ropa y limpiarme el cuerpo lo mejor que pude con el agua del segundo cubo. Hacía tiempo que él se había llevado mi peluca y mi propio pelo ondulado ya empezaba a crecer en mi cuero cabelludo. Lo lavé lo mejor que pude. Mis vestimentas de gran dama egipcia estaban asquerosas también de modo que las sumergí en el agua y las froté hasta dejarlas lo más limpias que me fue posible. Después las extendí en el suelo para que se secaran y me tendí de espaldas en vez de en posición fetal, desnuda, sintiéndome de nuevo una persona.

A partir de ese momento Horemheb comenzó a llevarme dos calderos de agua cada vez y yo hacía lo posible por mantenerme aseada. Retornó a su mutismo inicial y, cada día, cuando lo veía aparecer, yo esperaba secretamente que volviera a decir algo. No sé explicarlo, pero la soledad era tan abrumadora que ansiaba escuchar una voz humana, cualquier voz... su voz, dado que era la única que existía en mi pequeño universo. Probé a hablar conmigo misma y de hecho acabé haciéndolo de forma habitual, pero mis conversaciones solitarias no me suponían alivio alguno.

Lo que no hice fue rezar. Creo que fue ahí cuando perdí la fe en Shaushka de una vez y para siempre. Por mucho que yo hubiera renegado de mis votos, no podía perdonarle a mi diosa, supuesta defensora de las mujeres, que me hubiera reservado un destino tan terrible.

Mi necesidad de comunicación era tan grande que decidí ser yo la que le dirigiera la palabra a Horemheb. Estuve días y días considerándolo, o al menos lo que yo pensaba que eran días, que era el ciclo entre una visita suya y la siguiente. Medité largamente qué podía preguntarle y no llegaba a una conclusión, así que, siguiendo un impulso, le espeté nada más verlo aparecer:

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Seis lunas completas y la cuarta parte de otra.

Y eso fue todo. Su voz se me hizo dulce al oído y durante todo el tiempo que tardó en desahogarse estuve esperando que me dijera algo más. No lo hizo y, cuando se marchó, estuve reviviendo sus palabras una y otra vez en mi mente. Al día siguiente le pregunté si podía comer algo más que pan. Me trajo pescado en salazón y, desde entonces, fue introduciendo cierta variedad en mi dieta. Luego quise saber dónde nos encontrábamos. Me dijo que era una villa que se había mandado construir al norte de Tebas, a orillas del desierto, donde no vivía nadie más. Le pedí más ropa ya que la mía empezaba a romperse y me trajo una sencilla túnica de lino blanco. No era en absoluto lujosa y el corte no me favorecía, pero

era nueva. Tras darle muchas vueltas, por fin me atreví a preguntarle por mi hermana.

—La reina Nefertiti gobierna Egipto desde que murió el anciano Amenofis.

Fue así como supe de la muerte del faraón. La noticia me causó tristeza, ya que el anciano había sido agradable conmigo.

—¿Ha dado ya a luz?

—No, pero su embarazo está muy avanzado. Luce una panza enorme y se pavonea por toda la corte como una elefanta en celo.

—¿Ha preguntado por mí?

—No.

Acusé su respuesta como un golpe en el estómago. Fui capaz de aguantar hasta que salió de la mazmorra, pero en cuanto oí el sonido de la puerta al cerrarse, me puse a llorar de modo incontrolable. Comencé uno de mis ya habituales diálogos conmigo misma. Primero me decía que era imposible que Henti no se extrañara de la presencia de Horemheb en palacio sin que yo lo acompañara. Lo lógico era que preguntase por mí. Luego me recordaba que mi captor se vanagloriaba de no mentir jamás así que, si él decía que no había preguntado, era que no lo había hecho. La conclusión era sencilla. Durante toda su vida, mi hermana había ansiado una sola cosa: poder. Ahora que ya lo tenía, no me necesitaba para nada.

Me sentía tan triste y traicionada que, al día siguiente, cuando apareció Horemheb, no le dirigí la palabra, sino que permanecí tumbada en posición fetal como hacía al principio. Él bajó las escaleras, se mantuvo de pie a mi lado durante unos instantes sin llegar a tocarme y se marchó. Volvió al rato con un solo cubo de agua y una hogaza de pan y me dejó sola. Ese mismo esquema se repitió durante varios días y, aunque al principio me dije a mí misma que era un alivio que hubiese dejado de violarme y resolví no hablarle más, muy pronto el peso de la soledad volvió a hacérseme insoportable. No sé cuánto tiempo pasaría, pero creo que no

demasiado, antes de que yo claudicase en mi determinación y le preguntase al verlo aparecer:

—Y Tey, ¿ha preguntado por mí?

Horemheb rehusó contestarme. Dejó junto a mí el cubo de agua y la hogaza de pan y se marchó sin acusar siquiera mi presencia. Al día siguiente yo insistí:

—¿Qué hay de la joven reina Tadukhipa? ¿Y mis criados Tef y Hemet? Alguien ha tenido que interesarse por mí. ¿Qué les has contado?

El trato de silencio se prolongó durante un largo periodo de tiempo. A veces trataba de preguntarle algo a Horemheb, otras me mantenía callada. Probé a pedirle más agua para lavarme, pescado o carne seca para comer, a rogarle que me trajera otra túnica, pero todo fue en vano. La mayor parte de las veces, sin embargo, le preguntaba por Henti de una y otra manera. Él me miraba con desaprobación, como si estuviera fallando algún tipo prueba, negaba con la cabeza y me dejaba sola.

Iba a decir que estuve a punto de volverme loca, pero no sería verdad. En aquel tiempo perdí la razón por completo. Hablaba sola de manera constante, me tiraba del pelo que me crecía cada vez más largo, subía y bajaba las escaleras de la celda, aporreaba la puerta, gritaba hasta desgañitarme. En una ocasión hasta me dediqué a hacer mis necesidades por toda la mazmorra para luego tener que recoger la inmundicia entre lágrimas.

Un pensamiento se repetía en mi mente. Era imposible que todos me hubieran olvidado. Había gente que me conocía, que me quería. Tenían que estar preocupados por mí.

Era tal mi desesperación que, un día, cuando vi a Horemheb aparecer, salté sobre él e intenté golpearlo. Él me dominó con facilidad, sonrió ampliamente y me violó con mayor ímpetu y vigor de lo que le había visto en mucho tiempo. Nuestra relación entró entonces en una nueva fase en la que yo lo atacaba a diario y él forzaba su carne dentro de la mía. A veces él también me golpeaba, otras se limitaba a sujetarme fuerte mientras yo me resistía, pero la

situación pareció excitarlo tanto que comenzó a visitarme varias veces en un mismo día. De algún modo la violencia entre nosotros se convirtió en una forma de comunicación que me hacía sentirme acompañada en mi soledad. A pesar de todo, el silencio continuaba y mi ración diaria de sustento se limitaba a la hogaza de pan y al único cubo de agua. Ansiaba lavarme y sentir en mi boca una textura diferente a la harina cocida, de modo que me decidí a suplicar una mejora en mis condiciones.

—Realmente eres una estúpida. ¿Hace cuánto tiempo te dije que tenías que aprender a tratarme con respeto?

Siguió una nueva racha en la que Horemheb ni me hablaba, ni me violaba, ni por supuesto me trajo más que un caldero de agua y un pan. Cada vez que lo veía, yo me abalanzaba sobre él y trataba de golpearlo, pero él se limitaba a apartarme a un lado e irse. En dos o tres ocasiones incluso prescindió de su visita diaria y me dejó sin comida ni agua fresca ni, lo que para mí era aún más grave, contacto humano de ningún tipo. Yo me sentía castigada por su indiferencia y comencé a preguntarme qué podía hacer para agradarlo y lograr disfrutar de nuevo de su atención. Resolví dejar de pegarle y, la siguiente vez que acudió a la mazmorra, me arrojé de rodillas a sus pies y le imploré:

—Perdóname, mi señor, si te he ofendido. Por favor, hálame de nuevo.

No le pedí agua, ni comida, ni que me dejara ver la luz del sol. Le rogué que me hablara.

—Ahora empezamos a entendernos. Te lo he dicho, tienes que tratarme con respeto. Con adoración, incluso. Soy un dios para ti: si me complaces, puede que te dé lo que me pides y, si me ofendes, te castigaré con mi silencio.

Aquel día Horemheb me forzó de nuevo, aunque no sé hasta qué punto esa palabra continúa siendo adecuada, ya que por primera vez disfruté de lo que me hizo. Mi cuerpo disfrutó.

A partir de entonces me dediqué a pensar formas para complacer a Horemheb. Comencé lavándole los pies cuando

llegaba. Después pasé a limpiarle el cuerpo entero tal y como hacía con la estatua de Shaushka en el templo. Lo esperaba de rodillas y le besaba las sandalias antes de descalzarlo y quitarle la ropa e implorarlo que me hiciera suya. Lo llamaba «mi dios» o «mi dios halcón» y ensalzaba sus características físicas: su rostro, su cuerpo, su fortaleza, su carácter, todo. Él, fiel a su promesa, correspondió a mis devociones hacia él dándome más o menos todo lo que le pedía. Me trajo comida abundante, agua en cantidad suficiente para que no tuviera que racionarla, vestidos, perfumes y hasta algunas piezas de joyería.

—Pídeme algo que desees —me dijo, una vez que estaba especialmente complacido con los cuidados que le había proporcionado—, y pensaré si te lo concedo.

Por aquel entonces llevaba días pensando que deseaba salir al aire libre y ver el sol, pero, en vez de eso, le supliqué a Horemheb que se quedara a dormir conmigo una noche. Él accedió. Trajo a la mazmorra una cama de madera como las que usan los nobles y se instaló allí, permitiéndome a mí dormir en el suelo, a sus pies. Percibí aquello como una gran bendición y así se lo hice saber de modo que, en lo sucesivo, cuando consideraba que quería premiarme por mi comportamiento, se quedaba a pasar la noche conmigo en el calabozo.

Fue él, sin que yo se lo pidiera, el que me llevó al exterior para que pudiese ver el cielo. He intentado calcular cuánto tiempo había pasado desde mi llegada y opino que no menos de un año. ¡Un año entero, sepultada en aquella mazmorra! Mi piel estaba pálida como la de una recién nacida. La luz del sol hirió mis ojos y la visión del amplio desierto que nos rodeaba me produjo mareos hasta el punto de que tuve que rogarle que regresáramos al interior.

Del mismo modo, sin que yo le pidiera nada, llegó un día y me contó que había hablado con mi hermana.

—Hoy, por primera vez, la reina Nefertiti me ha preguntado por ti. Le he dicho que vives con mis padres en su casa del Shedet y que eres feliz de estar alejada de la corte.

—¿Ha contestado algo?

—Sí. Ha escupido en el suelo, te ha llamado traidora y ha confesado que espera no volver a verte más.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y, siguiendo la fuerza de la costumbre, me dejé caer de rodillas y me abracé a las piernas de Horemheb. Él me incorporó y me abrazó. Me avergüenza reconocer, oh, Atón, que ese gesto me hizo sentir reconfortada. Dos sentimientos opuestos animaban mi espíritu: la entrega y devoción hacia mi nuevo y único dios y la desolación que sentía ante la frialdad de mi hermana.

Todos me habían abandonado. Solo una persona continuaba tratándome como a un ser humano.

Horemheb.

# Pasaje de la gloria

¿Es posible? ¿Eres tú de nuevo? Creía que no volvería a verte nunca y, sin embargo, aquí estás. Algo habré hecho bien a lo largo de mi vida. Quizá Atón haya decidido perdonarme después de todo, si es que va a permitirme compartir el más allá con el único hombre al que he amado.

¿Por qué ese gesto? ¿Acaso dudas de mi palabra? Estoy muerta, Mose, no tendría sentido alguno mentir. Siempre te he amado, creí que lo sabías. A no ser que estés pensando en aquella noche. No me siento orgullosa de aquello, pero una reina no siempre tiene elección.

La desaparición de mi hermana fue un duro golpe para mí. Siempre había soñado con obtener una posición de poder tan elevada que nadie pudiera tocarme, donde ni Itani ni yo estuviéramos sujetas a los caprichos de ningún hombre. Ahora que lo habíamos logrado, ¿por qué me abandonaba? ¿Cómo era posible que prefiriera cambiar la seguridad que yo le ofrecía por la compañía de un hombre, nada menos que Horemheb? Me indigné con ella, sí. Me sentí abandonada y traicionada, pero era su decisión, ¿qué podía yo hacer?

Nunca llegué a comprender su arreglo, eso que llamaban matrimonio. Cuando se casaron y dijeron que se marchaban al desierto del Shedet, Horemheb estuvo ausente de la corte tres días, ni uno más. A partir de entonces, jamás faltó a sus obligaciones en palacio. Es cierto que dejó de dormir en el cuartel y, según me contaron, comenzó a irse cada noche a una villa que poseía no lejos de Malkata, pero esto tampoco era algo extraordinario. No se espera de un comandante que comparta barracón con sus hombres. Lo que sí fue extraño es que Itani no se dignara visitarme ni una sola vez.

Tal vez debí sospechar, pero no lo hice.

Mi primera hija, Meritatón, nació sin que mi hermana pudiera atenderme ni tomarme de la mano ni animarme a empujar el día del parto. Por suerte, tuve a Tey, que es una comadrona mucho más experta que todas esas parteras y cirujanos egipcios que amenazan con rajarte el vientre en cuanto el bebé llega con la más mínima complicación. Al niño lo salvan, eso no lo discuto, pero a la madre la condenan a una muerte segura.

El segundo embarazo no fue tan bien. Desde el principio sufrí dolores y

debilidad y una sensación de pesadez en las entrañas. Todo me indicaba que algo no iba bien. Al quinto mes perdí al niño. Prohibí que utilizaran el bisturí conmigo y solo Tey me ayudó a parir a aquella criatura diminuta y amaratada que podría haber sido el futuro faraón de Egipto. Era un varón, sí. El único que fui capaz de concebir. Quitándole a él, solo tuve hijas.

Durante los días que tuve que guardar cama después del aborto, culpé a mi hermana de lo sucedido. Me persuadí de que, si ella hubiera estado allí, habría logrado salvar al bebé. Ahora reconozco que era una idea absurda, ya que todo lo que sabe Itani se lo ha enseñado Tey y esta fue impotente para ayudarme, pero una madre recién parida que ni siquiera tiene un niño al que acunar no siempre es racional. Fue la única vez que pregunté a Horemheb por ella. Cuando me dijo que era feliz de vivir alejada de mí, escupí en el suelo y la llamé traidora.

Y fue aquel el momento que tú elegiste para declararme tu amor, Mose. ¿Acaso fuiste incapaz de encontrar uno peor? Yo yacía en el lecho, aún gorda y entumecida por el embarazo frustrado, aquejada de fiebre y dolores por todo el cuerpo, con la leche que tendría que haber alimentado al pequeño príncipe agriándose en mis pechos.

Lo recuerdo a la perfección. Era media mañana. Yo apenas había desayunado y no tenía fuerzas para levantarme. Me dolía todo el cuerpo y notaba un enorme vacío en mi interior, en el lugar que tendría que haber ocupado mi bebé. Tú entraste en mi aposento con dos de tus obreros, que traían consigo un bulto cubierto por una sábana. Les dijiste que nos dejaran a solas, levantaste el velo y descubriste la escultura más exquisita que se haya realizado jamás. Era un busto mío, realizado a partir de aquel retrato que me hiciste el día que nos conocimos. Era yo, indudablemente era yo, pero más hermosa de lo que he sido nunca en realidad, más majestuosa, más reina.

Siempre he adorado ese busto, Mose, pero aquel día fui incapaz de apreciarlo.

—Es muy bonito —te dije—. Ahora déjame, por favor. Necesito descansar.

Pude ver el orgullo herido en tu mirada. Bajaste los ojos y estuviste a punto de irte, pero decidiste quedarte un poco más.

—Creí que te gustaría.

—Y me gusta, Mose, pero no tengo ánimo ahora para tu arte. Ya eres favorito del faraón y maestro de obras. Todos los artesanos del país imitan tu estilo, ¿qué más quieres de mí?

—Algo que no tiene nada que ver con eso... Henti.

Te acercaste a mi lecho, te sentaste al borde de la cama, me cogiste de la mano y me miraste a los ojos. Nunca fuiste hermoso, Mose, pero reconozco que tus ojos de rana tienen algo de melancólico que siempre supe apreciar.

—No debes llamarme así. No es adecuado. Soy la reina.

—Yo fui el primero que te vi como una reina, ¿recuerdas? Yo te hice reina

antes de que lo fueras.

—Lo recuerdo, amigo mío.

—Antes de marcharse, tu hermana me dijo algo.

—No me hables de Iltani. Estoy disgustada con ella.

—Lo comprendo, pero me dijo algo que es cierto. Me dijo que, si te amaba, debía luchar por ti. No te pido nada, solo... poder estar a tu lado.

Puse mi dedo sobre tus labios. Los ojos se me llenaban de lágrimas, pero una reina sabe contener sus emociones. Endurecí la mirada y negué con la cabeza.

—Te prohíbo que vuelvas a mencionar este asunto, Mose. Tú y yo somos amigos, así ha de ser y así seguirá siendo. Ahora déjame, por favor. Necesito descansar.

Te herí aquel día, ¿no es cierto? Lo lamento, pero no tenía otra elección. Te pusiste en pie, suspiraste y me dejaste sola. El busto se quedó en mi aposento, eso sí, y allí lo conservé el resto de mi vida, como recordatorio de lo que podría haber sido si yo hubiera tomado elecciones diferentes.

Conseguí superar mi aflicción. La escultura que hiciste para mí me sirvió de inspiración. Decidí que estaría a la altura de la reina que habías visto en mí.

Sería la mejor soberana que había conocido Egipto.

Convencí a Amenhotep de que celebrara su *Heb Sed* al cumplirse tan solo el tercer año de su reinado, cuando la mayoría de los faraones lo celebran cuando cumplen treinta años de gobierno para renovar su energía física y espiritual. Yo sabía que era preciso hacer un gran gesto para legitimar su corona después de los rumores que persistían en la corte sobre la muerte de Tutmosis, y que el *Heb Sed* era el mejor momento para anunciar el gran plan que habíamos concebido para acabar para siempre con la amenaza de los sacerdotes de Amón.

¿Recuerdas su discurso, amigo mío? Yo lo escribí para él. El faraón lo pronunció en Malkata, uno de sus últimos actos oficiales allí, ante la corte en pleno y una multitud de egipcios anónimos que habían venido a presenciar el festival y a disfrutar de las dádivas que repartimos. Sus palabras aún resuenan en mis oídos.

—Los templos de los dioses colapsan en ruinas, sus cimientos desaparecen. Desde tiempos de nuestros antepasados, los hombres sabios han intentado escrutar la esencia de lo divino. Sabed que yo soy vuestro rey y he penetrado en la naturaleza de los dioses. He sido testigo de cómo los dioses cesan sus apariciones. ¡Ya no habitan en sus templos! Todos han desaparecido, excepto la madre y el padre de todos ellos, el que se dio vida a sí mismo, aquel cuyos caminos nadie ha entendido hasta ahora.

A partir del *Heb Sed*, Atón se convirtió, por decreto real, en el dios supremo de Egipto, el único que podía cobrar impuestos y recibir tributos de los campesinos. Para hacerle honor a la nueva deidad suprema, se decretó la construcción de una nueva capital para Egipto, de una nueva sede para el trono de los faraones.

La Ciudad del Horizonte de Atón.

Recuerdo la expresión del sumo sacerdote Meryptah cuando supo que la corte abandonaría Tebas, escapando de una vez y para siempre del influjo del dios carnero.

Y eso no fue más que el principio. Dos años después del *Heb Sed* nos trasladamos a la Ciudad del Horizonte, ¿recuerdas, Mose? Las obras ni siquiera estaban terminadas pero mi esposo quería supervisar los trabajos en persona. Nunca logré que se interesara por la guerra ni por el precio del grano, que prestara atención a los delegados extranjeros ni que se sentara en el trono para administrar justicia, pero construir la Ciudad del Horizonte, contigo como su mano derecha, eso sí que le gustó.

Diseñasteis la nueva ciudad con un trazado geométrico ortogonal. Quince estelas se erigieron para delimitar sus bordes. El centro lo ocupaba el gran templo de Atón, cuyo corazón carecía de techumbre para permitir la entrada de la luz del sol. Lo concebiste como el templo más grandioso de todos los tiempos, con una casa del jubileo provista de un pilono y de una sala hipóstila de dieciséis columnas, así como de una zona para el descubrimiento de Atón provista de seis patios a cielo abierto con trescientas sesenta y cinco mesas de ofrendas, una por cada día del año solar.

De forma radial, alrededor del centro de la ciudad, distribuiste los palacios y edificios administrativos, las viviendas de los nobles, los barrios de los artesanos y los campos que trabajaban los agricultores. Todo lo pensaste y diseñaste para funcionar con la precisión de un reloj solar. No había templos para ningún otro dios más que Atón.

Para celebrar nuestra llegada a la Ciudad del Horizonte, Amenhotep anunció que adoptaba su nuevo nombre, Akenatón, por el cual será conocido para todas las generaciones venideras.

Fueron buenos años, ¿no es cierto, amigo mío? Tú llevaste a cabo la revolución artística más profunda que jamás conocerá Egipto y yo logré que nuestro país prosperara. Los estados vasallos nos respetaban y apenas tuvimos que ir a la guerra. El precio del grano se mantuvo estable y hubo comida en abundancia para todos. Los ricos no se enriquecieron en demasía ni los pobres se empobrecieron.

Mantuve cerca a mis enemigos. Ay llegó a ser *chaty*, visir supremo del Alto y Bajo Egipto con poder para dictar leyes y administrar justicia en nombre del faraón. A Horemheb lo nombré comandante en jefe de nuestros ejércitos y no dudé en mandarlo a la guerra cada vez que fue necesario, con la esperanza de que alguna lanza perdida acabara por clavársele en el pecho.

También sufrí, amigo mío, y tú siempre me acompañaste en mi penar. Ocho veces estuve encinta, dos de ellas aborté y las otras seis albergué la esperanza de dar a luz a un heredero, pero en todas las ocasiones parí una niña. Tú me

dijiste que no debía desesperarme, que el Egipto de Atón era diferente al de los falsos dioses y que nada impedía que mi esposo nombrase heredera e incluso corregente a nuestra primogénita, la princesa Meritatón, pero yo sabía que ese momento no había llegado aún, si es que algún día sucedería.

¿Qué sentías sabiendo que era otro hombre el que me fecundaba? ¿Que ninguna de mis hijas era tuya? ¿Alguna vez pensaste cómo habría sido nuestra vida si hubiésemos podido estar juntos?

Yo sí.

Amenhotep desposó a su hermana Beketatón, siguiendo la costumbre bien asentada en Egipto, y la dejó embarazada. De aquella unión nació el príncipe Tut, tan débil y enfermizo que nadie pensó que sobreviviría al primer año. Supongo que nos ha sorprendido a todos. Tiene la capacidad de resistencia de su padre.

Los peores presagios acompañaron su nacimiento. Una de las columnas del templo de Atón en la Ciudad del Horizonte se desplomó, dejando malherido al sacerdote que consagraba sacrificios en su honor. Los chacales del desierto sortearon los muros de la capital y llegaron aullando hasta palacio mientras Beketatón gritaba a causa de los dolores del parto. Los dos últimos años había habido malas cosechas en Egipto y los más pobres comenzaban a pasar hambre. Las tropas de Horemheb habían sido derrotadas en su última escaramuza con los viles hititas. Una plaga negra brotó en Egipto el mismo día que se anunció el embarazo de Beketatón. Al principio fueron solo unas pocas ciudades las afectadas, pero pronto el país entero comenzó a sufrir por la enfermedad. Los sacerdotes de Amón extendieron el rumor de que la peste obedecía a un castigo del dios carnero, que estaba furioso con nosotros por haber desatendido su culto en favor de Atón. Fue entonces cuando el pueblo comenzó a retirarnos su confianza.

Poco después murió la reina Tiya. A nadie le sorprendió, porque era una mujer mayor que había vivido mucho, pero aun así fue un duro golpe para todos. Lo fue para su hijo, que siempre había tenido una relación especial con su madre. Y lo fue para mí, porque jamás olvidaré que fue la confianza de Tiya la que me hizo reina.

El peor augurio, no obstante, fue cuando el propio Amenhotep cayó enfermo. Cada cierto tiempo, sin preaviso ni forma de predecirlo, el faraón se sumergía en un violento trance que duraba horas. Padecía convulsiones, se mordía la lengua y se lesionaba los miembros. Su cuerpo quedaba tan exhausto que tardaba días en recuperarse.

Ningún médico sabía ayudarlo. Amenazaron con trepanarlo, pero yo sé que esto hubiera significado una muerte segura. Lo prohibí.

Me negué a rendirme a la desesperación. Amenhotep quería abandonar, pero lo convencí de que había que seguir adelante. Al igual que hicimos al principio de nuestro reinado con el festival *Heb Sed*, decidimos celebrar el *Durbar* para

mostrar al mundo la majestad de Akenatón y la gloria eterna de nuestro dios.

Organicé el *Durbar* más fabuloso de cuantos se recuerdan en el Doble País. Acudieron delegados de todos los países vasallos de Egipto y mensajeros de nuestros principales enemigos, incluidos los soberbios y crueles hititas. Hubo desfiles con gentes venidas de todos los rincones de nuestro imperio, de Nubia a Asiria y de Oriente a Occidente. Se exhibieron tesoros sin fin, animales nunca vistos, flores y plantas traídas de los confines del mundo. Se ofrecieron los manjares más deliciosos que ha catado paladar humano y nuestro dios, Atón, nos bendijo con sus rayos sin mácula mientras le consagrábamos ofrendas y libaciones.

Aquella fue la última ocasión a la que pudo asistir la familia real en pleno. Estábamos todos. El faraón y yo, Tadukhipa, nuestras hijas, el príncipe Tut. Y tú, por supuesto. Amenhotep siempre decía que eras uno más de la familia.

Hasta mi hermana Iltani, conocida como Mutnodjemet, regresó a casa.

## Libro VIII

### *La esclava de Horemheb*

**C**reo que el Nilo debía de haber crecido en dos ocasiones para después regresar a su cauce cuando Horemheb decidió liberarme de la mazmorra y me permitió vivir en la casa entera. Supongo que, encontrándose en medio del desierto, el riesgo de que yo pudiera escapar era realmente muy bajo y, en cualquier caso, mi sumisión a mi amo y señor era tan profunda que jamás habría concebido semejante idea.

Durante gran parte del tiempo vivíamos como marido y mujer. Nunca permitió que volviera a arreglarme como una dama egipcia, sino que me ordenó volver a presentar el aspecto que tenía cuando me conoció. Fue así como me dejé crecer el cabello. No utilizaba maquillaje ni pelucas y me vestí de nuevo con túnicas de estilo mitanno.

Nuestras costumbres no diferían en exceso de las de cualquier matrimonio al uso. Cada mañana Horemheb salía antes del alba para llegar a tiempo al palacio de Malkata y prestar servicio al faraón y regresaba cuando el sol ya se había puesto. Yo ocupaba mi día en cocinar para él y cuidar de que la casa estuviera limpia y en orden. Estas tareas me dejaban mucho tiempo libre, así que mi dueño solía dejarme instrucciones explícitas para que me autoinfligiera castigos en su ausencia y no olvidase así mi condición de esclava. A menudo me ordenaba que me encerrara en la mazmorra cuando hubiera

terminado de preparar la comida y que lo esperara allí hasta su retorno, otras veces me prohibía beber y comer y, si consideraba que mi comportamiento no había sido del todo de su agrado, me mandaba flagelarme con un látigo que había traído al efecto.

Yo no me cuestionaba la naturaleza de las cosas. Tenía asumido que Horemheb era mi amo y dios y que, por tanto, tenía derecho a disponer de mí como le pareciera. Si me daba una orden, obedecía sin más.

Algunos días Horemheb no tenía que ir a palacio. En esas ocasiones, solíamos encerrarnos en la mazmorra y divertirnos durante horas. También hablábamos mucho, la mayor parte de las veces, sobre él. Me contaba los pormenores de su trabajo y cómo iba ganándose cada vez en mayor medida la confianza del faraón. Aunque lo consideraba débil de carácter, tenía buena opinión de Akenatón y no solía criticarlo abiertamente. Había caído enfermo y sufría unos extraños episodios en los que convulsionaba como un loco y le salían espumarajos por la boca, pero después se recuperaba y parecía pensar con normalidad. Horemheb opinaba que mi hermana, a la cual siempre se refería como Nefertiti, había aprovechado la enfermedad del faraón para usurpar su poder. La veía como una mujer peligrosa y manipuladora que había conseguido engatusarlo para hacerse con el control de Egipto. La nueva religión le parecía el epítome de la estupidez. Decía de Atón que era una deidad pusilánime que carecía el vigor guerrero de los antiguos dioses y solía mofarse de los cortesanos que habían eliminado las menciones a Amón, a Ptah, a Toth para sustituirlas por Atón.

—Yo nunca abandonaré mi nombre —me dijo una vez, con gesto orgulloso—. Mi dios es el halcón y le seré siempre fiel.

Con frecuencia descargaba su mal humor conmigo. Si llegaba a casa furioso por algo que hubiera acontecido en la corte, solía azotarme y abusar bruscamente de mí para desahogarse. Yo sufría con estos episodios, pero estaba orgullosa de poder serle útil a mi amo. Había ocasiones, por supuesto, en que el objeto de su enfado

era yo debido a algún gesto que pudiera considerarse como una falta de respeto o alguna palabra que no le hubiera gustado. Entonces me encerraba en la mazmorra durante días y me condenaba a su silencio, con el resultado de que, al ser liberada, yo me mostraba aún más sumisa y me convencía de que lo amaba más que nunca.

Esa es la verdad, oh, Atón, y a ti debo expresártela sin reservas ni matiz alguno. Durante la mayor parte de mi encierro creí estar ciegamente enamorada de Horemheb. Lo consideraba un dios viviente y me sentía privilegiada por el hecho de poder servirle y ser admitida en su presencia. Cuando no estaba, lo echaba de menos hasta el punto de no poder aguantarlo. Revolvía en sus prendas sucias y enterraba mi rostro en ellas para poder aspirar su olor. Y sí, sentía lujuria y concupiscencia solo de pensar en él. Al verlo, mi cuerpo se encendía de deseo y más de una vez derramé mis jugos sin estar él presente, excitándome solo con su recuerdo.

La primera vez que me anunció que debía partir de viaje y que yo no lo acompañaría, tuve la sensación de que moriría de angustia en su ausencia. Le imploré que me llevara con él a donde fuera, pero se negó sin ofrecerme explicaciones. Me regaló, eso sí, una pequeña estatua que lo representaba y me dio permiso para adorarla como si fuera una divinidad durante el tiempo que no estuviera. Aún la conservo. Es una imagen de arcilla de menos de un codo de alta. Representa a Horemheb victorioso tras una batalla, pisando con un pie la cabeza de sus enemigos mientras con la mano derecha esgrime una espada.

Permanecí sola casi tres lunas completas y durante este tiempo, cuidé de la estatua de mi amo como en tiempos había hecho de la de Shaushka. La lavaba y perfumaba por la mañana, la rezaba durante el día y al caer el sol la preparaba para la noche. Como Horemheb no había compartido conmigo el destino ni la naturaleza de su viaje, me torturaba pensando que quizá hubiera partido a la guerra donde podía resultar herido o incluso morir alejándose para siempre de mi lado. Cuando ese tipo de

pensamientos me perturbaban, cogía el látigo y me azotaba frente a la estatua para castigarme por haber osado dudar del poder supremo de mi dios y señor. En dos ocasiones incluso llegué a encerrarme yo misma en la mazmorra sin agua ni comida en su honor. Fue así como, incluso sin estar él presente, persistió mi situación de esclavitud.

Horemheb regresó a casa en medio de la noche. Me sacó de la cama, me arrastró hasta el calabozo y me golpeó con el mayor ensañamiento que yo le había conocido hasta entonces, al tiempo que despotricaba contra mi hermana.

—¡Quién se ha creído que es! ¡No es más que una sucia extranjera! ¿Dónde se ha visto que el destino de un imperio se vea regido por los caprichos de una mujer? ¡Es una furcia! Una ramera que ha sabido conquistar la mente del faraón y hace con él lo que se le antoja. ¡Pero yo no lo toleraré! Le clavaré un puñal si es necesario, pero jamás me doblegaré ante ella, ¡jamás!

Al fin, su furia pareció desinflarse y por primera vez miró a su alrededor. Yo había transformado la mazmorra en el sanctasanctórum de mi templo particular, con la estatua que él me había regalado en el lugar de honor. Frente a ella había dispuesto su silla favorita, a cuyos pies solía arrodillarme mientras aguardaba su regreso. Horemheb sonrió complacido, se sentó en la silla y estiró las piernas. A pesar de encontrarme dolorida por los golpes, me arrastré a su lado, le quité las sandalias y comencé a besarle los pies.

—Te he echado de menos, mi señor.

—Así me gusta. Eres una buena esclava, a diferencia de tu hermana, que es una sucia ramera que desconoce su lugar. Pero yo se lo mostraré, ¡vaya si lo haré!

—¿Puedo preguntarle a mi señor qué ha ocurrido para que esté tan agitado?

—Puedes, sí. Nefertiti ha convencido al faraón para que construya una nueva ciudad para albergar la capital. La corte se ha trasladado allí, por eso he estado fuera tanto tiempo.

—¿Mi amo tendrá que volver? —pregunté, alarmada.

—Sí.

—¡Llévame, por favor, os lo suplico!

Horemheb sonrió.

—Necesitas mi presencia, ¿eh? Realmente no puedes vivir sin mí. ¿Qué harías si yo te abandonara? ¿Te quitarías la vida?

—Sí, amo. Mi existencia no tendría sentido sin mi dios y señor.

—Sé que lo harías, perra, pero esta vez no será necesario. He mandado construir una villa que se adapta a nuestras necesidades en las afueras de la Ciudad del Horizonte. Vendrás conmigo.

—¡Gracias, amo!

—Nadie sabrá que estás allí. Durante el día estarás encerrada en la mazmorra para evitar que te descubran ojos indiscretos, pero quiero que me sigas para servirme y atenderme.

Fue así como Horemheb y yo nos mudamos a la Ciudad del Horizonte. La nueva casa no se diferenciaba en mucho de la anterior, a excepción del calabozo, que era más amplio y constaba de estancias diferentes. Estaba situada extramuros, en medio del desierto, por lo que no teníamos vecinos en las proximidades, pero aun así yo permanecía oculta durante el día para evitar ser vista.

De nuevo pasaron los meses y los años sin gran novedad en nuestras vidas. Mi esposo fue enviado a la guerra y yo permanecí sola casi el tiempo que separa una crecida de la siguiente. A su regreso me sentí más unida a él que nunca y nuestra pasión se encendió aún más, si es que aquello era posible. Durante aquel periodo me visitaba dos y tres veces durante el día para gozar de mi cuerpo y maltratarme a voluntad. La siguiente ocasión en la que fue enviado a una misión militar, dispuso que yo lo acompañara en condición de esclava doméstica. Iba tapada y cubierta de velos para impedir que nadie pudiera reconocerme, atendía a sus necesidades y le servía en todo. A partir de entonces, siempre lo seguí cuando iba a la guerra.

En la segunda de nuestras campañas juntos, Horemheb llegó una noche a la tienda acompañado de tres soldados y les ordenó

que me violaran delante de él. Así lo hicieron, además de insultarme y someterme a todo tipo de humillaciones que prefiero no recordar, pero que en el momento no me causaron malestar alguno, ya que apenas me sentía humana sino más bien un animal o incluso un objeto cuya única utilidad era proporcionar placer a su amo. La experiencia pareció gustarle porque la repitió en muchas otras ocasiones, siempre con hombres distintos, soldados la mayor parte de las veces, pero también pescadores, faeneros y hasta esclavos.

No me explayaré más sobre los rigores de mi vida de cautiva porque me parece que no vienen al caso. Basta que te confiese, oh, Atón, que fui esclava de Horemheb en cuerpo y alma, perteneciéndole por completo y con una devoción absoluta, muy superior a la que jamás había sentido por Shaushka.



Me he preguntado muchas veces cómo enfermé. Es creencia general que la peste llegó a Egipto por voluntad de los dioses, pero yo sé que tú eres el único dios, oh, Atón, y que jamás enviarías un castigo semejante contra nosotros, ya que tú eres bueno y misericordioso. Con el paso de los años he aprendido, además, que cierto tipo de enfermedades parecen transmitirse de una persona a otra y que rara vez alguien las contrae sin haber estado en contacto con otro que ya la padeciese.

¿Pudo ocurrir durante la última campaña a la que acompañé a Horemheb? ¿Sería uno de los hombres a quienes me entregaba para su diversión? ¿Quizá la invasión de ratas que sufrimos en el campamento?

Aquella expedición fue muy dura. El faraón nos había enviado a defender a nuestros aliados en la zona de Canaán, de donde es originario el pueblo hitita al que pertenece Mose, de una incursión hitita. Tras numerosas batallas, Horemheb hubo de reconocer su derrota y emprender el regreso a casa sin haber logrado sus

objetivos. Ni que decir tiene que su frustración fue tal que la descargó conmigo bajo la forma de noches enteras de golpes, patadas y bastonazos, aunque yo en aquel momento ya estaba tan enferma que apenas sentía nada. Solo sé que, cuando regresamos a la Ciudad del Horizonte, yo ardía de fiebre y deliraba entre ensoñaciones y pesadillas. Por mucha agua que bebiese no era capaz de calmar mi sed. Tosía sin parar y producía esputos sanguinolentos. Me aparecieron, además, unos bultos negruzcos en las ingles y en las axilas.

Sufría, sufría mucho.

He de decir que Horemheb me cuidó lo mejor que supo, aunque no había mucho que él pudiese hacer. El retorno de nuestra campaña coincidió con la celebración del festival *Durbar* del faraón Akenatón, y mi esposo estaba cargado de responsabilidades y obligaciones, pero, aun así, venía con frecuencia a la casa para comprobar mi estado, darme de beber y cambiarme la ropa. Incluso me permitió instalarme en el dormitorio conyugal, que estaba ubicado en la planta superior de la vivienda, en vez de hacerme dormir en la mazmorra como era su costumbre. Con todo, mi salud no dejaba de empeorar y pasaba la mayor parte del tiempo desmayada.

Llevaba ya tres o cuatro días enferma cuando, al abrir los ojos, vi inclinado sobre mí a un hombre anciano al que no había visto nunca. Me examinaba los bubones que tenía bajo las axilas y negaba con la cabeza al tiempo que fruncía el ceño.

—Su estado es muy grave, Horemheb. No creo que sobreviva.

—¿No se puede hacer nada por ella? Es una esclava muy valiosa, me costó casi su precio en oro. Verás que tiene genitales de hombre, aunque por lo demás piensa y se comporta como una mujer.

El anciano me levantó la túnica y, sin pudor alguno, me tocó entre las piernas y reconoció mis partes privadas.

—Es extraordinario. ¿Qué utilidad le das?

—Es como tener dos esclavos en uno. Es fuerte de modo que puede hacer tareas de hombre, pero también limpia y cocina y cuida de la casa como cualquier mujer. En la guerra me es preciosa, no me gustaría perderla.

—Su destino está en manos de Atón. No es un caso aislado, en varias ciudades de todo Egipto están apareciendo brotes de la enfermedad. La llamamos peste porque los bubones, al reventar, exudan un líquido negro y maloliente.

Apenas recuerdo nada de los siguientes días. No me movía de mi esterilla y pasaba la mayor parte del tiempo inconsciente. Horemheb me administraba infusiones y decocciones que, imagino, le habría prescrito el médico para ayudar a mi cuerpo a luchar contra la enfermedad. Pasado algún tiempo, el cirujano regresó, me sajó los bubones y extrajo el líquido pestilente que había en su interior, curándome después las heridas con alcohol de romero. Me encontraba tan débil que ni tan siquiera tuvo que administrarme adormidera para resistir la operación. En cuanto a Horemheb, permanecía conmigo durante la noche. Me tocaba la frente y me susurraba al oído:

—Te ordeno que te recuperes.

No debían de haber pasado más de tres noches desde la intervención cuando el médico regresó para examinarme.

—Tienes suerte, amigo mío —dijo este último—. Si tu esclava no ha muerto aún, es muy probable que sobreviva. Eso sí, no podrá trabajar en varias semanas.

—¿Se recuperará, entonces?

—Diría que sí. Tenías razón, es una muchacha fuerte, o bueno, muchacho, o lo que sea. La mayoría de la gente muere al quinto día de padecer los primeros síntomas y ella ya lleva diez.

La realidad era que no me encontraba mejor, más bien al contrario. Ni siquiera las peores palizas de Horemheb me habían dejado tan dolorida, pero las palabras del médico me dieron esperanza. Cada día pasaba menos tiempo inconsciente y, aunque la fiebre y la tos persistían, no me brotaron nuevos bubones.

Una tarde, al regresar de palacio como cada día, Horemheb se sentó en el suelo junto a mí. Me contempló con el ceño fruncido durante unos instantes y luego asintió.

—Mañana, al amanecer, quiero que te arregles como una dama. Te afeitarás la cabeza y eliminarás el vello de todo tu cuerpo. Te maquillarás como solías hacer cuando vivías en palacio, te pondrás una peluca y lucirás un vestido que se ciña a las curvas de tu cuerpo.

Aquella orden me produjo curiosidad, porque sabía que Horemheb detestaba mi aspecto cuando me vestía de cortesana. No obstante, hacía mucho tiempo que había aprendido a no cuestionar sus instrucciones ni a preguntar sus motivos, por lo que me limité a asentir.

—Así lo haré. ¿Traerá mi señor la peluca, el vestido y el maquillaje que he de emplear?

—En efecto, así como joyas y zapatos nuevos. Ha llegado el momento de que la princesa Mutnodjemet regrese a la corte.

La mera idea de volver a vivir a palacio me produjo un vahído. Pensé en las otras damas, en los criados, los escribas, ¡mi hermana! Solo pensar en tener que tratar con tanta gente me hizo estremecer de angustia, aunque por supuesto, no se me ocurrió discutir.

—¿Puedo preguntar por cuánto tiempo, mi señor?

—De forma indefinida.

—¿Lo sabe mi hermana?

—Son órdenes del faraón. Mañana mismo hemos de presentarnos ante él.

Me tocó la frente, sonrió y salió de la habitación. No pude dejar de preguntarme si la idea de llamarme de regreso a la corte había sido realmente del propio Akenatón o si Horemheb se la había sugerido por algún motivo que no alcanzaba a comprender. El resultado, en cualquier caso, era el mismo. Tenía que volver y enfrentarme de nuevo a Henti.

A pesar de los años que habían pasado, su rostro permanecía grabado en mi memoria. Pensé en sus facciones perfectas, en su piel suave y delicada, en su nariz recta y su boca orgullosa. ¿Cómo reaccionaría al verme? No nos habíamos despedido en los mejores términos y ni yo misma sabía con exactitud cómo me sentía respecto a ella.

A la mañana siguiente me costó un esfuerzo titánico levantarme. Horemheb me ayudó a afeitarme la cabeza y me entregó pinturas nuevas, una peluca y un hermoso vestido para que yo misma acabara de arreglarme. Cuando estuve lista, me permitió que me apoyara en él para bajar las escaleras. Una litera nos esperaba en la puerta y nos condujo hasta el palacio de la Ciudad del Horizonte.

Aunque llevaba años viviendo en las afueras, era la primera vez que visitaba la nueva capital. Se me antojó tan diferente a Tebas como un lugar puede serlo de otro. Todo estaba más limpio, más ordenado e infinitamente menos vivo. Cada barrio albergaba un solo tipo de edificación. Así, atravesamos una zona donde parecían vivir los comerciantes, y todas las casas eran unas iguales a otras. Había un único mercado y todos los puestos de comida y artesanía y telas y sandalias se congregaban allí en vez de estar repartidos por toda la ciudad. Pasamos después por otra calle que parecía estar llena de edificios oficiales, donde solo transitaban escribas y algunos soldados. Llegamos al fin al palacio, que estaba rodeado de un frondoso jardín. Nos dirigimos a la entrada y nos apeamos de nuestro transporte. Los guardias hicieron reverencias ante Horemheb y nos indicaron que continuáramos a pie hasta el patio donde tenía lugar la recepción.

—El *Durbar* del faraón —me explicó Horemheb sin que yo tuviera necesidad de preguntarle—. Hoy es el último día de la celebración y Akenatón recibe a los dignatarios extranjeros. Acudiremos a presentar nuestros respetos.

Se escuchó un estruendo inmenso que pronto identifiqué como una fanfarria de trompetas. Mientras caminábamos, caí en la cuenta

de que, en vez de estatuas que representaran a uno u otro dios como era costumbre en las construcciones egipcias, había solo estatuas y pinturas del faraón y de mi hermana. Las paredes estaban decoradas con frescos que inmortalizaban distintas escenas de la vida cotidiana de Akenatón y Nefertiti, a menudo acompañados de sus hijas y de otros miembros de la familia como la difunta reina madre Tiya o la propia Tadukhipa, pero yo no me fijé en nada de esto hasta mucho más tarde.

Un inconfundible murmullo de voces llegó hasta mí. La música continuaba y a las trompetas se les había unido el redoble de varios tambores. Yo estaba cada vez más débil y cansada, pero a pesar de ello apretamos el paso. Atravesamos una puerta que daba a un inmenso patio exterior situado a cielo abierto, bajo la luz del sol.

Había una gran multitud. En el centro del claustro había un pódium sobre el que se encontraban, sentados en dos tronos de igual tamaño y majestad, mi hermana y su esposo Akenatón. Henti apenas acusaba el paso de los años. Se la veía tan hermosa como siempre, quizá algo más madura, más majestuosa, más reina. El faraón, en cambio, estaba flaco y ajado. Tenía la tez pálida y la mirada perdida, igual que su padre antes de morir. A la izquierda de ambos, una sirvienta nubia que llevaba en brazos a un niño de cuatro o cinco años, de aspecto débil y enfermizo. Detrás, colocadas por alturas, había seis niñas, la mayor de las cuales tendría diez u once años y, la menor, no más de tres.

Una fila de hombres y mujeres ataviados con vestimentas extranjeras se situaba frente a ellos. Pude observar que, uno por uno, se postraban ante los reyes con las manos apoyadas en las rodillas y depositaban en el suelo, a sus pies, ofrendas y tributos.

Horemheb y yo nos colocamos a la cola. Yo necesité apoyarme en él para no desfallecer. El calor comenzaba a asfixiarme, estaba mareada y sudaba. Nadie había reparado en nosotros. Lentamente pasó el tiempo y la fila fue progresando. El sol avanzaba en su camino por el cielo. Llegó el mediodía. Varias veces me sentí a

punto del desmayo, pero el miedo a decepcionar a Horemheb me obligó a aguantar.

Cuando llegó nuestro turno, nos colocamos frente a Nefertiti y Akenatón y ambos hicimos una reverencia con las manos apoyadas sobre las rodillas. Al incorporarnos, comprobé que mi hermana tenía los ojos fijos en mí.

—¿Itani?

—Mi esposa y yo os presentamos nuestros respetos, majestades.

Henti parpadeó varias veces, como si no creyera lo que tenía frente a sí. Pude apreciar que su mirada se endurecía. Se puso muy derecha en el trono, levantó la cabeza y entornó los ojos.

—Tienes mucho valor para presentarte aquí después de tanto tiempo.

—Sé bienvenida de regreso a la corte, hermana —dijo el faraón. Él también se veía cansado—. ¡Que traigan al príncipe Tut!

La criada negra a la que había visto con el niño en brazos acudió junto a nosotros y me entregó a la criatura, que pesaba tanto que apenas podía sostenerla. El crío comenzó a sollozar de inmediato. Yo miré a un lado y a otro, sin comprender qué estaba ocurriendo.

—¿Qué significa esto? —preguntó mi hermana.

—He mandado venir a Itani para que se ocupe de Tut.

—Deberías haberme consultado.

—Pensé que te agradaría la idea. Es la excusa perfecta para traer a tu hermana de vuelta con nosotros.

—Soy yo la que tendría que hacerme cargo del heredero.

El niño no dejaba de llorar y patalear. Yo estaba cada vez más mareada y me fallaban las piernas. Puse al príncipe en brazos de Horemheb, que lo sostuvo a cierta distancia de sí mismo como si se tratara de un animal peligroso. Di dos pasos hacia Henti, dispuesta a decirle que yo no sabía nada de aquello, pero entonces todo empezó a dar vueltas y los ojos se me cerraron y estuve rodeada de tinieblas y creo que perdí el sentido.



Me contaron que pasé varios días delirando. El esfuerzo que había realizado para mantenerme en pie durante tantas horas fue sin duda demasiado para mi organismo, que ya estaba extenuado tras su lucha contra la peste.

Me dijeron que sobreviví de milagro, y lo creo.

Mis recuerdos de aquel periodo son en extremo confusos. La mayor parte del tiempo me atormentaban las pesadillas. Soñaba que volvía a estar prisionera en la mazmorra de Horemheb, pero que este no venía nunca a mí, sino que me dejaba sola para siempre y yo padecía hambre y sed. Entonces me atacaban las pulgas y comenzaban a devorarme el cuerpo, yo intentaba rascarme, pero descubría que estaba atada de pies y manos y el picor era cada vez más insoportable y solo deseaba morir.

En las raras ocasiones en que abría los ojos y creía ser consciente de lo que me rodeaba, me parecía estar siempre acompañada. El médico de la corte se hizo cargo de mí, con la ayuda de una legión de esclavos y sirvientes que no me dejaban sola ni de noche ni de día. Notaba también la presencia continua de Horemheb, que permaneció a mi lado todo el tiempo sin despegar los ojos de mí.

La primera mañana que desperté sabiendo quién era y dónde estaba lo encontré junto a mí. Se había quedado dormido en una silla al lado de mi cama. Estaba dolorida, pero no tanto como los primeros días. Me picaba el cuerpo entero, encontré en brazos y piernas rastros de mordeduras de insecto y recordé mis sueños con las pulgas, que quizá no habían sido totalmente fruto del delirio. Tenía hambre y sed y, por primera vez en mucho tiempo, me parecía que era capaz de respirar sin esfuerzo.

Miré a mi alrededor y comprobé que ocupaba una habitación amplia y luminosa, con un lecho de madera propio de una mujer noble, frescos en las paredes y un tocador con todo tipo de

cosméticos. Me moví entre las sábanas para tratar de incorporarme y debí de hacer algún tipo de ruido, porque Horemheb despertó con su instinto de soldado y se puso de inmediato en pie, alerta. Me contempló durante unos instantes y, de pronto, una sonrisa se esbozó en sus labios.

—Esposa mía, me alegro de que hayas despertado. No me he separado de tu lado en todo este tiempo. ¿Cómo te encuentras?

Era la primera vez que él se dirigía a mí de aquella forma. Normalmente me llamaba esclava o empleaba algún término denigrante para referirse a mí, pero jamás había expresado en modo alguno que él y yo pudiéramos ser marido y mujer, a pesar de que yo sí fantaseaba con aquella idea en mi cabeza.

Su dulzura, siquiera aparente, despertó en mí un sentimiento de ternura. Extendí la mano y él la estrechó entre las suyas al tiempo que volvía a sentarse a mi lado.

—Me encuentro mejor, mi señor, pero mis recuerdos son confusos. ¿Es posible que me haya convertido en la nodriza del príncipe heredero?

—Quiero que dejes de llamarme así. Ahora eres una dama respetable y vivimos en la corte del faraón. Te dirigirás a mí por mi nombre. Solo en privado y cuando yo te lo indique me mostrarás el respeto y la devoción que me debes. ¿Has comprendido?

—Sí, Horemheb.

—Lo que recuerdas es verdad. Se te ha hecho responsable del bienestar del príncipe Tut. En cuanto hayas recuperado las fuerzas, el niño se trasladará a tus habitaciones y pasará todo su tiempo libre contigo. Obviamente, el niño tiene sus propios preceptores que lo entrenan en las distintas disciplinas que deberá dominar si es que algún día ha de ser faraón, pero, por lo demás, estará encomendado a tu cuidado. Serás como una segunda madre para él.

—¿Qué le ha sucedido a su verdadera madre?

—La princesa Beketatón murió de peste hace casi un mes. Le sugerí al faraón que tú podrías convertirte en una especie de madre adoptiva para él. Le gustó mucho la idea.

—Tengo la impresión de que Henti no está satisfecha con este arreglo.

—Ese es uno de los motivos por los que estás aquí. La reina Nefertiti ha acumulado demasiado poder y ya va siendo hora de que alguien le ponga coto. Quiero que me mantengas al corriente de todos sus movimientos, de cada plan que pasa por su cabeza, de sus intenciones más secretas. Quiero saberlo todo.

—Pero, mi señor... perdón, Horemheb. Mi relación con mi hermana está muy deteriorada. Ya no queda nada del amor que antes nos unía.

—Te reconciliarás con ella, os abrazaréis y le jurarás lealtad eterna. Escúchame bien, incluso te autorizo a que le digas que no es fácil tenerme como esposo.

—¿Por qué iba a hacer eso? Tenerte a mi lado es mi única fuente de felicidad.

Horemheb se levantó de la silla y vino a sentarse al borde de mi cama. Me acarició el rostro con ambas manos y me besó en la frente.

—Lo sé, y como estoy tan seguro de ello, debes mentir a tu hermana. No hay nada mejor para ganar su confianza que tener un enemigo común. Dile que soy violento y que a menudo te desprecio y te humillo. Dile que durante todos estos años la has añorado, que quisiste venir a palacio a verla pero que yo soy celoso y siempre te lo prohibí. Quiero que vuelvas a ser su confidente.

—Lo intentaré.

—Ya sabes que los intentos no me sirven. Quiero resultados.

—Así será.

—Bien. He mandado venir a dos personas a las que estoy seguro de que te alegrará ver. Que ellos te ayuden a vestirse y arreglarte. Tengo trabajo que hacer, te visitaré esta noche.

Horemheb se puso en pie, abrió la puerta de la habitación y dejó entrar a mis queridos Tef y Hemet, que corrieron a abrazarme mientras mi esposo nos miraba desde el dintel. Nos dirigió una última sonrisa y se marchó.

Mi corazón se regocijó ante el reencuentro con mis dos amigos. Tras preguntar por mí y expresar su gran preocupación por mi estado de salud, me contaron que habían permanecido al servicio de Ay hasta que Henti los había hecho llamar para que pasaran a trabajar directamente en el palacio real.

—Tu hermana nos dijo, señora —explicó Tef—, que si algún día regresabas sin duda te alegrarías de nuestra presencia.

—Qué tontería. Ella no deseaba que yo volviera.

—Al contrario, señora —intervino Hemet—. Cuando te fuiste vagaba por el palacio como una muerta en vida. Los demás puede que no se dieran cuenta, pero para nosotros fue evidente que te extrañaba. A lo largo de estos años nos ha preguntado innumerables ocasiones si teníamos noticias tuyas.

—¿Por qué nunca nos hiciste llamar, señora?

—Mi esposo no me permitió llevar conmigo a nadie de mi confianza. Es muy celoso y siempre me ha querido solo para él. Pero no os preocupéis, ahora estoy aquí.

Ambos me ayudaron a prepararme como corresponde a la dignidad de una alta dama de la corte, hermana de la Gran Esposa Real y esposa del comandante en jefe de los ejércitos. Me rasuraron cuerpo y cabeza, me vistieron y me maquillaron. La moda de la corte había cambiado durante mi ausencia y en ese momento se usaban polvos de oro para darle brillo a la piel y pinturas de color amarillo para realzar los ojos, todo ello en honor a ti, divino Atón. Mi peluca poseía reflejos dorados y estaba tocada con una diadema de oro rematada con un radiante símbolo solar.

Habían pasado los años. El largo tiempo de encierro y la enfermedad habían causado indudables estragos en mí. Y pese a ello, una vez más, me vi hermosa.

Pasé el resto de la mañana en mi aposento. Tef y Hemet me trajeron el almuerzo para que no tuviera que desplazarme. Era primera hora de la tarde cuando un sirviente vino a anunciarme que la reina deseaba verme. Lo seguí a través de los corredores de palacio hasta que llegamos a una puerta tan alta que podría haber

entrado por ella uno de los gigantescos colosos de los antiguos reyes que pueden apreciarse al navegar por el Nilo. Estaba custodiada por dos soldados que, al vernos, abrieron de inmediato.

—Majestad, vuestra hermana, la dama Mutnodjemet —anunció el criado antes de dejarnos a solas.

Mi hermana esperaba tendida en un diván, con una copa de un líquido espeso que parecía vino en la mano y la mirada perdida en el vacío.

—Hola, Henti —saludé.

—Prefiero que me llames Nefertiti, nadie utiliza ya mi antiguo nombre. Me alegro de verte recuperada, nos has tenido muy preocupados. Siéntate, por favor.

Me indicó una silla de madera frente a ella y yo, obediente, me acomodé allí. Respiré hondo y traté de centrar mi atención en lo único que debía importarme: la misión que me había sido encomendada.

—Como desees, hermana. Te doy las gracias por haberme hecho llamar porque, la verdad, deseaba hablar contigo.

—Dime. Te escucho.

—Quiero que sepas que... he sufrido mucho con nuestra separación. Soy muy feliz de estar de nuevo a tu lado.

Henti guardó silencio durante bastante tiempo, sin llegar a mirarme, antes de dignarse replicar.

—Mutnod, me gustaría que fueras sincera conmigo y me dijeras de una vez qué te propones. ¿Qué disparate es este de presentarte en palacio sin avisar, para convertirte en nodriza del heredero? ¿Del hijo varón de mi esposo, el único que no ha salido de mis entrañas? ¿Puedes imaginarte lo doloroso que es esto para mí? He parido seis hijas, ¡seis! Y ha tenido que yacer con su propia hermana para que le nazca un heredero...

—Te juro que hasta que no llegué aquí y el faraón puso al niño entre mis brazos, no sabía nada de todo esto.

—Y eso debo creérmelo, ¿no es así? Es igual que hace diez años, cuando Horemheb estuvo a punto de hacerse coronar faraón

y tú de convertirte en reina. No creas que lo he olvidado. ¿Qué es esto, una nueva estrategia de tu marido para hacerse con el trono?

Estuve a punto de responderle que Horemheb nunca traicionaría a Akenatón, que hacía muchos años le había dado su palabra de que lo protegería y no pensaba romperla. Pero después recordé el consejo que él mismo me había dado y decidí cambiar de rumbo. Bajé la mirada y fingir que me veía sobrecogida por la emoción.

—Ignoro los planes que tiene mi esposo. Él no suele compartir conmigo sus pensamientos. En realidad, no compartimos nada. Ser... ser su esposa no es tarea sencilla.

—No será porque no te avisáramos. Tanto Tey como yo te dijimos que era un hombre peligroso.

—Le tengo terror. Es violento, maligno. Me pega con frecuencia, me insulta... —No lo tenía previsto, pero las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Pensé que se me estropearía el maquillaje y que estaría horrible, de modo que me detuve y tomé una honda inspiración antes de continuar—. No soy feliz a su lado, Henti. Perdona que emplee este nombre, pero es como te he llamado siempre y el único que puedo utilizar si he de abrirte mi corazón.

Temí haber hablado demasiado, pero mis palabras parecían haber hecho efecto. Henti se levantó de su triclinio, me hizo un gesto para que me pusiera en pie y me estrechó en un abrazo. Pude ver que sus ojos también estaban húmedos cuando se separó de mí y me contempló con ternura.

—Ahora estás de vuelta y no debes preocuparte de nada. No permitiré que vuelva a alejarte de mí. Amenhotep también tiene una extraña fascinación por Horemheb que nunca he llegado a comprender. Es cierto que tiene talento para la guerra, pero, si de mi dependiera, me hubiera deshecho de él hace mucho tiempo. Ya ves, ni siquiera una reina puede obrar enteramente a su antojo.

—Seguro que tienes más libertad que yo.

—Te sorprenderías. —Henti volvió a acomodarse en su diván y me hizo un gesto para que yo la imitase. Suspiró antes de continuar

—: No sé cómo lo consigues, pero, por mucho que me lo proponga, nunca logro mantenerme enfadada contigo por mucho tiempo. Anda, vayamos al tema que nos ocupa. Amenhotep te ha encomendado el cuidado de su heredero.

—Hermana, yo no sé nada de niños. Estoy aterrada con este encargo.

Pensé que Horemheb se disgustaría si supiera que había dicho aquello. La idea de que yo fuese la nodriza de Tut era suya y no querría que yo lo desautorizara. Pero era la verdad, yo jamás me había ocupado de un niño y no tenía ni la más mínima idea de cómo afrontar la tarea que tenía por delante.

—Tranquila, lo harás bien. En realidad, tu principal función será mantenerlo sano y fuerte, y esa siempre ha sido una de tus especialidades. El príncipe ya es un niño débil y enfermizo, si llegara a contraer la peste, no creo que fuera capaz de recuperarse como has hecho tú.

—¿Está muy extendida aquí, en la Ciudad del Horizonte?

—Sí. Ya sabes que la madre de Tut, la princesa Beketatón, murió hace unas semanas por su causa. De momento, ella ha sido el único miembro de la familia real que ha enfermado, quitándote a ti, pero ha habido casos entre la tropa, entre los escribas, incluso entre los sacerdotes de Atón. Para colmo de males, los seguidores de Amón han aprovechado la ocasión para decir que la peste la envían los antiguos dioses como castigo al faraón por haberlos abandonado. El pueblo está inquieto y temo una rebelión en cualquier momento.

—¡Cielos, Henti! ¿Qué piensas hacer?

—Amenhotep y yo hemos estado hablando y hemos decidido tomar una medida que deberíamos haber implantado hace mucho tiempo. Los sacerdotes de Amón son un nido de traidores que no hacen más que conspirar contra la corona. Vamos a prohibir todo culto oficial que no esté dirigido a Atón. Es la única forma de poner un freno a su poder.

Tuve que contener una sonrisa, segura de que mi esposo me recompensaría cuando le repitiera aquellas palabras. Pensé, sin embargo, que aún podía obtener más información.

—Es un movimiento valiente, hermana, pero... ¿no temes que el pueblo se vuelva contra ti?

—No te falta razón, Itani, y he meditado mucho sobre ello. Egipto lleva siglos sirviendo a sus dioses. Amón, Hathor, Mut, incluso Horus pueden ser sustituidos, ¿pero qué hay de Isis y Osiris? ¿Cómo puede tener el pueblo esperanza en la resurrección si les prohíbo adorar al señor del Amenti? Es un problema complejo, aunque creo haber hallado la solución.

—¿Cuál es?

—Es tan sencilla que resulta obvia. Atón es el señor de todas las cosas, padre y madre de todo cuanto existe. ¿Por qué no puede ser también señor del Amenti? Pero nos hemos derivado del tema que nos ocupa. Además de cuidar al niño, te pido que hagas lo posible para que no enferme. Por mucho que me pese, en sus pequeños hombros reposa el futuro de Egipto si no queremos que a la muerte de mi esposo las víboras de Ay, Meryptah y por supuesto tu querido Horemheb destrocen el país mientras luchan por conseguir el poder.

—Haré todo lo que esté en mis manos.

Mi hermana y yo conversamos aún bastante tiempo antes de despedirnos. Cuando me puse en pie para marcharme, me acompañó hasta la puerta y me abrazó de nuevo. La besé en la mejilla y regresé a mis aposentos.

Horemheb me esperaba allí. Le repetí palabra por palabra lo que había dicho Henti y, como esperaba, me sonrió y me acarició el rostro con dulzura.

—Bien hecho, esposa. Hoy me has demostrado tu utilidad. Debes seguir indagando, no obstante, sobre esa supuesta solución que ha encontrado Nefertiti. ¿Qué piensa hacer para que el pueblo crea en Atón como rey del País de Occidente?

—Lo averiguaré.

—Te has ganado una recompensa. Dime algo que desees y lo tendrás.

Tardé unos segundos en responder.

—Quisiera adorar a mi dios y señor.

—Hazlo, esclava. Ponte de rodillas y venérame.

—Gracias, amo.

# Pasaje del juicio

¡Querida amiga! ¿De veras eres tú? ¿No es un engaño?

Más que amiga, eres casi mi hermana. Cuando Itani se fugó con ese esposo suyo y me dejó sola durante tantos años, tú casi llegaste a ocupar su lugar en mi corazón. Tú y yo, que estábamos llamadas a ser enemigas, fuimos las más íntimas aliadas. Tú y yo, Tadukhipa, gobernamos Egipto juntas.

Nos juramos fidelidad aquel lejano día en que nos conocimos en Wassukanni, cuando tú llamaste a las puertas del templo de Shaushka para tratar de apartar de ti un destino que no deseabas. Fuiste fiel a tu palabra cuando nos hiciste llamar a Itani, a Tey y a mí, ¿no es cierto? Recordaste la promesa que me habías formulado y le hablaste de nosotras a la reina Tiya, que accedió a enviar a Horemheb a por nosotras, poniendo en marcha la sucesión de acontecimientos que nos llevó a las dos a la cima del poder en nuestro país de adopción.

Reconoce que yo también cumplí mi parte. Es cierto que me apoyé mucho en ti cuando Itani se marchó. En aquella corte extraña llena de enemigos y conspiradores, tú y Tey erais las únicas en quienes podía confiar.

Cuando Amenofis murió, tu destino natural era pasar al harén real con el resto de las viudas y antiguas concubinas del faraón fallecido. Excepto Tiya, que como madre del soberano reinante continuaba teniendo un papel oficial, al resto de sus mujeres les esperaba una vida de retiro sin más entretenimiento que la mutua compañía ni más ocupación que la propia supervivencia. Tú eras una mujer hermosa, Tadukhipa, con una belleza diferente a la mía, pero sin duda apetecible para cualquier hombre. Hubiera sido sensato por mi parte alejarte de mi esposo y, por el contrario, intercedí por ti ante él para que te rescatara convirtiéndote en una de sus esposas principales, la segunda en rango después de mí.

Favorita del rey y esposa muy amada, *hemet mereryt aat*, así te hizo llamar, aunque en la intimidad te otorgó el nombre cariñoso de Kiya, su pequeño mono.

Ahora que estoy muerta bien puedo ser sincera contigo, ¿no es así, amiga mía? Soy generosa, pero nunca he pecado de estupidez ni ingenuidad. Si permití que te hicieras un hueco en la corte de Amenhotep fue porque siempre supe que las mujeres no suponían tentación alguna para mi esposo. Su relación conmigo nada tenía que ver con el amor. Éramos amigos, confidentes, aliados. Amenhotep

sabía bien que no podía gobernar Egipto sin mí. Yacíamos juntos con frecuencia, pero solo porque él era bien consciente de su obligación de engendrar descendencia y perpetuar la sangre sagrada de los faraones y yo era por derecho la dadora de herederos. Tú, Tadukhipa, nunca representaste amenaza alguna para mí, porque mi posición en el trono de Egipto nunca dependió del deseo que ningún hombre pudiera sentir hacia mí.

Aun así, reconóceme que fui generosa al salvarte de esa muerte en vida, no por interés ni por maquinación alguna, sino porque eras mi amiga. Por eso me alegro tanto de verte aquí. Ojalá exista la otra vida y pueda pasarla contigo, aunque me temo que todo esto no son más que los últimos estertores de mi cerebro, que se resiste a morir del todo. Al igual que hemos visto a los pollos seguir caminando y dar vueltas y vueltas después de haberles cortado la cabeza, así mi mente continúa delirando una vez el hálito de la vida se ha extinguido ya en mí antes de desaparecer para siempre.

Dime por qué has venido. Eres Kiya, el pequeño mono, ¿por eso apareces ante mí con apariencia de babuino? Llevas útiles de escriba. Me tiendes la mano y me conduces frente a una balanza. En uno de los platos reposa Maat, la pluma de la verdad. En el otro está mi corazón. ¿Cuál resultará más pesado?

Cuando implantamos la religión de Atón en Egipto, decidimos dejar de lado el culto a Osiris y la creencia en el más allá. Bastante teníamos con enfrentarnos a los sacerdotes de Amón para arrebatarles el poder que ejercían sobre artesanos y campesinos a través de sus gravosos impuestos como para desafiar además al gremio de los embalsamadores, consagrados a Anubis, que se enriquecían preparando el cuerpo de los difuntos para su tránsito al Amenti.

Además, el mito de la resurrección de Osiris estaba en los mismísimos cimientos de nuestro reinado, ¿no es así?

«No podemos librar todas las batallas a un tiempo», dije yo. Tú estuviste de acuerdo y el faraón hubo de darnos la razón. De este modo, aunque se prohibió la financiación pública al culto de ningún dios que no fuera Atón, se permitió que los egipcios siguieran pagando fortunas a los embalsamadores y sacerdotes de Anubis porque no había otra forma de acceder a la eternidad.

Nuestro plan funcionó bien hasta que llegó la plaga. No creo que la enviara Amón ni ninguno de los antiguos dioses a los que supuestamente ofendimos, pero, si esto fuera posible, estaría convencida de que la peste fue provocada por Ay y Meryptah y Horemheb junto al resto de los conspiradores. ¿Pero acaso un hombre puede mandar sobre la enfermedad? ¿Los humores del cuerpo se pliegan al deseo de los sicarios? No veo cómo, pero mi instinto me sigue diciendo que así fue.

Quizá Iltani tenga razón y la peste se transmita de persona a persona o través de las ratas y otras alimañas. Si esto es así, veo muy capaces a mis enemigos de haber diseminado enfermos por todo el país para fingir una maldición divina y

soliviantar al pueblo contra mí. Porque el populacho es así: dos años de malas cosechas y un mal desconocido y olvidan la prosperidad que les habíamos traído durante diez crecidas del Nilo y otra más.

La resolución que adopté era firme. Había llegado el momento de prohibir el culto a ningún dios que no fuera Atón y proclamarlo no solo el primero entre los dioses sino el único y omnipotente, el que no tiene ni padre ni madre, sino que se creó a sí mismo, el padre y madre de todo cuanto existe, el que insufla su aliento a la vida y acoge al alma tras la muerte.

Amenhotep había querido hacerlo tiempo atrás. Como todos los conversos, había abrazado la religión de Atón que yo había inventado como un fanático y le parecía obsceno y blasfemo que se permitiera el culto a otros dioses. Tú, como de costumbre, estabas de acuerdo conmigo. Ay nos advirtió de los peligros de adoptar tal decisión. Egipto siempre se ha basado en el equilibrio y ha reposado sobre la fe en sus dioses. Cada provincia, cada nomo del país tiene sus propias enéadas y leyendas de la creación y dioses locales, y sería un error privarles de ello. Se soliviantarían y se rebelarían contra nosotros, sobre todo si les quitábamos a Osiris y a Anubis en un momento en que los egipcios morían como pulgas a causa de la peste.

Meryptah se presentó en palacio envuelto en su ira divina antes incluso de que hiciéramos el anuncio. Ocurrió pocos días después del retorno de Iltani a la corte. Acudió a la Ciudad del Horizonte y exigió ver al faraón a solas para tratar un asunto de extrema urgencia. Por supuesto, Amenhotep se negó a recibirlo en solitario. Nos tuvo a ti y mí a su lado como era su costumbre.

—Habla, Meryptah —dije desde mi trono de la sala de audiencias, flanqueada por dos esclavos que trataban de mantener alejado el calor abanicándonos con un enorme flabelo adornado con plumas verdes y azules—. Tu presencia sin avisar no es bienvenida.

—Mi señor Akenatón, que Amón te guarde, han llegado a mis oídos preocupantes noticias que me han hecho acudir a vos sin tardanza —contestó, ignorando mi presencia.

Nuestro esposo, sin embargo, hizo un gesto para que fuera yo la que contestara.

—Habla, Meryptah. No lo repetiré otra vez.

El sumo sacerdote torció el gesto e hizo una mueca de repugnancia, como si lo forzáramos a tragar aceite de ricino o alguna otra sustancia igualmente asquerosa. Respiró varias veces y alzó la cabeza con orgullo antes de decidirse a obedecer.

—No podéis prohibir el culto a Amón. Amón es el dios supremo de Egipto.

—Atón es el dios único y supremo de Egipto —dijiste tú, con tu voz dulce.

—El pueblo confía en Amón. Los campesinos acuden a nosotros en tiempos de hambruna para que los alimentemos...

—El pueblo acude a los sacerdotes de Amón porque los exprimís con impuestos durante los años de buenas cosechas y por tanto sois los únicos que aún guardáis grano cuando el trigo falta en Egipto —lo corregí yo con gesto displicente—. Pero eso se ha acabado. Habéis intentado burlar nuestra voluntad durante demasiado tiempo. El culto a Amón será prohibido, sus templos cerrados y sus propiedades repartidas entre los pobres.

—Entonces, ¿es cierto? ¿No es un rumor sin fundamento?

—Ya me has oído.

—No podéis hacer eso, ¡es imposible! ¡El pueblo necesita a Amón! —chilló Meryptah, su voz aguda como el grito de un cerdo en el matadero—. ¿Y qué hay de Osiris? ¿Prohibiréis su culto también? ¿Negaréis al pueblo la esperanza de la resurrección?

—Meryptah, me aburres —intervino Amenhotep—. Te ofrezco una última oportunidad de conversión. Adopta la nueva fe y hazte sacerdote de Atón. Si no aceptas, te despojaré de todas tus propiedades y te enviaré a remar a mis barcos que comercian con el país de Punt.

—¡Prefiero la muerte! Mis fieles me embalsamarán, preservarán mi cuerpo para la eternidad y resucitaré en el Reino de Osiris mientras vosotros sois castigados por la Devoradora de Almas.

—Tienes tres días para pensarlo, el tiempo que tardará en promulgarse el decreto —dictaminé—. Si no abrazas la fe de Atón, serás enviado a las galeras del faraón.

Meryptah se marchó entre gritos y maldiciones, dejando a la corte entera en estado de honda preocupación porque, en efecto, ¿qué sería de Egipto si se le privaba de su fe en el más allá?

Yo, por descontado, tenía un plan. Un plan tan secreto que solo a ti te lo revelé. Tú me ayudaste a mejorarlo, juntas le dimos vueltas y lo repasamos una y otra vez hasta que nos vimos capaces de ponerlo en marcha. Convocamos a nuestra presencia al sumo sacerdote de Anubis, al *Ker-heb* en persona, responsable del gremio de embalsamadores y jefe máximo de las Casas de la Belleza de todo el país, donde los egipcios de todas las clases son momificados como parte de su preparación para la eternidad.

El *Ker-heb* era un hombre mayor sin llegar a ser anciano, que había dedicado su vida a los muertos y traía consigo el olor ácido de los cuerpos en descomposición. Tenía la piel curtida por el sol y las sustancias que empleaba para su profesión y la expresión cínica de los que ya no creen en nada.

De inmediato supe que nos entenderíamos sin problemas con él.

—El faraón ha promulgado un decreto. Atón ha de ser adorado como único dios y el culto a todos los demás dioses será prohibido. Los embalsamadores deben someterse a la voluntad de Atón.

—La Casa de la Belleza siempre ha estado a las órdenes del faraón, de la

Gran Esposa Real y de la joven reina Tadukhipa —respondió él, sin perder la sonrisa—. Egipto seguirá necesitando a sus embalsamadores y los egipcios continuarán deseando resucitar en el más allá. Decidme qué hemos de hacer para cumplir vuestra voluntad y que Egipto funcione como siempre lo ha hecho.

—Debéis renunciar a Anubis y convertiros en sacerdotes fúnebres de Atón —ordenaste tú.

—Así se hará. —El sacerdote se inclinó en una reverencia, se irguió de nuevo y se pasó la lengua por los labios antes de continuar—: Será preciso, sin embargo, recrear el mito para que el pueblo lo comprenda. Majestad, Atón es un dios abstracto que carece de rostro y de cuerpo. Los egipcios sencillos están acostumbrados a los rostros de sus dioses. Me atrevo a sugerir, majestades, que el *Libro de los Muertos* ha de ser reescrito. Atón todopoderoso ocupará el lugar de Osiris como rey del más allá, pero quizá algunas deidades... menores, como Anubis y Thot puedan mantener su lugar, no como dioses sino como criaturas celestiales que trabajan a las órdenes de Atón.

—Interesante, sumo sacerdote. Tendremos en cuenta tu sugerencia.

—El propio faraón y la familia real pueden servir de guías e intermediarios para que el difunto sea bien recibido por Atón. En definitiva, vos, hermosa Nefertiti, resucitasteis a nuestro soberano Akenatón cuando fue asesinado por su vil hermano, ojalá la Devoradora haya destruido para siempre su alma. ¿Por qué no hacéis lo mismo para vuestros súbditos? Podéis ser la divina mensajera que conduzca a los fallecidos hasta la luz de Atón.

—Sabias palabras, *Ker-heb*. Meditaré sobre ellas.

—Entretanto, majestades, daré orden a mis acólitos para que desde hoy mismo el gremio de embalsamadores sea conocido como sacerdotes funerarios de Atón. El disco solar presidirá todas las Casas de la Belleza del país.

El sumo sacerdote de Anubis nos había proporcionado una idea brillante. Por fortuna, conocíamos a la única persona en todo el Doble País capaz de hacerla realidad.

Mose.

Tú, Tadukhipa, eras la única que sabías lo que existía entre nosotros. A ti te había confesado que mi corazón sentía ternura por él, que si el mundo fuese un lugar diferente, lo habría tomado como amante o, mejor aún, me habría casado con él para llevar una vida normal. Hasta ese punto confiaba en ti, amiga mía, y jamás me traicionaste.

Le citamos en mis aposentos privados. Ambas reposábamos en sendos triclinios, como corresponde a la dignidad de dos reinas. Mose entró y se inclinó ante nosotras sin atreverse a hablar antes de que le dirigiéramos la palabra, como manda la costumbre.

—Egipto necesita tus servicios —te dije.

—Vivo y trabajo a las órdenes del faraón. ¿Qué se requiere de mí? ¿Una

nueva estatua colosal? ¿La decoración de otro templo? ¿Una estela que señale la gloria de nuestro soberano?

—Esta vez es algo más difícil que eso, Mose. Habrás de componer un nuevo *Libro de los Muertos*.

¿Recuerdas cómo titubeó antes de contestar? Hizo una reverencia y a continuación otra antes de decir:

—Sin duda os he entendido mal, majestad, porque no soy escriba, y esta es una tarea que tradicionalmente han abordado los que ejercen esta profesión.

—Te equivocas, amigo —dijiste tú, siempre adornada por tu dulce sonrisa—. Los escribas solo saben copiar lo que siempre se ha escrito sin modificar nada ni inventar novedad alguna. Tú eres el único artista que conocemos que se atreve a crear algo diferente a lo que siempre se ha hecho.

Le expliqué entonces cuál era su misión, que no era otra sino plasmar en dibujos y escenas lo que había adelantado el sumo sacerdote de Anubis. Le advertí que el protagonismo absoluto debía recaer sobre Atón, como no puede ser de otro modo. Los miembros de la familia real, con Amenhotep y sus esposas principales a la cabeza, podíamos desempeñar el papel de intermediarios. Y algunos antiguos dioses menores como Thot o Anubis podían aparecer de forma colateral, dejando claro en todo momento que eran criaturas intermedias sometidas a la potestad suprema de Atón.

Por aquel entonces Mose ya había abrazado la nueva fe al igual que el resto de su pueblo. Es curioso cómo los hicsos habían hecho suya la religión de Atón, aceptando al dios único como si siempre lo hubieran estado esperando. Sé que los hicsos siguen fieles a Atón incluso ahora que sus defensores hemos caído en desgracia. Espero que nunca olviden que fui yo quien se lo reveló.

Si la fe de Atón sobrevive dentro de mil, dos mil, tres mil años... ¿me recordarán los pueblos como su primera profetisa?

Mose se sintió halagado por nuestro encargo. Sonrió con rubor, se postró de nuevo y extendió los brazos al cielo como símbolo de alabanza a Atón.

—Gracias, majestad, majestades. Intentaré estar a la altura de tan noble tarea.

—Nosotras te acompañaremos a cada paso —dijiste.

No pudiste cumplir tu promesa, amiga mía. Pocos días después contrajiste la enfermedad. Ni siquiera en los peores momentos te abandonó tu eterna sonrisa. Nos diste ejemplo a todos con tu fortaleza, con tu esperanza y con tu amor infinito.

Tú partiste antes que yo, amiga mía. ¿Por eso has venido hoy a acompañarme? Según el mito que creamos juntas, tú eres una de las encargadas de guiar a los difuntos al juicio del alma.

Cógeme de la mano.

Guíame hasta la gran balanza.

Aquí tienes mi corazón, con todo lo bueno y malo que he hecho, para que

seas tú quien me juzgue.

En el otro plato de la balanza está Maat, la medida perfecta de todo lo que es justo en el universo.

¿Cuál será el resultado? ¿Viviré por siempre o mi alma será devorada y dejaré de existir? Estoy tranquila porque sé que tú, al menos, hablarás a mi favor.

## Libro IX

### *La peste*

Transcurrieron tres días desde mi supuesta reconciliación con Henti cuando el médico de la corte dictaminó que me hallaba con bastantes fuerzas para comenzar mi trabajo como nodriza del príncipe Tut.

Me había despertado sola, en mi aposento, con la primera luz del alba. Me había dado el tiempo justo de hacer mis abluciones cuando llegaron Tef y Hemet con el desayuno y para ayudarme con el larguísimo y complejo ritual de aplicarme el maquillaje, vestirme, ponerme la peluca y engalanarme de joyas. Tras tantos años viviendo en la mazmorra, el refinamiento de la corte se me hacía fatigoso.

No estaba del todo lista cuando llegó la mujer negra a la que había conocido el día del *Durbar* con el pequeño príncipe en brazos. Apenas se dignó dirigirme la palabra. Me lo tendió, pero, al ver que él no quería venir conmigo, lo depositó en el suelo. Tut comenzó a llorar en el acto.

—Dentro de dos horas vendrá a buscarlo su preceptor. Hasta entonces, es tuyo.

—¿Y cuándo debo volver a encargarme de él?

La mujer no me contestó. Le hizo una caricia al niño en la mejilla, que se la devolvió con un puntapié, y salió de mi aposento. Tef y Hemet contemplaban la escena con precaución, como si en

vez de un niño pequeño me hubiesen traído un cocodrilo salvaje que pudiera devorarnos en cualquier momento. Yo me senté en el suelo frente a él y lo observé en silencio mientras trataba de decidir qué hacer con aquella criatura que no hacía más que berrear.

El príncipe Tut tenía aspecto enfermizo. Su rostro era muy pálido y delgado y no le habían salido todos los dientes, por lo que parecía más pequeño de lo que era en realidad. El cuerpo también era escuálido y se le marcaban todas las costillas. Lo más llamativo eran sus piernas, ya que una de ellas era claramente más pequeña y flaca que la otra y tenía el pie torcido, como si le aquejara algún tipo de calambre. Su aspecto físico, no obstante, se veía opacado por lo explosivo de su carácter. Sus sollozos habían ido en aumento hasta alcanzar un volumen casi insoportable y se habían visto acompañados de gritos y chillidos semejantes a los que se escuchan en el matadero cuando se le arranca la piel en vivo a un animal.

¿Qué podía yo saber de niños? Nada, absolutamente nada. Y, aun así, aquel pequeño monstruo era mi responsabilidad.

—Si sigues llorando así no hay manera de hablar contigo. Te voy a dejar solo aquí para que te calmes.

Me puse en pie, les hice un gesto a Tef y Hemet para que me siguieran y los tres salimos de la habitación, dejando al príncipe solo en el interior. Yo pegué el oído a la puerta y me dispuse a escuchar lo que sucedía. Tut continuó chillando y llorando durante un buen rato, pasado el cual se hizo el silencio. Yo estaba a punto de entrar, creyendo que mi estrategia había funcionado, cuando el sonido inconfundible de una vasija que se hace añicos me sobresaltó. Le siguió el ruido de todo tipo de enseres que sin duda eran lanzados contra las paredes con intención de romperlos: jarrones, tarros de alabastro, objetos de adorno, incluso pequeños muebles. Tef y Hemet hicieron amago de entrar, pero yo los detuve.

—Dejad que lo rompa todo. Que se desfogue.

No tenía ni la más remota idea de lo que estaba haciendo, pero me parecía imposible ponerse a razonar con una criatura en

semejante estado. Continuó despedazando todo lo que encontró por medio hasta que, al cabo de bastante tiempo, pareció cansarse. Aún esperé un poco más antes de aventurarme a entrar. La habitación estaba destrozada, como si hubiera habido una pelea de tigres en el interior. Había cerámica rota, sillas dadas la vuelta, hasta la cama tenía las patas fracturadas. El príncipe estaba sentado con las piernas cruzadas en medio del desastre y jugaba con un trozo de madera astillada.

—¿Qué hacemos, señora? —preguntó Tef—. ¿Limpiamos y mandamos traer muebles nuevos?

—Llévao todo pero que traigan solo una esterilla para él y otra para mí. Nada más.

—¡Pero señora! ¡Una dama de la corte no puede vivir con tanta austeridad!

—Os sorprendería saber con lo poco que he vivido.

El niño observó atónito mientras Tef y Hemet recogían los trozos de todo lo que había roto. Les ordené llevarse también los muebles que aún permanecían intactos por ser demasiado grandes o pesados para él. Quería la estancia vacía, sin nada que pudiera romperse. Hizo amago de llorar cuando le quité la madera con la que jugaba, pero debió de ver la seriedad en mi rostro y pensarlo mejor, porque no protestó.

Cuando estuvo todo vacío y trajeron las dos esterillas, pedí que nos dejaran a solas. Sin hacerle caso al niño, me tumbé en la mía, cerré los ojos y fingí descansar. No había pasado mucho tiempo cuando vino a sentarse junto a mí.

—Me aburro. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—En un rato vendrá a buscarte tu preceptor. Hasta entonces, nada.

—Quiero jugar.

—Has roto todo lo que había en la habitación, no queda nada para jugar.

—Haz que me traigan un juguete.

—Cuando aprendas a no romper las cosas pensaré si puedes tener un juguete. Hasta ese momento, no.

Tut comenzó a hacer pucheros, pero, al ver que yo lo ignoraba, se fue refunfuñando y se sentó con las piernas cruzadas en su propia esterilla. No tuvo que esperar demasiado porque enseguida llegó a recogerlo el preceptor. Por la expresión de su rostro pude ver que el niño lo tenía tiranizado. Incluso sin palabras, por el modo en que se acercó a él y le tendió la mano para llevárselo, pude advertir que el maestro tenía miedo de su alumno.

—¿A qué hora estará de regreso? —pregunté.

—El príncipe tiene clase de esgrima. Después debe practicar su escritura en la tabilla, repasaremos la lista de faraones de nuestra dinastía y leeremos textos clásicos. Volverá para la cena, justo antes de que anochezca.

—Hoy no quiero escribir.

—Podemos practicar con los números si lo preferís, alteza. Vamos, venid conmigo.

Ambos se marcharon y los oí discutiendo sobre el plan del día por el pasillo. La tarea que tenía ante mí se me antojó inmensa y me parecía carecer de la más mínima herramienta para afrontarla. Recordé, pese a ello, que mi principal función consistía en mantenerlo libre de la peste y para eso, al menos, sí contaba con algo de preparación, aunque necesitaría ayuda. Llamé a Tef y Hemet y les dije que deseaba visitar a mi madre adoptiva, Tey.

—Señora, eres la hermana de la reina y Tey no es más que la esposa del visir. Puedes convocarla tú.

—Iré a verla. Por favor, envid a alguien que anuncie mi llegada.

Me trajeron una silla de manos. Salí del palacio por una de las puertas principales para adentrarme por una avenida salpicada de palmeras donde parecían concentrarse las mansiones y palacios de los nobles. El sol brillaba en lo alto, los pájaros cantaban y se escuchaba el rumor del agua que venía de las fuentes y canales.

El edificio al que nos dirigíamos era un palacio por derecho propio, provisto de altas columnas, imponentes estatuas, jardines y árboles frutales. Los portadores me llevaron a la entrada, donde me recibieron dos esclavos que me ayudaron a bajar de la silla y me hicieron pasar hasta el primer patio, donde me aguardaba mi antigua superiora, Tey.

—Bienvenida, hija mía —murmuró Tey—. Me has tenido muy asustada con esa enfermedad. Eres de las pocas víctimas de la peste que ha sobrevivido.

—De eso quería hablarte, madre.

—Vamos a sentarnos y tomemos un jugo. Tienes muchas cosas que contarme.

Tey me condujo a un pequeño patio. Nos sentamos a la sombra de los sicomoros, los criados nos trajeron una selección de zumos para beber y nos dejaron a solas. Antes de permitirme abordar el tema que me interesaba, ella quiso saberlo todo sobre los años que habíamos estado separadas. Al igual que Henti, estaba extrañada de no haber tenido noticias mías. Mantuve, más o menos, la misma versión que le había dado a mi hermana: Horemheb era un hombre celoso y violento que apenas me había permitido moverme de casa de sus padres hasta que el faraón decidió encomendarme la extraña misión de cuidar de su heredero.

—Por extraño que parezca, Akenatón tiene confianza ciega en Horemheb. A mí, tu marido nunca me ha gustado, pero si a ti te hace feliz...

—No soy feliz, madre, no lo soy. Por eso estoy feliz de haber vuelto a la corte con Henti y contigo.

—Ninguna de nosotras es feliz, entonces. Da la sensación de que la profecía de Enheduana se ha convertido en maldición. Cuatro reinas, o casi reinas, porque, aunque tú y yo no lo seamos, igualamos en rango a cualquier soberana... y todas aquejadas de una profunda desdicha. Hasta Tadukhipa parece haber sucumbido al hechizo.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te has enterado? Ha caído enferma. Quitando a la pobre princesa Beketatón, que a pesar de su débil complexión tenía un espíritu muy bondadoso y se pasaba el día entero en los barrios populares llevando comida a los necesitados, hasta ahora la peste había respetado los muros del palacio. En los últimos dos días han enfermado tres de las seis hijas de Henti, nuestra querida Tadukhipa y la hija que esta le había dado al faraón. Lo mismo viene ocurriendo estas últimas semanas con decenas de nobles de la corte, escribas, mayordomos, sirvientes y hasta el médico real...

—¿El médico? ¡Pero si me visitó ayer en mis aposentos!

—Hoy ha amanecido enfermo.

—¡Pero esto es terrible! La plaga, entonces, está por todas partes... ¿y quién se ocupará de los enfermos, si el médico real también está en cama?

—Esta mañana, la reina Nefertiti me ha designado para dirigir los cuidados que se dispensen a los miembros de la familia. Le pregunté si podía contar con tu ayuda y estuvo de acuerdo, siempre que te sientas con fuerzas para ello.

—Ya sabes que tengo a mi cargo el bienestar del príncipe Tut.

—En efecto. Si queremos mantenerlo a salvo de esta plaga, tendremos que averiguar todo lo posible sobre ella. Cómo selecciona a sus víctimas, por qué unas mueren y otras no, cuáles son los tratamientos más efectivos. Solo así podremos ayudar.

—Cuenta conmigo, madre.

—Podemos realizar nuestra primera ronda para visitar a los enfermos de inmediato. Así sabremos a qué nos enfrentamos.

Nos despedimos para cambiar rápidamente nuestro atuendo, ya que ni las pelucas ni las joyas ni los vestidos ceñidos al cuerpo eran lo más adecuado para dos sanadoras. Regresé a toda prisa a mis aposentos, me puse una sencilla túnica de lino de las que tanto le gustaban a Horemheb, me cubrí la cabeza con un pañuelo blanco y me reuní con Tey para la ronda de visitas en el patio central de palacio donde había tenido lugar el *Durbar*.

En primer lugar, fuimos a ver a la joven reina Tadukhipa. El estado de mi vieja amiga y hermana me alarmó. Me pareció que se encontraba peor de lo que yo había estado jamás. Tenía varias bubas en las axilas y en las ingles, a cuál mayor y de un aspecto más putrefacto. No paraba de toser y sus esputos estaban llenos de sangre. Apenas podía respirar y su cuerpo estaba encendido de fiebre. Cuando Tey y yo tratamos de hablarle para infundirle ánimos, no nos reconoció.

Había poco que pudiéramos hacer por ella. Le lavamos el cuerpo para refrescarla, le dimos de beber infusión de corteza de sauce para la fiebre y sajamos sus bubones para tratar de extraer los humores pestilentes del interior.

Continuamos con las princesas, cuya situación no era mejor que la de Tadukhipa. Sus síntomas eran similares, pero, al ser más jóvenes, la enfermedad parecía más virulenta y la fiebre era más alta. Mekeatén era la que peor se encontraba, sumida en la inconsciencia y con convulsiones ocasionales a causa de la temperatura de su cuerpo. Tey propuso que le administrásemos jugo de amapola para aliviar su sufrimiento, ya que poco más podíamos hacer. A continuación, visitamos al resto de los nobles y sirvientes enfermos que vivían en el palacio real, proporcionándoles remedios y cuidados similares y constatando que su estado era también muy grave.

Por primera vez fui consciente de lo afortunada que había sido al curarme. Aquella plaga era sin duda maligna y ponzoñosa y el destino más probable para todos los que la padecían era la muerte. Al haber perdido la fe en los dioses me pregunté a qué obedecería mi salvación y si acaso debía darle las gracias a alguien o algo, sin obtener una respuesta satisfactoria. Ahora sé, oh, Atón, que fuiste tú quien obraste el milagro, aunque aún no sé con qué propósito ya que mi vida ha sido inútil e inservible comparada con la de muchos que perecieron.

Estábamos visitando al último de los enfermos cuando Tey me hizo notar algo que yo no había advertido por mí misma.

—Fíjate que todos los enfermos tienen picaduras de pulga. Tengo la sospecha de que son estas alimañas las que transmiten la plaga mordiendo a una persona enferma y atacando después a una sana. He visto casos similares con otras enfermedades como la malaria, que a todas luces viaja en el diminuto vientre de un mosquito.

—¿Dijiste que la primera en enfermar dentro de los muros de palacio, fue la princesa Beketatón?

—Así es. Debido a sus constantes visitas a los barrios más pobres, ella estaba siempre devorada por las pulgas.

—¡Qué destino tan terrible! ¿Y qué podemos hacer? Si en efecto tienes razón y son esos parásitos los que se encargan de esparcir la plaga, debemos detenerlos antes de que toda la corte caiga enferma.

—Hay medidas que se pueden tomar. Determinadas sustancias alejan y repelen a las pulgas y a otros insectos. Daré instrucciones para que en todas las habitaciones se coloquen rodajas de limón con la especia llamada clavo insertada. Las pulgas suelen habitar en la piel de las ratas. Ordenaré a los esclavos que se dediquen a cazar a todas las que encuentren y pediré que se traigan más gatos a palacio para que las espanten.

—Veo que tus conocimientos no han dejado de aumentar durante estos años, Tey —murmuré, admirada.

—Mi esposo no me permite emprender acción alguna ni entrometerme en ningún asunto de estado —me confesó—. Tampoco me dirige la palabra apenas ni aprueba que tenga amistades ni compañía, de modo que tengo mucho tiempo libre. Hace años logré persuadirlo para que me deje acudir a la Casa de la Vida, el lugar donde se preparan y ejercen su profesión los médicos egipcios. He aprendido mucho de ellos.

—Te envidio. Desde... desde que me casé no he vuelto a practicar la sanación.

Ya habíamos terminado de atender al último enfermo. Tey y yo abandonamos sus aposentos y emprendimos el regreso hacia la

zona central del palacio. Atravesamos un patio con una fuente donde crecían frondosas higueras y árboles frutales y en el que no se veía a persona alguna. Tey miró a un lado y a otro para asegurarse de que estábamos solas, me condujo a un rincón oculto entre la espesura y acercó su boca a mi oreja para susurrarme:

—Itani, mi casa está plagada de sirvientes que corren a susurrarle a Ay todo lo que digo o hago, pero creo que aquí estamos seguras. Sospecho que nuestros esposos traman una conspiración contra Nefertiti y Akenatón. Tu llegada a la corte ha sido muy... oportuna. ¿Y si Horemheb finge tratarte como a una esposa, pero en realidad desea utilizarte para hacer daño a tu hermana?

—Lamento que, entre todas las mujeres, seas tú la que consideres que ningún hombre pueda amarme por lo que soy. Adiós, Tey. Nos veremos mañana para hacer la ronda de visitas a los enfermos.

Me marché por otro camino, dejando a mi madre adoptiva sola e, imagino, entristecida por lo que acababa de decirle. Yo notaba una profunda presión en el pecho y tenía ganas de llorar. Corrí por los pasillos en busca de Horemheb ya que deseaba contarle cuanto antes lo ocurrido durante el día. Al llegar a mis habitaciones me encontré en su interior al príncipe Tut en compañía de su preceptor.

—Ya era hora. Al príncipe no le gusta esperar.

—Estaba atendiendo a los enfermos.

—Tus actividades no son de mi incumbencia. Volveré mañana para llevarme a mi pupilo.

Tut estuvo más dócil conmigo aquella tarde. Le dije que habíamos de adoptar una serie de medidas para intentar protegernos de la enfermedad. Aquello pareció divertirlo y se mostró dispuesto a colaborar. Hice traer a una enorme gata a la que bauticé como Tamyt en honor a la mascota del difunto príncipe Tutmosis, que tan relevante papel había desempeñado en los sucesos que llevaron a Amenhotep y a mi hermana al trono. Tamyt II tenía fama de ser la cazadora de ratones más diestra de toda la Ciudad del Horizonte y el príncipe y ella congeniaron de inmediato. Ordené a

Tef y Hemet que llenaran la habitación de rodajas de limón ensartadas con semillas de clavos, tal y como había sugerido Tey. Como precaución adicional, el niño yo nos frotamos todo el cuerpo con hojas de salvia y de albahaca y le expliqué que debíamos hacerlo al menos tres veces todos los días.

A continuación, cenamos. Tut no quería comer de nada. Rechazó todos los platos que se le habían preparado y mandó traer una oca asada rellena de higos, que era lo único que le apetecía probar.

—Lo prohíbo. Comerás lo que hay aquí o te irás a la cama con hambre.

—Se lo diré a mi padre y te hará azotar.

—¿Crees que no soy lo bastante fuerte como para soportar unos azotes? No me conoces, niño. Soy más dura de lo que parece. Come o no comas, a mí me es indiferente, pero olvídate de la oca ni de ningún otro plato exótico y succulento.

Tut demostró su tesón y no probó bocado. Yo degusté mi fruta y el pescado seco que había pedido, me lavé, me puse mi túnica de dormir, me recosté sobre mi esterilla y soplé la tea que nos iluminaba, sumergiendo el cuarto en la tiniebla. La gata Tamyt se tumbó a mis pies y comenzó a ronronear de inmediato. Oí que el niño daba varias vueltas hasta que vino a acurrucarse a mi lado.

—Tengo miedo.

—¿De qué, cariño?

—Mi mamá se puso muy fea y le dolía mucho antes de morir. No quiero ponerme feo y morirme yo también.

—Tranquilo, yo cuidaré de ti.

—¿Para siempre? Las mujeres que vienen a cuidarme nunca se quedan mucho tiempo. Todas se acaban yendo y nunca vuelvo a verlas.

—Yo me quedaré a tu lado, no te preocupes.

Su respiración fue haciéndose más rítmica y suave hasta que me di cuenta de que se había dormido. Yo también estaba exhausta. Era la primera vez que hacía vida normal tras mi enfermedad y

había logrado llegar al límite de mis fuerzas. Sentía que me deslizaba dulcemente hacia la inconsciencia cuando advertí que mi puerta se entreabría, dejando entrar a una silueta iluminada por una antorcha. Con cuidado de no despertar al niño, me levanté y fui a reunirme con Horemheb.

Entre susurros, le puse al corriente de todo lo ocurrido.

—Es un buen giro de los acontecimientos. Demuestra que tu hermana vuelve a confiar en ti plenamente. Debes guardarte, sin embargo, de Tey. No hables con ella más de lo imprescindible ni le reveles secreto alguno.

—Ella sospecha que Ay y tú conspiráis contra el faraón.

—Es una estúpida, ¿aún no entiende que yo soy leal a Akenatón? En fin, no tiene importancia. ¿Qué hay del niño?

—Es una bestia salvaje. Nadie ha osado llevarle la contraria hasta ahora y no le tiene respeto a nada ni a nadie.

—Igual que yo te domé a ti y te convertí en mi esclava, estoy seguro de que tú podrás doblegar a ese príncipe, por orgulloso que sea. Necesito que se someta en todo a ti.

Horemheb se marchó sin esperar mi respuesta. Me acosté de nuevo, haciéndome un hueco entre Tut y la gata, y procuré dormir. En esta ocasión el sueño me rehuyó. Me di cuenta de que no era tan distinta de Tamyt, a la que habían adiestrado para cazar ratones. Yo también era una mascota que hacía solo lo que mi amo me ordenaba y después me daba por satisfecha con dormir a sus pies.

¿Era ese el destino que yo quería para el pequeño Tut? El niño era insufrible y sin duda lo merecía, pero no pude evitar pensar que un príncipe no debe comportarse como un esclavo, ni un ser humano debe ser tratado como si fuese un gato.



A la mañana siguiente, Tef y Hemet me anunciaron que Tadukhipa había muerto durante la noche. Me sorprendió la profundidad de la

tristeza que sentí ya que, en realidad, apenas había tratado con ella. Ella era, no obstante, una de las cuatro reinas de la profecía de Enheduana, la primera de nosotras que partía hacia el más allá. Su triste destino no auguraba nada bueno para las demás.

El preceptor del pequeño Tut también había contraído la enfermedad, de modo que tuve que llevarlo conmigo a las habitaciones de Tadukhipa para depositar un beso sobre su frente y decirle adiós por última vez antes de que se iniciara el proceso de embalsamamiento. Encontré la puerta de su aposento custodiada por dos soldados que me impidieron la entrada hasta que mi hermana, que oyó mi voz desde el interior, se asomó para decir que mi presencia era bienvenida.

Al entrar descubrí la estancia más concurrida de lo que había esperado. Además de Henti y de las plañideras que siempre acompañan al cadáver desde el momento de su defunción hasta que es conducido a la Casa de la Belleza, estaba allí el propio faraón, que tenía la mano de Tadukhipa cogida entre las suyas. En vez de la *shenti* propia de los hombres llevaba una túnica ni masculina ni femenina, que se ceñía a su cuerpo resaltando la delgadez de sus miembros.

—Kiya, tú eras la mejor de todos nosotros —decía el faraón—. La más bondadosa y la de corazón más puro. Tu pérdida es una tragedia. ¿Qué haremos sin ti?

—Nos recuperaremos —dijo Henti con la cabeza alta—. Tadukhipa era mi amiga y hermana, por ella tenemos que seguir adelante. Su esfuerzo y sus sacrificios no pueden ser en vano. Nuestros enemigos no podrán derrotarnos.

—¿Vamos a morir todos? —preguntó el pequeño Tut.

Todos los presentes voltearon la cabeza para mirarnos. A pesar de su edad y su tamaño, yo llevaba al príncipe en brazos, ya que se negaba a caminar por sí mismo alegando dolores en su pie deforme. Akenatón soltó la mano de su difunta esposa y se acercó hasta donde nos encontrábamos.

—Hijo mío, la muerte nos aguarda a todos, pero resucitaremos en el Reino de Occidente por la gracia de Atón.

—Yo no quiero morir.

El faraón sonrió y le hizo a su hijo una caricia en la mejilla.

—¿Qué tal te llevas con tu nueva nodriza? ¿Te gusta?

—Cuando se quita la peluca y se lava la pintura de la cara es fea y además no me deja comer lo que quiero, pero ha mandado traer una gata que me divierte y sabe luchar contra la peste.

—Creo que os llevaréis bien. De veras, Itani, soy feliz de que hayas podido unirme a nosotros, sobre todo ahora que Tadukhipa nos ha dejado. Dime, ¿qué tal te trata mi buen amigo Horemheb?

Miré de reojo a mi hermana y, una vez más, me dispuse a contar la misma historia que había venido repitiendo desde mi llegada a la corte.

—Es un hombre cruel y violento, majestad. Es muy celoso y apenas me permite respirar sin su consentimiento. No puedo decir que sea feliz a su lado.

El rostro del soberano se ensombreció de forma visible. Pareció meditar unos instantes antes de responder.

—Trata de comprenderlo, Itani. Horemheb es una persona compleja, pero es leal y se puede confiar en él. —Titubeó unos instantes, me agarró la mano que tenía libre y continuó susurrándome al oído—: Para los que somos como tú y como yo, no siempre es fácil encontrar quien nos ame. Intenta valorar lo que tienes... aunque quizá ambos hubiéramos sido más felices si yo me hubiera convertido en esclava sagrada y hubiésemos abandonado Egipto, ¿no crees?

—¡Bueno! ¡Basta de disparates! —intervino mi hermana—. ¿Acaso habrías querido renunciar a la verdad y a la luz de Atón?

—No, por supuesto que no. Atón es lo mejor que me ha ocurrido en la vida y solo a ti te debo el haberlo encontrado, amada Nefertiti. Pero aborrezco ser faraón. Ojalá pudiera quitarme la doble corona y llevar una vida tranquila de retiro y oración.

Akenatón suspiró y depositó un beso en la mejilla de su hijo. Después regresó junto a Tadukhipa, la besó en los labios y se retiró, solo. Henti aguardó unos instantes antes de acudir junto a mí y estrecharme en un abrazo.

—¿Ves con lo que he de lidiar cada día, hermana? Si me descuidara un solo día, mi esposo lo dejaría todo en manos de Ay y de Horemheb.

—¿Acaso eso sería tan malo? —pregunté.

—¡Qué cosas tienes! Ay lleva intentando alzarse con la corona desde antes incluso de que tú y yo llegásemos a Egipto. Es una alimaña sedienta de poder, sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa con tal de llegar a la cima. Tadukhipa era mi única verdadera aliada, pero ahora también ella me ha dejado. ¡Menos mal que has regresado tú, querida Iltani!

—Sabes que aquí estoy y que siempre te seré fiel, hermana —respondí, recordando cuál era mi misión.

—Vamos, tienes que acompañarme. Voy a ir con Mose a visitar la tumba de Tadukhipa. Tenemos los cuarenta días que dura el proceso de embalsamamiento para terminar de decorar los muros con las escenas del nuevo *Libro de los Muertos* que está componiendo.

—Pero he de cuidar al príncipe...

—¡Que nos acompañe! Algún día, este libro será su mejor legado.

Mi hermana se detuvo para hacerle una caricia en la mejilla a nuestra difunta amiga. Después me agarró del brazo y me arrastró fuera de la habitación. Con el niño en brazos, me condujo al pórtico de entrada donde ya esperaban nuestras literas. Suspiré aliviada al poder descansar del peso del joven príncipe que, aunque estaba delgado para su edad, pesaba ya demasiado para estar siempre en brazos.

Llegó entonces nuestro viejo amigo Mose. No lo había visto aún desde mi regreso y he de decir que había ganado en prestancia. Su cuerpo se veía más hecho, más vigoroso. Ni de lejos poseía una

musculatura como la de Horemheb ni lucía tampoco una panza semejante a la de Ay, pero era evidente que había dejado de ser un niño para convertirse en un hombre. Su rostro también reflejaba el cambio. Sus rasgos eran más armónicos, sin la desproporción propia de la adolescencia, aunque seguía teniendo su nariz ganchuda de siempre y los mismos ojos de rana. Me tomó la mano y sonrió.

—Dama Mutnodjemet, me alegro mucho de que estés de vuelta. Confío en que hayas encontrado la felicidad que fuiste a buscar.

Aburrida de mi historia, me limité a sonreír y a depositar un beso sobre su mejilla, aunque el príncipe me apartó de inmediato con un gesto posesivo.

—Es mía.

No pude evitar estremecerme. ¿Cuánta gente me consideraba de su propiedad en aquel palacio?

Atravesamos la Ciudad del Horizonte en dirección al norte, donde se ubicaba una de las necrópolis de la nueva capital. Allí, excavadas en la roca de las montañas, estaban las tumbas para los nobles y los miembros de la familia real, aunque imagino que no estaba previsto que hubiera que utilizarlas tan pronto. La litera nos depositó frente a uno de los hipogeos, que mostraba claras señales de no estar aún terminado. Los obreros y artesanos trajinaban tanto en el exterior como en el interior, proporcionándole al lugar un aire de agitada cotidianeidad alejado de la paz y solemnidad que se espera encontrar en los enterramientos.

Uno de los obreros, el que parecía el capataz, nos escoltó al interior de la tumba, que constaba de varias estancias aún en construcción y carentes de todo ornamento o decoración. Unas escaleras conducían a una cámara subterránea destinada a albergar el ataúd de Tadukhipa. Era tan semejante a la mazmorra en que Horemheb me había mantenido encerrada durante tantos años que, extrañamente, me sentí como en casa. No había un solo bajorrelieve en todo el sepulcro, ni frescos ni dibujos de ningún tipo

que representaran a Tadukhipa ni al faraón ni a miembro alguno de la familia real ni, por supuesto, a ti, divino Atón.

—Bien, ¿por dónde vas a empezar? —preguntó Henti mientras recorría estancia tras estancia, con una apariencia alegre y excitada que resultaba extraña teniendo en cuenta la tragedia que acababa de suceder—. ¿Qué estancia vas a decorar primero? ¿Y con qué escena? ¿Tienes ya un plan?

Mose se encontraba más taciturno aún de lo que era su costumbre. Siguió a mi hermana con gesto contrito de una a otra habitación, hasta que se detuvo con la mirada clavada en el suelo.

—Aún no lo sé, mi reina.

—¿Cómo que no sabes? Solo tenemos cuarenta días, Mose. La tumba tiene que estar a punto para el entierro. Va a ser la primera muestra pública y oficial del nuevo culto funerario. ¿Por qué no me enseñas los bocetos que tengas listos del nuevo *Libro de los Muertos* y decidimos juntos? Ven, Iltani, mirémoslo entre los tres.

—¡Yo también! —gritó el niño—. ¡Yo también!

Por una vez, Tut luchó para que lo depositara en el suelo y se dirigió, cojeando, hacia una de las paredes, donde empezó a trazar garabatos con el dedo.

—No tengo ningún boceto. —Mose había enrojecido. Se apartó de nosotros para encaminarse hacia otra de las paredes. Descansó en ella el brazo para a continuación apoyar la cabeza. Estuvo unos instantes así antes de enderezarse con súbita vitalidad y descargar un puñetazo contra el muro de piedra—. ¡No lo consigo! He probado decenas, cientos de ideas, pero ninguna me satisface. Mi arte no es capaz de representar lo irrepresentable. Me temo que no estoy a la altura de la tarea que habéis encomendado, majestad.

—Pero eso no tiene sentido alguno —protestó mi hermana, lanzándose a uno de los paseos que tan bien recordaba de nuestra juventud, en cada ocasión que ella se hallaba contrariada o furiosa por algún motivo. En aquella época acostumbra a tirarse del pelo, pero ahora iba afeitada al estilo egipcio y llevaba un tocado en la cabeza, por lo que había adoptado la nueva costumbre de tirarse de

los lóbulos de las orejas—. Hace años que inventaste la forma de representar a Atón como una esfera de la cual surgen infinitas manos que acarician el rostro de sus fieles. Combina eso con los elementos del culto a Osiris y ya está. ¡No tenemos tiempo de más!

—No es tan fácil, Nefertiti —dijo Mose, dejándose caer en el suelo, derrumbado. Apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos—. El más allá está situado en el occidente, donde el sol se ha puesto. Tanto el *Libro de los Muertos* como los *Libros de las Cavernas y de las Puertas* transcurren en horas de la noche. ¿Cómo puede brillar el sol en medio de la noche, sin tornarse esta en día?

—¡No lo sé! —gritó mi hermana—. ¡Por eso he pedido tu ayuda! ¡Si lo supiera, lo habría hecho yo sola!

—Yo soy un escultor, mi reina, no un profeta ni un sacerdote. Si alguien me explica o me muestra cómo es el más allá, estoy seguro de que podré representarlo, pero yo solo no puedo hacerlo.

—Basta. ¡No me sirves de nada! ¿Ahora también tendré que ser profetisa? ¡Es lo único que me faltaba! —Mi hermana se dirigió hacia mí, me tomó de la mano y tiró de mí hacia la salida—. Vamos, Iltani.

—¿Puedo saber hacia dónde nos dirigimos?

—A mi refugio. Si Atón ha de aparecérseme y revelarme cómo desea ser representado como soberano del inframundo, al menos deseo estar cómoda mientras espero. Y quiero enseñarte mi pequeño proyecto.

Cogí al niño de nuevo en brazos. Henti nos condujo hacia el exterior de la tumba y ambas abordamos nuestras respectivas literas, dejando allí abandonado el transporte de Mose. El trayecto no fue demasiado largo dado que el lugar al que nos dirigíamos se encontraba también al norte de la Ciudad del Horizonte, no muy lejos de la necrópolis.

—¿De qué se trata, hermana? —le pregunté en cuanto llegamos—. No me atrevo a considerarlo un palacio, unos jardines o un recinto sagrado...

—Es mucho más que eso —respondió ella, al tiempo que descendía de su litera con una amplia sonrisa—. He hecho construir este palacio como una recreación de todos los países del mundo. He hecho traer árboles y animales de Nubia, de Asia, de Siria, de Creta, de Mitanni... ¡de todos los confines a donde llegan nuestros comerciantes! Ven, te lo mostraré.

Cruzamos unas puertas que daban acceso a un enorme jardín que, en efecto, estaba poblado de plantas y flores exóticas que no solían verse en las orillas del Nilo. Canales de agua cristalina discurrían por el suelo. Había aves cuyos plumajes no supe reconocer, monos que saltaban por las copas de los árboles, incluso un leopardo que estaba encerrado en una inmensa jaula hecha con troncos de madera. Henti nos condujo de patio en patio del palacio y cada uno parecía encontrarse en un país o continente distinto. Tut lo contemplaba todo con los ojos muy abiertos, fascinado con cada detalle y cada escultura que parecía traída del lugar que representaba.

—Es admirable, hermana —dije cuando llegamos al patio inspirado en nuestro país natal, Mitanni. Los árboles y pájaros parecían traídos de allí y había esculturas y bajorrelieves que recordaban a los que se encontraban en el templo de Shaushka en Wassukanni. Mi hermana se sentó en un banco, a la sombra de una parra, y me invitó a acomodarme a su lado. Dejé a Tut en el suelo. En vez de llorar, se alejó cojeando de nosotras y se dedicó a corretear entre fuentes y arbustos—. ¿Este lugar ha sido idea tuya?

—En efecto. Una reina también necesita distraerse, ¿no crees?

—¿Qué harás entonces? ¿Quedarte aquí hasta que se te ocurra una solución para el problema que te ha planteado Mose? —pregunté—. Siempre has sido inteligente y no dudo de tus habilidades, pero si él no encuentra la manera de representar a Atón en el inframundo, ¿crees que tú lo lograrás?

—No tengo otro remedio, ¿verdad? Nos quedaremos aquí las dos hasta que se nos ocurra algo. Tu compañía me calma y me

ayuda a pensar con mayor claridad. ¡Te he extrañado tanto durante estos años!

—¡Pero yo no puedo estar tanto tiempo alejada de mi esposo! —exclamé, asustada, poniéndome de pie de un alto—. Horemheb... me necesita a su lado. Se pondrá furioso si no me encuentra esta noche.

—Tendrá que prescindir de ti. Yo soy la reina y también te necesito. Además, a Tut le vendrá bien pasar unos días alejado de la corte. Mandaremos recado a Horemheb de que os quedáis aquí conmigo.

—Déjame al menos que vengan Tef y Hemet para atenderme. Me son de mucha ayuda con el príncipe. Me está costando un enorme esfuerzo hacerme con él.

—Como gustes, pero ni una persona más. Tef y Hemet y se acabó.

Pasamos tres días en el palacio fabuloso de Nefertiti. Tres días en los que, lo confieso, no terminaba de comprender cuál era el propósito de mi hermana. Me costaba creer que realmente ocupara su tiempo en concebir una forma artística de representar a Atón en el inframundo, ya que aquel tipo de asuntos nunca había estado en el centro de su atención. Si Mose no lograba hacer lo que le pedía, habría sido más propio de ella buscar a otro que se mostrara más dispuesto. Me resultaba difícil entender que hubiera elegido alejarse de palacio en un momento en que tres de sus hijas estaban muy enfermas y había motivos para temer por sus vidas, aunque bien es cierto que la forma que tenía mi hermana de relacionarse con la gente a la que ama siempre me ha resultado un misterio.

Yo pasaba la mayor parte de mi tiempo con el pequeño Tut. El niño continuaba siendo irascible y caprichoso, pero diría que empezaba a respetarme. La idea de domarlo, como me había dicho Horemheb, continuaba resultándome chirriante, pero sí trataba de inculcarle un cierto sentido de la disciplina al tiempo que lo abrazaba y procuraba transmitirle cariño cuando me parecía que el crío sentía miedo. Sobre todo, me mostraba inflexible ante sus exabruptos y me

negaba a permitir que rompiera cosas, que comiera lo que quisiera o que diera órdenes indiscriminadas a los pocos sirvientes que trabajaban allí. Sí había, en cambio, un elevado número de gatos de todos los tamaños y el príncipe se divertía mucho jugando con ellos.

También le escribía largas cartas a Horemheb que le hacía llegar a través de Tef y Hemet. No me limitaba a informarlo de lo que mi hermana me contaba, sino que le profesaba largos testimonios de mi adoración absoluta. A mi esposo le encantaba que yo lo considerase mi dios y por tanto me ordenaba que escribiera himnos en su honor exaltando sus virtudes e implorándole que me consagrara algunas migajas de su atención. Horemheb también exigía conocer el contenido de cualquier idea que cruzara mi mente, de modo que en mis cartas le detallaba todos mis pensamientos y sensaciones y, si consideraba que alguna era irrespetuosa u ofensiva hacia él, le proponía algún castigo que yo pudiera autoinfligirme ante la estatuilla que él me había regalado y que me hizo llegar a través de mis pequeños amigos.

Por su parte, Henti despachaba a diario con el visir Ay, que acudía a visitarla para consultarle los asuntos de gobierno. Por lo demás, pasaba horas y horas encerrada en sus habitaciones, me imagino que concibiendo nuevos planes para afrontar la situación que vivía Egipto. Nos reuníamos para comer en alguno de los muchos jardines del palacio y, en estas ocasiones, me hacía más o menos partícipe de sus pensamientos. Me contó cómo la plaga iba extendiéndose por todo el país. Los sacerdotes de Amón continuaban difundiendo el rumor de que los antiguos dioses se habían ofendido ante la herejía del faraón y el pueblo empezaba a mostrar su descontento a través de motines e incluso escaramuzas con los sacerdotes de Atón.

—Tengo que encontrar un símbolo, un suceso mágico como cuando Amenhotep resucitó —me dijo una mañana mientras desayunábamos unos batidos de frutas y pasteles de miel—. Algo que le dé fe al populacho. Contaba con Mose para que me ayudara, pero se ha revelado inútil como todos los hombres.

—¿Por eso estamos aquí? ¿Para que pienses en un gran gesto que te devuelva el amor del pueblo?

—¡Siempre tan ingenua, hermana! Estamos aquí para huir de la plaga. Tey me ha explicado que cree que la peste la transmiten las pulgas que habitan en las ratas. En este palacio no hay ni una sola rata. Tengo animales especialmente entrenados para cazarlas y ahuyentarlas.

—¡Pero tus propias hijas están enfermas! —protesté—. ¡Tu esposo está allí!

—¿Te crees que no lo sé? —me preguntó Henti y, por primera vez desde que había regresado a la corte, aprecié en su mirada una sombra de tristeza, de melancolía, la amargura de una persona que sabe que ha tenido que renunciar a mucho para conseguir lo que tiene y que quizá esté a punto de perderlo—. Mis hijas son unas desconocidas para mí. Su padre tiene esta relación idílica con ellas, pasan horas y horas juntos y se lo cuentan todo. ¡Pero yo tengo que gobernar un imperio! ¡No tengo tiempo para darle el pecho a mis muchachas como si aún fuesen bebés de un año! Yo no puedo enfermar... Egipto no puede permitirse que yo muera. ¡Soy la única que mantiene el universo en su sitio! ¡Yo soy el verdadero faraón!

Alargué la mano a través de la mesa para estrechar la de Henti, que se encontraba en un momento de gran turbación. Le dirigí una sonrisa y asentí con la cabeza.

—Ten confianza, querida hermana. Estoy segura de que juntas hallaremos una solución.

Tan pronto terminamos de desayunar, corrí a mis aposentos para darle cuenta a Horemheb de cuanto me había dicho mi hermana. Envié a Tef a palacio a toda velocidad. Las respuestas de Horemheb solían hacerse esperar, eran por lo general muy breves y se limitaban a recordarme que abriera ojos y oídos y permaneciera atenta a todo cuanto Nefertiti pudiera estar planeando. Aquella vez, sin embargo, Tef regresó al poco de haber partido con un mensaje de mi esposo.

*El faraón, la reina Nefertiti y el príncipe Tut deben abandonar la Ciudad del Horizonte y hacer una excursión al desierto. Yo he de acompañarlos. No me importa cómo lo logres. Hazlo y quizá seas digna de mí.*

La idea de poder cumplir la misión que me había encargado Horemheb me hacía temblar de excitación. Barajé varias opciones en mi mente hasta dar con una que, a pesar de antojárseme algo disparatada, me pareció que podría ser del agrado de mi hermana. Yendo en contra de mi costumbre, que consistía en esperar a que Henti me convocara o me llamara a su presencia, fui yo misma a sus habitaciones y la interrumpí cuando estaba inmersa en la redacción de una carta.

—Sigues buscando un símbolo que le dé fe al pueblo, ¿no es así? —le pregunté, excitada—. Creo que he tenido una idea.

—Habla, hermana, aunque confieso que estoy a punto de darme por vencida.

Tomé aire con el objeto de insuflarme valor para la tarea que tenía por delante.

—Deberíamos organizar una peregrinación. Que Egipto entero sepa que sus soberanos parten al desierto en busca de Atón. El niño y yo os acompañaremos, por descontado. El dios se nos aparecerá y nos revelará cómo desea ser representado para el culto de los difuntos. Por supuesto, Horemheb nos acompañará para garantizar nuestra seguridad y también Mose para plasmar en sus dibujos lo que tú le indiques.

Henti me contempló con los ojos muy abiertos. Guardó silencio unos instantes antes de echarse a reír.

—Hermana, ¡es una idea excelente! Ya sé dónde iremos. Más allá del mar Rojo, en medio del desierto, hay un monte llamado Sinaí que ha tenido fama de mágico durante miles de años. Los viajeros y eruditos dicen que allí la presencia de la divinidad es más intensa que en otros lugares y que se puede escuchar la palabra de los dioses. ¡Iremos todos! Llevaremos a mis hijas enfermas y pediremos a Atón que las cure. Solo Ay permanecerá en la Ciudad

del Horizonte para ocuparse de los asuntos del reino en mi ausencia. Y tu esposo y sus hombres vendrán para darnos seguridad, por supuesto, ni en sueños se me ocurriría dejarlo aquí sin supervisión. La llamaremos la Gran Peregrinación de Atón al monte Sinaí.

Al escribir estas palabras me siento sucia y blasfema, oh, Atón, ya que sembré la idea de hacer esta expedición en la mente de mi hermana sin tener auténtica fe en ti. Tú me demostraste, pese a todo, que eres capaz de ennoblecer la más vil de las acciones y que en tus manos el barro resplandece como el oro.

# Pasaje de la Devoradora de Almas

La balanza ha emitido su juicio. Mi corazón ha resultado más pesado que la pluma de la verdad. Soy culpable.

Un hombre me agarra del brazo y me arrastra con él. No puedo ver su rostro. ¿Quién eres? ¡Muéstrate, no seas cobarde! Si tú vas a ser mi verdugo, que sepa quién me lleva a la muerte eterna.

No, tú no. La ironía es demasiado grande.

Ay.

Supongo que siempre te he subestimado. Desde que te conocí me pareciste un hombre ambicioso pero débil, conspirador pero estúpido, adulator pero venenoso. Supongo que no debió de ser fácil crecer a la sombra de tu hermana, la gran reina Tiya. Y, sin embargo, como todos los hombres insignificantes, lograste hacer miserable la vida de la mujer que compartía el lecho contigo. Nunca te perdonaré lo mal que trataste a Tey.

Si te mantuve a mi lado, en gran medida fue por ella. Sabía que, si te expulsaba de la corte, te la llevarías contigo. Te hice gran visir porque estaba segura de que nunca te atreverías a rebelarte contra mí. Cuando mi esposo y yo partimos a la Gran Peregrinación de Atón, te dejé a ti a cargo del reino porque nunca te consideré una verdadera amenaza.

Recuerdo nuestra última audiencia. Había expirado el plazo que le había concedido a Meryptah para convertirse a la fe de Atón y lo hice llamar a mi palacio de las maravillas para conocer su decisión. Como cada día, tú estabas presente para tomar nota y velar por que se ejecutara mi decisión.

—¿Abjuras de Amón y abrazas la nueva fe? —le pregunté.

—No.

Lo confieso, su negativa me sorprendió. Siempre pensé que el sumo sacerdote de Amón era aún más pusilánime que tú y di por hecho que aceptaría los términos que le había impuesto.

—Serás castigado.

—No, Nefertiti. Tú serás castigada. Amón ha enviado su maldición contra tu esposo y contra ti. Caeréis en desgracia. Dentro de una luna Akenatón habrá caído y tú ya no serás reina.

—¡Traición! Ay, dispón que los guardias encadenen a este hombre. Será enviado a las galeras para remar sin descanso en las naves del faraón.

—Sí, majestad.

Los soldados ataron de pies y manos a Meryptah y tú mismo lo escoltaste para asegurarte de que se cumplía mi sentencia. Al menos eso pensé. ¿Fue ahí cuando tramasteis vuestra traición? ¿O la teníais pensada desde antes? Yo tenía otras preocupaciones en mente. Mi hermana y yo diseñábamos la Gran Peregrinación de Atón que debía salvar nuestro reino. Mientras tanto, vosotros conspirabais.

Te toleré, Ay. Te di poder e influencia. Te dejé hacer y me equivoqué. Pero, al final, fuiste como el perro rabioso que muerde la mano que le da de comer.

Ahora me arrastras por el inframundo. Me llevas hasta el pozo de las almas. Puedo sentir su atracción. Al fondo está la Devoradora con su cabeza de cocodrilo, su cuerpo de león y sus patas de hipopótamo. ¿Eres mi verdugo o un reo como yo? Espero que me acompañes, Ay. Si yo he de desaparecer, al menos tú has de extinguirte conmigo.

Ay, maldito Ay.

No es necesario que me empujes.

Prefiero saltar sola.

## Libro X

# *La Gran Peregrinación de Atón*

**H**enti y yo regresamos al palacio real al día siguiente con el propósito de iniciar cuanto antes los preparativos de la Gran Peregrinación. Apenas entrábamos por la puerta cuando Tey salió a nuestro encuentro con el rostro contraído por la tristeza. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos y una mueca de dolor afeaba sus facciones.

—Majestad, tus tres hijas han fallecido a causa de la peste. No he podido hacer nada por ellas.

—¿Mis hermanas han muerto? —preguntó Tut que, como de costumbre, estaba acomodado entre mis brazos.

—Así es. Tu padre, el faraón, ha tenido una de sus crisis y, aunque ya ha recuperado el conocimiento, se encuentra muy débil.

—¡No quiero morir!

El niño enterró la cabeza en mi pecho y comenzó a sollozar. Por un instante pensé que este revés del destino me llevaría a fracasar en la misión que me había impuesto Horemheb. Hubiera sido comprensible que Henti quisiera quedarse en casa para cuidar a su esposo y velar a sus hijas, llorar frente a sus cadáveres y asegurarse de que eran enviadas a la Casa de la Belleza con todos los cuidados y honores que marca la tradición.

Una vez más, mi hermana supo sorprenderme.

—El destino de todos nosotros está escrito en las estrellas desde mucho antes de nacer. Ahora más que nunca, es urgente que partamos en la Gran Peregrinación de Atón.

—¿Qué quieres decir?

—La familia real al completo viajará al monte Sinaí en busca de Atón.

—No lo recomiendo, hija mía. Corremos el riesgo de extender aún más la enfermedad por todo el territorio del país, sobre todo si organizas una gran expedición. Piensa que ratas y pulgas suelen seguir al ejército en sus viajes. Deberíamos ordenar una estrictísima cuarentena y que cada cual permanezca en su lugar, evitando cualquier desplazamiento innecesario.

—Hay sabiduría en tus palabras, Tey, pero he de realizar este viaje. Partiremos mañana mismo. Tu esposo Ay se quedará en la corte, gobernando Egipto en nuestra ausencia, y tú te quedarás aquí sin despegar los ojos de él. Al más mínimo atisbo de traición, me harás llegar un mensaje a través del más rápido de nuestros mensajeros.

—No es prudente que el faraón viaje en su estado.

—¿No comprendes que solo Atón puede salvarlo? Voy a visitarlo ahora mismo y le informaré de que partimos tan pronto esté todo listo.

—Hay una cosa más. Tu amigo, el escultor Mose, está encerrado en su domicilio en el poblado de los artesanos. Su padre ha contraído la plaga y se niega a separarse de su lecho.

—Todo se desmorona —sentenció Henti—. No me queda más remedio que seguir adelante. Hermana, tú ya has pasado la enfermedad y parece que la maldición no afecta dos veces a la misma persona. Ve de inmediato a casa de Mose y anúnciale que la reina reclama su presencia. Tey se quedará con el príncipe en tu ausencia.

Al escuchar que iba a separarse de mí, el príncipe comenzó a sollozar de inmediato. Me costó un esfuerzo inmenso arrancarlo de

mis brazos y depositarlo en los de mi antigua superiora y, cuando lo logré, comenzó a chillar como un conejo desollado.

—Desearía saludar a Horemheb antes de irme.

—Tonterías, hermana. Tu esposo tendrá que esperar. Vete de inmediato, mis porteadores te llevarán a casa de Mose. Conocen el camino.

No me quedó más remedio que obedecer. Los mismos hombres que nos habían traído desde el palacio de fantasía de mi hermana se encargaron de llevarme hasta el poblado de los artesanos en la Ciudad del Horizonte, que no me pareció tan diferente del Lugar de la Verdad que había conocido en Tebas, aunque su estructura denotaba que había sido planificado en vez de crecer de forma espontánea a lo largo de los años.

Llegamos hasta una vivienda más grande y de aspecto más sólido que el de sus vecinas. Nada más franquear el dintel de la puerta, fui sacudida por el olor pestilente de la enfermedad. Las ventanas estaban cubiertas por gruesos paños y no se oía ninguna voz. Tampoco había ajeteo en la cocina ni se percibían señales de guiso alguno.

—¿Hay alguien? —pregunté, pero el ambiente era tan opresivo que apenas me brotó la voz.

Caminé entre las tinieblas de la casa en busca de una señal de dónde podrían encontrarse sus ocupantes, hasta que fui a dar a la zona que parecía consagrada al taller. Había allí varias esculturas sin acabar, todas ellas realizadas de acuerdo con el nuevo estilo que Mose había puesto en marcha. No reconocí en ninguna al faraón ni a mi hermana, ni a Tadukhipa y las princesas, por lo que pude deducir que se trataba del trabajo privado que mi amigo llevaba a cabo, con certeza a raíz de encargos realizados por nobles o personajes importantes de la corte. Pensé que tenía sentido que las obras que esculpía por orden del faraón se elaboraran íntegramente en el palacio.

Al fondo de la estancia había un armario protegido por una puerta de madera. Sin poder evitar la curiosidad, me acerqué y lo

abrí para poder echar un vistazo a lo que había en el interior. Se trataba de no menos de cien bustos de cerámica, muchos de ellos sin terminar, que representaban a la misma persona en distintas etapas de su vida, desde la infancia hasta la edad adulta.

Tomé uno entre las manos. Era, sin ninguna duda, mi hermana Henti.

—¿Hola? ¿Quién anda ahí? ¿Iltani?

La voz de mi viejo amigo me sobresaltó. Devolví la figura a su lugar y cerré el armario tratando de aparentar la mayor normalidad posible.

—He sabido que tu padre ha contraído la enfermedad. Henti me ha enviado a ayudarte.

—Me figuro que la reina querrá algo de mí —observó mi amigo, con gesto triste—. Es impropio de ella ofrecer su ayuda sin solicitar algo a cambio.

No pude evitar esbozar una sonrisa. Así era Henti.

—Tienes razón. La reina ordena que nos acompañes en una peregrinación que saldrá mañana mismo, al amanecer, de la Ciudad del Horizonte. Atón le ha revelado en sueños que desea que se le construya un altar en la cima del monte llamado Sinaí, situado en el desierto más allá del mar Rojo.

—Comprendo, Iltani, pero mi padre está enfermo. No puedo abandonarlo.

—Daré instrucciones para que traigan a tu casa los mismos remedios que Tey y yo hemos empleado con los miembros de la familia real.

—Ni a Tادukhipa ni a las princesas reales les han sido de mucha ayuda.

—Sin embargo, yo me he recuperado.

—Hijo mío, debes participar en esa peregrinación. —La voz que nos sorprendió pertenecía a la madre de Mose, a la cual yo había conocido la noche fatídica de la Bella Fiesta del Valle. La mujer tenía el rostro surcado de arrugas y sus cabellos habían encanecido, pero mantenía la misma fuerza de antaño. Me miró con un asomo de

reconocimiento, aunque no creo que fuese capaz de recordar quién era yo. A continuación, se dirigió a su hijo con tono severo—: El faraón y su esposa nos han bendecido con honores y distinciones impensables para una familia hicsa. Si la reina te ordena algo, no te queda más remedio que obedecer. —La mujer relajó el gesto, extendió las manos y acarició el rostro de su hijo—. La vida de tu padre está en manos de Atón. Quizá en el monte Sinaí puedas interceder por él.

—Así lo haré, madre.

—Llévame con vuestro esposo, señora. Lo examinaré y después os enseñaré a cuidar de él.

—Creo saber cuidar de mi propio esposo.

—No lo dudo, señora. Antes... antes de abrazar la fe de Atón —repuse, con la intención de ganarme su favor—, fui esclava sagrada de la diosa Shaushka de Nínive. Las esclavas éramos expertas en las artes de la curación.

—Te recuerdo, hija mía. Discúlpame. Claro, ven conmigo, sin duda tus conocimientos nos serán de gran ayuda. Mi esposo está en el piso superior.

El padre de Mose yacía, en efecto, en una esterilla en la parte de arriba de la casa. Las ventanas estaban cerradas con lienzos y la única iluminación procedía de dos teas que ardían a ambos lados del enfermo. Comencé descorriendo las cortinas para que entrasen la luz y el aire. Apagué las teas y prendí en su lugar unos granos de incienso para que purificasen el ambiente y disimularan el hedor a putrefacción. A continuación, examiné al anciano, que presentaba un estado menos grave de lo que cabía esperar ya que, a mi parecer, se encontraba en los primeros estadios de la enfermedad. Lavé su cuerpo para refrescarlo y expliqué que daría instrucciones a mis criados para que llevaran corteza de sauce y cáscara de limón para prepararle infusiones, así como semillas de amapola para administrarle si su salud empeoraba y parecía sufrir mucho, con el objeto de calmarlo y ayudarlo a dormir.

Mose se despidió de su madre y juntos regresamos al palacio. Me anunciaron que Horemheb me esperaba, de modo que abandoné la compañía de mi viejo amigo y me dirigí de inmediato, excitada como una niña que ansía ver a su padre, a sus habitaciones. Confiaba en que estuviera satisfecho con el modo en que había llevado a cabo la misión que me había encomendado y, si bien no esperaba una recompensa, sí confiaba en recibir algún gesto de cariño por su parte o al menos un reconocimiento por el resultado obtenido.

Él, en cambio, me recibió con dos bofetadas que me hicieron caer de rodillas al suelo.

—Llevas días sin adorar a tu dios, esclava. Comienza de inmediato.

—Sí, mi señor.

En la siguiente hora me consagré al ritual de venerar y satisfacer a mi amo Horemheb como a él le gustaba. Durante todo el tiempo permanecí de rodillas y no pronuncié palabra más que para exaltar su apariencia y vigor, su masculinidad, la fortaleza de su carácter y su esencia divina e intrínsecamente superior a la de cualquier mortal. Solo cuando hubo derramado sus fluidos y yo lo hube limpiado y vuelto a vestir a su entera satisfacción, se permitió esbozar una sonrisa y me indicó que me pusiera en pie, siempre con los ojos bajos como él me había enseñado.

—No has cumplido bien la misión que te encomendé.

—¿No, amo? ¿Pero no es cierto que Nefertiti, el faraón y el príncipe Tut abandonan la Ciudad del Horizonte y te llevan a ti como su escolta?

—Calla, perra, me cansas con tantas palabras. En ningún momento te dije que tú debieras acompañarnos.

La incomprensión hizo que las lágrimas brotaran de nuevo hacia mis ojos, aunque esta vez no hice esfuerzo alguno por contenerlas. A Horemheb le gustaba verme llorar de humillación ante él.

—Pero... pero... El niño no quiere separarse de mí... yo pensaba...

—Te he dicho que te calles. No importa, me serás útil durante el viaje. Además de atenderme y satisfacer todas mis necesidades, continuarás espionando a la reina. Mañana saldremos muy temprano y necesito descansar. Vete y ocúpate de tus obligaciones.

Al salir del aposento de Horemheb tuve que hacer un enorme esfuerzo por no echarme a llorar. Me parecía que el trato que había recibido de manos de mi esposo era injusto, pero me decía que no podía quejarme de ello ya que es privilegio de los dioses mostrarse arbitrarios e incluso caprichosos si ese es su deseo, sin que ningún mortal pueda cuestionar sus actuaciones.

Me dirigí a mis propias habitaciones y descubrí en ellas a Tey junto al príncipe Tut. Este estaba desnudo como un monito y daba saltos y volteretas por toda la estancia, mientras mi antigua superiora trataba en vano de perseguirlo con una pequeña túnica de dormir.

—¿Qué es este sinsentido? —grité—. Jovencito, vístete ahora mismo, túmbate en la esterilla y duerme de inmediato. Mañana nos espera un día muy largo.

El niño se detuvo en seco. Tomó la túnica que le ofrecía Tey, se la metió por la cabeza y fue a acostarse en mi lecho. Yo soplé la tea que iluminaba la habitación y acompañé a mi viaje amiga hasta la puerta.

—Nunca imaginé que tuvieras esta mano para los niños.

—Yo tampoco.



Al romper al alba partió del palacio real de la Ciudad del Horizonte la Gran Peregrinación de Atón.

La primera parte del trayecto se realizó, como es natural, en barco. Los miembros de la expedición éramos tan pocos que

podíamos viajar en una única embarcación. Amenhotep ocupaba la cámara real. Su salud era muy delicada y apenas podía levantarse. Permanecía todo el tiempo en el lecho y deliraba. Henti disponía de un segundo camarote, casi idéntico al de su esposo, que había llenado de vestidos, pelucas, tocados y joyas de todo tipo. Horemheb, el príncipe y yo compartíamos una tercera cabina, más pequeña que las anteriores, pero también decorada con las maderas más finas, con filigranas de oro y frescos policromados. Mose contaba con un pequeño habitáculo para él solo, aunque no era un camarote propiamente dicho, sino un cuarto en el que normalmente se guardaban los útiles de limpieza. Tef y Hemet, junto a los dos sirvientes de mi hermana y los dos soldados de mi esposo, dormían hacinados en la bodega. Éramos doce personas en total, una comitiva muy modesta para el faraón y la gran reina de Egipto, pero eran tiempos difíciles y la plaga obligaba a tomar grandes precauciones.

La navegación duró cinco días completos, durante los cuales el faraón no abandonó en ningún momento su camarote. Acudí varias veces para examinarlo y tratar de encontrar un tratamiento que pudiera hacerle mejorar, pero reconozco que sus síntomas me tenían confundida. En cierta forma me recordaban a su padre, el anciano Amenofis, cuando pensó que sus dos hijos habían muerto y parecía dispuesto a morir, aunque no descubrí en él rastro alguno de envenenamiento. Era como si le hubiera invadido una tristeza del alma y esta le impidiera respirar y comer y vivir con normalidad. Le aquejaban también fortísimos dolores de cabeza que le obligaban a permanecer acostado, a oscuras, durante horas y horas, sin ser capaz siquiera de abrir la boca para comer.

—He fracasado en todo —me confesó en una ocasión.

—¿Por qué decís eso, majestad?

—Nunca quise ser faraón. Accedí a aceptar el trono con la idea de traer el reino de Atón a Egipto... y mira lo que he conseguido. Mi pueblo se muere de hambre y de enfermedad. Soy el peor rey de la historia.

—No digáis eso. Mi hermana tiene una idea para devolverle la esperanza a Egipto.

—Tu hermana. Por culpa de sus ideas estamos aquí.

Henti, por su parte, pasaba la mayor parte del tiempo en cubierta con los brazos extendidos al cielo expresando su devoción a Atón. Por primera vez me pregunté cómo era posible que conservara la blancura de su piel si se pasaba el día expuesta a los rayos del sol como parte de su práctica religiosa. Además de llevar siempre el cuerpo cubierto con un vestido de fino lino blanco, aplicaba sobre su piel un ungüento protector que fabricaba con barro del Nilo y excremento de cocodrilo que yo misma aprendí a utilizar.

Nos deteníamos en todos los puertos y, aunque en ninguno llegábamos a desembarcar por temor a contagiarnos de la peste, la muchedumbre se congregaba para vernos. Henti representaba en su honor la ceremonia completa de adoración al sol. En ocasiones, cuando ella así me lo solicitaba, yo me unía a ella. En muchas de las ciudades por las que pasamos, los sacerdotes de Atón de la localidad acudían también al puerto para vernos y oficiaban junto a nosotras el baile sagrado.

—Tu plan está dando resultado, Iltani —me dijo una tarde que me llamó a su camarote para hablar—. El rumor de que la reina ha partido en peregrinación para rogar a Atón que ponga fin a la maldición que nos aflige se ha extendido por todo Egipto.

—Así es, pero, cuidado, porque también se corre la voz de que el faraón está enfermo.

—¿Qué opinas de su estado?

—Creo que su mal no está en el cuerpo. No conozco ningún remedio que cure las aflicciones del alma.

—Atón sanará sus heridas. Ten fe.

Henti no era la única en preocuparse por la salud de su esposo. También Horemheb solía visitarlo a diario en su cabina, aunque se encerraban los dos a solas y yo no tenía modo de saber lo que hablaban. La última noche de navegación, antes de llegar a la

ciudad de Heliópolis, yo me encontraba en el castillete de proa admirando el reflejo de la luna sobre las aguas del Nilo cuando mi amo y señor se aproximó a mí por detrás. Se detuvo justo detrás de mí, sin llegar a tocarme, pero tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo y su aliento contra mi cuello.

—¿Recuerdas nuestra primera conversación? Fue a bordo de un barco como este, hace muchos años. Estábamos a punto de llegar a Tebas.

—Claro que me acuerdo.

—Aquel día te prometí que te haría reina. Ya sabes que nunca faltó a mi palabra. Temo que al faraón no le reste mucho tiempo de vida. Cuando él muera, habrá llegado nuestro momento.

Giré la cara para observarlo, escandalizada. La brisa del Nilo me acariciaba las mejillas.

—¿Crees que está tan grave?

—Tú eres la experta, Iltani, pero llevo años observando su salud y me parece que está cada vez más deteriorada. Diría que es como una tea que se extingue poco a poco, pero de forma inexorable. No me malinterpretes, no le deseo la muerte a Amenhotep...

—Lo sé, lo sé. Juraste protegerlo cuando ambos erais niños.

—Es un pésimo faraón, pero su corazón es puro y no merece morir antes de su tiempo. Hubiese sido mucho más feliz si se hubiera consagrado a Shaushka para retirarse a una vida de oración, en un templo, pero tu hermana tuvo que inmiscuirse. En fin, es tarde ya para arrepentimientos. La cuestión es que debemos estar preparados para cuando él no esté.

—Pero, Horemheb, hay un heredero. El príncipe Tut duerme ahora mismo en nuestro camarote. Cuando su padre muera, él será faraón.

—El príncipe tiene una salud muy delicada y dudo que viva para reinar. Además, a él nunca le he jurado protección. Debes estar preparada porque, en cualquier momento, te daré la señal de actuar y no tendremos margen alguno para errar.

Horemheb desapareció entre las sombras de la nave, dejándome a mí sola en cubierta. De pronto me pareció que la brisa era demasiado fresca. Me protegí el vientre con los brazos y suspiré.

A la mañana siguiente llegamos a Heliópolis. El culto al sol estaba implantado allí antes incluso de la revolución de Akenatón, por lo que mi hermana decidió llevar a cabo la más impresionante ceremonia de todo nuestro viaje. Henti ofició el ritual y presidió la entrega de ofrendas en un altar que se instaló a propósito a orillas del Nilo, aunque debido a la plaga, se prohibió que los asistentes se acercaran a menos de veinte codos de la reina.

Desde Heliópolis se conformó una caravana que nos condujo a través del desierto hasta las orillas del mar Rojo. Allí comenzó la parte más ardua de nuestro viaje. Aunque se contrataron portadores para que el faraón, el príncipe, Henti y yo pudiéramos viajar en litera mientras el resto andaba o montaba a caballo, el camino se hizo largo y duro. A Amenhotep, el primer día le resultó difícil. Acusó el calor del desierto, el polvo y traqueteo de la marcha. Cuando al atardecer nos detuvimos para descansar tenía un poco de fiebre y sus palabras no eran del todo coherentes.

—Atón me castiga —murmuraba, ya instalado en su lecho, dentro de la tienda—. Yo soy Egipto y Egipto está muriendo. Tengo que morir para salvar a Egipto.

Yo no podía hacer más que aplicarle compresas frías en la frente y lavarle el cuerpo con agua de rosas para eliminar el sudor y refrescarlo. Llevaba al príncipe Tut en brazos, que observaba a su padre con la preocupación pintada en el rostro.

—¿Te vas a morir?

—Sí, hijo. O muero yo o morirá Egipto.

—Majestad, tenéis que descansar. Os daré un poco de jugo de adormidera para ayudaros a dormir.

—Tonterías —interrumpió Horemheb. Había estado asomado a la puerta de la tienda sin que yo lo viera, pero en ese momento entró y se inclinó junto al faraón—. Amenhotep, no puedes rendirte.

Tienes que luchar. Vamos, te ayudaré a levantarte. Demos un paseo.

Mi instinto de sanadora estuvo a punto de llevarme a protestar, pero tantos años de obedecer ciegamente a Horemheb me hicieron guardar silencio. Me parecía que el faraón estaba demasiado débil para levantarse y aún más para caminar, pero observé impertérrita cómo se agarraba del brazo de mi esposo y, haciendo un terrible esfuerzo, se incorporaba, se apoyaba en él y lo seguía hacia el exterior de la tienda.

Fui tras ellos, atónita. Akenatón iba encorvado y arrastraba los pies. Aunque tenía pocos años más que mi hermana, parecía un anciano. Los vi alejarse despacio, dejando un pequeño surco en la arena, en dirección al sol poniente.

—¿Se va a morir? —preguntó el príncipe.

—Esperemos que no, cariño.

—Cuando muera, yo seré faraón. Mandaré venir a palacio a todos los médicos de Egipto y no me moriré nunca.

El niño se revolvió para que lo dejara en el suelo. En los últimos días había comenzado a caminar un poco más por sí mismo, a pesar de la cojera. Se alejó de mí, renqueante, y entró en nuestra propia tienda. Yo estaba a punto de seguirlo cuando me di cuenta de que mi hermana también observaba a Horemheb y Akenatón, que habían llegado hasta un grupo de palmeras un poco más allá y se habían sentado en el suelo, con la espalda recostada en un tronco. Me acerqué a ella y le acaricié la mejilla, dando por hecho que se preocupaba por la salud de su esposo.

—Hay algo entre estos dos que no termino de comprender —me dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Cada vez pasan más tiempo juntos. Hablan. La noche antes de que partiéramos, Amenhotep hizo llamar a tu esposo y no salió de sus aposentos hasta bien entrada la madrugada.

—¿Insinúas que son amantes?

Henti se tomó unos instantes para meditar su respuesta.

—No lo sé, aunque no lo creo. Sospecho que Horemheb está tramando algo, una vez más.

—¿Y qué harás?

—Adelantarme, por supuesto.

Aunque breve, aquella conversación me dejó preocupada. Regresé a mi tienda, acosté al príncipe y le di golpecitos en la espalda hasta que cayó dormido. Estaba ya poniéndome la túnica de noche cuando llegó Horemheb. Sin palabras, comenzó a desnudarse, doblando su *shenti* y colocándola sobre sus sandalias al borde del lecho.

—Mi hermana sospecha que tramas algo con el faraón. No sabe el qué, pero planea adelantarse.

—Bien.

—¿Puedo... puedo saber de qué se trata? —pregunté.

Él me miró con frialdad.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Henti piensa que es posible que seáis amantes.

—No lo somos. No soy un invertido.

—Esos paseos... esposo, perdona mi atrevimiento, pero como sanadora tengo que desaconsejarlos. El faraón está muy débil y necesita descansar.

Horemheb me propinó una fuerte bofetada que me hizo perder el equilibrio y caer al suelo. El príncipe abrió los ojos, asustado, vio la escena y comenzó a llorar.

—Aunque ahora te permita que me llames por mi nombre, no olvides quién eres. Yo soy un dios y tú una esclava. Que sea la última vez que cuestionas mis acciones. ¡Y haz que se calle este maldito niño o lo mataré a golpes! —Tut acudió a refugiarse entre mis brazos y lloró con más fuerza aún. Yo traté de acunarlo y le susurré palabras de consuelo, pero todo fue en vano—. ¡Eres una inútil!

Sin molestarse en vestirse ni en calzarse, salió de la tienda. Yo continué abrazando al niño durante bastante tiempo, hasta que sus sollozos comenzaron a calmarse. Lo llevé de vuelta a mi esterilla, lo

abracé con fuerza y cerré los ojos. Ambos nos dormimos antes de que regresara.

A la mañana siguiente reanudamos la marcha. La rutina del primer día se repitió prácticamente sin variaciones durante las siguientes jornadas. Avanzábamos durante el día y por las noches acampábamos en el desierto. Mose estuvo especialmente silencioso durante todo el viaje. Creo que se sentía humillado después de la regañina que le había proporcionado Henti durante nuestra visita a la tumba de la pobre Tadukhipa. Durante el día marchaba a caballo y parecía perdido en sus pensamientos y, no bien acampábamos, se encerraba en su tienda con los rollos de papiro que mi hermana había ordenado traer al efecto y se ponía a dibujar escenas del nuevo *Libro de los Muertos* que después desechaba. Cada mañana, al levantarme, descubría rotos y arrugados los pliegos llenos de garabatos y no podía evitar escandalizarme ante semejante dispendio.

Mientras Tef, Hemet y los criados de mi hermana montaban las tiendas, Horemheb y el faraón salían a dar su paseo. Yo atendía al faraón a su regreso, le administraba infusiones y le prescribía bebedizos para tratar de mejorar su estado de salud, pero nada daba resultado. Estaba cada vez más débil y ausente y los dolores de cabeza persistían, agravados por el calor y el polvo del desierto. Después regresaba a mi tienda, acostaba a Tut y ambos nos dormíamos.

Horemheb y yo apenas hablábamos. El niño le había cogido miedo y lloraba cada vez que lo tenía cerca, de modo que mi esposo había optado por dormir al raso. A mí aquella situación me incomodaba, así que, la tercera noche de nuestra travesía por el desierto, esperé a que el príncipe se durmiera y salí a hablar con él. Lo encontré con sus dos soldados alrededor de la hoguera que habíamos encendido para cocinar, bebiendo una jarra de cerveza, aunque, por el aspecto de los tres, no debía de ser la primera.

—Tu esposa te echa de menos, comandante.

—A ver si vamos a tener que consolarla nosotros.

—Un buen general lo comparte todo con sus hombres.

Me di la vuelta y regresé a la tienda sin querer oír más. Durante años me había acostumbrado a complacer los gustos y costumbres de mi esposo, pero pensar que el pequeño Tut pudiera ser testigo de aquellos excesos me revolvió por dentro.

La víspera de llegar al puerto de donde parten los barcos que surcan el mar Rojo, Horemheb no llevó al faraón a pasear. Dejó al mando a uno de sus soldados y partió para negociar una embarcación que nos llevara a la otra orilla al día siguiente. Yo me fui a la tienda de Akenatón para atenderlo como era mi costumbre, pero, en esta ocasión, encontré dentro a mi hermana.

—Tienes que aceptar la verdad, Amenhotep. Puedes morir en cualquier momento y debemos estar preparados para ello.

—Tienes razón, tienes razón. Horemheb opina como tú. En cuanto volvamos a la Ciudad del Horizonte nombraré un corregente. Tengo que asegurar la estabilidad del país si muero antes de que Tut sea lo bastante mayor.

Al advertir mi presencia, los dos guardaron silencio. Henti observó en silencio mientras yo lavaba a su esposo, le hacía friegas con alcohol de romero y le administraba una infusión de romero para proporcionarle vitalidad. Cuando abandoné la tienda, los escuché hablar en susurros detrás de mí, pero no acerté a adivinar lo que decían.

A la mañana siguiente hicimos el trayecto hasta el puerto de Ugarit. Además de una posada, una taberna y varias casas de pescadores, constaba de una gigantesca estructura en ángulo recto que actuaba como rompeolas. En aquel lugar los navíos podían amarrar sin miedo a que las fuertes corrientes del mar Rojo los arrastraran. Cuando llegamos había siete embarcaciones atracadas, cuatro que partían a la vez que nosotros y tres que regresaban del país de Punt cargadas de ébano, mirra, animales exóticos y otras magníficas mercancías. En ningún otro lugar había visto hombres de aspectos tan diferentes ya que los había de piel negra, blanca o

color bronce, altos y bajos, musculosos y raquíuticos, con distintas formas de vestir y hablando idiomas a cuál más incomprensible.

Abordamos de inmediato el *kebenit* que Horemheb había apalabrado para nosotros. No me extenderé sobre este fragmento del viaje porque ya he explicado lo penosa que me resulta la navegación por el mar. El trayecto duró también varios días ya que, al contrario de otros barcos que se limitan a cruzar el mar Rojo, el nuestro debía llevarnos hacia el sur para que el camino a través del desierto hasta el monte Sinaí fuera lo más corto posible.

A diferencia de mi anterior experiencia, los barcos que navegan en el mar Rojo no hacen cabotaje de puerto en puerto para atracar durante la noche y zarpar de nuevo por la mañana, probablemente porque en esa zona no hay apenas ciudades dignas de ese nombre ni tampoco corrientes como las del Gran Mar, sino que continúan sin parar hasta llegar a su destino. El olor a sal y a pescado, el vaivén de las olas y la visión del agua por los cuatro costados se me antojaron tan intolerables que pasé gran parte del camino asomada a una barandilla, vomitando bilis y luchando contra el impulso de saltar por la borda con tal de apaciguar mi sufrimiento. Mis padecimientos eran tan visibles que hasta Tut cejó en su comportamiento habitualmente caprichoso e hizo lo posible por cuidarme y ocuparse de mí.

—¿Te vas a morir tú también?

—No, cariño, no me voy a morir.

—Tienes peor aspecto aún que mi padre.

Lo cierto es que al faraón parecía haberle sentado bien el aire de mar y, efectivamente, lucía más sano que yo.

Di gracias a todos los dioses cuando llegamos a nuestro destino. El lugar en el que desembarcamos apenas puede calificarse de puerto, era más bien un pequeño poblado de pescadores que contaba con un destartalado muelle de madera. Presentaba, sin embargo, un considerable trajín de mercaderes que iban y venían. Coincidimos con un grupo de comerciantes que resultaron ser de origen hicso, que aguardaban la llegada de una

carga de incienso y maderas preciosas para transportar hacia la Ciudad del Horizonte. Su jefe respondía al nombre de Aacheper y se mostró muy complacido al reconocer a Mose, ya que al parecer eran primos lejanos, o al menos eso dijeron porque, según tengo entendido, todos los hicsos de todo el mundo están emparentados de una manera o de otra.

—¡El maestro de obras y favorito del rey! ¡Las casualidades existen, querido primo!

Aacheper era muy hablador y nos hubiera abrumado con la lista de parientes que enlazaba la rama familiar de Mose con la suya propia, pero enmudeció al saber que el propio faraón y la gran reina Nefertiti viajaban con nosotros.

—¿Nos ayudarás a conseguir transporte que nos lleve al monte llamado Sinaí? —preguntó Horemheb—. Llevo horas hablando con los aldeanos y nadie parece saber siquiera lo que es una litera.

—Mi señor, en esta parte del mundo no existen tales comodidades. Los desplazamientos por el desierto se hacen en mula o en asno, lo cual sin duda no es adecuado para nuestro soberano y su hermosa esposa. ¿Puedo preguntar qué se les ha perdido tan lejos de la corte?

—No, no puedes —respondió mi esposo—. Los asuntos de los reyes no han de ser discutidos con el vulgo.

Aacheper nos ayudó a contratar unas mulas llenas de piojos, pulgas y garrapatas, aunque, por fortuna, a aquellos lares no había llegado la peste. No encontramos montura adecuada para el príncipe Tut, que tuvo que viajar conmigo. A pesar de los inconvenientes, me resultó infinitamente más grato que el trayecto marítimo.

Si Akenatón había mejorado durante el viaje en barco, fue subirse a la mula y entrar en la agonía. Su tez se tornó verde cuando apenas llevábamos una hora cabalgando. El sudor le caía a chorros por la frente y tenía los ojos apagados y enrojecidos.

—Majestad, ¿queréis que demos orden de descansar? Temo por vuestra salud.

—Atón me castiga. Mi fin está próximo.

—¿Vas a morir, padre?

—Sí, hijo. Me muero, la Devoradora aniquilará mi alma y no quedará rastro de mí. No soy digno.

En cuanto a mi hermana, llevaba tanto tiempo acostumbrada a los lujos de la corte que el desplazamiento en tan burdos animales se le hizo insoportable. No llegó a quejarse, por considerar que aquello estaba por debajo de su dignidad, aunque la vi sudar bajo su vestido de lino. El maquillaje del rostro se le corrió, la piel le enrojeció a pesar de su unguento de estiércol de cocodrilo y las hormigas del desierto le mordieron las piernas.

Tardamos tres días y tres noches en llegar a las primeras estribaciones del monte. Las dunas arenosas dejaron paso a un paisaje de roca rojiza que, ciertamente, evocaba una cierta conexión con el inframundo. La cumbre estaba cubierta de oscuros nubarrones que nos impedían ver la cima. Acampamos una última noche al pie de la ladera, con intención de iniciar el ascenso al alba del día siguiente.

Me encontraba ya en mi tienda, abrazada a Tut, que roncaba suavemente, cuando el estruendo de unos cascos de caballo me sobresaltó. Enseguida escuché un alboroto de voces en el exterior. El príncipe abrió los ojos y comenzó a llorar. Le cogí de la mano y juntos nos asomamos a la entrada. Un jinete cubierto de sudor bajaba de su montura y se inclinaba ante Horemheb.

—Señor, traigo un mensaje de la esposa del visir para la reina Nefertiti.

—Soy el comandante Horemheb. Habla.

—El mensaje que traigo es solo para oídos de la reina.

—Yo soy Nefertiti —dijo mi hermana, apareciendo tras la cortina de su propia tienda. Iba vestida con todas sus galas, como la reina que era—. Dime tu mensaje.

El mensajero hizo la reverencia con las manos apoyadas sobre las rodillas, extrajo un rollo de papiro que llevaba oculto en la *shenti* y leyó.

—«Ay se ha proclamado faraón y ha prohibido el culto a Atón. Ha decretado el retorno de los antiguos dioses y nos hemos trasladado a Tebas. El ejército le es leal. Sé que no confías en él, pero solo Horemheb puede salvar el reinado de tu esposo. Tu madre que te quiere, Tey».



La confusión fue instantánea.

Todos los miembros de la expedición salieron a un tiempo de sus tiendas: Mose, mi hermana, los criados, los hombres de Horemheb. Incluso el faraón apareció tambaleándose. Tenía el rostro lívido, el cuerpo empapado de sudor y le temblaban brazos y piernas.

—¡Estoy maldito! ¡Atón, te imploro que me lleves contigo! ¡Líbrame de este sufrimiento!

Akenatón se puso de rodillas en el suelo de arena, alzó los brazos al cielo y lanzó un grito agudo y prolongado que hizo que todo el vello se me pusiera de punta. Cayó de pronto al suelo, presa de las convulsiones, puso los ojos en blanco y una espuma amarillenta comenzó a brotar de su boca.

—Rápido, llevémoslo dentro —dijo Horemheb.

Yo lo agarré por los brazos, él lo cogió por los pies y entre los dos lo condujimos de vuelta al interior de su tienda. Lo acostamos en su cama. Yo corrí a buscar algo que ponerle en la boca para evitar que se mordiera. Volví a salir corriendo, dando tumbos. Vi que mi hermana discutía a gritos con el recién llegado. Parecía estar exigiendo detalles sobre la situación en la Ciudad del Horizonte, aunque no terminé de prestar atención a lo que decía. Encontré una cuchara de madera abandonada junto a la hoguera y regresé para metérsela entre las muelas.

Horemheb había cogido la mano del faraón y le acariciaba la frente, mientras este no cesaba de convulsionar.

—Tranquilo. Pasará rápido. —Me quedé inmóvil, sorprendida al observar aquel gesto de ternura tan impropio de él. Giró la cabeza, me miró y me dirigió una mueca torcida que quizá pretendiera ser una sonrisa—. El faraón se muere y Egipto se muere con él. ¿Te das cuenta? Todo es culpa de tu hermana. Pero voy a ponerle fin a esto, de una vez y para siempre. Voy a hacer lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?

No tuvo ocasión de responderme, porque en ese instante se descorrió la cortina y entró Henti. Contempló a su esposo con los ojos muy abiertos y después me preguntó a mí.

—¿Cómo está?

—Sufre mucho.

Ella asintió y se dirigió a Horemheb.

—Comandante, debes partir de inmediato hacia la Ciudad del Horizonte. Ponte al mando del ejército y suprime esa estúpida rebelión. Nosotros esperaremos hasta que el faraón esté mejor antes de emprender el camino. Cuando lleguemos a palacio, quiero a mis pies la cabeza de Ay.

—Antes terminaremos lo que hemos venido a hacer aquí.

—No entiendo lo que dices. Obedece, coge el caballo que ha traído el mensajero y márchate de inmediato.

—No lo entiendes, las mujeres no entendéis nada de guerra ni de caballos ni de asuntos de estado. Si obligo a ese animal a seguir galopando ahora, le reventará el corazón y me quedaré solo en medio del desierto. Tiene que descansar al menos hasta el amanecer para que pueda servirme de algo.

—Pero Ay...

—El destino de Egipto no cambiará en una noche. O sí, pero nada podemos hacer al respecto. Has venido aquí en busca de Atón, que se te ha de aparecer en la cima del monte Sinaí, ¿no es así? ¿No es ese el símbolo que buscas para que el pueblo crea en ti? Subamos ahora mismo. Tú y yo. Y el príncipe Tut, que para algo es el heredero de Egipto.

—Yo iré también —dije—. El niño no querrá ir sin mí.

—El niño hará lo que se le diga. Tú tienes que permanecer aquí y velar por la salud de Amenhotep, no podemos dejarlo solo en este estado. El ascenso no dura más de tres horas, cuatro a paso de mujer. Si es esa la voluntad de Atón, estaremos de vuelta antes del amanecer.

Henti tardó apenas unos instantes en responder.

—Quiero que Mose nos acompañe.

—¿Qué ocurre, tienes miedo? Cuantos más seamos, más tardaremos en estar de vuelta y más tarde partiré para sofocar la rebelión de Ay.

—Yo no tengo miedo de nada.

Henti irguió la cabeza y salió de la tienda. Solo entonces Horemheb soltó la mano del faraón, se incorporó y me miró fijamente.

—No se te ocurra moverte de aquí.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué crees que voy a hacer? Invocar a Atón, a ver si es cierto que existe o es otro de los inventos de tu hermana.

Y se fue detrás de ella. Yo me quedé paralizada unos instantes, sin saber qué hacer. Tenía un horrible presentimiento, pero Akenatón seguía presa de las convulsiones y me parecía irresponsable, casi blasfemo dejarlo allí solo. Me acerqué a él y le toqué la frente. La tenía fría y húmeda. Nunca había tratado a un enfermo como él ni tenía experiencia alguna con aquel tipo de dolencia, de modo que le tomé la misma mano que le había sostenido Horemheb y me limité a esperar. Al cabo de un tiempo que me pareció larguísimo, sus sacudidas se hicieron menos violentas. Los músculos de su cuerpo perdieron rigidez, aflojó la mandíbula y, poco a poco, comenzó a respirar con normalidad. Con cuidado de no alarmarlo, le retiré la cuchara de madera de la boca. Entonces el faraón abrió mucho los ojos y los dirigió a un lado y a otro.

—¿Quién eres?

—Soy Iltani, la hermana de Nefertiti. Estamos en la base del monte Sinaí, ¿recordáis, majestad?

Clavó la mirada en mí y pude atisbar una chispa de reconocimiento.

—No puedo más. Este sufrimiento es demasiado intenso. Quiero morir, ¿me oyes? ¡Quiero morir ya! Tráeme el punzón.

—Pero, majestad, no podéis morir, Egipto os necesita.

—¡He dicho que me traigas el punzón!

—No sé de qué me estáis hablando.

—Ahí, en mi tocador, junto a mi tocado y a mi túnica ceremonial, verás que hay un estuche de madera. Dentro hay un punzón de un material que parece plata, pero que es más duro que el bronce. Alcánzame.

No quise agitarlo más, de modo que me puse de pie y busqué lo que me pedía. En efecto, sobre su pequeño tocador de viaje había un estuche. En su interior hallé una funda de tela que cubría una especie de aguja muy fina que se iba engrosando hasta acabar en un mango grueso como el de una daga. En ese instante escuché unos gritos que reconocí como el lloro insistente del pequeño Tut. Quise salir a consolarlo, pero no podía abandonar al faraón en aquellas circunstancias. Con cuidado, tomé el punzón entre mis manos y se lo mostré.

—¿Es esto, majestad?

El faraón asintió. Se dio la vuelta en su alfombrilla, con gran esfuerzo, hasta colocarse tumbado boca abajo.

—Ese objeto sirve para infligir una muerte sin dolor. Fue un regalo del rey de los hititas, él me explicó cómo usarlo. Tienes que clavármelo en la nuca, justo en la base del cerebro. ¡Cuidado! Debes insertarlo entero. Si no metes más que la punta, me quedaré mudo y parálítico, pero no moriré. No me dolerá. Hazlo.

—Majestad, no puedo hacer lo que me decís...

—¡Clávame! ¡Soy el faraón, te lo ordeno! ¿Acaso no eres una sanadora? ¿No es un acto de misericordia acabar con la vida de un animal que sufre? ¡Mátame ya y acaba con mi sufrimiento!

Me quedé quieta, con el punzón en la mano, sin saber qué hacer ni qué decir. El faraón empezó a sacudirse suavemente. Creí que había vuelto a convulsionar, pero enseguida me di cuenta de que lloraba. Se dio la vuelta y volvió a tumbarse boca arriba. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Creí que tú me entenderías, pero veo que no es así. Déjame solo.

—Majestad...

—¡Vete!

No me moví, pero Akenatón cerró los ojos y respiró profundamente. Tomaba el aire por la nariz y lo soltaba por la boca. Cesaron los sollozos y el movimiento de su pecho volvió a ser rítmico y regular. Emitió un ligero ronquido y me di cuenta de que se había quedado dormido, o quizá había caído inconsciente. Me acerqué a él, le cogí un brazo y lo dejé caer. Estaba relajado.

Fui a dejar el punzón donde lo había encontrado, pero enseguida cambié de idea. Yo era incapaz de matar a nadie y mucho menos al faraón de Egipto, pero... ¿y si en la siguiente ocasión se lo pedía a alguien con menos escrúpulos? Llevaba debajo de la túnica los vendajes que uso siempre, los que inventaron las esclavas de Ay para disimular mis formas poco femeninas y dotarme de curvas de las que carezco. Envolví el punzón en su funda de tela y lo escondí bajo el vendaje de mi pecho.

Solo entonces me aventuré a salir para averiguar qué había ocurrido. Ya había oscurecido por completo. Las nubes que antes cubrían la cima del monte habían descendido por la ladera para apoderarse del cielo nocturno, impidiendo que la luz de la luna iluminara el campamento. El aire olía a tormenta. La única claridad provenía de las llamas de la hoguera que había servido para cocinar nuestra cena. El mensajero que había traído tan aciagas noticias estaba sentado junto al fuego y bebía una jarra de cerveza en compañía de los dos soldados. Tef y Hemet, junto a los criados del faraón, habían tendido sus alfombrillas un poco más allá y dormían

al raso. Solo quedaba Mose en pie. Con los brazos cruzados, observaba el sendero que ascendía hacia la cima del monte.

—Tu hermana y el príncipe han subido por ahí. Les acompaña Horemheb. Han ordenado que les esperemos aquí.

—¿El niño se ha ido sin protestar?

—No. Lloraba tanto que Horemheb ha tenido que cogerlo en brazos y llevárselo por la fuerza. No paraba de berrear, ¿no lo has oído?

—Sí, sí. Claro.

—Supongo que deberíamos acostarnos. Mañana emprendemos el regreso a la Ciudad del Horizonte, ¿no es así?

—Si el faraón está con fuerzas, sí. En caso contrario, esperaremos.

—Descansemos de todos modos.

Mose me dirigió una inclinación de cabeza y desapareció dentro de su propia tienda. Yo me encogí de hombros y regresé junto a Akenatón. No me parecía prudente dejarlo solo. No había otra esterilla más que la que ocupaba él, de modo que me tumbé en el suelo como había hecho tantas veces en la mazmorra de Horemheb y cerré los ojos.

Estaba tan agitada que me parecía imposible conciliar el sueño. Imágenes absurdas e inconexas comenzaron a aflorar en mi mente. Me veía esgrimiendo aquel horrible punzón para clavarlo en el pecho del faraón. Henti, niña otra vez, me decía que ya era hora de que dejara de disfrazarme y que tenía que comportarme como un hombrecito. Mose esculpía un enorme busto de Nefertiti, tan grande que una persona se podría meter dentro y hasta sobraría espacio. Un halcón surcaba el cielo y su rostro era el de Horemheb. Me miraba desde lo alto y se lanzaba contra mí, dispuesto a arrancarme los ojos.

El halcón cruzaba por delante del sol. Sus rayos me deslumbraban.

Vi luz.

La luz estaba en todas partes.

Me vi en la cima de la montaña. Henti caminaba entre las rocas, con el príncipe en brazos. De pronto oí un trueno. Surgió una llamarada, cayo un rayo del cielo y una zarza reseca se prendió fuego. Vi a Horemheb que salía de la nada, con el punzón entre las manos, y se lo clavaba en la nuca a mi hermana.

Abrí los ojos, súbitamente convencida de que mi esposo iba a matar a Henti. Me lo había dicho de todas las formas posibles solo que yo no había querido entenderlo.

Podía escuchar la lluvia que caía sobre la tienda. Se escuchaban truenos en la lejanía. Me puse en pie de un salto y contemplé al faraón, que continuaba dormido. Estaba a punto de salir cuando entró Mose, mojado, tembloroso y con la respiración agitada.

—¿Has visto la zarza? —preguntó.

—Sí.

—Tu hermana está en peligro.

—Vamos.

# Pasaje de la manifestación de Atón

**H**e saltado. Caigo hacia el vacío. Todo está oscuro a mi alrededor, no veo nada. Caigo cada vez más abajo, me parece que el fondo ya no está lejos. Allí me espera la Devoradora. Escucho sus rugidos, huelo su aliento, presiento el calor de su cuerpo deforme.

Voy a morir. Tengo miedo.

Un resplandor. Una luz blanca lo inunda todo. Quedo suspendida en el espacio. He dejado de caer.

No tengo rostro, pero siento que los ojos se me llenan de lágrimas. Carezco de cuerpo, pero el pecho se me llena de gozo. Tú estás aquí. Tú me has salvado, oh, Atón.

Nunca creí en ti. Ni siquiera ahora que estoy muerta termino de creer. ¿No te inventé yo? ¿Cómo puedo creer en un dios al que he creado yo misma, cuando debería ser al revés? Nunca creí en ti y, pese a ello, salí en tu busca. El pueblo necesitaba un símbolo divino, una señal que le ayudara a vencer a la plaga. Fue así como concebí la idea de la peregrinación. La Gran Peregrinación de Atón.

¿Por qué el monte Sinaí? Se trata de un lugar inhóspito, perdido en los confines de mi imperio. ¿Por qué quise ir ahí? Había oído hablar de él a los mercaderes que viajan al país de Punt como uno de los lugares más lejanos que pueden visitarse sin abandonar las tierras que por derecho le corresponden a Egipto. Tenía claro que no podías manifestarte en un país extranjero y el monte Sinaí me permitía cruzar la mitad del imperio, para que el pueblo entero viese la devoción de sus soberanos. Todo obedecía a un plan.

Lo que no preví fue lo que ocurrió allí.

Cuando Horemheb cogió al niño en brazos y se internó en el camino que llevaba a la cima, no me quedó más remedio que seguirlo. Mi atuendo no podía ser más inapropiado para una subida como aquella, pero no tenía tiempo de cambiarme de ropa. Llevaba sandalias engarzadas en piedras preciosas, uno de mis vestidos más ceñidos, una capa de vibrante color azul, collares, pendientes y hasta una tiara de oro. Iba vestida de reina, no de peregrina, pero aquello no me detendría.

Apenas habíamos caminado cien codos cuando rompió a llover. ¡A llover!

¿Desde cuándo llueve en medio del desierto? El polvo del camino se tornó barro. Las gotas eran cada vez más gruesas y más frías. Estaba tan oscuro que no veía el suelo donde pisaba. Tut no dejaba de llorar, pero Horemheb continuaba, implacable.

No podía rendirme. Continué el ascenso detrás de él. Un paso, otro paso. El agua de la lluvia se mezclaba con mi propio sudor. Me costaba respirar. Noté una punzada en el costado, dolor en los pies, me temblaban las piernas. Las gotas de lluvia se convirtieron en piedras de hielo que me herían el rostro y la espalda. La peregrinación se había convertido en agonía, pero no me detuve.

No sé al cabo de cuántas horas, pero, al fin, llegué a la cima. En lo alto del monte no llovía, aunque el cielo continuaba cubierto de nubes. No había luna ni estrellas y todo estaba oscuro. Estaba sola.

—¡Tut! ¡Horemheb! ¿Dónde estáis?

Con cuidado de no tropezar, eché a andar por la cumbre rocosa. El suelo estaba húmedo y resbaladizo y no podía ver por dónde iba. Caminé cien, doscientos codos. Soplaban el viento y el frescor de la noche me daba escalofríos.

Un rayo como jamás había visto descargó contra unas rocas justo delante de mí. Vi que estaba al borde de un precipicio y tuve miedo. A pesar de todo, seguí adelante, hacia el lugar donde había caído el rayo.

Encontré ahí una zarza que ardía.

Caí de rodillas y las lágrimas inundaron mis ojos. ¿Es posible, Atón, que escuchara entonces tu voz dentro de mí? No sé cómo ocurrió. Mi mirada se perdió en las llamas y me pareció ver un núcleo de luz pura, perfecta, sobrenatural. Y entonces me hablaste, Atón.

—Soy el que soy —dijiste.

Yo abrí los brazos, riendo. Me sentí inmensamente dichosa y creí. Por una vez en mi vida, creí.

Tras la zarza me pareció ver la silueta de Horemheb. Otro relámpago lo iluminó. Llevaba una daga en la mano y corría hacia mí. No había rastro del niño.

Grité y Horemheb cayó fulminado.

Su cuerpo se desplomó contra el suelo rocoso.

Te di gracias entonces, Atón. Ahora estoy muerta, a mi alrededor solo hay luz que brota de una zarza ardiendo. Su centro brilla tanto como el sol de medio día. Lo miro y te veo a ti.

¿De veras existes?

¿Me atreveré a acercarme a ti?

¿Soy digna?

# Libro XI

## *El éxodo*

**E**l camino fue arduo. Más que arduo, fue una pesadilla.

No paraba de llover y, en un momento del ascenso, la lluvia se convirtió en granizo. No llevábamos ni media hora de ascenso cuando empezaron a darme calambres en las piernas. No veía por dónde andaba, el suelo estaba resbaladizo y tropezaba cada pocos pasos, pero el miedo me animaba a continuar.

La imagen de mi hermana y del pequeño Tut no me abandonaba. Podía verlos muertos, derrumbados en el suelo con la cabeza aplastada por una piedra. Horemheb se erguía sobre ellos y gritaba, gritaba proclamando su triunfo.

—¡Henti! —chillé—. ¡Henti, Tut! ¿Podéis oírme?

Mose se dio la vuelta de inmediato.

—¡Calla, insensata! ¿O es que quieres alertar a tu esposo de que lo seguimos?

Guardé silencio, pero el miedo y la rabia se transformaron en lágrimas y me eché a llorar. Lloré durante todo el camino, pero el agua de la lluvia borraba cualquier rastro de mi llanto, así que eso quedará para siempre entre tú y yo, divino Atón.

No paramos a descansar ni una sola vez, ni siquiera nos detuvimos un instante para recuperar el resuello. Avanzamos en una marcha contante, sin hablar, concentrados solo en el siguiente paso

que teníamos que dar, en no tropezar con la próxima piedra, en no resbalar por ninguna pendiente.

Cuando llegamos a la cumbre dejó de llover, pero se desató la tormenta. Caían rayos en la lejanía y los truenos resonaban con tal intensidad que era como si la montaña entera fuera a desplomarse. Nos agazapamos tras unas rocas para no ser descubiertos.

Un relámpago iluminó la figura de Horemheb. Corría con un puñal en la mano. Sin pensar en lo que hacía, salí tras él. Empezó a llover. Vi a mi hermana Henti, arrodillada junto a un precipicio. Frente a ella, una zarza como la de mi sueño se había prendido fuego. Horemheb iba directo hacia ella. Cogí una piedra del suelo. Era grande y pesada, pero la levanté como pude, la lancé con todas mis fuerzas y le acerté a mi esposo en la cabeza. Se escuchó un sonido hueco y él cayó de bruces sobre las rocas.

—¡Henti! ¿Estás bien?

Corrí hacia ella, la ayudé a levantarse y la envolví en un abrazo.

—¿Has visto la zarza, Iltani? ¡Es Atón! ¡Atón se me ha aparecido!

—¿Estás bien?

—¿No me has oído? ¡He visto a Atón!

—¿Y Tut? ¿Dónde está el príncipe?

Henti parecía enajenada. Se soltó de mi abrazo y volvió a mirar el fuego, que se consumía poco a poco bajo la lluvia. Yo me di la vuelta, me puse las manos alrededor de la boca y grité:

—¡Tut! ¡Tut! ¿Me oyes?

Notaba la angustia como una presión insoportable en el pecho. Si Horemheb había matado al niño no podría perdonármelo nunca. Di un paso, luego otro, pero no sabía a dónde dirigirme. Entonces apareció Mose con el príncipe de la mano. Las llamas iluminaban sus rostros mojados por la lluvia. Corrí una vez más, esta vez hacia Tut, me arrodillé a su lado y lo abracé.

—¿Está muerto? —preguntó el niño, contemplando el cuerpo inmóvil de Horemheb.

Lo solté, me dirigí hacia mi esposo y me incliné junto a él. Tenía una herida en la cabeza de la que aún manaba sangre, lo cual era una señal inequívoca de que continuaba con vida. Le palpé el cráneo y no me pareció que estuviera fracturado. Busqué su muñeca y le tomé el pulso, que era lento y fuerte.

Mi diagnóstico fue sencillo. No teníamos mucho tiempo antes de que volviera en sí.

Me incorporé de nuevo y volví junto a Henti, que continuaba peligrosamente cerca del precipicio. La agarré del brazo y la alejé unos pasos de la caída. La zarza ardiente parecía haberse apagado. No puedo decir que el fuego se consumiera, como ocurre con las hogueras habituales, sino que simplemente desapareció. Un instante estaba allí, ardiendo con total intensidad, y al siguiente no estaba, como si nunca hubiera existido. Henti parecía haber recuperado el uso de sus sentidos, porque me miraba con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido?

—Horemheb ha intentado asesinarte. Lo he golpeado con una piedra, pero volverá en sí en cualquier momento.

—Hay que matarlo —dijo Mose, con una voz ronca que nunca le había escuchado—. Atón me perdona, sé que no se debe quitar la vida a otro ser humano, pero es él o nosotros. Si despierta y nos ve aquí, podemos darnos por muertos.

—¡No! No podemos matar a Horemheb —gritó Henti—. Él es el único que puede devolverme el trono. Sin él, Egipto caerá en manos de Ay.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡Ese hombre acaba de intentar asesinarte! Si no fuera por tu hermana, estarías muerta...

—Lo haremos prisionero. Lo ataremos de pies y manos y lo llevaremos con nosotros de vuelta a la Ciudad del Horizonte. Si es necesario le administraremos adormidera y otros venenos para doblegar su voluntad. Lo único que necesito es mostrarlo ante el

ejército, que los soldados sepan que él nos respalda a Amenhotep y a mí. Entonces me obedecerán y ya podremos deshacernos de él.

—¿Pero estás loca? Horemheb es mucho más fuerte que nosotros, es un militar entrenado, ¡nunca podremos doblegarlo!

Mientras escuchaba la discusión entre Mose y mi hermana, supe que la decisión era mía. Podía volver junto a Horemheb, coger la piedra que le había arrojado y machacarle la cabeza una y otra vez hasta romperle el cráneo y aplastar sus sesos. Henti protestaría, pero no podría evitarlo. Y yo me vería libre de él.

¿O sería todo lo contrario? Mi hermana tenía razón. Si la rebelión de Ay triunfaba, ella lo perdería todo y Tut nunca sería faraón. Si regresábamos a la Ciudad del Horizonte, ambos serían asesinados sin ninguna duda. Quizá fuera un veneno, quizá una daga en medio de la noche, pero en ningún caso vivirían para ver la siguiente inundación. Tendríamos que exiliarnos con un faraón enfermo y refugiarnos... ¿dónde? ¿En una aldea de pescadores? ¿En Nínive, en Wassukanni, en el país de los hititas? ¿Qué rincón del mundo estaría lo bastante alejado para mantener al heredero del trono alejado del usurpador?

Pensé que, además, si mataba a Horemheb sería su esclava para siempre. Aunque él estuviera muerto, su recuerdo viviría dentro de mí y gobernaría cada uno de mis actos. Jamás sería libre.

Tenía que derrotarlo.

—Deprisa, Henti, cambiémonos la ropa.

—¿Qué quieres decir?

—Quítate el vestido, las joyas, la corona. —Mientras hablaba, iba desnudándome sin pudor alguno—. Ponte mi túnica, vuelve al campamento y acuéstate junto a tu esposo. Cuando llegue Horemheb hazte pasar por mí.

—Estás loca. Es tu esposo, se dará cuenta de la diferencia..

—Ponte una de mis pelucas y no te levantes, sobre todo no te pongas en pie, para que no se aprecie la diferencia de estatura. En cuanto amanezca, Horemheb montará su caballo y se irá a sofocar la rebelión de Ay.

—No funcionará. Querrá saber dónde estoy yo. Nos buscará al príncipe y a mí y no cejará hasta encontrarnos.

—Haz lo que te digo y confía en mí. —Yo ya me había quitado la túnica y no llevaba más ropa encima que las vendas que usaba en el pecho y entre las piernas. Extendí la mano con impaciencia. Henti negó con la cabeza, pero luego comenzó a desnudarse. Yo solo me puse el vestido. Cogí sus sandalias bordadas, sus joyas y su corona de reina y los arrojé por el precipicio. Llevaba también una capa azul. La rasgué en dos y la enganché en una de las rocas, donde fuera bien visible—. Mose, tú te quedarás aquí. Cuando Horemheb vuelva en sí, dile que yo te he mandado a buscarlo porque el faraón está agonizando. Cuéntale que la reina Nefertiti y el príncipe Tut han caído por el precipicio.

—Bajará a buscarnos.

—Descenderá unos cuantos codos, sí. Encontrará tu capa y quizá tu corona. Después Mose le recordará que el faraón está a punto de morir y que Ay ha dado un golpe palaciego y que Egipto lo necesita. Está oscuro, llueve y no puede entretenerse en buscar los cuerpos. Os dará por muertos y se irá.

—¿Y si me reconoce cuando llegue al campamento?

—¿Aún guardas un cuchillo debajo de la cama?

—Por supuesto.

—Si es preciso, úsalo.

Mi hermana finalmente accedió a ponerse mi túnica. Le quedaba un poco larga, pero, por lo demás, sin sus joyas ni sus coronas, era idéntica a mí.

—¿Y qué harás tú?

—Tut y yo nos esconderemos. Cuando Horemheb se haya marchado, nos reuniremos con vosotros. Ahora vete, no hay tiempo.

Henti y yo nos abrazamos, ella depositó un beso sobre mi mejilla y desapareció entre las sombras de la noche. Yo cogí al niño, le hice un gesto a Mose para que fuese junto a Horemheb y fui a esconderme tras unas rocas. Tut me miró con los ojos muy abiertos

e hizo amago de ir a decir algo, pero puse el dedo índice sobre sus labios, él asintió y me abrazó con fuerza.

Esperamos. Dejó de llover, el cielo se abrió y la luz de la luna iluminó la cima del monte Sinaí. Desde donde estaba, podía divisar a Mose en cuclillas junto a Horemheb. Vi cómo cambiaba de postura varias veces. Se sentó, se puso en pie, después se arrodilló y volvió a sentarse. Yo estaba agotada y se me cerraban los ojos, pero luchaba por mantenerme despierta.

—¡Nefertiti!

La voz de Horemheb me sobresaltó. Tut se había dormido entre mis brazos, ajeno a problemas y preocupaciones. Contuve la respiración y tensé los músculos.

—Soy Mose, comandante. ¿Os encontráis bien? Ha sucedido algo terrible.

—¿Dónde está la reina?

—Ha habido un derrumbamiento de piedras. He llegado justo a tiempo de ver cómo ella y el príncipe caían por el barranco.

Horemheb se puso en pie de un salto. Reparó en la roca con que le había golpeado, que estaba manchada de sangre. La tomó entre sus manos y la miró fijamente antes de dejarla caer de nuevo. Caminó hasta el precipicio, vio la capa rasgada de Henti, la cogió y la olió.

—Esto es suyo. ¿Han caído por aquí?

—Sí, comandante.

Como yo imaginaba, Horemheb se puso de rodillas e intentó descender por el barranco. El corazón me daba coces en el pecho. Mi esposo era un hombre ágil y fuerte, ¿y si lograba llegar hasta abajo del todo y desconfiaba al no encontrar los cuerpos? Había algo más de luz, no era imposible que decidiera buscarlos y no desistiera hasta dar con ellos... o constatará que no estaban allí.

A pesar de mis temores, reapareció enseguida con la tiara de mi hermana en la mano derecha. Se puso en pie, miró de nuevo por el despeñadero y sacudió la cabeza.

—Nadie puede sobrevivir a una caída así. Tú, artesano, ¿qué haces aquí? ¿Por qué has desobedecido mis órdenes?

—Me envía vuestra esposa, mi señor. El faraón está agonizando. Cree que puede morir en cualquier momento.

Horemheb se asomó una vez más al precipicio. Se cruzó de brazos y pareció meditar durante unos instantes. Un rayo de luna le iluminó el rostro. Sonreía.

—¿Dices que el príncipe Tut también ha caído por aquí?

—Lo llevaba la reina en brazos, comandante.

—Es una desgracia. Si Akenatón muere esta noche, Egipto se habrá quedado en un solo día sin faraón, sin reina y sin heredero. Urge que vaya a enfrentarme con Ay o ese gusano se hará con el trono. Vamos, no tengo tiempo que perder.

No me moví mientras los veía alejarse. Cuando se perdieron entre las sombras, me atreví a soltar el aire que había estado conteniendo e inspirar profundamente. Sentí que mis músculos se relajaban y un intenso dolor me invadió el cuerpo entero. A pesar de todo, una sonrisa afloró a mis labios.

Conocía bien a mi esposo, después de todo.

Esperé un tiempo prudencial antes de emprender el camino de descenso. No quería encontrarme con Mose y Horemheb, pero tampoco deseaba quedarme demasiado atrás por si algo en mi plan fallaba. De pronto me parecía que había sido demasiado ingenua. Cuando mi esposo llegara abajo ya estaría amaneciendo y habría luz suficiente para descubrir el engaño. Me dije a mí misma que, si desenmascaraba a mi hermana y la atacaba o la amenazaba de alguna forma, me lanzaría contra él con el punzón del faraón. Quizá lograra no matarlo del todo, sino dejarlo solo parálítico y mudo como me había explicado Amenhotep. Toqué el arma que aún llevaba escondida bajo el vendaje del pecho y me alegré de haberla conservado.

Hacer el trayecto de descenso con el niño dormido en mis brazos fue difícil. No tenía manos libres para agarrarme, de modo que tenía que caminar aún con más cuidado para evitar caermé. Me

dolían las piernas, los hombros, la espalda. Además, el vestido de Henti era demasiado estrecho y no me permitía andar con normalidad. Ninguno de estos obstáculos logró detenerme, pero sí debieron de frenar mi marcha porque llegué justo a tiempo de ver cómo mi esposo partía al galope hacia el desierto.

El corazón se me detuvo por un instante. ¿Y si había descubierto a Henti y la había matado? Estaba a punto de entrar en el campamento e irrumpir en la tienda del faraón cuando escuché la voz de uno de los hombres de Horemheb.

—Ya has oído al comandante. Yo estoy al mando. Esperaremos hasta que el faraón muera o la dama Mutnodjemet diga que está en condiciones de viajar.

—Hace unos días querías cepillártela y hoy la llamas dama y obedeces sus órdenes.

—Estúpido, tenemos instrucciones del comandante. ¿Quieres que nos corte las pelotas o qué? Tenemos una misión delicada, más nos vale cumplirla al pie de la letra.

—A mí aún me gustaría divertirme con ella.

El alivio que sentí fue tan intenso que tuve que sentarme sobre una roca, porque me fallaban las piernas. Mi plan había funcionado, Horemheb se había ido, pero había algo en lo que no había pensado. Podía confiar, por supuesto, en Tef y Hemet y en los criados de Henti, pero en el campamento quedaban también los dos soldados además del mensajero enviado por Tey. Ellos eran leales a su comandante. Si yo aparecía con el pequeño Tut, descubrirían el engaño y nos harían prisioneros.

No. Tenía que mantener la farsa hasta el final. El príncipe y yo no podríamos regresar a la Ciudad del Horizonte con el resto de la expedición.



Esperé, aún protegida por las rocas que delimitaban el inicio del ascenso hacia la cumbre, hasta que vi a Mose asomarse a su tienda. Le arrojé unos guijarros para llamar su atención. Él había pensado lo mismo que yo porque, al verme, se limitó a susurrar:

—Los soldados no pueden verte.

Acordamos que el príncipe y yo nos instalaríamos montaña arriba, donde era muy improbable que nadie nos descubriese. Mose iría a vernos dos veces al día para llevarnos agua y comida y darnos noticias sobre la evolución del faraón. Cuando llegara el momento de partir, yo iría por detrás de la caravana principal y seguiríamos el mismo sistema, Mose nos visitaría todas las noches para llevarnos provisiones.

Akenatón no murió como consecuencia de aquella crisis, pero tardó tres días en recuperarse. Tres días que parecieron tres años. Tut despertó la primera mañana lleno de energía y me resultó imposible conseguir que guardara el silencio preciso para mantenernos ocultos. Tuvimos que ascender casi hasta la cima del monte para estar seguros de que nadie oía sus gritos y sus lloros cada vez que se enfadaba. Primero quiso saber todos los detalles de lo que había ocurrido. Yo no encontraba la forma de explicárselo, no acertaba a hacerle comprender que ahora la reina fingía ser yo mientras Horemheb creía que Nefertiti y él estaban muertos.

—¿Entonces, estamos todos muertos?

—No. Nadie ha muerto.

—Pero los soldados no pueden vernos.

—Exacto, es como un juego. Estamos escondidos y nadie puede encontrarnos.

Esa idea pareció gustarle, pero, como era un juego, quiso ir al campamento para tirarles piedrecitas a los soldados y asustarlos con voces de ultratumba. Cuando se lo prohibí se echó a llorar y tuve que castigarlo con unos azotes. Pasamos el primer día entero enfadados.

El segundo día, Mose me anunció que mi hermana quería venir a vernos. Le dije que debía disuadirla de aquella idea a toda costa.

Su comportamiento debía ser lo más discreto y menos sospechoso posible. Le pedí que no se separa apenas del faraón y que prestara atención para mantener el engaño hasta el final.

Tut se portó mejor. Creo que había comprendido que el juego era un asunto serio en realidad, porque se dedicó a deambular por la montaña y procuró no gritar ni hacer ruido. Pero cada rato acudía a mi lado para decirme que se aburría.

—Yo también me aburro —reconocí.

—Quiero volver a casa.

—Yo también, pero debemos esperar a que tu padre se recupere.

—Quiero ver a mi padre.

Cuando le dije que era imposible, volvió a echarse a llorar y estuvimos de nuevo enfadados hasta el anochecer. Al tercer día, Mose nos trajo algunos objetos que había conseguido robar en el campamento y que podrían sernos útiles para marchar en solitario por el desierto: una pequeña tienda, unas esterillas, un odre para el agua y pan seco para comer. Me trajo también una de mis túnicas para que pudiera deshacerme del estrecho vestido de mi hermana. Todo cabía en un solo fardo, pero era tan pesado que pensé que sería un suplicio caminar por el desierto con él a cuestas. No me quedaba otro remedio.

Al amanecer del cuarto día, la comitiva real partió de regreso hacia la Ciudad del Horizonte. Les di una hora de ventaja y después el niño y yo salimos tras sus pasos. Al principio Tut pretendió que lo llevase en brazos, pero logré convencerlo de que difícilmente podría cargar con él y con el fardo.

Él, sin embargo, caminaba tan despacio que pronto me di cuenta de que cada vez nos alejábamos más de la caravana principal.

Fueron días monótonos y agotadores. Una duna sucedía a la anterior y el horizonte siempre parecía infinitamente lejano. El sol nos abrasaba por mucho que nos cubriéramos con velos como hace la gente del desierto. Teníamos poca agua y la sed nos torturaba. Ni

Tut ni yo teníamos ganas de hablar, de modo que, la mayor parte del tiempo, caminábamos en silencio, aunque con frecuencia íbamos cogidos de la mano.

Yo pensaba en la zarza ardiente y en el aviso que había recibido en sueños. Poco a poco me iba dando cuenta de que tú me habías hablado, oh, Atón. Mientras atravesábamos el desierto del Sinaí comencé a creer en ti y, por primera vez en mucho, muchísimo tiempo, sentí esperanza. Durante toda mi vida había sido esclava de falsas divinidades, primero Shaushka y después mi esposo, que se creía un dios y me exigía que lo venerara y obedeciera como tal. En ti, Atón, creí ver a ese padre y madre que se preocupa por sus hijos, que no exige sacrificios ni expiaciones, sino que se limita a prodigar amor.

Por las noches, Mose nos visitaba para traernos víveres. El pobre tenía que hacer más de dos horas de trayecto adicional para ir y volver desde el campamento principal, por lo que cada vez se le veía más exhausto. Yo aprovechaba para pedirle noticias, pero él sacudía la cabeza y suspiraba.

—No sé nada. El faraón y tu hermana avanzan juntos, separados de los demás. Creo que tus criados Tef y Hemet sospechan que algo ha ocurrido, pero no se han dirigido a mí.

—¿Y los soldados?

—Puedes estar tranquila.

Así fueron pasando las jornadas, una tras otra, con una cadencia repetitiva que nos sumía a Tut y a mí en una especie de trance que, en mi caso, tenía tintes religiosos. El pobre príncipe, por su lado, estaba tan agotado e imagino que tan confundido que una noche, al acurrucarse junto a mí para dormir, murmuró:

—Te quiero, mamá.

No lo corregí.

La víspera de nuestra llegada al puerto, Mose acudió a nuestro encuentro con la preocupación pintada en el rostro.

—No sé cómo vais a cruzar el mar Rojo. Veo imposible que abordéis nuestro navío.

—Yo también he venido pensando en eso.

—Creo que tendréis que esperar a que salga otro barco. He logrado hablar con tu hermana y me ha dado estas joyas para que puedas pagar a su propietario.

Mose me entregó un pequeño cofre que contenía la mayoría de las alhajas que Henti había llevado al viaje y que no se habían quedado en el precipicio del monte Sinaí. Había dos coronas, tres collares, varios pares de pendientes y numerosas pulseras y brazaletes.

—Esto es suficiente para comprarme un pasaje hasta el fin del mundo. Le devolveré lo que sobre cuando llegue a la Ciudad del Horizonte. ¿Te ha dado algún mensaje para mí?

—Sí, aunque no lo he entendido bien. Me ha dicho: «Dile que ahora me doy cuenta de que no es fácil ser ella».

A la mañana siguiente, esperé más de lo habitual antes de ponernos en marcha. Quería dar tiempo a que la expedición principal encontrase un barco adecuado y se hiciera a la mar antes de adentrarme en el puerto. Cuando Tut y yo llegamos, nos encontramos con una grata sorpresa. El comerciante hicso, Aacheper, continuaba allí.

—Mose me lo ha explicado todo. Mi cargamento de maderas preciosas llegará mañana, así que a lo sumo dentro de dos días podremos embarcar. Tú y el niño venís con nosotros, por descontado.

—¿Qué te ha contado?

—La rebelión del visir, la enfermedad del faraón, ¡todo! Sé que tú estás protegiendo al príncipe heredero. Será un placer para mí ayudarte en tan alta misión.

No me quedó claro cuánto sabía Aacheper y cuánto no, pero decidí no indagar. Intenté pagarle con las joyas de mi hermana, pero se negó a oír hablar de ninguna retribución. Aseguró que ya tendría bastante beneficio con la venta de las maderas y que nuestra presencia no le suponía ningún coste adicional. Me ayudó a encontrar una habitación en la posada para Tut y para mí y hasta

me ayudó a conseguir túnicas nuevas, al comprobar que las nuestras estaban sucias y raídas del camino.

Dos días después, tal y como Aacheper había prometido, embarcamos. Apenas tengo recuerdos del trayecto en el *kebenit*, más allá de las náuseas constantes y de las ganas de morir. Hubo, además, una tempestad que los marinos calificaron de muy suave, pero a mí me aterrorizó hasta reducirme a las lágrimas con cada nueva sacudida de las olas, del viento o de los rayos de la tormenta. Vomité tantas veces y mis arcadas eran tan fuertes que en alguna ocasión pensé si se me saldría el estómago u otras vísceras, y me pregunté tontamente cómo harían los embalsamadores para momificarme si no podían encontrar mis órganos para guardarlos en los vasos canopos como es costumbre. No pensé, la verdad, que si naufragábamos el barco se hundiría y mi cuerpo se lo comerían los peces. Al igual que en la ida, durante el viaje fue Tut quien hubo de encargarse de mí, y no al revés.

Llegamos al puerto de Ugarit, desde donde emprendimos de inmediato el camino a través de desierto en dirección a Heliópolis. Aacheper contrató carros, mulas, caballos e incluso una litera para el príncipe y para mí, por lo que aquella parte del viaje se nos hizo mucho menos pesada que la travesía del Sinaí. Insistí una vez más en pagar al mercader, pero este rechazaba las joyas con aspecto ofendido.

—¿Cómo voy a aceptar nada a cambio de alojar conmigo al futuro faraón de Egipto? Sin duda el joven Tut tendrá ocasión de mostrarme su amistad cuando sea rey.

—¡Te haré gran visir!

—Con que me deis el monopolio de la ruta al Punt seré más que feliz, alteza.

—Eso es un aburrimiento. Despediré a Horemheb y te nombraré a ti comandante del ejército.

—¡No me castigéis con semejante destino, alteza! ¡Apiadaos de este pobre mercader!

Los dos reían con ganas y yo me alegraba de ver que el joven príncipe se mostraba risueño a pesar de las extrañas circunstancias. Conforme nos íbamos acercando a la Ciudad del Horizonte, mi ansiedad aumentaba. Hasta ese momento todo había salido bien, pero, al trazar mi plan apresuradamente en la cima del monte Sinaí, no había pensado más allá de nuestro retorno a casa. ¿Qué ocurriría a la llegada de Horemheb? ¿Sería capaz de sofocar la rebelión de Ay? ¿Qué sería de mi hermana? ¿Cómo se enfrentaría a él una vez se descubriera quién era en realidad?

Al llegar a Heliópolis tuve que apartar de mi mente aquellos pensamientos. Encontramos el ambiente de la ciudad mucho más revuelto de lo esperado. La plaga se había extendido y había miles de enfermos.

También se había propagado la noticia de la rebelión de Ay y se hablaba de un nuevo corregente, un faraón llamado Smenkhare. Nadie sabía si el antiguo faraón estaba vivo o muerto ni qué había sido de la reina Nefertiti ni del comandante Horemheb.

El viaje Nilo arriba fue quizá el más largo de mi vida. Es cierto que tardamos más que a la ida, ya que navegábamos contracorriente y dependíamos solo de los vientos, pero el motivo fundamental era la incertidumbre. Me preguntaba quién podía ser aquel Smenkhare que había aparecido de repente. ¿Quién gobernaba Egipto entonces? ¿Akenatón, Ay, Horemheb, mi hermana... o este nuevo Smenkhare, surgido de la nada?

Por los marineros de nuestro navío supimos que se hablaba de bandos enfrentados. Los sacerdotes de Amón, liderados por Meryptah, exigían el retorno a las antiguas costumbres, ya que a todas luces los dioses habían abandonado a Egipto a causa de la herejía de Akenatón. Algunos grupos de fieles a Atón pedían que se derribaran los templos a los falsos dioses, que se expulsara a sus sacerdotes y que se proclamara el culto obligatorio al dios único. Dentro de este grupo de fieles a Atón destacaban los hicsos.

—Desconocía que tu pueblo fuese tan fervoroso —le dije a Aacheper.

—Así es. Ya sabes que los hicsos hemos estado oprimidos durante mucho tiempo, sufriendo el castigo por los pecados de nuestros antepasados que invadieron Egipto y se hicieron con el trono de los faraones. Atón es el dios de los pobres, el misericordioso, el que afirma que todos somos iguales y que un hombre no debe dominar sobre otro. Es lógico que nos hayamos vuelto hacia él.

—Yo también soy devota de Atón —dije, poniendo en palabras por primera vez lo que llevaba sintiendo en mi interior varios días—. Aunque no puedo dejar de preguntarme si nuestro dios en verdad desea que el hijo se enfrente a su padre, el esposo a la esposa y el artesano al carpintero por su causa.

—No sé qué decirte, dama Mutnodjemet, ya que soy comerciante y no sacerdote y, además, soy hicsa. Pienso que los egipcios son un pueblo orgulloso y a veces cruel. Quizá no estén preparados para un dios tan bondadoso como el nuestro.

—Yo también temo que el tiempo de Atón aún no haya llegado a estas tierras.

Tras una semana entera de navegación llegamos a nuestro destino. Si Heliópolis me había parecido agitada, la Ciudad del Horizonte estaba sumergida en la desesperación. Aunque llegamos a primera hora de la mañana, una nube de polvo del desierto envolvía la ciudad en las tinieblas, como si en efecto todos los dioses se hubieran enfadado con nosotros y hubieran decidido negarnos la luz del sol. Antes incluso de desembarcar, cuando estábamos atracando, nos golpeó el inconfundible olor a muerte.

La peste se había ensañado con la ciudad de Atón. En cuanto puse el pie en el muelle pude distinguir una montaña de cuerpos sin vida que se descomponían junto a uno de los edificios del puerto. Alguien parecía haberlos amontonado allí con un propósito desconocido, quizá subirlos a un barco y llevarlos a una zona despoblada, pero había dejado la tarea sin terminar. Moscas e insectos de todo tipo revoloteaban alrededor de la carne en descomposición. Cabezas de rata asomaban entre los miembros

humanos, dando dentelladas a la carne putrefacta. El olor era tan nauseabundo que hasta yo misma, acostumbrada a todo tipo de pestilencias, debí reprimir una fuerte arcada.

—Atón nos ha abandonado —murmuró Aacheper, cuyo rostro había empalidecido—. ¿Deseas que os acompañe a ti y al príncipe a palacio?

Yo estaba ansiosa por enterarme de cuál era la situación, pero me di cuenta de que era imprudente que el príncipe y yo apareciéramos en palacio, así como así. No sabía si Horemheb había regresado ya de Tebas, si el faraón continuaba con vida, qué había sido de mi hermana. Y, sobre todo, ignoraba quién era aquel Smenkhare y si debía tenerle miedo o no.

—Quisiera ver a tu primo Mose antes de nada.

—No parece que sea posible alquilar literas ni sillas de manos. Por suerte, el poblado de los artesanos está muy cerca de aquí. Iremos a pie.

Dejamos el cargamento de maderas preciosas en el muelle y Aacheper, Tut y yo echamos a andar hacia el poblado de los artesanos. Las calles de la capital de Atón parecían haber sido asoladas por una horda de demonios. Casi en cada encrucijada encontrábamos un nuevo montón de cadáveres en distintos grados de descomposición, todos ellos infestados de ratas y otras sabandijas. Cuervos y buitres sobrevolaban la ciudad y hacían ocasionales paradas para escarbar con sus picos en la carne de los muertos. Algunos enfermos aún se arrastraban por las calles y, al vernos, se acercaban a nosotros implorando ayuda.

Recuerdo bien el silencio. No se oía un solo sonido. Hasta el viento parecía haberse detenido.

Cuando llegamos a casa de Mose encontramos un ambiente aún más ominoso que la última vez que había estado allí. En el piso de abajo no había luz alguna. Las ventanas habían sido cubiertas con gruesos paños y telas y trapos cubrían los pocos objetos de decoración que podían verse. Escuché un murmullo que procedía del piso superior. Cogí al niño en brazos y me dirigí a las escaleras,

seguida por Aacheper. Subí los peldaños, uno a uno, tratando de hacer el menor ruido posible, aunque aun así las tablas crujieron bajo el peso de mis pisadas.

Arriba pude ver que, en la cama que había ocupado el padre de Mose, yacía una silueta cubierta por una sábana. En una mesilla, junto a su cabeza, ardía una vela que suponía la única iluminación de toda la estancia. Las ventanas estaban cubiertas por gruesos lienzos. Había seis o siete personas presentes, todas ellas envueltas en unas túnicas negras que no son de uso corriente entre los egipcios. Creí reconocer en una de ellas a Mose, que estaba postrado de rodillas junto al cadáver de su padre, con el rostro oculto entre las manos.

El aire olía a sudor, a enfermedad, a muerte.

Dejé al niño en el suelo. Con la cabeza baja y caminando casi de puntillas, me acerqué hasta donde estaba mi amigo y le agarré un hombro con la mano.

—Mose, lo siento mucho.

Al verme, él se levantó con un ímpetu del que había parecido incapaz hasta un instante atrás y me abrazó con fuerza, tanta que apenas me permitía respirar. Me estrechó durante mucho tiempo y pude sentir que lloraba como un niño, de modo que le abracé de vuelta y le di palmadas en la espalda como hacen las madres con los bebés para quitarles los gases.

—Itani, no sabes cómo me alegro de verte. Menos mal que tú estés con vida. Mi padre... mi padre ha muerto hoy. Me consuela haber llegado a tiempo para acompañarle en su tránsito al más allá. Que Atón lo acoja en su seno.

Continué sosteniéndolo hasta que me pareció que había dejado de llorar. Entonces me aparté con suavidad y le miré a los ojos, que vi rojos y hundidos y sin la sombra de alegría que siempre se apreciaba en ellos. El príncipe, por su lado, se había acercado al padre de Mose, le había descubierto el rostro y lo miraba ensimismado.

—Este sí que está muerto.

—Tut, por favor, guarda un respeto. Ven y dame la mano.

—No te preocupes, es solo un niño.

Cogí al príncipe de la mano y nos alejamos unos pasos. Aacheper le dio un abrazo a su primo para proceder de inmediato a dar el pésame uno por uno a todos los presentes. Tenía lágrimas en los ojos y se tiraba de las orejas, como si realmente fuese un familiar cercano. Mose acudió junto a mí, acarició la cabeza de Tut y me contempló con sus ojos saltones.

—¿Qué vas a hacer ahora, Iltani?

—Cuéntame antes qué ha sucedido en la Ciudad del Horizonte.

—Es todo muy confuso. Akenatón está muy enfermo. Los rumores son contradictorios, algunos dicen que ha muerto ya, otros que agoniza. Hay un nuevo corregente, el faraón Smenkhare.

—¿Quién es Smenkhare?

—No lo sé. Solo he oído hablar de él por los rumores que corren entre los hicsos.

—¿Qué dice mi hermana?

—No he vuelto a saber nada de ella desde que llegamos, hace ya unos días. Ella y el faraón y el resto de la comitiva fueron directamente a palacio desde el puerto y yo volví a casa. Desde entonces no me he separado de mi padre.

—Lo siento de verdad, Mose. Es terrible.

—Ya ves cómo está la ciudad. Hay muertos por todas partes.

—Lo he visto.

—Mi familia habla de abandonar Egipto. Dicen que, si se prohíbe la fe de Atón, ya no quedará nada aquí para nosotros... ¿Tú que vas a hacer?

Apenas me demoré un instante en contestar.

—Ir a palacio y averiguar quién es este Smenkhare, por supuesto. Solo te pido una cosa. Quédate con Tut y cuida de él.

—¡No! ¡Yo quiero ir contigo!

—No es seguro, cariño. Volveré a por ti en cuanto sea posible.

—¿Lo prometes, mamá?

—Te lo prometo, hijo.

# Pasaje de los espejos

¿H<sub>ola</sub>?

¿Hay alguien ahí?

He atravesado la luz y ahora solo veo claridad. Todo es blanco. En medio veo mi rostro. Está por todas partes. Mis propios ojos me devuelven la mirada desde un millón de minúsculas imágenes, como si me reflejara en una infinidad de diminutos espejos.

¿Qué es lo que veo? ¿A Henti, la esclava de Shaushka? ¿Nefertiti, la reina de Egipto? ¿Al faraón Smenkhare?

Solo veo a una vieja derrotada.

Las imágenes comienzan a cambiar. Yo ya no soy yo. Veo a mi madre, a la reina Tiya, a Enheduana, a Tadukhipa, a Tey, a mi hermana Itani, ¡las veo a todas! ¿Por qué estáis ahí? Todas las mujeres de mi vida. Algunas estáis muertas, otras me habéis sobrevivido, pero todas sois parte de mí. Habéis vivido en mí ahora yo viviré en vosotras.

Regresé a la Ciudad del Horizonte con Amenhotep, disfrazada y camuflada para que todos me confundieran con mi hermana Itani. Nos despedimos de Mose al llegar a puerto. La ciudad estaba asolada por la plaga. Había cadáveres en cada esquina, los cuervos invadían el cielo, hasta el sol había decidido esconderse tras una capa de arena.

La barca real nos llevó hasta palacio. Amenhotep y yo fuimos directos a sus habitaciones bajo el pretexto de su salud. No era una excusa vacía. El estado de mi esposo empeoraba de día en día. Se quejaba de fuertes dolores de cabeza, a menudo padecía convulsiones y permanecía la mayor parte del tiempo sumido en una especie de trance durante el cual no reconocía a nadie ni conseguía dotar de sentido a sus palabras. Solo murmuraba sobre Atón, sobre su fracaso y sobre los demonios que lo atormentaban.

Al llegar a la cámara real, lo lavé yo misma y lo instalé en su cama. Horemheb continuaba en Tebas, reprimiendo la rebelión del vil Ay. Debíamos actuar con presteza, pero para ello necesitaba a Amenhotep conmigo y él estaba más allá de las preocupaciones humanas.

Tres días tuve que esperar para que recuperara, aunque fuera parcialmente,

la lucidez. Tres días en los que yo misma cuidé de él. Solo permití la entrada a unos pocos sirvientes de confianza.

Cómo os eché de menos a todas vosotras, pero las que no estabais muertas estabais demasiado lejos para ayudarme. Tey, cómo te hubiera necesitado, pero Ay te arrastró con él a Tebas para que lo acompañaras en su sedición. Itani, quizá tú habrías podido salvar a mi esposo, pero te habías quedado abandonada en el desierto por salvarme a mí.

Estaba sola.

Al tercer día, cuando Amenhotep abrió los ojos, le expliqué que urgía nombrar un corregente o Egipto se derrumbaría ante nuestros ojos.

—Así se hará, esposa. Te haré faraón, que es lo que siempre has querido.

—Es verdad que siempre deseé compartir el trono contigo. Nunca fue mi deseo reemplazarte porque tú cayeras enfermo.

—Los caminos de Atón son inescrutables, a menudo crueles y nunca sencillos. Serás faraón. Júrame solo que mantendrás viva su fe en Egipto.

—Lo juro.

Amenhotep firmó el edicto. Ay había dejado vacante el cargo de visir de modo que fue el sumo sacerdote de Anubis, el mismo *Ker-heb* que ya me había demostrado su fidelidad en el pasado, quien actuó como magistrado para dar al documento fuerza de ley. Fue él quien organizó la coronación más rápida y menos pomposa que ha conocido Egipto.

Fue en el patio central de palacio, en el mismo lugar donde Amenhotep había celebrado su *Durbar*. Yo vestía como un hombre. Llevaba la *shenti* y el cinturón y las sandalias de papiro, y cubrí mis senos con una armadura militar de bronce que me llegaba por debajo de las costillas. Usé todos los atributos de la realeza, al igual que había hecho Hatshepsut antes que yo.

La barba, la doble corona y los dos cetros me supieron vacíos sin nadie a mi lado para compartirlos. Es cierto que mi esposo asistió a la ceremonia, pero no pudo levantarse de su trono, no fijaba la mirada y pienso que no sabía ni entendía. Él sufría una de sus crisis y yo estaba sola.

El *Ker-heb* ofició el ritual. Desde tiempos pretéritos la coronación ha constado de unos ritos rígidos y complejos. Circunvalé las Murallas Blancas, hice ofrendas al Socar y fui amamantada por la misma Isis a la que en su día encarné. El sol estaba en su cénit cuando alcé los brazos al cielo en signo de adoración.

—Yo, Smenkhare, juro que defenderé la fe de Atón y que mantendré el orden del universo como han hecho todos los faraones que han reinado antes que yo.

—¡Inclinaos ante el faraón Smenkhare!

## Libro XII

### *Faraón de Egipto*

**E**n el poblado de los artesanos tampoco fue posible encontrar una litera ni una silla de manos. Aacheper sí logró, no obstante, conseguirme una mula que me llevó en su lomo hasta el palacio del faraón. Procuré no ceder a la ola de desolación que se había adueñado de la Ciudad del Horizonte, al olor a muerto y a las calles desiertas, pero la inquietud iba haciendo mella en mí. Tenía un mal presentimiento.

Los soldados que custodiaban la entrada principal me detuvieron. Mi aspecto no era el de una princesa ni una dama de la corte, sino más bien el de una viajera muy, muy cansada. Me pregunté cómo debía anunciarme. A falta de una mejor alternativa, me decidí por la verdad.

—Soy la dama Mutnodjemet, la esposa del comandante Horemheb. Deseo ver a mi hermana, la reina Nefertiti.

—La reina ha fallecido, mi señora. Pereció mientras realizaba una peregrinación en honor a su dios, Atón, en la cima del monte Sinaí.

—Quiero ver a Akenatón, en ese caso.

—El faraón está muy enfermo. Agoniza y tenemos órdenes de no molestarlo bajo ningún concepto.

—Está bien. En ese caso, exijo ver a Smenkhare.

—Aguardad unos instantes, mi señora.

Los soldados cuchichearon entre sí y uno de ellos salió corriendo a toda velocidad. Apenas había tenido tiempo de apearme de la mula cuando lo vi aparecer. Caminaba deprisa, con los puños apretados y el ceño fruncido.

Horemheb.

En ese instante sentí que me fallaban las piernas y tuve que aferrarme a mi montura para no caer. Que mi esposo estuviera allí solo podía significar una cosa: todo se había descubierto. Quizás él fuera el famoso Smenkhare del que tanto se hablaba y que nadie sabía de dónde había salido. No era infrecuente que los faraones, sobre todo los de origen plebeyo, adoptaran un nombre nuevo al subir al trono. Si todo había salido a la luz, Henti probablemente hubiese sido hecha prisionera y el pequeño Tut corría grave peligro. Debía darme la vuelta y regresar al poblado de los artesanos de inmediato.

Pero era demasiado tarde. Horemheb llegó a mi lado, me agarró por el brazo y tiró de mí a través de patios, pasillos y corredores hasta conducirme a mis propias habitaciones en el palacio real. La estancia continuaba tan vacía como cuando yo la había abandonado. Por todo mobiliario había dos esterillas en el suelo, la mía y la que acostumbraba a utilizar el príncipe. Mi esposo me soltó con brusquedad, cerró de un portazo y se dirigió a mí con los brazos cruzados.

—¿Me puedes explicar qué significa todo esto?

—No... no sé a qué os referís, mi señor.

Sentía tanto pánico que, sin quererlo, había regresado a los viejos hábitos. Incluso tuve la tentación de arrojarme de rodillas a sus pies, echarme a llorar y suplicar clemencia, pero me contuve.

Ya no era la esclava de Horemheb.

—¿Dónde estabas? Cuando regresé de Tebas, me encontré con el faraón enfermo, con ese tal Smenkhare salido de la nada y contigo desaparecida. Exijo una explicación.

Tomé aire y procuré pensar a la máxima velocidad posible. Horemheb tampoco sabía quién era el nuevo corregente. Tampoco

había mencionado a mi hermana, lo cual significaba que no estaba al corriente de demasiadas cosas. Era posible que no supiera nada en absoluto. Eso me proporcionaba cierto margen de maniobra.

Me decidí por contarle la verdad. Un pequeño fragmento de ella, al menos.

—El padre de Mose ha muerto. Fui a acompañarlo y a darle el pésame.

—Te ordené que no te separaras del faraón.

—En cuanto llegamos a palacio, sus médicos se hicieron cargo de él y me prohibieron que me acercara. No tengo autoridad sobre ellos, esposo.

—¿Y quién es Smenkhare?

—Lo ignoro. Acabo de enterarme de su existencia.

Horemheb descruzó los brazos y se acercó a mí con gesto amenazante. Sentía deseos de echarme a llorar, de arrodillarme ante él y suplicarle que me castigara, pero me mantuve fuerte. Además, lo que le había dicho era, básicamente, la verdad. Yo tampoco tenía idea de quién era Smenkhare.

Al fin, mi esposo resopló, se dio la vuelta y se asomó a la ventana.

—Sospecho que sea un sicario de Ay y de Meryptah. Ay se rindió con demasiada facilidad en cuanto llegué a Tebas. Llegamos al acuerdo de persuadir a Akenatón de que nos nombrara a ambos corregentes. A su muerte los dos debíamos compartir la corona. El instante se acerca, el faraón agoniza, puede expirar en cualquier momento... y Smenkhare se ha adelantado.

Lo que decía Horemheb tenía sentido. Smenkhare no podía haber surgido de la nada, tenía que pertenecer a uno de los bandos preexistentes y la respuesta más obvia era mi supuesto padre adoptivo, el visir Ay.

Una pregunta seguía sin respuesta: ¿qué había sido de mi hermana? ¿Dónde estaba?

—¿Qué vas a hacer, esposo mío?

—Solo hay una solución. Tengo que deshacerme de Smenkhare, pero es un hombre esquivo, nadie parece haberlo visto.

Yo también necesitaba conocer al nuevo corregente. Él era la clave de todo, el único que parecía tener todas las respuestas. Solo tenía una opción: simular que continuaba recibiendo instrucciones de mi marido.

—¿Qué he de hacer?

Horemheb se giró y me miró con desprecio.

—Itani, una vez más me has demostrado que eres una inútil. En el monte Sinaí me tuve que encargar de todo yo solo, ¿te das cuenta? No me serviste para nada. —Un escalofrío me recorrió el cuerpo al escuchar aquellas palabras, pero hice lo posible por mantener la compostura. Horemheb caminó hasta mí y me agarró la mandíbula—. Te encargué una única misión, que no te separaras del faraón. ¿Y qué es lo que me encuentro? Que te vas al funeral de un estúpido hicso y, en tu ausencia, aparece Smenkhare como por arte de magia y se hace con el poder.

—Lo lamento, amo.

—No creo que lo lamentes de veras, pero te juro que lo lamentarás. Yo seré faraón y tú serás mi reina, porque te di mi palabra y nunca la rompo. Pero volverás a la mazmorra. Te encerraré ahí para el resto de tu vida. Saldrás una vez al año, cuando yo lo diga, para que el pueblo te vea. El resto del tiempo te pudrirás en el calabozo como un perro.

El corazón me latía cada vez a mayor velocidad. Me temblaba todo el cuerpo y hasta me pareció que se me descomponía el vientre. Sentí ganas de vomitar.

No podía regresar a la mazmorra. Ya no.

—Siempre dije que no tenía interés en ser reina, mi señor. Lo único que ansío es ser vuestra esclava.

—No vales ni para eso.

Horemheb me soltó, me dirigió una última mirada cargada de odio y abandonó mi aposento. Yo permanecí inmóvil varios instantes, sin saber qué hacer a continuación. Escuché pasos al otro

lado de la puerta y después la voz de mi esposo, que daba orden a sus soldados de que no me permitieran abandonar la habitación.

Una vez más, era prisionera. Mi celda actual era un palacio, pero estaba igual de cautiva que cuando vivía en el calabozo.

Miré a mi alrededor, a la estancia vacía. No tenía ni tan siquiera una silla donde sentarme. Me dirigí a mi esterilla, me senté con las piernas cruzadas y traté de elaborar un plan. No tenía sentido recurrir a los soldados que custodiaban la puerta. Ellos le eran fieles a Horemheb y solo a él, cualquier intento por mi parte de enviar un mensaje le sería relatado al instante.

En cualquier caso, ¿a quién podía enviar ese mensaje? Ignoraba dónde estaba mi hermana ni bajo qué disfraz se escondía. Me hubiera gustado comunicarme con Tut para decirle que tardaría un poco más de lo previsto en regresar junto a él, pero no podía arriesgarme a revelar su escondite. Además, sabía que con Mose estaba en buenas manos. El faraón, según decía todo el mundo, estaba tan enfermo que era inútil recurrir a él.

Solo me quedaba una opción. Tef y Hemet, ellos me ayudarían. ¿Pero cómo hacerles llegar mi recado? Nadie sabía de mi presencia en palacio. Me puse en pie y fui a asomarme a la ventana. Un soldado montaba guardia justo debajo y otros dos hacían rondas alrededor del perímetro. Escapar era imposible.

Esperé. Por fortuna, estaba habituada. En la mazmorra de Horemheb había pasado horas, días, semanas, meses enteros de soledad. Por aquel entonces me distraía pensando formas de venerar a mi señor. En esta ocasión traté de imaginar cómo sería mi vida sin él. Me di cuenta de que lo ignoraba por completo. Solo sabía una cosa. Nunca más sería esclava de nadie.

Pasé todo el día a solas, sentada en mi esterilla. El sol se estaba poniendo cuando llegó un criado al que nunca había visto para traerme una bandeja de frutas y una jarra de agua. Intenté hablarle, pero enseguida caí en la cuenta de que era sordomudo. Horemheb no dejaba nada al azar, pero yo no pensaba rendirme. Mi vida dependía de ello.

Aguardé hasta que se hizo completamente de noche. Entonces me asomé a la ventana y vi que el hombre que la vigilaba continuaba en su puesto. En algún momento tendría que haber cambio de guardia, de modo que decidí esperar. Ocurrió más de tres horas después, cuando la estrella Sothis ya brillaba alta sobre el horizonte. El soldado se alejó unos pasos para recibir a su relevo y yo aproveché ese instante para saltar y correr a esconderme tras las palmeras del jardín.

Tuve tentación de huir. Podía marcharme del palacio, regresar al poblado de los artesanos, recoger al príncipe Tut y escapar con él. Pero la sombra de Horemheb nos perseguiría siempre, nunca estaríamos tranquilos.

Tenía que derrotarlo.

Mi sentido de la orientación no había mejorado con los viajes y expediciones por el desierto. Me deslicé entre los jardines, fui de patio en patio, atravesé puertas que no conocía y esquivé a guardias y criados, hasta que logré llegar a las cocinas. Varios sirvientes se dieron la vuelta al verme entrar, pero ninguno me reconoció.

Ninguno, excepto Tef. Distinguí de inmediato su pequeña silueta trajinando entre platos y bandejas. Se giró, clavó sus ojos verdes en mí y sonrió.

—Señora, sabía que volverías. ¿A qué se debe tu aspecto? ¿Dónde están tus pelucas y tus joyas? ¡Pareces una campesina!

—Deprisa, llévame a un sitio donde podamos escondernos. Soy fugitiva.

Tef me cogió de la mano y me guio a través de los pasillos de servicio. Sentí vergüenza al darme cuenta de que jamás había estado en aquella ala del palacio. Me enorgullecía de llamar amigos a Tef y Hemet, pero la verdad era que jamás había visitado la zona en que vivían ni tenía idea de dónde se encontraban sus habitaciones. Fue allí adonde me condujo. Resultó que mis fieles servidores, que me habían seguido desde Mitanni y me habían esperado incluso cuando desaparecí durante tantos años,

compartían una minúscula celda sin ventanas en un rincón oscuro del palacio.

Hemet yacía en su esterilla, pero, al verme entrar, se levantó a toda prisa, hizo amago de ir a darme un abrazo, pero finalmente acabó por hacer una reverencia. Yo le interrumpí estrechándolo entre mis brazos.

—Señora, hemos temido mucho por ti. La situación en palacio es muy confusa.

—Necesito vuestra ayuda. ¿Sabéis dónde está mi hermana?

—No —respondió Tef. Arrastró un taburete que había en una esquina del cuarto y me lo tendió para que yo pudiera sentarme. Ellos se quedaron de pie frente a mí, con la espalda apoyada contra la pared—. Cuando volvíamos del monte Sinaí caímos en la cuenta de que en realidad era ella quien se hacía pasar por ti, pero no dijimos nada por discreción.

—Al llegar a palacio, ella y el faraón se encerraron en la cámara real. Unos días después fue la coronación del nuevo corregente, Smenkhare, pero nadie lo ha visto desde entonces. Gobierna a través del sumo sacerdote de Anubis, que hace las veces de visir supremo.

—¿Y Henti?

—No hemos vuelto a saber de ella desde que ingresó en la cámara real.

—Necesito que me llevéis allí. Tendré que disfrazarme porque hay soldados de mi esposo por todas partes...

—Tranquila, señora. Deja eso en nuestras manos.

Hemet me hizo un gesto para que esperara y salió de puntillas de la habitación. Tef y yo nos miramos y él me sonrió. Tenía suerte de tenerlos a mi lado. Su compañero regresó apenas unos instantes después. Lo seguimos hasta el pasillo y a través del área de los sirvientes hasta llegar a una puerta que, por su aspecto lujoso, debía de dar acceso a una de las zonas nobles de palacio. Hemet se asomó, miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie nos observaba, nos indicó que lo siguiéramos unos veinte o treinta

codos hasta situarnos frente a un mural que representaba al faraón y a mi hermana en pleno acto de adoración. Fue Tef quien presionó un punto concreto del bajorrelieve. En ese instante vimos a dos soldados que avanzaban por el corredor, pero la superficie del fresco se hundió y se abrió una oquedad en la pared. Entramos en silencio y, justo cuando los guardias estaban a punto de llegar, cerramos de nuevo la abertura.

Nos detuvimos a escuchar si daban la voz de alarma o reaccionaban de algún modo, pero no oímos nada al otro lado del muro.

Respiramos aliviados. El pasaje secreto estaba sumido en la más completa oscuridad, pero, por fortuna, era muy corto. Apenas tuvimos que caminar una decena de pasos antes de llegar a otro muro que se abrió ante nosotros en cuanto Hemet lo empujó, dándonos acceso a una antecámara contigua a las habitaciones del faraón, donde él solía realizar sus abluciones. Había una tinaja con agua, varias palanganas y un mueble tocador con diversos perfumes, jabones y aceites. Por último, otra puerta parecía dar acceso a la cámara real.

No se oía sonido alguno.

—Creo que ahí debes entrar sola, señora —me dijo Tef—. Nosotros te aguardaremos aquí por si necesitas nuestra ayuda.

—Gracias, amigos.

Hubiera querido decirles más que eso, pero lo apremiante de la situación me impidió encontrar palabras adecuadas para expresarles lo mucho que valoraba su lealtad. Tomé aire y lo exhalé en tres ocasiones para infundirme fuerzas, me puse muy derecha, caminé hasta la puerta y la abrí sin hacer ruido.

—¿Henti?

—¿Quién anda ahí?

Era su voz. Indudablemente, era su voz. Me invadió tal alivio que casi tuve que apoyarme en la pared para mantenerme erguida.

—Hermana, soy yo. He logrado llegar. ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estás escondida? ¿Quién es ese corregente

Smenkhare que ha surgido de la nada?

—Demasiadas preguntas, demasiado aprisa —respondió Henti, apareciendo entre las sombras. La habitación estaba sumida en la penumbra, solo la luz de una pequeña tea la iluminaba. Mi hermana llevaba puesta una de las túnicas andróginas de su esposo, no llevaba maquillaje y se la veía cansada—. Pasa, ven a sentarte junto a Amenhotep. Ha preguntado por ti varias veces, pero ahora está dormido.

El dormitorio de Akenatón era amplio y espléndido y estaba del todo decorado con esculturas que lo representaban del modo que Mose había inventado años atrás. De hecho, era muy posible que muchas de esas estatuas o todas incluso las hubiera fabricado él. No me detuve a observarlas, sino que me acerqué con paso firme a la cama de madera donde yacía, inmóvil, el faraón.

Le toqué la frente. Su piel estaba fría, no puede hallar pulso ni escuchar latidos del corazón ni tampoco descubrí signo alguno de respiración. Tenía la tez más pálida aún de lo habitual en él y sus labios lucían un color azulado. Una pequeña baba espumosa le caía por la comisura.

Negué con la cabeza y suspiré.

—No está dormido, hermana. El faraón ha muerto.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué tontería es esa? —Henti se acercó a su esposo, le cogió la mano y lo zarandeó como si quisiera despertarlo. Se inclinó sobre él y comenzó a susurrarle al oído—: Amenhotep, despierta, despierta. Ha venido a verte Iltani. ¿No preguntabas por ella? Vamos, despierta...

—Es inútil. Su *ka* y su *ba* ya no están con nosotros. Ha partido para reunirse con su dios.

—¡Pero no es posible! —gritó mi hermana. Enseguida se dio cuenta de que había hablado demasiado alto y se cubrió la boca con las manos. Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. Lleva días quejándose de unos horribles dolores de cabeza. Preguntaba por un punzón que podía aliviarlo, pero no he sido capaz de encontrarlo.

Pensé... pensé que viviría más tiempo. Pobre Amenhotep. No ha sido un hombre feliz.

Henti se sentó en el lecho junto a su esposo, con su mano aún entre las suyas, y comenzó a sollozar en silencio. Me coloqué junto a ella, abrazándola por la espalda. Sin darme cuenta comencé a acunarla como si fuera un bebé en vez de mi hermana mayor, la reina de Egipto.

Estuvimos así por un tiempo indeterminado. De vez en cuando yo le besaba la nuca o la apretaba aún más entre mis brazos. Cuando sentí que su respiración comenzaba a tranquilizarse, la solté y me senté frente a ella.

—Henti, sé que es un momento doloroso, pero tenemos que serenarnos y pensar en nuestro futuro por un instante. Ahora que tu esposo ha muerto, estamos desprotegidas. Horemheb quiere hacerse con la corona y ha aparecido un corregente al que nadie conoce llamado Smenkhare...

—Yo soy Smenkhare.

Al principio no comprendí las palabras de mi hermana. Cuando comencé a encontrarles sentido, mi primera reacción fue de incredulidad. ¿Cómo iba a ser ella Smenkhare? Smenkhare era un hombre, un corregente, un faraón. Ninguna mujer podía acceder a ese puesto. Había una excepción. La reina Hatshepsut. Ella se había hecho coronar faraón, pero había sido mucho tiempo atrás y la historia había terminado en tragedia.

Me puse en pie y comencé a pasear por la habitación, tratando de analizar las implicaciones de aquel descubrimiento, pero seguía sin encontrarle sentido alguno.

—No entiendo nada.

—Es sencillo. —Henti se puso en pie, me forzó a detener mi paseo y me agarró suavemente por las muñecas—. Al llegar a la Ciudad del Horizonte, Amenhotep firmó un edicto nombrándome faraón, corregente y heredero, en igualdad de rango con él.

—¿Heredero? ¿Y el príncipe Tut?

—Le juré que solo ostentaría el cargo hasta que Tut tenga suficiente edad para gobernar por sí mismo sin miedo a que los visires y los sacerdotes de Amón lo manipulen. Le juré que yo mantendría vivo su legado. Es irónico, ¿no crees? Lo único que me ha pedido es que salvaguarde la religión de Atón, que no permita que los sacerdotes de Amón resuciten a los antiguos dioses.

—Entonces... ¿ahora eres faraón?

—Sí. He sido coronada con todos los ritos. El *Ker-heb*, el sumo sacerdote de Anubis, actúa como visir. Llevo semanas gobernando a través de él.

—No funcionará. Horemheb ignora que sigues con vida, pero en cuanto sepa que Akenatón ha muerto y que tú eres Smenkhare, dará orden de ejecutarte. Él también ansía el trono.

—Tengo un plan. Coronaremos al príncipe Tut.. Está a buen recaudo, ¿verdad?

—Tut está a salvo.

—Coronaremos al príncipe Tut. Haremos llamar a Ay y a Meryptah. Haremos un pacto. Tut será el faraón y yo seré su corregente, pero habría un alto consejo del reino encargado de velar por los intereses de Egipto, del cual formarán parte ellos y Horemheb.

Aún nos sosteníamos las manos cuando escuchamos un fuerte estruendo que provenía del exterior. Se oyeron pisadas, gritos de hombre, hasta el entrecrocar de metales pesados. Se abrió la puerta y entró Horemheb. Miró a un lado y a otro y parpadeó varias veces, no sé si por incredulidad o para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Clavó la mirada en mi hermana y su rostro enrojeció de ira.

—¡Tú!

Henti me apretó la mano, sus ojos se cruzaron fugazmente con los míos, me soltó y avanzó hacia mi esposo.

—Soy el faraón Smenkhare. Arrodíllate ante mí y júrame fidelidad o serás acusado de alta traición.

—¿Dónde está Amenhotep?

—El faraón Akenatón ha muerto.

Horemheb la empujó y corrió junto al lecho del faraón. Apenas le bastó un instante para comprobar que Henti había dicho la verdad. Incluyó la cabeza, se llevó la mano a la espada de bronce que colgaba de su cinturón, la desenvainó y, en un movimiento tan rápido que apenas fui capaz de seguirlo, se giró y atacó a mi hermana.

Fue un corte limpio y contundente. La espada le atravesó el cuello de parte a parte. Su cabeza, desprendida del resto del cuerpo, cayó al suelo y dio tres vueltas antes de detenerse. Pude ver sus ojos, aún abiertos, y juro que aprecié un destello de reconocimiento en ellos. Me acompaña el consuelo de que, en sus últimos momentos de vida, me vio a mí.

Después noté la sangre, que fluía a chorros del cuello decapitado de Henti. Las gotas me alcanzaron en el rostro, en los brazos, me mancharon el vestido. Sentí el calor, la viscosidad, la energía del elemento que hasta ese instante había dado vida a mi hermana. Después su cuerpo inerte se derrumbó en el suelo.

Horemheb ni tan siquiera me miró. Envainó su espada, aún manchada de sangre, regresó junto a la cama del faraón y se arrodilló ante él. Pareció a punto de decir algo, pero luego enterró la cabeza en el hombro de Amenhotep y lloró.

Quise gritar. Quise defender a Henti, decir que ella no había matado a su esposo, que este llevaba meses sino años enfermo y que al final su cuerpo se había rendido. Quise sollozar de pena, de dolor, de desesperación. Imaginé la vida que me quedaba por delante, encerrada en una mazmorra mientras Horemheb deshacía todo lo que mi hermana había construido, y quise morir. Me llevé la mano al pecho y palpé el punzón plateado.

En realidad, no quería morir, pero moriría si no actuaba rápido.

Extraje el punzón de debajo de mi vendaje y recordé las palabras de Amenhotep. Si lo clavaba entero en la base de la nuca se convertiría en un arma asesina. Pero si solo introducía la mitad, dejaría a mi víctima inmóvil para siempre. Paralizada, como esos

pobres niños que nacen deformes y no pueden desplazarse por sí mismos. A menudo no hablan tampoco, aunque oyen y ven y son capaces de pensar como el resto de las personas. Están para siempre encerrados en su propio cuerpo, sin poder escapar de una prisión mucho peor que cualquier mazmorra.

No dudé. Agarré el punzón con el puño, más o menos por la mitad, me acerqué sin palabras a Horemheb y se lo clavé en la nuca. Él no me oyó venir. O quizá sí me oyó; de hecho, imagino que un soldado entrenado como él tuvo que escuchar mis pasos, pero tras una vida entera de considerarme una esclava inútil e inofensiva, incapaz de hacer nada por mí misma ni de tomar una sola decisión, no me consideró una amenaza. No se defendió de mí, no intentó protegerse. Permaneció quieto mientras yo insertaba el punzón en la base misma de su cerebro. Experimentó una pequeña convulsión. Abrió mucho los ojos e intentó girar la cabeza para mirarme, pero en ese momento la fuerza pareció abandonar sus miembros y cayó al suelo.

Me incliné junto a él y comprobé que respiraba. Le tomé un brazo y lo dejé caer. Sus miembros estaban flexibles y relajados como los de un muñeco de trapo. Sus ojos permanecían fijos en mí, tan vivos y despiertos como siempre.

Miré a mi alrededor y solo vi muerte. Sangre y muerte. Solo entonces caí de rodillas, cogí la cabeza de mi hermana y la acuné en mi regazo. Sentía un gran peso en el corazón y las lágrimas rodaban por mis mejillas.

—Adiós, Nefertiti. Adiós, querida hermana.

# Pasaje de salida

**M**i imagen en el espejo se difumina. Me disgrego, como si mi rostro estuviera hecho de arena que se desmorona ante la llegada de una ola del mar.

Desaparezco y tengo miedo.

Vienen a mí imágenes de lo que sucedió estando ya muerta. Cosas que no presencié y que no tengo modo de saber y, sin embargo, estoy segura de que ocurrieron.

La cámara real de Amenhotep se llenó de gente. Acudieron los criados de mi hermana, el sumo sacerdote de Anubis, soldados, médicos. No sé quién metió mi cabeza en una caja. Me cubrieron con un velo y me guardaron en un rincón de palacio, no sé por cuánto tiempo.

Cuando me sacaron me encontré en el mismo salón de audiencias donde yo había administrado justicia tantas veces en el pasado. No se me escapa la ironía y supongo que a mis asesinos tampoco. No se admitió público para el proceso. Presidía Ay, sentado en el trono que había sido mío. A su derecha estaba Meryptah y, a la izquierda, Horemheb. Un escriba tomaba notas.

Hay cosas que solo los muertos podemos ver. Aunque yo no estaba allí y mi cabeza no era más que un trozo de carne sin vida, mi *ka* y mi *ba* entendieron que Horemheb estaba tan muerto como yo, aunque su cuerpo permaneciera con vida. Tú, Iltani, estabas a su lado, con la cabeza alta y vestida como una princesa.

—Se acusa a la difunta reina Nefertiti de alta traición —dijo Ay—. Ha conspirado con el rey de los hititas para derrocar a la legítima dinastía de faraones y entregar la corona al enemigo. ¿Cómo se declara la acusada?

Me hubiera gustado gritar que era inocente y que aquello era una invención, pero estaba muerta.

—Escriba, por favor, lee la carta —ordenó Meryptah.

—«Mi esposo ha muerto. No tengo ningún hijo varón, pero dicen que tú tienes muchos hijos. Si me das a uno de ellos, se convertirá en mi esposo y lo haré rey. Jamás escogeré a uno de mis súbditos como esposo. Tengo miedo» —leyó el escriba de un rollo de pergamino—. Está en el cartucho de la reina Nefertiti.

—Las pruebas son incontestables —dijo Ay—. Como *chaty* y juez supremo de Egipto, declaro que la reina ha cometido alta traición. Su cuerpo será arrojado al

Nilo para que lo devoren los cocodrilos.

Te inclinaste junto a tu esposo y fingiste escuchar una voz que no existía. Te alzaste y, con la mirada, impusiste silencio.

—El comandante Horemheb considera que las pruebas son insuficientes. Es un burdo intento de descalificar a mi hermana. El cuerpo de la reina Nefertiti será embalsamado y protegido para la eternidad. Solo yo, Mutnodjemet, conoceré su paradero para evitar que sus enemigos profanen su tumba.

No se habló más. La palabra muda de Horemheb era ley.

Cuarenta días duraron los preparativos para mi funeral. El propio *Ker-heb* se encargó de momificar mi cuerpo. Mose eligió el enclave para mi tumba y la decoró con sus propias manos, con las escenas del *Libro de los Muertos* que yo le había encargado y que nunca había llegado a terminar.

Fui enterrada en secreto. Solo el sumo sacerdote de Anubis, Mose y tú, Iltani, acudisteis a ver cómo los esclavos depositaban mi sarcófago en la cámara secreta.

Mose lloraba. Se arrodilló junto al ataúd, extendió las manos sobre el lugar donde estaba mi corazón y sollozó.

—¡Mi reina, buen viaje! Me reuniré contigo en el País de Occidente. Te juro que nunca te olvidaré.

Tú fuiste la última en acercarte a mí. Te vi como te veo ahora, Iltani. Luminosa, sonriente, sobrenatural. Te inclinaste sobre el sarcófago y depositaste un beso. Estabas triste por mi muerte, no me cabe duda alguna, pero había algo nuevo en ti. Una seguridad, un aplomo, una tranquilidad que nunca habías tenido.

Eras libre.

Me pregunto si se cumplirá la profecía de Enheduana y habrás sido la reina que yo siempre quise ser.

Ahora estás de nuevo frente a mí. Me tiendes la mano. ¿Dónde vamos, hermana? ¿Me llevas contigo? ¿Nos vamos ya?

Solo veo luz.

Mucha luz.

# Epílogo

Yo, Mutnodjemet, he gobernado Egipto durante veinte años. Veinte veces ha crecido el Nilo y veinte veces han vuelto las aguas a su cauce mientras yo regía los destinos de los egipcios.

Tras la muerte de Amehotep y de su reina, Nefertiti, también conocida como Smenkhare, mi hijo adoptivo Tutankatón fue coronado. Horemheb asistió a la coronación, transportado por cuatro fieles servidores que lo llevaban a todas partes en una silla de manos. No movía músculo alguno del cuerpo más que los de los ojos, no hablaba y ni siquiera podía hacer sus necesidades sin ayuda, aunque, por fortuna, yo sí era capaz de interpretar los movimientos de sus pupilas y así transmitir sus órdenes a los soldados, que le siguieron siendo fieles durante toda su existencia.

Ay y Meryptah intentaron maniobrar para hacerse con la regencia, pero el ejército presionó para que este cargo recayera sobre Horemheb, el único en quien se podía confiar. Mi esposo continuaba paralizado, pero yo continué traduciendo las señales que hacía con las pupilas para que él pudiera gobernar Egipto a través de mí. Al menos, eso fue lo que se dijo.

Yo fui la auténtica regente de Tutankamón. Yo tomé todas las decisiones durante los ocho años que duró su reinado. Fui yo la que decretó que los templos de los antiguos dioses debían ser restaurados y abiertos de nuevo. Fui yo la que decidí abandonar la Ciudad del Horizonte y que la corte regresara a Tebas. Fui yo quien cambié su nombre por el de Tutankamón, quien lo desposó con su hermana Ankesamón e intenté, sin éxito, que engendraran

descendencia. A pesar de todos mis cuidados, mi pequeño faraón, siendo casi un niño, murió debido a la debilidad de su constitución.

El ejército quiso que entonces Horemheb heredara el trono, pero yo sabía que aún no había llegado nuestro momento. Ay sospechaba desde hacía tiempo que el comandante de los ejércitos no era más que un cascarón y que su mente estaba atrapada tras barreras imposibles de franquear. Ay sabía que era yo la que gobernaba en su nombre, de modo que decidí cederle a él la corona. Como yo había previsto, Ay duró poco y su reinado apenas tuvo impacto alguno. Tras una vida entera codiciando la corona, cuando la alcanzó era demasiado viejo y estaba demasiado débil para disfrutarla. Sus dos años de faraón transcurrieron en cama, recibiendo cuidados médicos de su esposa, la reina Tey, sin fuerza ni energía para dedicar al gobierno de Egipto. El matrimonio no había tenido descendencia, de modo que, a su muerte, el ejército presionó de nuevo a favor de Horemheb. Esta vez los nobles de la corte estuvieron de acuerdo. Yo era la única superviviente de la familia real y, por tanto, era mi sangre la que transmitía el derecho a reinar.

Fue así como Horemheb se transformó en faraón, y yo, en su Gran Esposa Real.

Goberné Egipto con mano firme. Tomé la difícil decisión de borrar todo rastro del reinado de Akenatón y Nefertiti. Desde aquel viaje por el Sinaí había empezado a creer en ti, oh, Atón, como sin duda debes saber, pero estaba convencida de que nuestro pueblo no estaba preparado para adorarte. Me consta que aborreces la violencia y que nunca desearás que por tu causa un hermano luche contra el otro o que el campesino agreda al barquero, por eso decidí que las cosas debían volver a ser como siempre habían sido y que los antiguos dioses debían ser restaurados.

Los hicsos se negaron a acatar mis órdenes. Mose y los suyos afirmaron que jamás le darían la espalda a Atón, de modo que tomaron sus pertenencias y se marcharon de Egipto para siempre, rumbo a la tierra de sus antepasados. Sé que se llevó el recuerdo

de aquella zarza ardiente con la que soñamos en la falda del monte Sinaí. Espero que su pueblo haya sabido mantener viva la fe en ti.

Horemheb murió hace unos días. Ha sido el último faraón de nuestra dinastía. Por motivos evidentes, nunca tuvimos hijos. Cuando ya estaba enfermo, designé heredero a su lugarteniente, Paramesu, que ha subido al trono con el nombre de Ramsés. Le auguro un largo y fructífero reinado. ¡Ojalá su dinastía traiga a Egipto esplendor y victorias sin precedentes!

Me he ofrecido a abandonar la corte, como debe hacer toda reina viuda, pero el nuevo faraón desea conservarme a su lado como consejera. Tengo, no obstante, más tiempo libre del que he dispuesto en muchos años y por eso comencé a escribir este rollo de papiro, en el que he pretendido interceder por mi alma y por la de mi hermana.

¿Alguna de las dos se salvará?

¿Alguna vivirá para ver el Occidente?

Ignoro si nuestro recuerdo llegará a las generaciones venideras. Las mujeres a menudo somos invisibles y nuestros logros pasan desapercibidos para la historia. Me pregunto si, cuando el Nilo haya crecido mil veces y otras mil más, los egipcios recordarán que fue su reina Nefertiti la que trajo a Atón a estas tierras, y que fui yo, su hermana Mutnodjemet, la que se lo volvió a llevar. Quizá solo recuerden a nuestros esposos, a Amenhotep y a Horemheb, y nadie sepa de nuestras hazañas y de nuestros errores, de nuestras victorias y de nuestras derrotas.

Quizá el recuerdo de Nefertiti sobreviva como la reina más bella que ha tenido Egipto. No la conocerán por lo que hizo, pero al menos sabrán que existió.

¿Y yo? ¿Qué será de mí?

Las que somos como yo siempre hemos sido aún más invisibles. Probablemente solo tú, Atón, recuerdes que algún día existí yo, Iltani, una mujer encerrada en un cuerpo de hombre que comenzó siendo esclava y llegó a gobernar Egipto.

# Nota del autor

**E**l Antiguo Egipto me fascina desde que era un niño. Recuerdo que momificaba a las avispas que encontraba muertas en la terraza y les construía pequeñas tumbas llenas de jeroglíficos inventados. Mis amigos huían de mí cuando me daba por jugar a los faraones. Tendría ocho años cuando escribí un guion de cine que titulé «El misterio del pergamino», en el que ya aparecía el misterioso Smenkhare al cual, ya por entonces, consideré una mujer.

A pesar de mi pasión declarada por pirámides, escribas y faraones, no viajé a Egipto hasta que fui adulto. Fue mi primer puesto como diplomático en prácticas, justo después de aprobar la oposición. Pasé unos meses en El Cairo donde, además de aprender los rudimentos de mi nuevo trabajo, aproveché para sumergirme a fondo en aquella cultura que siempre me había fascinado tanto. Además de visitar todas las pirámides de los alrededores, de viajar a Alejandría, a Luxor (nombre actual de la antigua Tebas), al Mar Rojo, al monte Sinaí y al oasis de Siwa, tuve la suerte de vivir justo enfrente del museo de El Cairo. Lo recorrí del derecho y del revés no menos de diez veces. Fue allí, mientras contemplaba la escultura de Akenatón con atributos masculinos y femeninos que se exhibe en una de las salas principales, cuando tuve la idea que dio origen a esta novela.

Akenatón era un faraón *queer*.

La transexualidad ha existido desde siempre y en todas las culturas, ya que es intrínseca a la naturaleza humana. No obstante, hasta fecha muy reciente y salvo contadas excepciones, la inmensa mayoría de las personas transexuales han resultado invisibles para

la historia. Las civilizaciones del Creciente Fértil son una excepción, ya que en ellas la transexualidad está relativamente bien documentada. Las sacerdotisas *gala*, como Itani, existieron en efecto al servicio de la diosa Ishtar, aunque recibieron diferentes nombres a lo largo de la historia y en distintas zonas de Mitanni y Mesopotamia. En el Antiguo Egipto suele citarse la *Historia de los dos hermanos*, un relato del siglo XIII a.C. en el cual uno de los protagonistas masculinos se transforma en mujer, aparte del archiconocido ejemplo de la reina Hatshepsut, que habiendo nacido mujer, gobernó como faraón varón. El caso de Akenatón es, a mi juicio, aún más interesante, porque posiblemente sea uno de los primeros individuos de género no binario de los que existe registro histórico.

Sin embargo, no quería escribir esta historia desde el punto de vista de un faraón al que todo el mundo conoce. Prefería a una mujer, idealmente una mujer trans, que diera voz a todas esas personas a las que la historia ha silenciado durante tantísimos siglos. Fue así como concebí a Itani, la hermana de Nefertiti.

Nefertiti tenía, en efecto, una hermana llamada Mutnodjemet que, probablemente, contrajo matrimonio con el faraón Horemheb y fue por tanto reina de Egipto. Digo «probablemente» porque algunos egiptólogos piensan que quizá la hermana de Nefertiti y la esposa de Horemheb eran dos mujeres diferentes de nombre idéntico. ¡Es tan poco lo que sabemos a ciencia cierta sobre este periodo! Hasta el origen de las dos hermanas permanece desconocido, ya que no existen registros al respecto ni se han encontrado nunca sus momias para poder practicarles análisis de ADN. La teoría mayoritaria las hace hijas del visir Ay, que llegó a ser faraón, y de su esposa Tey. Sin embargo, ninguna inscripción jeroglífica confirma esta hipótesis al cien por cien, ya que Ay y Tey suelen aparecer más bien como cuidadores o padres adoptivos de la reina. Otra teoría sugiere que Neferiti, cuyo nombre significa «la bella ha llegado» (sugiriendo por tanto a una extranjera) sería en realidad una princesa de origen mitanno, debido a la forma alargada de su

cráneo. En el país de Mitanni se practicaba la costumbre de deformar el cráneo de las mujeres de alta clase social desde la infancia para que tuviera esta forma alargada, costumbre que no se practicaba en Egipto.

El papel protagonista de Nefertiti en la llamada revolución de Amarna está sólidamente demostrado en los registros históricos. La reina aparece en igualdad de condiciones con su esposo Akenatón, algo bastante insólito en la época, y se sabe que su papel religioso fue determinante. Sin embargo, Nefertiti ha pasado a la historia solo por su belleza y no por ser, probablemente, una de las mentes políticas más agudas que ha conocido la humanidad.

La sucesión de Akenatón es un capítulo de la historia que permanece sumergido en las tinieblas, dado que la mayoría de los registros fueron destruidos tras el fracaso de la revolución de Amarna. Se sabe que una persona llamada Smenkhare (de género indeterminado y origen desconocido) compartió el trono con él durante los últimos dos años de su reinado y que le sucedió brevemente como faraón. Otra persona llamada Neferneferuatón, probablemente una mujer, también reinó brevemente como faraón tras la muerte de Akenatón, y son muchos los egiptólogos que sospechan que se trataría de la propia Nefertiti. Tanto Smenkhare como Neferneferuatón desaparecieron sin dejar rastro y el famoso Tutankamón ascendió al trono con nueve años de edad. El niño-faraón fue el encargado de suprimir la revolución de Amarna y regresar al antiguo culto politeísta, bajo la supervisión del visir Ay, el supuesto padre de Nefertiti, que con el tiempo llegaría a convertirse en el penúltimo faraón de la dinastía.

El episodio de la reina egipcia que escribió a los hititas solicitando un príncipe con el que casarse dado que su esposo había muerto se conoce como «el caso de Dahamunzu», y se sabe de él solo por los registros hititas. En efecto, una reina egipcia, viuda, escribió al rey Suppiluliuma ofreciéndose a desposar a uno de sus hijos para que este reinara en Egipto. El periodo histórico coincide con la época de Akenatón y Nefertiti por lo cual hay

consenso sobre el hecho de que debía de tratarse de la propia Nefertiti o de una de sus hijas... o bien, de una conspiración contra ellas.

Ni la tumba ni la momia de Nefertiti han sido encontradas jamás, de lo que puede deducirse una conclusión muy clara: la reina más famosa del Antiguo Egipto cayó en desgracia antes de morir. Nunca recibió un enterramiento a la altura del papel que había desempeñado ni del poder que había tenido.

En cuanto a la relación entre la revolución de Amarna y el monoteísmo judío, fue Sigmund Freud el primero en especular que ambos estaban relacionados, llegando a identificar a Akenatón con el propio Moisés. Hoy por hoy los historiadores parecen coincidir en que el Moisés de la Biblia probablemente no existió, sino que es un personaje mitológico fruto de fusionar diferentes leyendas. No obstante, el nombre de Moisés sí es de origen egipcio y significa «engendrado por un dios». El escultor del busto de Nefertiti se llamaba, efectivamente, Mose, Moisés.

Hablando de Mose, no pocos egiptólogos han especulado sobre la posible relación entre Nefertiti y el autor de su célebre busto. La base empírica se encuentra en el taller de este último descubierto en Amarna, donde hay un número tan elevado de representaciones de la reina y en etapas tan diferentes de su vida que sugieren por un lado una obsesión del artista con Nefertiti, y por el otro, una intimidad entre ambos poco habitual. El busto policromado de Nefertiti, además, fue encontrado tirado en el suelo en vez de en los estantes como el resto de esculturas, como si el escultor lo hubiera arrojado con furia antes de abandonar su taller por última vez.

De la reina Mutnodjemet, hermana de Nefertiti y esposa de Horemheb, es muy poco lo que se sabe. Hay grabados que la representan en su juventud junto a sus dos criados Tef y Hemet, cuya existencia está históricamente documentada. Ya como reina de Egipto, aparece con cierta frecuencia junto a su esposo en distintos monumentos. Nunca dio a luz a un heredero, motivo por el cual acabó la XVIII Dinastía egipcia y Ramsés I subió al trono. Hace

algunos años se descubrió el esqueleto de una mujer junto al de un bebé nonato en la tumba, nunca utilizada, de Horemheb en Saqqara, que fue atribuido a la reina Mutnodjemet debido a evidencias circunstanciales, ampliamente discutibles y discutidas.

A todos los efectos, Mutnodjemet fue olvidada.

# Agradecimientos

Hay pocas cosas que podría hacer sin el apoyo y la complicidad constantes de mi marido, Pablo. En este caso le debo aún más. No solo me escuchó divagar durante horas, acompañados de sendas copas de vino, sobre las aventuras y desventuras de Iltani, sino que acudió a rescatarme cuando creí que esta historia naufragaba en el océano de mi imaginación, me ayudó a salir a flote y no me soltó hasta que tuve los pies en tierra firme.

Algunos afortunados podemos presumir de tener un hada madrina. La mía se llama Ana Romero y parece salida de un cuento. *La peregrina de Atón* nunca hubiera podido existir sin ella. Ya es la segunda vez que empiezo una aventura editorial de su mano y no sé qué he hecho para merecer su amistad.

Siempre tengo presente a mi mentora en el mundo editorial, Ángela Morales, que me cogió bajo su ala cuando solo tenía diecisiete años y no me soltó hasta que aprendí a volar solo. Fue ella quien me enseñó a escribir con el propósito de ser leído.

Quiero dedicarle un agradecimiento especial a mi amiga Elena, la primera lectora de todo lo que escribo y escribiré, que se ha devorado las distintas versiones de esta novela, siempre en pocas horas y normalmente de madrugada. Elena tiene el don de hacer el comentario justo, de ayudarme a mejorar y de infundirme ánimo cuando lo necesito.

Gracias a Alberto Marcos por aquella conversación, mano a mano, en Lamucca de Fuencarral, cuando me ayudó a plantear la historia de Iltani. Aún recuerdo cuando me decía: «¡Es una novela sobre Nefertiti! ¡Nefertiti debe tener su propia voz!». La historia ha

dado muchas vueltas desde esa noche, pero le hice caso y el punto de vista de Nefertiti está en la novela.

Reservo una última mención para la Escuela de Escritores, donde he aprendido tanto. A los cuatro profesores que he tenido allí: Alejandro Marcos, Fernando Maremar, Paula Lapidó y Laura Martínez Belli. A esta última, gracias especialmente por acompañarme en este viaje. De la Escuela me llevé además a un fantástico grupo de compañeros cuyos miembros nos enviamos nuestros textos cada quince días y nos comentamos mutuamente: Betty, Carmina, Tatiana, Marina y Enrique. Carmina, además, se leyó la penúltima versión de esta novela en tiempo récord y me la devolvió con detallados comentarios y, más importante todavía, con el cariño y el empujón que necesitaba para la recta final.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Luis Tomás Melgar Valero, 2021  
© La Esfera de los Libros, S.L., 2021  
Avenida de San Luis, 25  
28033 Madrid  
Tel.: 91 296 02 00  
[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

Primera edición en libro electrónico (mobi): marzo de 2021  
ISBN: 978-84-1384-056-7 (mobi)  
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.